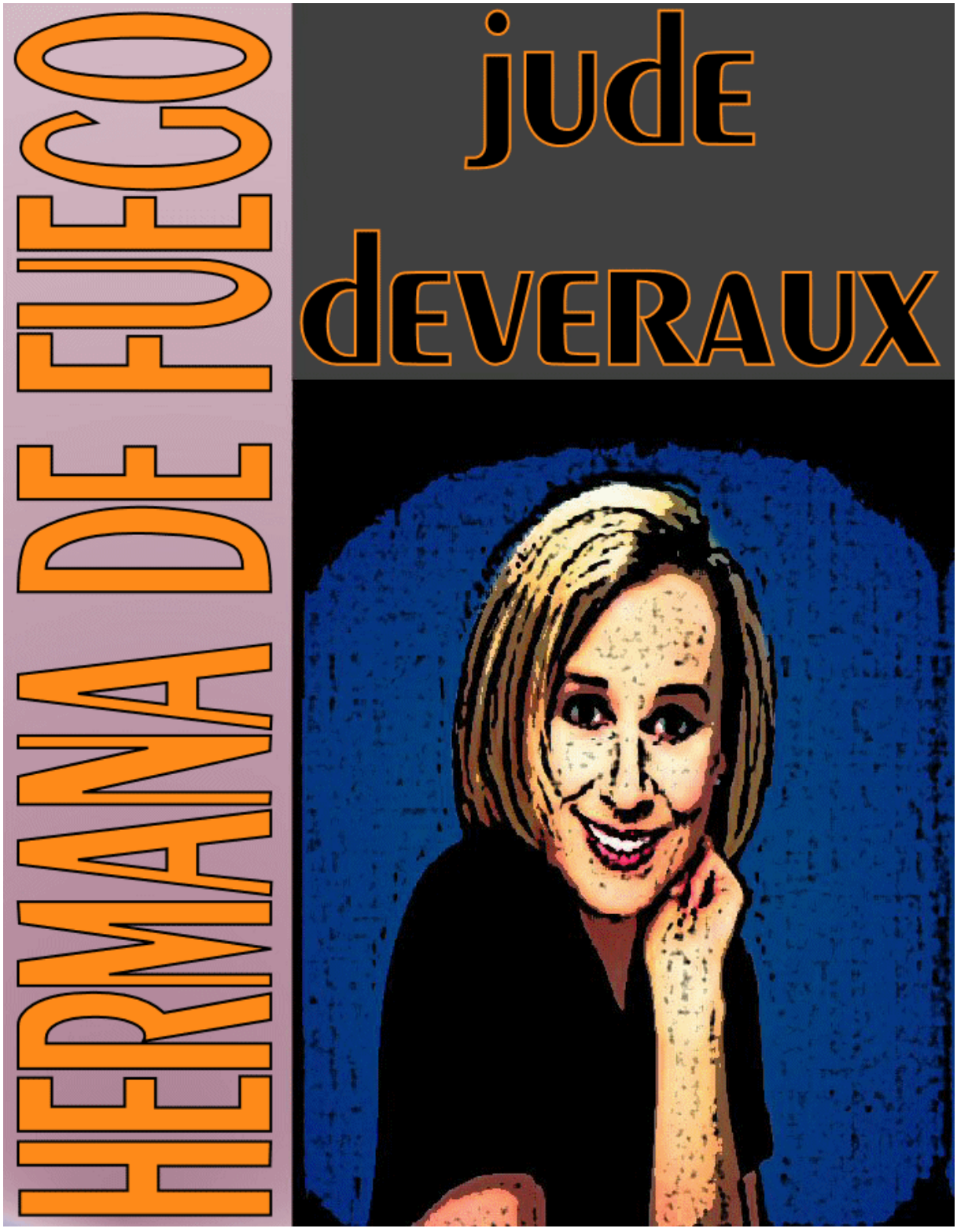
HERMANA DE FUEGO
JUDE DEVERAUX



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Prólogo

Filadelfia, Pensilvania. Abril de 1892.

-¡Sorpresa! -gritaron las once personas cuando Blair Chandler entró en el comedor de la casa de su tío Henry. Era una joven atractiva, de cabello castaño oscuro con reflejos rojizos, ojos verde azulados rasgados, nariz recta y aristocrática y una boca perfecta.

Blair se detuvo y luchó por contener las lágrimas mientras observaba a las personas allí reunidas. Estaban su tío y su tía; junto a ellos Alan la miraba con ojos llenos de amor; y alrededor de él, estaban sus compañeros de la escuela de medicina: una mujer y siete hombres. Cuando los vio allí reunidos detrás de la mesa cubierta de regalos, olvidó todos los años de esfuerzo y sacrificio que le había llevado conseguir el título.

La tía Flo, con la gracia de una quinceañera, corrió hasta ella para recibirla.

-No te quedes ahí, querida. Todos se mueren por abrir los regalos.

-Este primero -dijo el tío Henry, sosteniendo un paquete de gran tamaño.

Blair creyó adivinar lo que contendría pero tenía miedo de ilusionarse. Cuando abrió el envoltorio y descubrió el maletín de cuero con todo el instrumental médico reluciente, se sentó en una silla, sin atinar a decir palabra. Lo único que pudo hacer fue pasar un dedo por la chapa de bronce incrustada en el cuero que decía: Doctora B. Chandler. Alan se encargó de romper el inquietante silencio.

-¿Es esta la mujer que puso los huevos podridos en el armario del jefe de cirugía? ¿Es esta la mujer que hizo frente a los directores de todos los hospitales de Filadelfia? -se inclinó y le habló al oído-: ¿Es esta la mujer que obtuvo las mejores calificaciones en los exámenes del St. Joseph y se convirtió en la primera interna femenina del hospital? Blair tardó en reaccionar. -¿Yo? -dijo Blair, abriendo la boca sorprendida.

- Te han aceptado como interna -le dijo la tía Flo con el rostro radiante-. Comenzarás en julio, en cuanto regreses de la boda de tu hermana. Blair miraba a cada una de las personas allí reunidas. Se había esforzado mucho por entrar en el St. Joseph, incluso había contratado a un tutor para que la ayudara a preparar los exámenes, pero le habían dicho que el hospital de esa ciudad, para contraponerse a la clínica de mujeres, no aceptaba a ninguna doctora. Se volvió para mirar a su tío Henry. -¿Tú has tenido que ver en esto, no es así? Henry hinchó el pecho con orgullo.

-Sólo les dije que si mi sobrina no se sacaba la mejor nota en todos los exámenes, no tenían por qué darle un puesto. Incluso les dije que estuviste pensando en abandonar la medicina y quedarte en casa a cuidar a Alan. Creo que no pudieron resistir la posibilidad de que una mujer entrara en razones. Blair se sintió débil. No tenía idea de todo lo que se había movido alrededor de ese examen de tres días de duración. -Lo has logrado -rió Alan-. Aunque no estoy seguro de que me guste ser el premio consuelo-le apoyó una mano en el hombro-. Felicidades, mi amor. Sé lo que esto significaba para ti.

La tía Flo le entregó una carta que confirmaba que había sido aceptada como interna en el St. Joseph. Blair se llevó el papel al pecho y miró a quienes la rodeaban. Tengo toda la vida por delante, pensó, y todo está bien. Tengo familia, amigos y voy a entren arme en uno de los mejores hospitales de Estados Unidos. Y también tengo a Alan, el hombre que amo.

Apoyó la mano de Alan contra su mejilla y miró extasiada el brillante instrumental. Estaba a punto de cumplir su sueño de convertirse en doctora y casarse con ese hombre tierno y cariñoso.

Ahora debía regresar a Chandler, Colorado, para asistir al casamiento de su hermana. Blair tenía deseos de verla después de una separación de tantos años; quería compartir con ella la alegría por los hombres que habían elegido y por la vida que cada una había

emprendido y mientras estuviera en Chandler, Alan la visitaría y conocería a su madre y a su hermana. Entonces anunciarían formalmente su compromiso. Se casarían cuando ambos terminaran sus internados.

Blair sonrió a sus amigos; quería compartir su alegría con todos. Un mes más y comenzaría aquello por lo que tanto había luchado.

1

Chandler, Colorado. Mayo de 1892.

Blair Chandler estaba de pie en la sala de la casa Chandler, rodeada de muebles oscuros, pesados, muy ornamentados y cubiertos con tapetes de encaje. Poco importaba que su madre hubiera vuelto a casarse unos años atrás y que su nuevo marido, Duncan Gates, hubiera tenido que terminar pagando la casa. Los lugareños seguían creyendo que pertenecía a William Houston Chandler, el hombre que la había diseñado y construido, y que había muerto antes de realizar el primer pago.

Blair bajó la mirada para esconder la luz azulada que sus ojos despedían con furia. Hacía una semana que estaba en la casa de su padrastro y lo único que hacía ese hombrecillo era gritarle todo el tiempo.

Para todo el mundo, ella era una joven respetable. Vestía una blusa blanca y una falda oscura, que escondía su voluptuosa silueta debajo de los pliegues de tela. Y su rostro tenía una expresión de tranquila belleza. Nadie habría adivinado que esa apariencia escondía una personalidad tan diferente. Pero cualquiera que la conociera sabía que podía sostener una discusión sin amedrentarse.

Por esa misma razón Duncan aprovechaba la menor oportunidad para recordarle que debía comportarse como una dama. y sus ideas al respecto no incluían por cierto la carrera de medicina y menos aún una especialización en heridas de bala. No soportaba la idea de que la capacidad de Blair para coser se luciera tanto en un intestino perforado como en una labor de bordado.

Estuvo protestando toda la semana, hasta que Blair no pudo más y empezó a responderle como se merecía. Era lamentable que siempre aparecieran su madre o su hermana y no pudiera terminar de decide todo lo que quería. No le llevó mucho tiempo descubrir que el señor Gates dirigía la casa y a las mujeres que vivían en ella con mano de hierro. El podía decir lo que le viniera en gana pero las mujeres tenían prohibido responderle.

-Espero que entres en razón y abandones esa estúpida idea de ejercer la medicina -le gritaba Gates-. Una dama debe permanecer en su casa porque, como comprobó el doctor Clark, cuando una mujer utiliza su cerebro, sus funciones femeninas se ven afectadas.

Blair suspiró sin mirar el panfleto que el señor Gates sostenía en la mano. Se habían vendido cientos de miles de folletos del doctor Clark, lo que había obstaculizado el desarrollo de la educación femenina.

-El doctor Clark no comprobó nada -respondió Blair con fastidio-. Dijo que había examinado a una estudiante de catorce años que tenía el pecho plano, y con ese único examen, llegó a la conclusión de que si las mujeres utilizaban el cerebro, sus sistemas reproductores se dañarían. No considero que sea una evidencia concluyente en absoluto.

El señor Gates se sonrojó.

-No permitiré ese tipo de lenguaje en mi casa. Creerás que por llamarte doctora tienes derecho a una conducta indecente, pero no en mi casa.

Aquel hombre estaba superando su límite de tolerancia. -¿Desde cuándo esta es su casa? Mi padre...

En ese momento entró la hermana de Blair, Houston, y se interpuso entre ambos. Miró a Blair con angustia y dijo:

-¿No es hora de ir a comer? Vamos al comedor. Houston pronunció estas palabras en un tono frío y reservado que era característico de ella; un tono que Blair comenzaba a odiar.

Blair se sentó en su lugar y durante toda la cena se dedicó a contestar las desagradables preguntas del señor Gates, aunque su atención estaba centrada en su hermana.

Había ansiado regresar a Chandler para ver a su madre y a su hermana, y también a sus compañeras de juegos de la infancia. Hacía cinco años que no las veía; la última vez que había estado en Chandler tenía diecisiete años y estaba a punto de ingresar en la escuela de medicina y ansiosa por emprender sus estudios. Quizás había estado demasiado ocupada en sus proyectos para ver cómo vivían su madre y su hermana.

Esta vez, sintió una opresión en cuanto bajó del tren. Houston había ido a recibida y Blair pensó que jamás había conocido a una persona tan rígida y fría. Parecía una mujer perfecta, hecha de hielo.

No hubo grandes abrazos ni besos en la estación de Chandler, ni muchos comentarios durante el trayecto hacia la casa. Blair trató de entablar una conversación con su hermana, pero lo único que recibió a cambio fue esa mirada fría y distante. Ni siquiera el nombre de Leander, su prometido, avivaba los ojos de Houston.

La mitad del viaje había transcurrido en silencio, y ella no había soltado ni un momento su maletín de instrumentos.

El pueblo había cambiado mucho en esos cinco años. Había rejuvenecido, como si los viejos edificios hubieran dado a luz otros nuevos. Los pueblos del oeste eran muy distintos de los pueblos y ciudades del este, donde se respetaban las tradiciones que databan de años.

Los edificios con falsas fachadas, del estilo que algunos llamaban victoriano occidental, eran nuevos o estaban a medio construir. Cuando William Chandler había llegado a ese lugar por primera vez, todo aquello no era más que un hermoso lote de tierra con abundante carbón. No había ferrocarril, ni centro, y las pocas tiendas que atendían las necesidades de los rancheros de la zona tampoco tenían nombre. Bill Chandler se había ocupado de que todo cambiara.

Cuando llegaron al sendero que conducía a la casa Chandler -la mansión, como solía llamada la gente del pueblo- Blair sonrió con placer al divisar el edificio de tres pisos. El jardín de su madre estaba lleno de flores y plantas y podía oler el perfume de las rosas. A la casa se accedía por medio de escaleras, ya que se había nivelado el plano inclinado de la calle para los nuevos carros tirados por caballos. Por lo demás, no había muchas variantes. Recorrió la ancha galería que rodeaba la casa y entró por una de las dos puertas delanteras.

No tardó en descubrir quién era el culpable del estado en que se encontraba Houston.

Dentro de la casa estaba aquel hombre cuya rigidez habrían envidiado las piedras, con un rostro que armonizaba con el resto de su apariencia.

Blair tenía doce años cuando había partido de Chandler rumbo a la casa de sus tíos en Pensilvania, donde pensaba estudiar medicina. En esos años había olvidado cómo era su padrastro. Cuando Blair le sonrió y le ofreció la mano, él se apresuró a advertirle que no le permitiría ejercer su brujería médica en aquella casa.

Miró a su madre sorprendida. Opal Gates estaba más delgada y se movía con más lentitud de lo que ella recordaba. Antes de que su hija alcanzara a responder al señor Gates, Opal se adelantó, la besó rápidamente y la condujo al piso superior.

Durante los tres primeros días, Blair no dijo gran cosa. Era una espectadora cuidadosa. Y lo que vio la asustó.

La hermana que recordaba, aquella a quien le gustaba jugar a cambiar de lugar con su hermana para confundir a la gente, había desaparecido o estaba tan aterrada que nadie podía encontrarla. Era como si toda la creatividad de Houston se hubiera concentrado en elegir bonitos vestidos.

El segundo día que estaba en Chandler, Blair descubrió, gracias a una amiga, algo que le dio esperanzas de que, a pesar de todo, la vida de su hermana no fuera totalmente inútil. Todos los miércoles, Houston se disfrazaba de mujer gorda y vieja y montaba en un carro tirado por cuatro caballos para ir a repartir alimentos a los campos mineros. Era Una actividad peligrosa, ya que los campos estaban custodiados para evitar la entrada de sindicalistas. Si descubrían que Houston entregaba alimentos a las esposas de los mineros -

que se suponía debían hacer sus compras en el almacén del campo-, podrían hacerle juicio, si es que los guardias no le disparaban antes.

Pero al tercer día, cuando se reencontró con Leander Westfield, Blair abandonó toda esperanza.

Cuando los Westfield habían llegado a Chandler, las gemelas tenían seis años. Blair estaba en su cuarto, con un brazo roto y no pudo recibir a Leander que tenía entonces doce años y ni a su hermanita de cinco. Sin embargo, se enteró de todos los detalles a través de Houston. Houston desobedeció las órdenes de su madre y entró al cuarto de Blair para contarle que había conocido al hombre con quien se casaría.

Blair la había escuchado con suma atención. Houston siempre había sabido lo que quería, como un adulto.

-Es el tipo de hombre que quiero. Es tranquilo, inteligente, muy apuesto y quiere ser médico. Averiguaré lo que debe saber la esposa de un médico.

-¿Te ha pedido que te casaras con él? -le preguntó Blair con tono perplejo.

-No -respondió Houston, quitándose los guantes que aún estaban blancos; a Blair no le duraban más que treinta minutos de ese color-. Los hombres de la edad de Leander no piensan en el matrimonio, pero nosotras sí tenemos que hacerlo. Ya lo he decidido: me casaré con Leander Westfield en cuanto termine la escuela de medicina. Claro que tienes que darme tu aprobación. No me casaría con alguien que a ti no te gustara.

Blair se sintió honrada por la responsabilidad que Houston le confería y se la tomó muy en serio. Cuando conoció a Leander se sintió desilusionada porque no era un hombre sino un niño alto, delgado, apuesto y que rara vez abría la boca. A Blair siempre le habían gustado los varones que sabían correr, tirar piedras y que le enseñaban a silbar con dos dedos en la boca. Después de los primeros encuentros desagradables con Lee, Blair descubrió lo que la gente veía en él, el día que Jimmy Summers se cayó de un árbol y se rompió la pierna. Ninguno de los niños supo qué hacer, y se quedaron petrificados mirando llorar a Jimmy. El que se hizo cargo de la situación entonces fue Leander, que de inmediato envió a uno de los niños a buscar al doctor y a otro a llamar a la madre de Jimmy. Blair se quedó impresionada por su actitud y miró a Houston con aprobación; esta se limitó a hacer un gesto afirmativo con la cabeza; ese episodio había reconfirmado su decisión de convertirse en la futura señora Westfield.

Blair admitía que Leander tenía varias cualidades, pero no terminaba de gustarle. Era demasiado seguro de sí mismo, demasiado presumido... demasiado perfecto. Por supuesto que jamás le había dicho a Houston que no le gustaba y albergaba la esperanza de que, cuando creciera, cambiaría, se volvería más humano. Pero no fue así.

Hacía algunos días, Lee había ido a buscar a Houston para invitarla a tomar el té y, como Opal y el señor Gates habían salido, Blair tuvo la oportunidad de conversar con él mientras Houston terminaba de arreglarse.

-El próximo mes comenzaré el internado en el hospital St. Joseph de Filadelfia -le dijo Blair mientras estaban sentados en la sala principal-. Es un hospital excelente.

Leander la miró con esa mirada penetrante que tenía desde niño. Era imposible saber en qué estaba pensando.

-Me pregunto -continuó Blair- si sería posible acompañarte en las guardias del Hospital de Chandler. Seguramente podrá!> darme algunos consejos que me sirvan para cuando comience el internado el mes próximo.

Lee tardó bastante en responderle.

-No creo que sea conveniente -fue todo lo que dijo. -Creí que entre médicos...

-No creo que la junta de directores considere que una mujer esté en condiciones de hacerlo. Podría hacerte entrar en el hospital de mujeres.

En la escuela de medicina le habían advertido que recibiría ese tipo de trato constantemente.

-Quizá te sorprenda saber que pienso especializarme en cirugía de abdomen. No todas las doctoras tienen como meta ser parteras.

Leander levantó una ceja y la miró de arriba a abajo. Blair se preguntó si todos los hombres de Chandler serían tan estúpidos como para creer que el papel de la mujer estaba dentro de su casa.

Sin embargo, decidió no juzgarlo. Después de todo, ya eran adultos y debía dejar de lado los rencores infantiles. Si era el hombre que Houston quería, pues bien, que se casara con él; no sería ella quien tendría que soportarlo.

Pero a medida que pasaba más tiempo con su hermana, se iba cuestionando cada vez más la idea del matrimonio entre ambos, porque Houston se ponía aun más rígida en presencia de Lee. Casi no se hablaban entre ellos, ni se decían secretos ni compartían risitas como la mayoría de las parejas comprometidas. No eran como ella y Alan, pensó Blair.

y esa noche, durante la cena, las cosas parecieron llegar al límite. Estaba cansada del constante hostigamiento de Gates y le molestaba ver a su hermana en ese ambiente tan opresivo. En un momento en que Gates volvió a atacarla, Blair explotó y lo acusó de haber arruinado la vida de su hermana, y le advirtió que no dejaría que arruinara también la suya.

Blair se arrepintió inmediatamente de sus palabras y pensó en disculparse, pero en ese preciso momento apareció su majestad real, Leander, y todos lo miraron como si acabara de entrar un semidiós. Blair sintió que su hermana era ofrecida en sacrificio a ese hombre frío y sin sentimiento. Y cuando Leander se dirigió a Houston como su esposa, como si ya la poseyera, Blair no pudo soportarlo y salió de la habitación llorando.

No sabía cuánto tiempo había estado llorando, cuando su madre fue a verla a su habitación, la abrazó y la acunó como si fuera una niña.

-¿Qué te pasa? -le dijo Opal mientras le acariciaba el largo cabello-. ¿Extrañas la casa de los tíos? Sé que el señor Gates no te hace agradable tu estancia, pero no tiene malas intenciones. Quiere que te cases, que tengas tu hogar, tus hijos, y teme que si te dedicas a la medicina nadie te quiera. No tendrás que quedarte mucho más aquí; pronto podrás volver a la casa de los tíos y comenzar a trabajar en el hospital.

Las palabras de su madre la hicieron llorar todavía más. -No es por mí -dijo sollozando-. Yo puedo irme, puedo salir de aquí. Es por Houston. Es tan infeliz y todo por mi culpa. Yo me fui y la dejé con ese hombre horrible.

-Blair -dijo Opal con firmeza-, el señor Gates es mi marido y. sea lo que sea, no puedo permitir que hables de él en esa manera.

Ella la miró con el rostro bañado en lágrimas.

-No me refiero a él. El está en esta casa y Houston se irá de aquí. Estoy hablando de Leander.

-¿Lee? -preguntó Opal incrédula-. Pero si Leander es un muchacho adorable. Todas las jóvenes de Chandler se mueren por que él las invite a bailar, y ahora Houston se casará con él. ¿No querrás decir que te preocupa que Houston se case con Lee? Blair se apartó de su madre.

-Nadie lo vio nunca tal cual es. ¿Has observado alguna vez a Houston cuando él está cerca? ¡Se petrifica! Se queda sentada como si tuviera miedo de todo, en especial de él. Houston solía reír y divertirse; ahora ni siquiera sonríe. Oh, mamá, ojalá nunca me hubiera ido. De haberme quedado, podría haber evitado que aceptara casarse con él-corrió junto a su madre y hundió el rostro en su regazo.

Opal le sonrió, agradecida por su preocupación.

-No, no tenías por qué quedarte -le dijo con suavidad-. Te habrías convertido en una mujer igual a Houston, que cree que la única perspectiva para una mujer es formar un hogar. Habrías privado al mundo de una buena doctora. -Le levantó la cara para que la mirara-. En realidad no sabemos cómo se comporta Houston cuando está a solas con Lee. Nadie puede conocer la vida íntima de los otros. Imagino que tú también tendrás tus secretos.

Blair pensó en Alan y se ruborizó. Sin embargo. ese no era el momento de hablar de él. Llegaría dentro de poco y entonces tendría a alguien que la apoyara.

-Puedo imaginar cómo es cuando están a solas -insistió Blair-. Nunca se hablan ni se tocan. Nunca los he visto intercambiar una mirada cómplice -Blair se puso de pie-. Y la

verdad es que nunca pude soportar al ilustre y célebre Leander Westfield. Es uno de esos niños ricos malcriados que recibieron todo en bandeja de plata. Nunca supo lo que es una desilusión, o el trabajo duro, la lucha, el sacrificio, ni siquiera debe de conocer la palabra "no". Cuando estudiaba, la escuela de medicina para hombres que está cerca de la nuestra sólo permitía que las cinco de nosotras que tuvieran el mejor promedio participaran en algunas de sus clases. Los hombres eran amables hasta que nosotras sacábamos mejores notas que ellos en los exámenes; entonces, nos pedían que nos retiráramos antes de que finalizara el curso. Leander me recuerda a esos jóvenes presuntuosos que no soportaban la competencia.

-Querida, ¿realmente crees que eso es justo? Que Lee te recuerde a esas personas no quiere decir que sea igual a ellos.

-Muchas veces he tratado de hablar con él de medicina y lo único que hace es mirarme. ¿Qué sucedería si Houston decidiera hacer otra cosa en su vida que elegirle los calcetines a tono con el traje? La atacaría como el señor Gates me ataca a mí.

Opal comenzaba a fruncir el entrecejo.

-¿Has hablado con Houston? Estoy segura de que ella podrá explicarte por qué ama a Leander. Quizás en su vida privada sean diferentes. Creo que ella lo ama. Y a pesar de lo que tú digas, Leander es un buen muchacho.

-Como Duncan Gates -dijo Blair en voz baja. Estaba aprendiendo que los hombres "buenos" podían llegar a matar el alma de una mujer.

2

Blair intentó hablar con Houston, hacerla entrar en razones, pero lo único que obtuvo de su hermana fue una mirada dura y la reafirmación de que amaba á Leander. Blair sintió deseos de llorar, pero mientras bajaba la escalera detrás de Houston, se le ocurrió un plan. Ese día irían al centro de la ciudad; ella tenía que recoger una revista médica que Alan le había enviado y Houston tenía que hacer algunas compras. Lee las acompañaría.

Hasta el momento, había sido amable con Leander, pero... ¿y si lo obligara a demostrar lo cruel que era? Si lograba probar que Lee era tan opresivo y tiránico como el señor Gates, Houston podría reconsiderar la decisión que había tomado de unirse a él por el resto de su vida.

Claro que podía estar equivocada con respecto a él. Y si lo estaba, si Lee resultaba ser un hombre considerado y abierto, como Alan, entonces sería ella quien cantara más fuerte en la iglesia durante la boda de su hermana.

En cuanto llegaron a la planta baja, encontraron a Leander aguardándolas.

Blair no dijo nada mientras los seguía hasta la puerta. Ellos no se miraron ni se tocaron una sola vez. Houston caminaba muy despacio, quizá porque se había ceñido tanto el corsé que casi no podía respirar. Blair permitió que Lee la ayudara a subir al coche viejo y oscuro.

-¿Crees que una mujer puede ser algo más que esposa y madre? -le preguntó Blair a Lee mientras se acomodaba en el asiento. Miró a su hermana para asegurarse de que oiría la respuesta.

-¿No te gustan los niños? -le preguntó él, sorprendido. -Me gustan mucho -se apresuró a responder. -Entonces, supongo que son los hombres los que no te gustan.

-Por supuesto que me gustan los hombres, por lo menos algunos. Pero no has respondido a mi pregunta. ¿Crees que una mujer puede ser algo más que esposa y madre?

-Supongo que eso depende de la mujer. Mi hermana sabe preparar una mermelada de ciruelas que hace agua la boca -dijo con los ojos brillantes y, antes de que Blair pudiera contestar, le dio un empujoncito para que terminara de acomodarse en el carruaje.

Blair trató de serenarse antes de volver a hablar. Era obvio que Lee no la tomaba en serio. Por lo menos tiene sentido del humor, tuvo que admitir para sus adentros.

Pasearon por las calles de Chandler y Blair trató de concentrarse en el paisaje. Las puertas del viejo Teatro de la Opera estaban recién pintadas y parecía que habían abierto tres nuevos hoteles en el centro de la ciudad.

Las calles estaban repletas de gente y de carros: vaqueros provenientes de ranchos remotos, personas del este, bien vestidas, que buscaban hacer fortuna en un pueblo próspero como Chandler, algunos hombres de los campos mineros, y los antiguos residentes del pueblo, que los saludaban al pasar.

-Bienvenida, Blair-Houston -le gritaron varias veces. Blair observó a su hermana y descubrió que miraba fija

mente una inmensa casa que no había visto antes. Era una casa blanca, ubicada sobre una colina. El mismo señor Taggert había hecho aplanar la cima para construir esa inmensa mole desde donde se divisaba toda la ciudad.

Blair había oído hablar de esa casa durante años en las cartas que recibía de su madre y su hermana. Habían ignorado nacimientos, muertes, bodas, accidentes, todo lo que hubiera sucedido en Chandler que no estuviera relacionado con aquella casa.

y cuando por fin la mansión quedó terminada y el propietario no invitó a nadie a visitarla, las cartas de Houston tras untaron una desesperación casi cómica.

-¿Todavía desean conocer esa casa? -preguntó Blair, mientras trataba te reorganizar sus ideas. Si Leander no la tomaba en serio y no le daba una respuesta concreta, no podría demostrar nada a Houston.

Houston le habló de la casa con voz soñadora, como si estuviera refiriéndose a un castillo de hadas, un lugar donde los sueños se volvían realidad.

-No estoy seguro de que todo lo que se dice sobre él sean sólo rumores -dijo Leander, refiriéndose al señor Taggert-. Jacobo Fenton dijo...

-¡Fenton! -explotó Blair-. Fenton es un hombre cruel y ruin que utiliza a las personas para obtener lo que quiere. -Fenton poseía la mayor parte de los campos mineros de los alrededores de Chandler y mantenía a la gente encerrada en los campos como si fueran prisioneros..

-Creo que no debes culparle sólo a él -dijo Lee-. Hay accionistas y contratos que debe cumplir. Hay otras personas implicadas en el asunto.

Blair no podía creer lo que oía y, cuando se detuvieron para dejar el paso a otro carro, miró a su hermana, contenta de que estuviera escuchando la conversación. Leander estaba defendiendo a los magnates del carbón, y Blair sabía que Houston se preocupaba mucho por los mineros.

-Nunca tuviste que trabajar en una mina -le dijo Blair-. No tienes la menor idea de lo que significa luchar cada día para sobrevivir.

-y supongo que tú sí.

-Mucho más que tú -respondió Blair-. Tú estudiaste

medicina en Harvard. Allí no permiten el ingreso a las mujeres. -Volvemos a lo mismo -dijo Lee con tono cansado-.

Dime, ¿acusas a todos los médicos o me has elegido a mí en particular?

-Tú eres el único que se casará con mi hermana.

El se dio la vuelta para mirarla, sorprendido.

-No sabía que estabas celosa. Alégrate, Blair, ya encontrarás a tu hombre.

Blair apretó los puños, miró hacia adelante y trató de no olvidar el motivo por el cual estaba hablando con ese hombre que tenía tan alta estima de sí mismo. ¡Esperaba que al menos Houston apreciara lo que hacía por ella!

Suspiró y dijo:

-¿Qué opinas de las mujeres que ejercen la medicina? -Me gustan las mujeres.

-¡Ah, ah! Te gustan las mujeres siempre y cuando se queden en el lugar que les corresponde y no pretendan entrar en tu hospital.

-Creo que fuiste tú quien lo dijo y no yo.

-Tú dijiste que no era un médico de verdad y que no podía acompañarte en la guardia.

-Dije que creía que la dirección del hospital no te aceptaría. Si obtienes su permiso, te mostraré todos los vendajes ensangrentados que desees.

-¿Tu padre no está en la dirección?

-No tengo influencia sobre él.

-Estoy segura de que es como tú y cree que las mujeres no deberían estudiar medicina.

-Por lo que recuerdo, no he emitido ninguna opinión sobre las mujeres que estudian medicina.

Blair sintió ganas de gritar.

-No me has respondido. ¿Qué es lo que piensas sobre las doctoras?

-Creo que eso dependería del paciente. Si tuviera un paciente que prefiriera morir antes que una mujer lo tocara, no permitiría que ninguna médica se le acercara. Pero si tuviera un paciente que me rogara ser atendido por una doctora, supongo que recorrería toda la tierra hasta encontrarla, si fuera necesario.

Blair no dijo más. Hasta el momento, Lee había logrado responder a todas sus preguntas.

-Esa casa es el sueño de Houston --dijo Leander, intentando cambiar de tema-. Si no me tuviera a mí, creo que se uniría a la fila de mujeres que luchan por conquistar al señor Taggert y su casa.

-Me gustaría ver cómo es por dentro -dijo Houston con voz perdida, y luego le pidió a Lee que la dejara en la tienda del señor Wilson.

Después de que Houston abandonara el carruaje, Blair no sintió necesidad de dirigir la palabra a Leander; a él tampoco le pareció necesario entablar una conversación. Estuvo a punto de hacerle más preguntas sobre su trabajo en el hospital, pero ya había sido suficiente con las tontas respuestas que había escuchado.

Leander la dejó en la oficina de correos de Chandler y, al bajar del coche, Blair se encontró con muchos viejos conocidos, que la llamaban Blair-Houston porque no podían distinguirla de su hermana melliza. Hacía años que no la llamaban de esa manera y se preguntó cómo se sentiría Houston, obligada a formar parte de ese todo, del que no podía individualizarse.

Recogió su revista médica y comenzó a caminar por la Tercera Calle hacia la ferretería de Rarrell, donde tenía que reunirse con Houston y Leander.

Lee estaba solo, apoyado contra una baranda. Como no vio a Houston, Blair pensó que podrían aguardar en la zapatería de enfrente hasta que apareciera. Pero Lee la vio y le gritó tan fuerte que toda la ciudad lo debió de haber oído.

-¿Pensabas volverte y salir corriendo?

Blair enderezó la espalda, cruzó la calle y se acercó a él. El sonreía de forma burlona, y ella deseó ser un hombre para retarlo a duelo.

-No creo que lo que estás pensando sea propio de una dama. ¿Qué diría el señor Gates?

-Seguramente nada que no me haya dicho ya.

La expresión de Lee cambió de inmediato.

-Houston me dijo que fue duro contigo. Si puedo ayudarte en algo, dímelo.

El sorpresivo cambio de actitud desconcertó a Blair. Creía que él la despreciaba. Antes de que alcanzara a responder, apareció Houston con el rostro encendido y bastante inquieta.

-Me alegro de que hayas llegado: has liberado a tu hermana de la obligación de decirme algo agradable.

-¿Qué dices? -preguntó Houston.

Lee la tomó de un brazo y la condujo hasta el coche. -Dije que es mejor que vayas a casa ahora y empieces

prepararte para la recepción del gobernador.

Ayudó a Houston a subir al carruaje y luego a Blair. Blair miró a su hermana y decidió intentar desenmascarar a Leander una vez más.

-Sin duda compartes la teoría del doctor Clark sobre el uso abusivo del cerebro de la mujer --dijo Blair en voz alta.

Leander la miró un momento con las manos en la cintura y luego sonrió. Después de estudiarla de arriba abajo le dijo:

-Blair, creo que tú no tienes nada de qué preocuparte.

Tu cerebro funciona a la perfección.

Blair se sentó en el coche sintiendo la risita burlona de Leander y pensó que ninguna hermana soportaría lo que ella.

Cuando estaban a punto de salir del centro, dos hombres forzudos, que conducían un carro que ni un granjero se atrevería a mostrar, le hicieron señas a Leander para que se detuviera. Un hombre peludo, de aspecto sucio, se dirigió a Houston en un tono agresivo, que Blair jamás había oído en un hombre. Si había algo que Houston sabía hacer era poner límites a los que no los tenían. Asintió con educación y el hombre gritó a los caballos y partió envuelto en una nube de polvo.

-¿Qué significa esto? -preguntó Leander-. No sabía que conocieras al señor Taggert.

Antes de que Houston pudiera responder, Blair dijo:

-¿Ese es el hombre que construyó la casa? No me extraña que no invite a nadie. Sabe que lo rechazarían. A propósito, ¿cómo nos ha conocido?

-Por nuestra ropa -se apresuró a responder Houston-. Lo vi en la tienda.

-y en cuanto a eso de que nadie aceptaría su invitación -dijo Lee-, apuesto a que Houston se arriesgaría incluso a contagiarse de alguna enfermedad con tal de ver la casa. Blair se inclinó hacia su hermana.

-¿Recibiste alguna carta sobre esa casa?

-Si yo pudiera vender las palabras por kilo, sería millonaria.

-Como él-respondió Blair mirando la casa que dominaba el extremo oeste de la ciudad-. Puede guardarse sus millones, al igual que esa monstruosa casa.

-Creo que nos hemos puesto de acuerdo fingiendo sorpresa-. ¿Crees que esto durará?

-Lo dudo -respondió Blair, aunque no era lo que sentía en realidad. Quizás estuviera equivocada en cuanto a él.

Sin embargo, veinte minutos más tarde volvió a pensar con preocupación en el futuro de su hermana. Acababa de dejar a Houston sola con Lee en el jardín, cuando recordó que había olvidado la revista médica en el coche. Corrió para alcanzar a Lee antes de que se fuera y alcanzó a presenciar un pequeño drama.

Leander tocó la cabeza a Houston para espantar una abeja y ella se puso rígida. Desde donde estaba, Blair pudo ver que Houston retrocedía para que Lee no la tocara.

-No te preocupes -le dijo él molesto-. No te tocaré. -Es sólo hasta que nos casemos -murmuró Houston, pero Lee no respondió y partió furioso en su carruaje.

Leander entró en la casa de su padre dando un portazo. Subió la escalera de a dos escalones y se dirigió a su cuarto, el cuarto que dejaría en cuanto se casara con Houston y fueran a vivir a la casa que había comprado para ella.

Casi se llevó por delante a su padre, pero no se detuvo ni se disculpó.

Reed Westfield vio la expresión de enojo de su hijo y lo siguió hasta su habitación. Leander estaba guardando ropa en una maleta cuando entró su padre.

Reed permaneció un momento de pie junto a la puerta, observándolo. No se parecían; Reed era de estatura baja, rechoncho, y su rostro delicado lo asemejaba aun bulldog, pero tenían el mismo temperamento. No era fácil enfurecer a un Westfield.

-¿Algún caso de urgencia? -preguntó mientras Lee arrojaba prendas en la maleta que estaba sobre la cama, aunque no siempre acertaba.

-No, mujeres -murmuró Lee con los dientes apretados. Reed trató de ocultar una sonrisa y rió para disimular. Como buen abogado, había aprendido a disimular sus reacciones ante cualquier cosa que pudieran decir sus clientes.

-¿Te has peleado con Houston?

Leander se volvió hacia su padre, furioso.

-Nunca peleo ni discuto con Houston. Houston es completamente perfecta, no tiene un solo defecto.

-Ah, entonces ha sido con su hermana. Alguien me comentó que estuvo molestándote hoy. Pero no es con ella con quien tendrás que vivir.

Lee hizo una pausa.

-¿Blair? ¿Qué tiene que ver ella en esto? Ella es la única mujer que me ha divertido desde que me comprometí. Es por Houston por lo que me voy de Chandler.

-Aguarda un momento -le dijo Reed, tomando a su hijo de un brazo-. Antes de saltar a un tren y dejar morir a todos tus pacientes, ¿por qué no te sientas y me cuentas lo que te molesta tanto?

Lee se sentó en la silla como si pesara una tonelada, y pasaron varios minutos antes de que pudiera hablar.

-¿Recuerdas por qué le pedí a Houston que se casara conmigo? En este momento no puedo recordar una sola razón que me haya llevado a hacerlo.

Reed se sentó frente a su hijo.

-Veamos, si recuerdo bien, fue un amor puro, limpio y anticuado. Cuando regresaste de Viena, después de terminar tus estudios, te uniste a la legión de hombres jóvenes y viejos que perseguían a la sensual señorita Houston Chandler por toda la ciudad, rogándole que aceptara sus invitaciones, sólo por estar cerca de ella. Recuerdo que hablabas todo el tiempo de su belleza y de que todos los hombres de Chandler le habían propuesto matrimonio. Y también recuerdo la noche en que tú se lo pediste y ella aceptó. Creo que estuviste flotando en una nube durante toda una semana.

Hizo una pausa.

-¿Contesta eso tu pregunta? ¿Ahora te has dado cuenta de que no estás interesado en la adorable Houston?

Leander miró a su padre con seriedad.

-He llegado a la conclusión de que su figura, su modo

de caminar, todas esas cosas que enloquecen a los hombres, no son más que un disfraz. Ella es un bloque de hielo, fría y sin emociones. No puedo casarme con una mujer como ella y pasar el resto de mi vida junto a alguien que no tiene sentimientos.

-¿Es ese todo d problema? -preguntó Reed, obviamente aliviado-. Se supone que las buenas mujeres son así. Aguarda a que estéis casados, ya cambiará. Tu madre era muy fría conmigo antes de casamos. Un día en que me pasé de la raya me partió su sombrilla en la cabeza. Sin embargo, después de casamos... bueno, las cosas mejoraron muchísimo. Confía en la palabra de alguien con más experiencia en estos asuntos. Houston es una buena muchacha y no olvides que ha vivido con el fanático de Gates durante todos estos años. Es lógico que esté nerviosa y asustada.

Leander escuchó las palabras de su padre con atención. Nunca había pensado pasar el resto de su vida en Chandler. Había planeado hacer el internado en una gran ciudad, trabajar en un hospital importante y algún día poner su propio consultorio y hacer mucho dinero. Había tardado seis meses en decidirse a regresar a su casa, que era donde lo necesitaban, donde tendría casos más importantes que los casos de histeria de mujeres ricas.

Durante todo el tiempo que había estado fuera de Chandler, Houston le había escrito cartas contándole los últimos acontecimientos de la ciudad y hablando de sus estudios. Aguardaba esas cartas con ansia, al igual que aguardaba el día del reencuentro con la deliciosa muchacha que las escribía.

La noche de su regreso, su padre le organizó una fiesta de bienvenida y pudo ver a la "muchachita". Houston se había convertido en una mujer cuya figura hacía sudar las manos de Lee. Se quedó mirándola con la boca abierta y uno de sus amigos tuvo que darle un codazo.

-Es inútil intentarlo. No existe un solo hombre en la ciudad que no le haya pedido matrimonio, pero no acepta. Supongo que debe de estar aguardando a un príncipe o a un presidente.

Lee sonrió y dijo:

-Quizá vosotros no sepáis pedírselo. Aprendí unos cuantos trucos en París.

y así se convirtió en uno de los pretendientes que luchaban por obtener la mano de la señorita Houston Chandler. Seguía sin comprender cómo había sucedido. La había invitado a varias fiestas y en una de ellas le dijo, como al pasar: ¿Supongo que no querrás casarte conmigo, verdad? Había esperado que ella se negara; luego podría reír con sus amigos del club diciendo que él también lo había intentado pero había fracasado.

Se quedó perplejo cuando Houston le dijo que aceptaba y le preguntó si el veinte de mayo le parecía una fecha conveniente. A la mañana siguiente, vio su fotografía en el diario anunciando su compromiso matrimonial con Houston; la nota agregaba que la feliz pareja elegiría las alianzas esa mañana. Desde entonces, no tuvo un solo minuto para pensar en 10 que había hecho. Si no estaba en el hospital, estaba con el sastre o con Houston, eligiendo el color de un tapizado o de una cortina para la casa que había comprado.

y ahora, a escasas semanas de la boda, comenzaba a dudar. Cada vez que tocaba a Houston, esta se alejaba de él como si le provocara náuseas. Por supuesto que conocía a Duncan Gates y la educación rígida que le había dado. Su padre le había contado que, años atrás, Gates había querido prohibir que las mujeres entraran a la cafetería que se había abierto en el centro del pueblo, aduciendo que eso las incitaría al ocio, al chismerío y al flirteo. Todo 10 cual resultó ser verdad, y los hombres estaban encantados.

Leander tomó un cigarro fino y largo del bolsillo de su chaqueta y lo encendió.

-No tengo mucha experiencia con "buenas muchachas", antes de casarte con mamá, ¿no temías que ella no cambiara?

-Estaba muy preocupado. Incluso le dije a mi padre que no quería casarme con ella, que no quería pasar el resto de mi vida junto a una mujer de piedra.

-Pero cambiaste de opinión. ¿Por qué? Reed sonrió como disculpándose.

-Bueno... ya... -Volvió la cabeza, incómodo-. Si ella estuviera aquí hoy, creo que querría que te lo dijera. La verdad es, hijo, que la seduje. Le di mucho champán y le hablé al oído durante horas hasta seducirla.

Se volvió abruptamente.

-Pero no estoy aconsejándote que hagas lo mismo. Sólo quiero que aprendas de lo que hice. Podrías meterte en un grave problema si lo hicieras. Hasta el día de hoy, pienso que llegaste dos semanas antes de lo apropiado

Leander estudió la punta de su cigarro. -Aprecio tu consejo y creo que lo seguiré.

-No estoy seguro de haber hecho bien al contarte esto. Houston es una muchacha adorable y... -Se detuvo para estudiar a su hijo-. Confío en tu juicio. Haz lo que creas mejor. ¿Estarás aquí para la cena?

-No-respondió Lee con suavidad, como si estuviera meditando-. Esta noche debo asistir con Houston a la recepción del gobernador.

Reed quiso decir algo, pero cerró la boca y abandonó la habitación. No lo habría hecho si hubiera sabido que más tarde su hijo llamaría al bar y ordenaría que enviaran cuatro botellas de champán francés a su futura casa, y que pediría al ama de llaves que preparara una cena con entrada de ostras y postre de chocolate.

3

En el piso superior de la casa Chandler, Blair trataba de concentrarse en un artículo sobre peritonitis, pero a cada rato se distraía y miraba por la ventana a su hermana, que estaba en el jardín cortando rosas. Houston canturreaba, olía las flores y disfrutaba de todo.

Blair no terminaba de entenderla. Acababa de tener una pelea con su prometido, que se había ido hecho una furia, y ella seguía como si nada..

y luego, ese extraño episodio con el señor Taggert. Blair jamás había visto que su hermana se portara tan amablemente con un hombre que no le hubieran presentado primero. Houston respetaba mucho las reglas de etiqueta; sin embargo, había saludado a ese hombre peludo y sucio como si fueran viejos amigos.

Blair dejó su revista a un lado y bajó al jardín.

-Muy bien -dijo cuando estuvo aliado de su hermana-. Quiero saber lo que está sucediendo.

-No sé de qué estás hablando -le respondió Houston con aparente inocencia.

-Kane Taggert -dijo Blair mientras trataba de leer la expresión del rostro de su hermana.

-Lo vi en la tienda del señor Wilson y luego nos saludó cuando nos cruzamos con él.

Blair estudió a Houston y le vio que tenía las mejillas sonrosadas, como si estuviera excitada por algo.

-Me ocultas algo.

-En realidad, no debí haberme metido, pero el señor Taggert parecía enojado y quise evitar una discusión. Por desgracia, fue a causa de Mary Alice -Houston le contó que Mary Alice Pendergast se había referido al señor Taggert como un minero y le había hablado con altivez. Y ella le había defendido.

Blair se sorprendió de que Houston participara en una discusión que no le incumbía, y lo peor era que el señor Taggert no le agradaba en absoluto. Parecía capaz de cualquier cosa. Además, había oído historias acerca de él y sus amigotes, el señor Vanderbilt, Jay Gould y Rockefeller.

-No me gusta que te mezcles con esa gente. -¡Hablas como Leander!

-Por primera vez tiene razón.

-Deberíamos señalar este día en la biblia familiar. Blair, te juro que a partir de esta noche no volveré a mencionar al señor Taggert.

-¿Esta noche? -Blair tuvo la sensación de que lo más sensato hubiera sido salir corriendo y no escuchar a su hermana. Cuando eran pequeñas, Houston había ideado varias travesuras que no terminaron bien, y siempre le habían echado la culpa a ella. Nadie creía que la dulce Houston fuera capaz de desobedecer.

-Mira esto. Me lo ha traído un mensajero. Me ha invitado a cenar esta noche a su casa -Houston sacó una nota de la manga del vestido y se la entregó a Blair.

-¿y qué hay con esto? Se supone que esta noche tienes que asistir a una recepción en compañía de Leander.

-Blair, parece que no te dieras cuenta de lo que significó esa casa en el pueblo. Todo el mundo trató de conseguir una invitación para conocerla. Vino gente de todo el estado a verla, pero nadie pudo entrar. Incluso una vez que un duque inglés pasó por aquí, le pidieron al señor Taggert que lo invitara a su casa y se negó; ni siquiera recibió al comité que fue a verlo. Y ahora me ha invitado a mí.

-Pero tienes que ir a otra parte -insistió Blair-. El gobernador estará allí. Y es más importante que esa casa vieja.

Los ojos de Houston recobraron la mirada soñadora con que habían contemplado la casa aquella mañana.

-No puedes comprenderlo. Año tras año vimos llegar los cargamentos en el tren. El señor Gates decía que el dueño no había querido construir una extensión del ferrocarril hasta la puerta de la casa para que todo el pueblo viera llegar los cajones. Provenían de todas partes del mundo. Oh, Blair, sé que debían de estar llenos de muebles y objetos de arte. ¡Y tapices de Bruselas!

-Houston, no puedes estar en dos lugares al mismo tiempo. Prometiste asistir a la recepción y debes ir -le dijo, deseando terminar con la cuestión. De los dos hombres, Leander era en definitiva el mejor.

-Cuando éramos niñas podíamos estar en dos lugares al mismo tiempo -le dijo Houston como si eso fuera lo más natural del mundo.

-¿Quieres que intercambiemos los lugares? ¿Quieres que pase la noche con Leander, aparentando que lo quiero, mientras tú vas a visitar la casa de un hombre tan desagradable?

-¿Qué es lo que sabes de Kane para hablar así de él? -¿Kane, eh? Pensé que no lo conocías.

-No cambies de tema. Blair, por favor, intercambiemos los lugares, sólo por esta vez. Lo dejaría para otra noche, pero temo que el señor Gates me lo prohíba y tampoco creo que Leander me deje ir. Nunca volveré a tener una oportunidad así. Es la última travesura antes de casarme.

-Hablas del matrimonio como si fuera la muerte. Además, Leander se daría cuenta enseguida del cambio.

-No si te comportas bien. Sabes que ambas somos buenas actrices. Mira cómo me disfrazo de vieja todos los miércoles. Lo único que tendrías que hacer es quedarte tranquila y no discutir con él. Tampoco hables de medicina, y camina como una dama y no como si salieras de un incendio.

Blair no podía creerlo. Desde su llegada a Chandler se había preocupado por su hermana, había temido que hubiese perdido el buen humor y el entusiasmo. Ese era el primer signo de vida que Houston mostraba desde hacía una semana. Era como cuando eran niñas: cambiaban los lugares, cada una pretendía ser la otra, y luego reían hasta descomponerse contándose las respectivas aventuras.

Pero, ¿y Leander? Lo único que tenía que hacer era comenzar a criticar a Blair por ser médica y...

Sin embargo, Leander jamás molestaba a Houston y ella se haría pasar por Houston. Además, sería una excelente oportunidad de comprobar que Leander era el hombre maravilloso que su hermana y su madre parecían creer. Sabría por fin que cuando Houston y Leander se quedaban a solas hacían una buena pareja, y que estaban enamorados.

-Por favor, Blair, yo nunca te pido nada.

-Excepto que pase unas semanas en la casa de nuestro padrastro a quien sabes que detesto. Y pasar semanas en compañía de ese hombre egoísta y orgulloso con quien piensas casarte. -Sin embargo, Blair estaba sonriendo. Regresaría a Pensilvania en paz, sabiendo que su hermana sería feliz.

-Oh, Blair, por favor, deseo tanto conocer esa casa. -¿Sólo estás interesada en la casa, y no en el señor Taggert?

-¡Por amor de Dios! He asistido a cientos de fiestas y reuniones y ningún anfitrión me hizo perder la cabeza hasta el momento. Además, habrá otras personas.

-Después de la boda, ¿podré decirle a Leander que paso una velada conmigo? Sólo para ver qué cara pone. Valdrá la pena.

-Claro que sí. Lee tiene muy buen sentido del humor, estoy segura de que la broma le parecerá divertida.

-Vayamos a preparamos. Tengo que elegir algo apropiado para esa casa. Tú te pondrás el vestido de satén azul que tenía pensado llevar esta noche.

-Preferiría ponerme mis pantalones, pero eso me delataría, ¿ verdad?

Blair siguió a su hermana al interior de la casa, entusiasmada con el juego. No sería fácil personificar a Houston, con su andar lento y sensual, pero, considerando el desafío, bien valía la pena probar.

Empezó a arrepentirse cuando Houston quiso atarle el corsé. Houston estaba dispuesta a sufrir con tal de estar bella, pero Blair no podía evitar sentir que ese instrumento de tortura le estaba comprimiendo todos los órganos. Sin embargo, cuando se puso el vestido y vio los resultados, quedó complacida con su figura.

Houston miró a su hermana en el espejo.

-Ahora pareces una mujer. -Se miró la falda y la blusa sueltas que llevaba-. Y yo me siento como una pluma. Ambas se estudiaron en el espejo.

-Nadie podrá reconocemos -dijo Houston.

-Hasta que abramos la boca -dijo Blair.

-No tendrás problemas. Tendrás que mantener la boca cerrada por una vez.

- ¿Quieres decir que hablo mucho? -le preguntó Blair. -Si no lo hicieras, mamá llamaría a un doctor.

-¿A Leander? -preguntó Blair, y ambas se echaron a reír.

Cuando estuvieron listas, Blair -quien se suponía que iría a visitar a su amiga Tia Mankin- vivió una experiencia inédita: comprobar cómo la veían los demás.

Al principio, se esforzaba tanto por parecer Houston, por imitar su andar y sus movimientos, que no se dio cuenta de que Houston la estaba imitando a ella.

El señor Gates entró en la habitación y les dijo que ambas estaban muy hermosas. Houston, imitando a Blair echó la cabeza hacia atrás y aprovechó su altura para mirar al hombre desde arriba.

-Soy doctora yeso es más importante que ser hermosa. Espero lograr algo más en la vida que ser madre y esposa.

Blair abrió la boca para protestar porque ella nunca hablaba así y era incapaz de atacar a un hombre si este no la atacaba primero. Pero cuando vio a los demás, se dio cuenta de que a nadie había sorprendido lo que Houston acababa de decir.

Casi sintió pena por el señor Gates cuando se puso rojo como el fuego. Antes de darse cuenta de lo que hacía, se interpuso entre su hermana y su padrastro.

-Es una noche tan bonita -dijo en voz alta-. Blair; ¿por qué no vamos a sentamos al jardín hasta que llegue Leander?

Cuando Houston se volvió, tenía una mirada tan hostil como jamás le había visto antes. ¿Me veré así en realidad?, se preguntó Blair. ¿Soy yo quien provoca las discusiones con el señor Gates?

Quiso preguntárselo a Houston, pero cuando estaban a punto de salir al jardín, llegó Leander.

Blair se mantuvo apartada y observando a Houston, que pretendía imitarla, y de inmediato sintió deseos de proteger a Leander. Era cortés, amable, educado y tan apuesto... No había notado que aquel joven era capaz de romper unos cuantos corazones. Tenía ojos verdes, nariz delgada y recta, labios sensuales y cabello oscuro, que llegaba hasta el cuello de la camisa. Pero lo que interesaba a Blair era la expresión de sus ojos que parecían esconder secretos que nadie compartía.

-¿Houston? -le dijo, devolviéndola a la realidad- ¿Estás bien?

-Por supuesto -respondió Blair, tratando de imitar la frialdad de su hermana.

Cuando Leander la tomó de la cintura para ayudarla subir al carruaje, ella le sonrió y él le respondió. Fue una son risa breve, pero suficiente para hacerla sentir bien.

En cuanto subieron, Houston comenzó a molestar a Leander.

-¿Cómo evitas que se extienda una peritonitis? -le preguntó en tono hostil, ante la mirada maravillada de Blair. ¿Por qué estaba tan enojada? ¿Dónde había aprendido lo de la peritonitis?

-Coso las dos capas del intestino y rezo -dijo Lee con corrección.

-¿Han oído hablar de la asepsia en Chandler?

Blair contuvo la respiración y observó a Lee para ver cómo reaccionaba. La pregunta era bastante ofensiva y no lo culparía si le contestaba como se merecía. Pero Lee la miró, le guiñó un ojo y respondió que los médicos de Chandler solían lavarse las manos antes de entrar a cirugía.

No pudo evitar una sonrisa al sentir que ambos compartían la broma. Houston siguió molestando a Lee y ella se recostó en el asiento y se dedicó a observar las estrellas, sin escuchar lo que decía su hermana.

-Cuando por fin llegaron a la casa de Tia, se sintió aliviada. En cuanto Houston bajó del carruaje y ella quedó a solas con Lee, suspiró profundamente.

-Es como si hubiese pasado una tormenta -dijo mirándolo, aunque no le gustaba hablar mal de sí misma.

-No tiene malas intenciones. Todos los médicos son así cuando empiezan a ejercer. Te vuelves consciente de la responsabilidad que implica la profesión.

-¿Después de un tiempo, dejas de hacerlo?

-Sí, aunque no sé cómo sucede. Supongo que aprendes cuáles son tus limitaciones y no estás tan seguro de poder salvar al mundo solo.

Blair se relajó y pensó que Lee era muy amable al no criticarla. Además, la había llamado médico.

Lo tomó del brazo mientras pensaba que era bueno poder quedarse en ese lado del coche aunque su hermana hubiera bajado. No se dio cuenta de que Lee la miraba de una forma extraña. Estaba encantada con la velada.

4

Chandler, Colorado, se hallaba ubicado al pie de las Montañas Rocosas, a 2.100 metros de altura, por lo que el aire allí era siempre fresco y ligero. En verano, había que cubrirse los hombros con un chal de día y de noche.

Blair respiró profundamente, inhalando la fragancia de las montañas. No se había dado cuenta hasta ahora de lo mucho que había añorado todo aquello.

No habían avanzado más de un kilómetro, cuando un hombre se acercó a toda prisa y les gritó:

-¡Westfield! ¡Lo necesitan en la calle River! Una mujer ha tratado de suicidarse.

Blair nunca había visto a ese hombre y esperaba no volver a encontrárselo. Parecía la caricatura de un jugador, con el cabello negro, los bigotes oscuros y la mirada presuntuosa.

Se quitó el sombrero de copa y saludó a Blair. -Entiendo que no es un buen momento para molestarlo Blair miró a Lee de reojo, vio que dudaba y se dio cuenta de que era por ella.

-Iré contigo, Lee. Quizá pueda ayudar en algo.

El jugador o lo que fuera, dijo:

-La calle River no es buen lugar para una dama. Quizá sería mejor que me quedara a cuidarla mientras usted va a ver qué sucede.

Fue suficiente para decidir a Lee. Hizo sonar el látigo sobre la cabeza del caballo y le gritó:

-¡Agárrate fuerte!

Blair se estrelló contra el respaldo del asiento y se sostuvo como pudo mientras Lee hacía volar la carreta. En dos ocasiones tuvo que cerrar los ojos, aterrada, cuando Lee esquivó por pocos centímetros a otros coches. La gente lo veía desde lejos y le abría paso. Escuchó voces de aliento y supuso que aquella gente estaría acostumbrada a ver a Lee corriendo para atender alguna urgencia.

Detuvo el caballo en el extremo noroeste de la ciudad, frente al río Tijeras y entre dos vías de ferrocarril; ella nunca había estado en esa parte de la ciudad ni había sentido curiosidad por conocerla. Lee ató el caballo, tomó su maletín, saltó al suelo y le ordenó que se quedara en el coche.

Pero una mirada al rostro del jugador le bastó para decidirse a seguir a Lee hacia la casa de luces rojas en la puerta. Lee subió las escaleras como si conociera el lugar, pero Blair no pudo evitar mirar a su alrededor.

Todo era rojo: las paredes, las alfombras, los muebles. Y lo que no era rojo era de madera muy oscura.

-Necesito ayuda -oyó que decía Lee mientras se abría paso entre la multitud.

Ella miró y le dijo:

-Te ordené que te quedaras en el coche. -En la cama había una mujer joven y pálida, casi una niña, retorciéndose de dolor porque había ingerido un veneno.

-¿Ácido carbólico? -preguntó Blair mientras observaba a Lee sacar unos tubos de goma de su maletín. Ella sabía lo que tenía que hacer.

No perdió un momento. Con voz firme, ordenó a dos mujeres (una de ellas tenía puesto nada más que el corsé y una bata negra transparente) que sostuvieran los brazos y las piernas de la niña, mientras enviaba a una tercera por toallas limpias. Entonces apareció una mujer alta, bien vestida, con aspecto autoritario, y Blair le pidió que trajera dos impermeables. La

mujer obedeció y Blair aguardó a que Lee tuviera una mano libre para colocarle una manga del impermeable. Ella se puso el otro sobre el vestido de su hermana.

Lee hablaba a la niña mientras le introducía el tubo di goma por la garganta. Por fin salió el carbólico, junto con los demás contenidos del estómago, salpicando a todos los presentes.

Mareada, débil, cubierta de vómito, la niña se aferró a Lee y él la sostuvo mientras Blair organizaba con tranquilidad la limpieza.

-Nada es tan grave -dijo Lee a la niña, tratando de calmarla-. Quiero que tomes esto -agregó, mientras le alcanzaba un vaso de agua y dos tabletas.

La mujer asintió en silencio y miró a Lee con ojos de adoración. Se volvió hacia Blair.

-Espero que sepas apreciar a este hombre, muñeca. No hay muchos como él.

-Tenemos que irnos. -En ese momento, Lee se percato de que tenía puesto el impermeable y miró a Blair, que estaba del otro lado de la cama.

-Lo aprendí de mi hermana -le dijo ella, respondiendo a la pregunta silenciosa. Las mujeres que los rodeaban les dieron las gracias. Cualquiera de ellas podría haber sido la que estaba en cama. Lee tomó a Blair de un brazo y, sin decir nada, salieron.

-¿Vienes aquí a menudo? -preguntó ella mientras bajaban la escalera.

-Una vez por semana se necesita un médico, por una razón u otra. He estado aquí tantas veces como cualquier otro.

Cuando llegaron al carruaje, Lee se detuvo como si quisiera decirle algo. Blair pensó que la había descubierto.

-Te agradezco que me hayas acompañado y que no me, hayas obligado a dejarte en algún lugar. Significa mucho más de lo que supones para mí.

Ella sonrió aliviada.

-Has atendido muy bien a la mujer; con rapidez y eficiencia.

Lee le acarició la sien, sonriendo.

-Hablas como Blair, pero, cualquiera sea la razón, agradezco el cumplido.

Cuando estaba en la escuela de medicina, un profesor le había advertido que el destino de todas las doctoras era enamorarse de los mejores cirujanos. El instructor les había dicho que bastaba que una interna nueva viera a un médico extirpar un quiste ovárico difícil para que se enamorara perdidamente de él.

En este momento, Blair sentía que Lee era el hombre más apuesto del mundo. Se había desenvuelto muy bien desde el punto de vista técnico, pero también había demostrado una gran compasión. Cuando él se acercó para besarla, deseó que la besara a ella y no a Houston, y retiró la cara.

Leander la miró con ojos aterradores y se dio la vuelta furioso.

Blair sintió pánico. En ese momento, ella era Houston y no Blair, y era lógico que besara al hombre que amaba.

Lo tomó de un brazo. Ella miró con los ojos llameantes de ira. Por un momento, ella estuvo a punto de retroceder. Pero se repuso inmediatamente, lo rodeó con sus brazos y acercó sus labios a la boca de Lee.

Blair pensó que el doctor Leander Westfield era un hombre muy consentido si reaccionaba tan mal porque su novia le había negado un beso. El seguía sin reaccionar, y ella lo consideró un desafío, como cuando había ingresado a la escuela de medicina.

Se puso de puntillas y se mostró apasionada por ese hombre inflexible.

Blair no estaba preparada para su reacción; nada de lo que le había sucedido en toda su vida podía haberla preparado para aquello.

Lee le tomó la cabeza con las manos y apoyó su boca en la suya con tanta pasión que la dejó sin aliento. Blair respondió apretando su cuerpo contra el de él. Y lo abrazó con más fuerza cuando él introdujo su rodilla entre las piernas de ella y le penetró la boca con la lengua.

-Discúlpenme -dijo una voz risueña, y Lee tardó unos instantes en reaccionar.

Blair permaneció allí, con los ojos cerrados, apoyada contra el coche para no caer al suelo. Casi ni se dio cuenta de que el jugador estaba hablando con Lee mientras la miraba de reojo. Nada le importaba. Tal vez había arruinado la reputación de Houston, pero en lo último que se le ocurría pensar era en su hermana.

-¿Lista? --oyó que Lee le susurraba cuando el hombre se hubo ido. Blair sentía el cuerpo caliente de Lee muy cerca del suyo.

-¿Para qué? -murmuró, antes de abrir los ojos. -Houston, no es necesario que vayamos a la recepción-le dijo Lee.

Blair se enderezó y recordó quién era, dónde estaba y que Lee era el prometido de su hermana.

-No, por supuesto que no -le dijo, evitando su mirada y tratando de no sentir las manos de él, que se demoraban demasiado en su cintura mientras la ayudaba a subir al coche.

Una vez sentados, Blair clavó la vista en el camino. Entonces, es por esto que Houston lo ama, pensó Blair. Y pensar, que le había preocupado que no tuvieran intimidad.

Blair lo miró y tropezó con la mirada de él. Sus ojos estaban vivos, relucientes... y hambrientos.

Le devolvió una débil sonrisa y se obligó a pensar en Alan. ¡Alan! ¡Alan!

De alguna manera logró controlarse, pero sus sentidos seguían mareados y no se dio cuenta de que habían atravesado el río y se internaban en la oscuridad del parque Fenton. Lee detuvo el coche y la ayudó a bajar.

-¿Por qué te detienes?

-Porque tengo el olor del ácido carbólico en la nariz y pensé que el aire fresco me despejaría.

Lee le sonrió mientras la ayudaba a bajar y Blair tuvo que desviar la mirada para no terminar nuevamente en sus brazos. -Actuaste muy bien con la muchacha esta noche.

-y tú lo dices -respondió Lee, mientras sacaba un cigarro y lo encendía-. ¿Por qué me acompañaste esta noche? Nunca antes lo habías hecho.

Blair contuvo el aliento. Tenía que inventar algo rápido.

-Supongo que me quedé preocupada por lo que sucedió esta tarde. Parecías muy enojado.

Lee inclinó la cabeza y la miró a través del humo y de la luz de la luna.

-Nunca te habías preocupado por eso.

¿En qué lío se había metido?, se preguntó Blair. ¿Y por qué Houston no la había puesto al tanto de lo que sucedía?

-Por supuesto que me preocupo, Lee. -Blair apartó la mirada-. Siempre me preocupo cuando te enojas conmigo. No dejaré que vuelva a suceder.

Lee permaneció en silencio durante tanto tiempo que Blair tuvo que volverse para mirarlo. El la observaba con los mismos ojos ávidos de antes.

-Lee, me haces sonrojar. ¿No deberíamos ir a la recepción? -Una vez más había permitido que su hermana la metiera en algo que podía causarle problemas. Esperaba que por lo menos valiera la pena ver esa enorme casa.

Lee extendió una mano con lentitud y le tocó un brazo.

Blair retrocedió hasta quedar junto a un estrado de madera.

Lee tiró su cigarro y se acercó a ella.

Blair le sonrió, se tomó la falda y subió corriendo al estrado.

-Antes daban conciertos estupendos aquí -dijo, mientras seguía retrocediendo y Lee avanzando-. Recuerdo que solía ponerme un vestido rosa y blanco y...

No pudo terminar la oración porque Lee estaba frente a ella y se había acabado el estrado. Cerró los ojos y, con la falda recogida, lo siguió como si estuviera en trance; nada importaba más que ese momento. Y cuando él la abrazó y comenzaron a bailar al compás de una música casi inaudible, Blair se entregó a esos sentimientos que nunca antes había experimentado.

No se dio cuenta de que el tiempo pasaba, de que se suponía que debía reemplazar a su hermana y de que el hombre que la abrazaba con tanta pasión era un extraño. Sólo existía el presente.

Cuando Lee comenzó a besarle el cuello, las mejillas, las sienes, ella se inclinó, lo rodeó con los brazos y lo acompañó en ese ritmo lento y seductor.

-Dijiste que podías ser diferente -le susurró Lee, pero Blair no escuchaba-. Vamos, dame un último beso antes de irnos.

Sólo algunas de sus palabras le llegaban al cerebro. No quería irse; no quería que ese momento acabara nunca. Y cuan.' do volvió a besarla, Lee tuvo que sostenerla porque se le aflojaron las rodillas.

Por un momento, Blair no pudo moverse; tenía los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás.

Cuando por fin lo miró, Lee estaba sonriendo, con una expresión de placer que jamás le había visto antes. Ella le de. volvió la sonrisa.

-Vamos, corazón -le dijo riendo-. Quiero mostrarte a todo el mundo.

Una vez que Lee la ayudó a subir al coche, la mente de Blair comenzó a trabajar a toda velocidad. Esa noche no saldría como la había planeado. Había querido descubrir si su hermana se casaba con el hombre correcto y, en lugar de realizar un estudio científico, cada vez que Leander la tocaba se le derretían las rodillas.

-Esto es ridículo.

-¿Qué? -le preguntó Lee, que se había sentado a su lado.

-Que... que me haya dado este repentino dolor de cabeza. Creo que debería irme a casa.

-Déjame verte.

-No -dijo Blair, apartándose de él.

Lee la tomó de la barbilla con esos dedos delgados y fuertes y la obligó a volver el rostro.

-No veo ningún signo de dolor-murmuró-, excepto esta venita justo aquí. -Lee le dio un beso en la frente-. ¿Te sientes mejor?

-Por favor-susurró Blair-. No.

Después de una caricia lenta y sensual, Lee tomó las riendas y salieron del parque.

Blair se llevó una mano al pecho para sentir cómo le latía el corazón. Por lo menos estarían en un sitio público y allí podría mantener su lugar y hacer que Lee conservara el suyo. Ese hombre pertenecía a su hermana y no a ella.

Más tarde, Blair se enteró de que efectivamente había asistido a la recepción del gobernador y de que había actuado de forma coherente aunque no podía recordar nada de lo sucedido. Le pareció que había estado todo el tiempo en los brazos de Lee, bailando sobre una pista de vidrio, sin ver nada más que la profundidad de sus ojos, ahogándose en su verdor.

Recordó que varias personas le dijeron que nunca la habían visto tan encantadora ni a Lee tan feliz. Les hicieron miles de preguntas sobre la boda que ella no sabía responder, pero no importaba porque Lee estaba siempre allí, rescatándola para bailar una pieza más.

Si habían hablado, Blair no recordaba nada de lo que se habían dicho. Sólo pensaba en sus brazos, en sus ojos y en la forma en que la hacía sentir.

Cuando un mensajero avisó a Lee que lo necesitaban en otro lugar, Blair volvió a la realidad y comprendió que aquella mágica noche había concluido. Se sentía como Cenicienta y ahora tendría que pagar el precio de aquella maravillosa velada.

-Puedes quedarte, si quieres. Yo pasaré luego a recogerte para llevarte a casa -le dijo Lee-. O puedes venir conmigo.

-Contigo -fue lo único que dijo Blair, y él la condujo hasta el coche. No hablaron durante el trayecto por las calles de Chandler, pero Blair sabía que estaba más allá de todo pensamiento coherente.

Lee le tomó una mano y, cuando ella lo miró, él le sonrió.

Por un momento, recordó a su hermana y supo que no debería estar allí, que lo sucedido esa noche era demasiado íntimo para compartirlo, que los besos y las caricias le pertenecían a su hermana y ella no tenía derecho a interferir en su amor.

-¿No tienes frío? -le preguntó Lee, y ella sacudió la cabeza.

Sentía calor y frío, se sentía sobria y borracha. Leander detuvo el coche frente a una casa que Blair nunca había visto.

-¿Tu paciente está aquí? Pensé que ibas al hospital. Lee la tomó en sus brazos.

-Quisiera pensar que la emoción te ha hecho olvidar la casa que hemos elegido.

Antes de que Blair pudiera disimular su error, Lee continuó.

-Pensé que podríamos hablar sobre los preparativos para la boda. No hemos hablado mucho últimamente.

-Pero, ¿y tu paciente? ¿No tendríamos que...?

-No hay tal emergencia ni tampoco tal paciente. Quería una excusa para irnos de ahí y me aproveché de mi profesión, ¿No te importa, verdad?.

-Debo ir a casa. Ya es tarde y mamá debe de estar aguardándome.

-Pensé que tu madre tenía un sueño profundo y que tú tenías dificultades para despertarla.

-Bueno, sí, pero con Blair en casa, está cambiando, -Blair sonrió al ver que él fruncía el entrecejo y dijo que le encantaría hablar de la boda. Pasó junto a él y se detuvo frente, a la puerta. Deseaba que no le hiciera demasiadas preguntas.

El interior de la casa era adorable, femenino, sin excluir; lo masculino. Blair estaba segura de que Houston lo había de. corado. En la sala estaba encendido el hogar para protegerlos;

del frío de la montaña. Frente al fuego había una mesita baja con candelabros, pato asado, caviar, ostras, trufas de chocolate, y cuatro cubos de hielo con champán francés. La mesa estaba rodeada de almohadones mullidos.

Blair miró a Lee, luego la mesa con todos esos manjares, el fuego, y pensó: estoy metida en un buen lío.

5

El modo en que la miró Leander la hizo sentir como si estuviera perdiendo sangre. Había pasado la última semana cerca de ese hombre y no se había dado cuenta de que tenía un poder de seducción especial. Seguramente era el lazo de sangre que la unía a su hermana lo que la había hecho reaccionar así. Houston era una mujer sagaz y sabía esconder toda su pasión debajo de ese exterior frío. Nadie, ni siquiera su hermana, había podido adivinar el fuego que se escondía detrás de esa fachada altiva. ¡Y cómo se debía de haber reído de su miedo a que Lee no fuera conveniente para ella!

Claro que si estuviera comprometida con un hombre que me hace temblar cada vez que me roza, no dejaría que ninguna mujer se quedara a solas con él, ni siquiera mi propia hermana, o en especial mi hermana, pensó Blair.

Mientras pensaba todo esto, se dijo que ella también tenía a un hombre que la hacía temblar cuando la rozaba. Bueno, quizá no cada vez que la rozaba, pero sí lo suficiente como para que lo amara.

Cuando volvió a mirar a Lee, la curva de sus labios, la intensidad de su mirada, tuvo que admitir que ningún hombre la había hecho sentir de esa manera. Tampoco había imaginado que pudiera existir una pasión así.

-Debo irme a casa. Creo que he olvidado algo -murmuró Blair.

-¿Qué? -le preguntó Lee mientras se acercaba con pasos lentos.

-Quédate donde estás -le pidió Blair, tragando con dificultad.

Lee la tomó de un brazo.

-No me tienes miedo, ¿no? Ven aquí y siéntate. Nunca te había visto así antes. No es que no me guste, pero...

Blair trató de calmarse, trató de recordar que estaba en el lugar de su hermana. Si le decía lo de la broma en ese momento, se pondría furioso, tan furioso que podría llegar a romper el compromiso. Pensó que si continuaban hablando, si bebían un poquito y comían, luego podría convencerlo de que la llevara a casa. Haría cualquier cosa para impedir que ese hombre la tocara.

Se sentó sobre uno de los almohadones y se sirvió una ostra cruda.

-No te he visto mucho en tu papel de doctor Westfield -le dijo sin levantar la vista, mientras escuchaba que abría una botella de champán.

-Nunca, que yo recuerde. Toma una fresa -le dijo él, mojando la fruta en champán y poniéndosela en la boca.

Ella mordió la fruta. Luego bebió de una copa que él le alcanzó. Lamentablemente, el champán se le subió a la cabeza enseguida.

-¿Nunca? -preguntó, tratando de disipar el mareo y ese sentimiento de intensa felicidad que la invadía-. Parece demasiado.

-Demasiado para muchas cosas. -Lee le tomó una mano y comenzó a besarle la punta de los dedos.

Ella apartó la mano.

-¿Qué es eso? -preguntó, señalando un recipiente. -Caviar. Dicen que es un afrodisíaco extraordinario.

¿Quieres probarlo?

-No, gracias. -Se sintió atraída por la copa que Lee le había vuelto a llenar. Mientras la bebía a sorbitos, le preguntó:

-¿Cómo previenes una peritonitis?

El se acercó más, hipnotizándola con la mirada. -Primero, examinas al paciente -le colocó una mano en el estómago y comenzó a moverla en círculos lentos-. Sientes la piel, la calidez, y luego vas descendiendo.

Blair logró zafarse tirando la copa de champán, que cayó en las manos de Lee.

El retrocedió muerto de risa.

-Echaré más leña al fuego.

Ella notó que Lee parecía muy contento.

-Ya debería irme a casa. Debe de ser muy tarde. -No has probado la comida -Lee se sentó en un almohadón junto a ella y le sirvió.

-Comeré mientras tú hablas. Dime por qué te convertiste en médico. ¿Qué fue lo que te hizo elegir esa carrera?

Lee la estudió.

-¿He dicho algo malo?

-No, pero nunca me lo habías preguntado.

Blair sintió deseos de gritar que no se lo había preguntado porque nunca habían tenido la oportunidad de conversar de verdad. Tomó un sorbo de vino para disimular su incomodidad.

-Quizá sea porque te he visto atender a esa muchacha esta noche.

Lee se estiró junto a ella con la copa en la mano y miró el fuego.

-Quería salvar la vida de las persona. ¿Sabías que mi madre no murió por dar a luz a los cuarenta y cinco años sino porque la matrona venía de otro parto y no se había lavado las manos?

Blair detuvo el tenedor a medio camino.

-No -dijo en voz baja-. No lo sabía. Debe haberte molestado mucho la pregunta que te hizo Blair sobre las condiciones de asepsia.

Lee le sonrió.

-Blair no me molesta en absoluto. Sírvete otra ostra. No sabía si sentirse agradecida u ofenderse por el comentario.

-Es obvio que tú sí la molestas. ¿Sabías que cree que eres igual que el señor Gates?

Lee abrió un poco la boca.

-¡Qué idea tan absurda! ¿Por qué no te pones cómoda aquí, a mi lado?

Blair se acercó sin pensar en lo que hacía y de repente se detuvo. Quizá fuera el champán lo que la volvía osada. Claro que eso no explicaba su conducta en la calle River, ni en el parque, ni en la recepción.

-No, gracias - dijo, imitando el tono de voz de Houston.

Estoy bien donde estoy. ¿Piensas trabajar siempre en el hospital?

Lee suspiró y volvió a mirar el fuego.

-No necesitabas ser médico para ayudar a la gente, ¿verdad? -insistió ella-. Podías haber construido un hospital.

-Con la fortuna de mi abuelo podría haberlo hecho. Pero preferí hacer algo por mi cuenta. Si encontrara a otro médico interesado, me gustaría abrir un hospital de mujeres más completo que el que existe. Me gustaría que hubiera un lugar decente para que las mujeres pudieran tratarse, y no les sucediera lo que a mi madre. Pero la mayoría de los médicos dicen que la ginecología se ocupa de males que radican en la cabeza.

-¿y qué hay de Blair? -le preguntó, atenta.

-¿Blair? Pero ella es una mujer interrumpió para mirarla a los ojos-. Tal vez. Cuando termine su internado.

Pero no empecemos a hablar otra vez de ella. Acércate.

-Creo que debería irme...

-¡Houston! -exclamó de repente-. ¿Siempre serán así las cosas entre nosotros? ¿Siempre vas a rechazarme? -Estaba más molesto--. Si nos casamos, ¿seguirás rechazándome?

-¿Si nos casamos? -susurró Blair. ¿Qué había hecho para que le dijera una cosa así? ¿Estaría pensando en anular la boda después de una noche con ella? ¿Acaso Houston era mucho más afectuosa con Lee?

-Amor, no discutamos -dijo, extendiéndole los brazos. Blair dudó sólo un instante antes de recordar cómo evitaba Houston discutir con Lee. Tal vez, si le daba unos cuantos besos se quedaría satisfecho y la llevaría a casa sana y salva.

Blair se acercó a él, y permitió que la abrazara. Apoyó su cuerpo contra el de él y Lee comenzó a besarla. Ella se olvidó del mundo, excepto de ellos dos.

Leander la abrazó casi con desesperación, como si temiera que pudiera desaparecer. Y ella era consciente de que esa podía ser la única vez en su vida que estaría cerca de ese hombre, ese hombre que la hacía sentir tantas cosas. Su boca no la dejaba ir y ella se aferraba a él cada vez con más fuerza.

Cuando le puso las manos en la espalda y, con destreza de cirujano, comenzó a abrirle los botones; no pudo detenerlo. El vestido se deslizó lentamente, descubriéndole los hombros, y él la besó y la acarició hasta que la hizo estremecerse.

Al poco tiempo, el vestido yacía sobre la alfombra junto a la enagua de seda rosa.

Blair no podía evitar sus besos, y sintió el aroma masculino que emanaba de su cabello lacio y limpio.

-Leander -murmuró mientras los labios de él la seguían acariciando y sus manos le quitaban dos enaguas más. Satén, seda y finos algodones los rodeaban, a la luz del fuego.

Parecía acariciarla entera al mismo tiempo, quitándole cada prenda con infinito cuidado, deslizando la tela suave por su piel, desnudando nuevas partes de su cuerpo cada vez.

Mientras le acariciaba las piernas y la besaba, Blair se dio cuenta de que él todavía estaba vestido y empezó a quitarle la ropa.

Lee no tuvo el cuidado que había tenido con ella y se desvistió con violencia.

En la escuela de medicina, había visto a muchos hombres desnudos; incluso, una vez había visto a Alan con el torso desnudo, pero nunca a un hombre así, tan cálido, con la piel tostada y ojos de fuego.

Cuando Blair se apartó, Lee la miró con precaución, pero ella no lo notó. Todo lo que podía ver era a Lee, su piel, la forma de sus músculos, el estómago plano. Con interés, bajó la mirada, curiosa por saber qué diferencia había entre un hombre muerto y uno vivo.

-¿Paso la inspección? -le preguntó él con voz ronca.

-Blair no respondió, lo rodeó con sus brazos y lo atrajo hacia sí.

No estaba preparada para sentir la piel del hombre contra la suya. Con un gritito de placer se aferró a él, pasó una pierna por las suyas y trató de estar aun más cerca.

Lee la colocó encima de su cuerpo y la besó y le acarició todo el cuerpo, la espalda, los muslos, los costados de los pechos.

No dejó de besarla cuando cambiaron de posición y la puso de espaldas, separándole las piernas con las suyas.

En teoría, Blair estaba al tanto de cómo se reproducía la especie humana. Habían tenido clases especiales para mujeres solteras, pero ninguna de las profesoras había mencionado la pasión con que se realizaba ese acto. Nunca imaginó que una mujer pudiera sentirse así; no era sólo un acto de procreación, era un acto de amor y avidez.

Estaba preparada para él cuando la penetró, pero le dolió y dejó escapar un gemido. Lee permaneció inmóvil un momento, con su aliento caliente sobre el cuello de Blair, los labios quietos, como si esperara alguna señal para continuar.

Ella se recuperó de ese primer momento de dolor y comenzó a mover las caderas lentamente. La respiración agitada de Lee en su oído fue la única señal que tuvo del esfuerzo que él hacía por contenerse para no lastimarla.

Cuando Lee comenzó a empujar hacia adentro no sintió dolor, aunque sí se sintió un poco extraña; pero después lo acompañó en los movimientos. Enseguida, esos movimientos lentos dieron paso a una pasión frenética. No tenían suficiente y se aferraban con más fuerza mientras arqueaban sus cuerpos al unísono, tratando de ser una misma persona, hasta que por fin explotaron juntos.

Siguió aferrada a Lee como si temiera soltarse. Los cuerpos sudorosos estaban como pegados entre sí, como si fuera una sola piel.

-Te amo -le susurró Leander al oído-. No estoy seguro de que antes te amara; no creo haberte conocido hasta esta noche. Tampoco estoy seguro de que seamos las mismas personas que éramos ayer, pero sé que te amo. Houston, nunca amé a otra mujer.

Por un momento, Blair no comprendió por qué el hombre que la abrazaba la había llamado por el nombre de su hermana.

De repente, recordó todo con extrema claridad y trató de apartarse de Lee.

-Tengo que volver a casa. -Su tono de voz demostraba lo que sentía.

-Houston -le dijo Lee-, no es el fin del mundo. Nos casaremos dentro de dos semanas y luego pasaremos todas las noches juntos.

-¡Déjame levantarme! Tengo que ir a casa.

Lee la miró detenidamente, como si no supiera si enojarse o no, pero finalmente, sonrió.

-Puedes ser todo lo tímida que quieras, mi amor. Déjame ayudarte con eso.

Blair ni siquiera podía mirarlo. Había sido la experiencia más extraordinaria de toda su vida, pero no le pertenecía. Había engañado a su hermana, al hombre con quien iba a casarse, y le había mentido a este hombre, que para ella...

Lo miró de reojo mientras la ayudaba a atarse el corsé. Si no tenía cuidado, pronto estaría de nuevo en sus brazos y quizá se fugara con él en un tren, olvidando todas sus obligaciones. -Pareces conocer muy bien la ropa interior de las mujeres -le dijo Blair.

Lee rió mientras le sostenía la enagua para que se la pusiera.

-Lo suficiente, supongo. ¿Quieres que te la ponga?

Blair le quitó las medias de la mano, se sentó en una silla y las deslizó por sus piernas, tratando de ignorarlo. ¿Qué había hecho? Houston la odiaría. ¿Y qué diría Lee cuando descubriera que su novia era otra vez virgen? ¿Y qué diría Alan si llegara a enterarse? ¿Cómo se lo explicaría? ¿Alguien le creería si decía que cuando Lee la había tocado, había perdido todo control sobre su cuerpo? Tal vez, todo lo que Duncan Gates decía sobre ella era verdad.

-Houston -le dijo Lee, arrodillándose frente a ella-. Parece que quisieras llorar -le tomó una mano-. Mírame, mi amor. Sé cómo te han educado, y también que querías llegar virgen al matrimonio, pero lo que ha sucedido esta noche entre nosotros está bien. Seré tu esposo

dentro de muy poco y entonces podremos disfrutar todo lo que queramos. Y si estás preocupada por la moralidad de lo que hemos hecho, puedo decirte que muchas, muchas mujeres están a solas con el hombre que aman antes de casarse.

Lee estaba empeorando las cosas. El hombre que ella amaba no era el hombre con quien acababa de hacer el amor, y el hombre con quien iba a casarse no la había desvirgado.

Blair se puso de pie.

-Por favor, llévame a casa -Leander obedeció.

6

-Buenos días -dijo Leander a su padre y a su hermana Nina con inusual alegría mientras estos desayunaban.

-Nina, de diecinueve años y muy bonita, detuvo la taza de café a mitad de camino.

-Entonces, es verdad lo que he oído -dijo ella.

Lee se sirvió un abundante plato de comida.

-Sarah Oakley me ha llamado para contarme que ayer, en la recepción, Houston y tú no podíais dejar de miraros ni soltaros las manos. Dijo que nunca había visto a dos personas tan enamoradas.

-¿y qué tiene de extraordinario? -preguntó Lee-. Le he pedido a esa hermosa mujer que se case conmigo.

-Es que últimamente tenía la impresión de que, en lugar de quedarte con tu adorable novia, querías escapar.

Lee le sonrió.

-Cuando seas mayor, mi querida hermanita, sabrás algo más sobre los pájaros y las abejas. -Mientras colocaba el plato sobre la mesa, Lee se inclinó y besó a su hermana en la frente. Nina casi se atragantó con la comida.

-Debe de ser eso -dijo ella, mirando a su padre-. O se ha vuelto loco, o por fin se ha enamorado.

Reed estaba reclinado en su silla, observando a su hijo con interés. Cuando Lee lo miró y le guiñó un ojo, se confirmaron sus peores temores.

-Es cierto que sabes mucho sobre mujeres, papá. –Lee sonrió y Reed dejó escapar una carcajada.

-Prefiero no enterarme de lo que habláis -dijo Nina, levantándose de la mesa-. Creo que llamaré a Houston para darle mi pésame.

-Dile que pasaré a buscada a las once -dijo Lee con la boca llena-. Y que llevaré una canasta para ir de excursión.

Reed permaneció en su silla y encendió la pipa mientras observaba comer a su hijo. Por lo general, Leander comía con cuidado y muy lentamente, pero hoy devoraba todo lo que tenía a su alcance como si hiciera una semana que no comía. Parecía perdido en su propio mundo, un mundo de felicidad y proyectos.

-He estado pensando en el hospital de mujeres -le dijo mientras mordía un bizcocho-. En realidad, fue Houston quien me hizo pensar en ello. Quizá sea tiempo de que empiece a pensar en construido o quizá compre esa vieja ferretería que está al final de la avenida Archer. Con un poco de trabajo y dinero, ese lugar puede ser lo que estoy buscando.

-¿Fue Houston quien te dio la idea? -le preguntó Reed. -En realidad, no, pero me ayudó. Tengo que pasar por el hospital, luego la recogeré. Hasta luego. -Lee recogió una manzana dela fuente y se detuvo antes de salir para mirar a su padre-. Gracias, papá. -Fue todo lo que le dijo, como cuando era niño. Reed recordó cómo era Lee de joven, cuando no había decidido casarse.

Lee silbó toda la mañana y su alegría era contagiosa. Al poco tiempo, todo el hospital sonreía y nadie protestaba por el trabajo que tenía que hacer. La joven prostituta que había tratado de suicidarse la noche anterior fue quien más se benefició por el buen humor de Lee.

Le habló de la alegría de estar viva y después le consiguió trabajo como enfermera en la clínica de mujeres, prometiéndole ayudada en el futuro.

A las once menos diez, subió a su coche y se dirigió a la confitería de la señorita Emily para recoger la cesta que le había encargado.

-Entonces, es verdad -le dijo la señorita Emily con una gran sonrisa que le arrugaba todo el rostro-. Nina se ha pasado la mañana hablando de su hermano enamorado.

-Mi hermana habla demasiado -dijo Lee, sonriendo-.

No sé qué tiene de raro que esté feliz; estoy a punto de casarme con la mujer más hermosa del mundo. Tengo que irme. -y salió a toda prisa de la confitería.

Dejó el coche al mozo del señor Gates y subió la escalera de dos en dos.

-Puedes entrar -le dijo una voz desde el porche-. Te están aguardando.

Leander miró hacia la penumbra y vio a Blair. A pesar de que estaba dándole la espalda, se dio cuenta de que estaba muy tensa y se le acercó.

-¿Ha sucedido algo? ¿Houston está bien?

-¡Ella está bien! -respondió Blair, poniéndose de pie.

Lee la tomó de un brazo.

-Ven aquí, siéntate, quiero verte. No tienes buen aspecto.

-¡Déjame tranquila! -le gritó Blair-. ¡Y no me toques! -Logró soltarse y salió corriendo.

Lee permaneció allí, boquiabierto, hasta que apareció Houston colocándose un par de guantes de encaje blanco.

-¿Era Blair quien gritaba? ¿Se ha peleado contigo? -le preguntó.

Lee la miró con éxtasis; la estudió de arriba abajo, como si quisiera comérsela con los ojos.

-Era Blair -fue lo único que dijo.

-Bien -dijo Houston-, esperaba que tú la vieras. Ha estado así todo el día. Creo que estuvo llorando. Pensé que podrías saber qué le sucede; a mí no quiere decírmelo.

-Tendré que examinada -dijo Lee mientras la ayudaba a subir al coche. En cuanto la tocó, sintió que no podía soltada.

-¡Lee! ¡Hay gente mirando!

-Sí, claro, pero pronto lo solucionaremos.

No habló mucho durante el trayecto, sólo se volvía de vez en cuando a mirarla. Ella iba sentada en el otro extremo del asiento, alejada de él como siempre lo había estado hasta la noche anterior. No pudo evitar sonreír cuando pensó que esa joven fría y distante era la misma que no había podido resistirse a sus encantos.

Lee no había dormido mucho durante la noche, y todo el tiempo había estado reviviendo los momentos pasados con Houston. No era tanto por el sexo; había tenido relaciones con muchas mujeres y jamás había perdido la cabeza. Había algo en su actitud que lo hacía sentir maravilloso, poderoso y capaz, de cualquier cosa.

Se dirigió hacia un lugar secreto que había descubierto una vez en que lo habían llamado para arreglarle la pierna rota a un buscador de minas y había quedado atrapado en medio de, una tormenta de verano. Era un lugar escondido entre enormes rocas y árboles muy altos. Nunca había llevado a nadie allí.

Detuvo el coche, se apeó para atar el caballo y ayudó a bajar a Houston. Cuando la tomó en sus brazos, dejó que se, deslizara suavemente hasta el suelo y después la abrazó con tanta fuerza que casi la ahoga.

-No pensé mas que en ti toda la noche -le dijo-. Podía sentir el perfume de tu cabello en mi ropa, el calor de tus labios en los míos... Houston se apartó. -¿Qué dices?

Lee le acarició la sien con la punta de los dedos. -¿No tendrás vergüenza ahora, no? ¿No volverás a ser como eras antes de anoche, verdad? Houston, me has demostrado que puedes ser diferente, así que no tienes necesidad de representar tu papel de princesa de hielo. Ahora sé cómo eres en realidad, y te aseguro que si no vuelvo a ver nunca más a esa mujer fría, seré mucho más feliz. Ahora, ven aquí y bésame como lo hiciste anoche. Houston se alejó de él.

-¿Me estás diciendo que anoche me comporté de manera diferente que las demás noches? ¿Que estuve... mejor?

Lee se acercó a ella sonriente.

-Sabes que sí. Nunca antes te había visto de esa manera. Tampoco sabía que pudieras ser así. Te reirás de esto, pero comenzaba a creer que eras incapaz de apasionarte, que debajo de esa apariencia fría se escondía un corazón de hielo. Pero si tienes una hermana como Blair, que hace un incendio de la menor chispita, algo de eso tenía que tocarte a ti.

Lee la tomó de la muñeca y la atrajo hacia sí, sin reparar en su resistencia. Tampoco reparó en la forma en que Houston apartaba la cabeza cuando él la besaba.

Los labios de Houston no le respondían, permanecían inmóviles, rígidos. Al principio, le divirtió que ella tratara de mantener el control, pero cuando el beso se prolongó y ella seguía sin responder, se apartó enojado.

-Llevas el juego demasiado lejos -le dijo-. No puedes ser apasionada un minuto y fría al otro. ¿Acaso eres dos personas?

Algo en la mirada de Houston le hizo dudar. No podía ser. Retrocedió un paso.

-No es así, ¿ verdad, Houston? -le dijo-. Dime que lo que pienso es mentira. Nadie puede ser dos personas a la vez.

Houston permaneció allí, mirándolo, asustada. Lee se alejó y se sentó sobre una roca. -¿Blair se hizo pasar por ti anoche? -le preguntó con suavidad-. ¿Pasé la noche con ella y no contigo?

Houston respondió en un susurro. -Sí. - ¡Al diablo con ambas! Espero que os hayáis divertido con la broma.

-Lee... -le dijo Houston, apoyando una mano en su brazo.

El se volvió para mirarla, furioso.

-Será mejor que no digas nada. No sé por qué me habéis jugado una broma tan sucia, pero te diré que el papel de víctima no me agrada. Ahora que tú y tu hermana os habéis divertido a mis expensas, veré qué hago al respecto.

La hizo subir bruscamente al carruaje y se puso en marcha a toda prisa. Cuando llegaron a la casa Chandler, no se molestó en ayudar a Houston a bajar del coche. En el porche estaba Blair, con el rostro hinchado y enrojecido por horas de llanto. Leander la miró con odio antes de partir.

Se detuvo un momento en casa de su padre antes de montar un caballo y dirigirse a las montañas. No sabía adónde iba, pero tenía que alejarse para pensar.

Subió a caballo hasta donde el animal pudo cargarlo, luego desmontó y lo condujo a través de rocas, arroyos, cactus y malezas de todo tipo. Cuando por fin llegó a la cima de la colina, sacó el rifle de las alforjas, lo apoyó en su pierna y disparó al aire. Cuando las aves dejaron de chillar, Lee gritó con todas sus fuerzas para descargar su ira y su frustración.

-¡Maldita Blair! -gritó-. ¡Te puedes ir al infierno!

Estaba anocheciendo cuando Reed Westfield entró en la biblioteca. En el momento en que se acercaba al interruptor de luz, distinguió el cigarro encendido de su hijo.

-¿Lee? -le preguntó, mientras encendía la luz-. Te han estado llamando del hospital.

Leander ni siquiera levantó la mirada.

-¿Pudieron localizar a alguien?

Reed estudió a su hijo.

-Sí, localizaron a alguien. ¿Dónde esta el hombre que salió de aquí esta mañana? ¿No me digas que Houston se arrepintió por lo de anoche? Las mujeres suelen ser así. Tu madre...

Lee lo miró y le dijo:

-No me des más consejos sobre mujeres. Creo que no podré soportarlo.

Reed se sentó.

-¿Qué ha pasado?

Lee tiró la ceniza de su cigarro.

-Creo que está a punto de desatarse un infierno. Anoche... -Hizo una pausa para respirar y tratar de calmarse-.

Anoche, las gemelas Chandler decidieron jugarme una broma. Creyeron que sería muy divertido intercambiarse los papeles y ver si podían engañar al estúpido de Leander. Y lo lograron.

Arrojó el cigarro al cenicero y se acercó a la ventana.

-Me engañaron bien, y no porque Blair hiciera un extraordinario trabajo de imitación. En realidad, lo único que hizo fue ponerse el vestido de Houston. Blair me ayudó a atender una urgencia sin que le diera ninguna indicación, algo que nunca habría intentado Houston. Blair me preguntó sobre mis sueños y esperanzas para el futuro. En otras palabras, era la mujer perfecta con la que todo hombre sueña.

Se volvió para mirar a su padre.

-y fue la amante perfecta. Creo que la vanidad de un hombre se siente halagada por una mujer que no se resiste. Le gusta pensar que puede convencerla de cualquier cosa. Hasta ahora, todas las mujeres que conocí se interesaron por el dinero que tengo en el banco. Había mujeres que ni me miraban porque era un pobre médico, pero en cuanto se enteraban de que mi madre era una Candish, sus ojos comenzaban a brillar. Blair no es así. Ella...

Se volvió hacia la ventana.

-Houston no está interesada en tu dinero -le dijo Reed-. Nunca lo estuvo.

-¿Y quién sabe qué le interesa a Houston? Hace meses que estoy con ella pero no sé nada sobre ella. Para mí, es sólo una mujer fría que dedica su vida a estar hermosa, ¡pero Blair está viva!

Lo dijo con tanta pasión que Reed entrecerró los ojos.

-No me gusta el tono de tu voz. Vas a casarte con Houston. Sé que Blair es una muchacha directa y es una pena lo que sucedió anoche, pero te advierto que esto podría traerte problemas. Estoy seguro de que Houston estará enojada, pero si la cortejas y le envías flores, te perdonará.

Lee miró a su padre.

-¿Y qué hay de Blair? ¿Ella me perdonará?

Reed se acercó al inmenso escritorio de caoba que dominaba la habitación y sacó un cigarro de una caja.

-Si es el tipo de muchacha que se acuesta con el prometido de su hermana, supongo que sabrá superar este tipo de problemas.

-¿Qué quieres decir?

-Exactamente eso. Ha vivido todos estos años en el este, asistiendo a una escuela con hombres y aprendiendo cosas que una mujer no debería saber; tratando de ser un hombre. Las mujeres como ella saben recuperarse de las relaciones de una noche.

Lee tardó unos minutos en controlar sus emociones. -Voy a olvidar lo que acabas de decir, pero te advierto que si alguna vez lo repites, saldré por esa puerta y no regresaré nunca. No es asunto tuyo, pero te aclaro que Blair fue virgen hasta anoche. Y dentro de dos semanas será mi esposa.

Reed se quedó tan perplejo que no pudo reaccionar. Se quedó de pie, abriendo y cerrando la boca como un pez fuera del agua.

Lee se sentó y encendió otro cigarro.

-Tal vez sea mejor que te cuente todo. Como te dije, anoche, por alguna razón, las hermanas decidieron intercambiarse los papeles, de modo que la mujer que me acompañó a la recepción era Blair. Yo había planeado hacer todo lo posible por seducir a Houston y, si ella me rechazaba, pensaba romper mi compromiso. Estaba seguro de que tendría que hacerlo, porque nadie, ni siquiera yo, puede atravesar esa capa de hielo que la rodea.

Se quitó el cigarro de la boca y una leve sonrisa se dibujó en sus labios al recordar los sucesos de la noche anterior.

-A los cinco minutos de estar con ella, me sentía tan a gusto que en ningún momento se me ocurrió preguntarme por qué se comportaba de una manera tan diferente. Tuve que atender a una paciente de urgencia en la calle River y ella me acompañó; Houston en su lugar

habría exigido que la dejara en casa de alguna amiga, como hace siempre. Fuimos a la recepción y luego la llevé a nuestra futura casa. Fue la mejor noche de toda mi vida.

-y ahora crees que tienes que casarte con ella -le dijo Reed-. ¿No puedes esperar un poco? Apenas la conoces. El matrimonio es para toda la vida. Tendrás que pasar el resto de tus días con esta mujer, y la relación de una noche no basta para decidir toda una vida. Que sea buena en la cama no significa... -Se detuvo al ver cómo lo miraba Lee.

-Muy bien -continuó Reed-. Ahora pedirás la mano de esa joven. ¿Qué sucederá con Houston? ¿La dejas así, simplemente? Estas cosas son difíciles para las mujeres.

-Como todo esto fue planeado por ellas, no me siento demasiado culpable. Tendrían que haber pensado en las consecuencias.

-No podían saber que esa noche decidirías tu futuro. Antes de pedirle a Blair que se case contigo, ¿por qué no esperas un mes? Eso os dará tiempo a ambos para pensar en lo que hacéis.

-Es demasiado. Además, no creo que Blair se case conmigo.

-¿No...? -comenzó a decir Reed-. Si se acostó contigo, ¿por qué diablos no te querría como esposo?

Lee sonrió a pesar del tono de ira de su padre.

-No estoy seguro de que me quiera. Cree que soy un fanático como Gates y creo que, si le pidiera que se casara conmigo, se echaría a reír a carcajadas.

Reed levantó las manos con desesperación.

-No entiendo nada.

En ese momento, se abrió la puerta principal y se oyeron unos gritos.

Lee se puso de pie.

-Ese debe de ser el furioso señor Duncan Gates. Hace una hora fui a verlo a la cervecería y le dije que había desflorado a su hijastra y que, para remediar lo hecho, me casaría con ella. Trae a Blair para que discutamos el asunto entre los cuatro. Y no estés triste, papá. La deseo y haré todo lo posible para conseguirla.

7

-No pienso casarme con él -repitió Blair por vez. -Estás deshonrada -gruñó Duncan-. Nadie más querrá casarse contigo.

Blair trató de mantener la calma y no demostrar lo que realmente sentía. Gates le había estado gritando durante tres horas. Y pensó en su tío Henry, en su tranquilidad, en el humor con que habría tomado el asunto y en cómo se habrían sentado a conversar como adultos. Pero Gates era todo lo contrario. Sostenía esa idea medieval de que la mujer que perdía la virginidad merecía ser echada a los perros, o a Leander, en este caso.

-¿Puedo preguntarte por qué no quieres casarte con mi hijo? -le preguntó Reed Westfield.

Blair sintió cierta animosidad por parte del hombre. -Ya le he dicho que me han aceptado como interna en uno de los hospitales más importantes de Pensilvania y no pienso perder la oportunidad. Además, no amo a su hijo. Él está comprometido con mi hermana y, en cuanto se casen, regresaré a Pensilvania y no volverán a verme más. No puedo ser más clara.

-¡Has arruinado la vida de tu hermana! -le gritó Gates-. ¿No pensarás que se va a casar con Leander después de esto?

-¿Insinúas que hasta anoche él era puro, para usar tus palabras?

Duncan enrojeció.

-Cálmese, Duncan -le dijo Reed-. Blair, tiene que haber una manera de arreglar esto que conforme a todos. Seguramente sientes algo por mi hijo.

Blair miró a Lee, que estaba de pie en el extremo de la habitación, observando la escena con cierto regocijo. Lo que siento es inconfesable, pensó Blair. Lee pareció leer sus pensamientos porque la miró sonriente y ella tuvo que desviar la mirada.

-Ya se lo he dicho -continuó Blair-, me hice pasar por mi hermana y me comporté como pensé que ella se comportaría con el hombre que ama. No es justo que me castiguen por eso. Reed arqueó una ceja.

-No creo que las actrices se tomen tan a pecho sus papeles.

-y no permitiré que tú ni nadie arrastre el nombre de Houston por el fango -gritó Duncan-. Ella jamás habría hecho lo que tú. Es una buena muchacha.

-¿ y yo no lo soy, verdad? -preguntó Blair, al borde de las lágrimas.

-Una mujer decente jamás...

-Ya he oído bastante -dijo Lee, adelantándose-. ¿Podrían dejarme a solas con Blair? Quiero hablar con ella.

Blair prefería que no la dejaran a solas con él, pero, pensándolo bien, tal vez no fuera tan malo como que todos le gritaran al mismo tiempo.

-¿Quieres un jerez? -preguntó Lee cuando estuvieron solos.

-Por favor -dijo ella y tomó la copa con sus manos temblorosas.

Lee frunció el entrecejo al ver cómo temblaba.

-No pensé que Gates sería tan duro. Houston me lo había comentado, pero jamás imaginé hasta qué extremo.

Blair bebió el jerez agradecida, deseando que el licor la calmara.

-Si no lo creías tan malo, ¿por qué pediste su ayuda para tu ridículo plan?

-Quería toda la ayuda que pudiera conseguir. Pensé que si iba a verte solo, te echarías a reír en mi cara.

-Ahora no me estoy riendo.

-Muy bien, entonces terminemos con este asunto. Las invitaciones ya están en la imprenta; todo lo que hay que hacer es poner tu nombre en lugar del de Houston.

Blair saltó de su silla.

-¡De todas las ideas estúpidas que he escuchado, esta es la peor! ¿No has entendido? No quiero casarme contigo, no quiero pasar otro minuto más en esta horrible ciudad. Quiero irme a casa y quiero que mi hermana recupere a su prometido ¿Qué más puedo decir para que comprendan? ¡Quiero irme a casa!

A pesar del esfuerzo, Blair se desplomó en la silla, hundió el rostro entre sus manos y se puso a llorar.

-Él tiene razón -sollozó-. He arruinado la vida Houston.

Lee se arrodilló junto a ella y con suavidad, le apartó las manos.

-¿No comprendes que me quiero casar contigo y no con Houston?

Blair lo miró, sintió sus manos cálidas sobre las muñecas y dudó, pero antes de dejarse convencer, se puso de pie y si acercó a la ventana.

-Tú perteneces a mi hermana. Desde pequeña planea casarse contigo. Tiene un baúl lleno de ropa blanca con L y H bordadas. Ella siempre quiso ser tu esposa. Te ama, ¿no te das cuenta? Y yo amo la medicina. La medicina ha sido lo más importante en mi vida desde los doce años; y ahora quiero aprovechar la oportunidad que me ofrecen en el hospital, casarme con Alan y vivir feliz para siempre.

Lee cambió de expresión y se puso de pie.

-¿Alan? ¿Y quién diablos es él?

-Desde que llegué a esta ciudad, nadie me ha preguntado sobre mi vida en Pensilvania. Gates me grita que soy una inmoral. Mi hermana se pasa el tiempo encargando nuevos vestidos, mi madre está todo el día sentada, bordando, y tú... tú me das órdenes.

El rostro de Lee adoptó distintas expresiones. -¿Quién es Alan?

-El hombre con quien estoy comprometida. El hombre a quien amo. El hombre que vendrá a Chandler dentro de dos días para conocer a mi familia y anunciar nuestro compromiso. -Pero yo te estoy pidiendo que nos casemos.

-Estoy segura de que te has enamorado de mí en una noche. -Leander no respondió. Jugueteó con un cortapapeles que estaba sobre el escritorio.

-¿Y si consigo que aceptes casarte conmigo? ¿Y si dentro de dos semanas aceptas entrar en la iglesia de mi brazo?

-Es imposible. Alan llegará muy pronto; además, tú perteneces a Houston.

-¿De veras? -Lee se acercó a ella y la tomó en sus brazos.

Cuando la besó, Blair sintió que todo daba vueltas, tal como había sucedido la noche anterior. Se sintió débil cuando la soltó.

-Ahora dime que no hay esperanza. -Lee se apartó de ella-. ¿No se te ha ocurrido pensar que quizás Alan no te quiera después de que le expliques por qué tu nombre aparece en la invitación a la boda?

-El no es así; es un hombre muy comprensivo.

-Ya lo veremos. Te casarás conmigo dentro de dos semanas y será mejor que te hagas a la idea.

Blair mantuvo la calma hasta regresar a la casa Chandler. Allí vio a su hermana. Parecía que nada en la vida le importaba. Al principio, se había preocupado por el futuro de Houston y había querido conocer a Lee para saber si era digno de su hermana. Pero ahora lo había arruinado todo, había arruinado el futuro de su hermana.

Blair le rogó que le hablara, pero Houston se negó a dirigirle la palabra, incluso cuando se puso a llorar desconsoladamente.

El señor Gates la empujó hasta su habitación en el tercer piso y la encerró con llave. Ni siquiera permitió que Opal hablara con su hija.

Blair permaneció sentada en la oscuridad con los ojos secos de tanto llorar. Había estado llorando todo el día y parte de la noche. Tenía que elaborar algún plan para salir de ese lío. No dejaría que la obligaran a permanecer en esa ciudad y casarse con un hombre con quien no quería casarse. Tampoco perdería su internado en el hospital St. Joseph.

Permaneció quieta hasta que todos los ruidos de la casa se acallaron. Luego se acercó a la ventana y pensó en trepar las ramas del olmo y bajar hasta el suelo como hacía cuando era pequeña.

Guardó algunas prendas en un bolso y lo arrojó por la ventana. Aguardó unos instantes para ver si el ruido había despertado a alguien. Hasta el momento, nada. Se puso una falda-pantalón y trepó a la ventana. Apenas llegaba a tocar las ramas del árbol. La única manera de alcanzarlo era saltando. Se subió a la ventana, dio un gran salto y logró aferrarse a la rama del árbol.

Permaneció unos instantes colgada, balanceándose, hasta que sintió que la madera comenzaba a crujir. Con esfuerzo, logró agarrarse de la rama con las piernas, justo en el momento en que sus brazos perdían fuerza. Se deslizó luego por la rama, lastimándose las manos y los tobillos, hasta llegar al tronco del árbol. Una vez allí, aguardó un momento para recuperar el aliento e iniciar el descenso.

Cuando tocó el suelo, miró triunfalmente en dirección ala casa. No la obligarían a quedarse donde no quería.

Sintió un ruido a su izquierda y se volvió.

Alguien encendió una cerilla y luego la acercó a un cigarro. Era Leander. -¿Te ayudo con el bolso?-le preguntó. -¿Qué haces aquí? -dijo Blair, sorprendida. -Protejo lo que me pertenece -dijo él sonriendo -y has estado aquí todo el tiempo mientras yo luchaba por mi vida en lo alto del árbol? -No era tan alto. Además, no me pareció que estuvieras en verdadero peligro. ¿Quién te enseñó a subirte así a los árboles? -Con seguridad no fuiste tú. Tú estabas demasiado ocupado salvando vidas como para aprender a trepar a los árboles. -Qué ideas tan extrañas tienes sobre mí. No sé de dónde las pudiste haber sacado. Ahora, si has terminado con tus ejercicios nocturnos, te sugiero que regreses a tu casa. Después de usted, señora -dijo Lee, haciendo una reverencia.

-No tengo intenciones de volver a esa casa. Sale un tren para Denver dentro de poco y pienso tomarlo.

-¡No si se lo digo a Gates! Estoy seguro de que te perseguirá con una escopeta.

-¡No lo harías!

-¿Te olvidas de que fui yo quien comenzó con todo esto? No pienso dejar que te vayas de Chandler ni ahora ni nunca.

-Creo que empiezo a odiarte.

-No me odiaste anoche -le dijo él con suavidad-. ¿Quieres que vuelva a demostrarte que no me odias, o prefieres que te ayude a regresar a tu cuarto?

Blair apretó los dientes. Lee tendría que irse a dormir en algún momento y, cuando lo hiciera, ella escaparía. -Deja de mirarme como si quisieras comerme para el desayuno y vamos -Lee subió a la rama más baja del árbol y extendió una mano para ayudarla.

Blair le dio la mano de mala gana y dejó que la elevara. No hizo nada para ayudarlo y él tuvo que lidiar con un peso muerto.

Cuando llegaron arriba, Lee la ayudó a entrar por la ventana, luego se inclinó hacia adelante y murmuró:

-¿Me das el beso de las buenas noches? Blair se inclinó hacia adelante con una sonrisa, como si fuera a besado, y, en el último segundo, cerró la ventana de golpe. Lee tuvo que apartar los dedos para que no se los pillara. Desde su cuarto, Blair apoyó los labios contra el vidrio como si le diera un beso y luego cerró la persiana.

Todavía sonreía por su hazaña cuando sintió un crujido seguido de un grito ahogado -¡Se ha caído! -murmuró asustada, mientras abría la ventana y asomaba la cabeza-. ¡Lee! -gritó lo más alto que se atrevió.

Para su sorpresa, él se asomó por el otro lado y la besó con fuerza.

-Sabía que no te resistirías.

Después de decir eso, Lee se agarró a las ramas y bajó al suelo en tiempo récord. -Tendrías que haberme dejado que te enseñara a trepar a los árboles -rió, y luego se sentó debajo del árbol como si pensara pasar allí la noche. Blair cerró la ventana de golpe y se fue a la cama.

8

El domingo por la mañana, Gates ordenó a Blair que se vistiera como una dama para ir a la iglesia.

El desayuno fue terrible: Houston y Opal parecían haber llorado toda la noche. Duncan tenía expresión de mártir. Después del desayuno, Opal dijo que no se sentía bien como para ir a la iglesia y se retiró a su cuarto. Gates llevó a Blair a un rincón y le dijo que estaba matando a su madre con sus maldades.

En la iglesia, fue peor. El ministro parecía pensar que lo sucedido entre las hermanas era una gran broma e hizo reír a toda la congregación al anunciar que Lee había cambiado de opinión sobre cuál de las mellizas sería su esposa.

Después del servicio, todos los rodearon para saber qué había ocurrido, pero Houston permaneció rígida, como si fuera de acero. Y cuando Leander intentó hablarle, ella le respondió con furia y desprecio, y Lee decidió descargar su frustración en Blair. La tomó de un brazo y la arrastró hasta su carruaje.

La arrojó al asiento del coche y se puso en marcha a toda velocidad hacia el sur. Sólo disminuyó el paso cuando salieron de la ciudad.

Blair se enderezó el sombrero. -¿Creías que iba a sonreírte y decirte algo amable? Lee detuvo él coche.

-Sería lo más lógico. Fuisteis vosotras dos quienes inventasteis el juego. No pretendía humillarte en público.

-Lo único que tienes que hacer es ayudarme a regresara Pensilvania y volver a ella de rodillas. No creo que te rechace. Lee la miró por un momento. -No, no lo haré. Tú y yo nos

casaremos. He traído una canasta con comida para que almorcemos -enganchó las riendas en la manija de freno y bajó del coche para ayudar a Blair, pero cuando se acercó, se detuvo y dijo -tengo una piedra en el zapato. -Se recostó contra un árbol para quitárselo.

Blair permaneció sentada observándolo mientras pensaba en la expresión de Houston cuando anunciaron su boda en la iglesia. No quería quedarse en Chandler ni convertirse en la esposa del ese hombre. De repente, tomó las riendas, pegó un grito y salió a toda velocidad, dejando a Leander atónito, y con un solo zapato.

Cuando estuvo a una distancia prudente, disminuyó la velocidad y se dirigió a Chandler. Tenía que encontrar la manera de escapar de la ciudad. Después del anuncio de esa mañana en la iglesia no podía subirse a un tren sin despertar curiosidad. Ser una Chandler en una ciudad llamada Chandler tenía sus desventajas. Alan llegaría al día siguiente y quizá la ayudara. A pesar de lo que había dicho a Lee, albergaba algunas dudas sobre cómo reaccionaría cuando se enterara de lo sucedido.

En cuanto Blair divisó la casa Chandler, supo que algo andaba mal. Opal estaba sentada en el porche y saltó en cuanto la vio.

-¿Sabes adónde está tu hermana?

Blair subió la escalera corriendo.

-¿Se ha ido? Me cambiaré e iremos a buscarla.

-Algo peor que eso -dijo Opal, volviendo a sentarse en la mecedora del porche-. Ese hombre tan desagradable, el tal señor Taggert, anunció en la iglesia que él y Houston se casarían; que tendrían una boda doble contigo y con Leander, ¿Qué le está sucediendo a mi familia? El señor Gates dice que el señor Taggert mató a varias personas para conseguir su fortuna y no puedo dejar de pensar que Houston acepta a ese hombre porque ha perdido a Leander y ahora quiere demostrar que es capaz de conseguir otro marido. Y que además es inmensamente rico. Odio pensar que se casará con él por su dinero.

Blair se sentó junto a su madre. -Todo esto es culpa mía. Opal le palmeó la pierna.

-Siempre fue fácil convencerte. No me mires así, querida, conozco muy bien a mis hijas. A pesar de la apariencia de Houston, sé que era siempre ella quien te convencía para que participaras en las cosas más atrevidas. Tú siempre tuviste buen corazón y quisiste ayudar a todo el mundo; por eso creo que serás una gran doctora.

-Si es que alguna vez logro salir de aquí y seguir con mi educación.

-He estado pensando en ti y en Lee. Puede que ahora no lo creas así, pero es un gran hombre. No creo que nadie lo conozca en realidad. Siempre estuvo muy callado con Houston, pero en estos últimos días lo vi más animado que nunca.

-¿Animado? ¿Así es como lo llamas? Me da órdenes, me dice que me casaré con él, afirma que una mujer no puede trabajar con él en la clínica que quiere construir y además tiene una mente muy estrecha.

-¿y pensabas todo eso el viernes por la noche? Blair volvió la cabeza para esconder el rubor.

-Tal vez entonces no, pero tenía una buena dosis de champán encima. También estaba la luna y las cosas sucedieron solas.

-Mmmm -comentó Opal-. No creo que Lee piense lo mismo que tú sobre esa noche. -No me importa lo que él piense. El problema que tenemos ahora es Houston. Acabo de regresar a esta ciudad y he arruinado la vida de mi hermana. Además, ahora quiere casarse con ese hombre horrible.

-¿Cómo lo impediremos?

-El señor Gates y yo hablaremos con ella en cuanto regrese a casa para persuadirla de que existe otra solución a su problema.

Blair miró en dirección de la casa blanca del señor Taggert.

-Odio esa casa con todas mis fuerzas. Si Houston no hubiera querido visitada, jamás habríamos intercambiado los lugares y yo no habría terminado pasando la noche con Leander y si no le gustara tanto esa casa, ni siquiera se le cruzaría por la cabeza casarse con ese bárbaro.

-Blair, deberías descansar un poco esta tarde. Puedes leer algunos de los libros que trajiste; deja que nosotros nos ocupemos de Houston. A propósito, ¿dónde está Lee? ¿Por qué no te ha acompañado hasta casa?

Blair se puso de pie.

-Creo que iré a descansar. No pude dormir mucho anoche. Lee pasará en cualquier momento a recoger su coche y, dadas las circunstancias, no quiero verlo.

Opal dudó un momento antes de aceptar.

-Susan te llevara una bandeja con comida. Es mejor que descanses bien, querida, porque conozco esta ciudad y mañana esto será un hervidero. En cuanto se corra la voz de tu boda con Lee y la de Houston con... oh, no quiero ni pensar en ello.

Blair tampoco, así que se dirigió a su cuarto y ahí permaneció durante el resto del día.

El lunes fue peor de lo que había imaginado. El desayuno fue un martirio: el señor Gates gritó todo el tiempo, con la boca llena, que había arruinado la vida de su hermana. Como Blair estaba de acuerdo con él, le resultaba difícil defenderse.

Opal no dejó de llorar un solo momento, y Houston mantuvo la mirada distante como si no oyera nada de lo que se decía.

Después del desayuno comenzó a aparecer gente, con cualquier excusa. Hacía tanto tiempo que no vivía en una ciudad pequeña que le sorprendió cómo se habían expandido las noticias. Todo parecía ser de la incumbencia de todos. Querían saber por qué Lee había decidido casarse con Blair ya Houston le hicieron miles de preguntas concernientes al señor Taggert y a su inmensa casa.

A las once, Blair fue a guardar los innumerables pasteles que habían llevado las señoras y logró escabullirse por la puerta de atrás sin que nadie la viera. Corrió los tres kilómetros hasta la estación de ferrocarril, sintiendo con cada paso que estaba más cerca de la libertad. En cuanto llegara Alan, él la ayudaría a solucionar el problema y entonces Houston podría casarse con Leander y ella regresaría a su casa.

Impaciente, aguardó a que el tren llegara y a que se despejara todo el humo. Cuando por fin lo vio, se echó a correr en su dirección, hasta que Alan saltó del tren y la tomó en sus brazos.

No le importaba lo que dijera la gente de Chandler; lo único que le interesaba era que estaba otra vez en sus brazos.

-Qué hermosa bienvenida -le dijo sin soltada.

Ella se apartó para mirado. Seguía siendo tan atractivo como recordaba, con ese cabello rubio, sus ojos azules, y un poco más alto que ella.

Blair había empezado a decide algo cuando se dio cuenta de que Alan tenía la atención fija en otra cosa. Se volvió, pero no con la suficiente rapidez.

Leander la tomó de la cintura y, en un solo movimiento, logró apartada de los brazos de Alan.

-Así que usted es Alan -dijo con lentitud y una sonrisa, deliberada-. He oído hablar de usted. Claro que no existen muchos secretos entre amantes, ¿no es así, amor?

-¡Suéltame! -le dijo ella en voz baja mientras trataba de sonreír al perplejo Alan. Le dio un codazo en las costillas y dijo-: Permíteme presentarte al prometido de mi hermana. Leander Westfield, este es Alan Hunter, mi...

Lee no la dejó terminar. La tomó de la cintura con fuerza y Blair no pudo soltarse. Lee le extendió una mano a Alan.

-Perdónela, por favor. Está excitada por volver a ver a un viejo y querido amigo. Yo soy su prometido. Ella y yo nos casaremos dentro de dos semanas, en realidad, menos, ¿no es así, querida? En unos días más te convertirás en la señora Westfield. Sé que toda esta emoción te ha puesto un poco nerviosa, pero no le des una mala impresión a tu amigo -Lee le dedicó a Alan una sonrisa angelical.

-No es lo que parece -dijo Blair-. Este hombre está loco y tiene ideas extrañas -con un empujón logró apartarse de él-. Alan, vayamos a un lugar donde podamos hablar. Tengo muchas cosas que contarte.

Alan miró a Lee, que era unos cuantos centímetros más alto que él. -Tenemos mucho de qué hablar -le extendió un brazo para que Blair se tomara de él-. ¿Nos vamos? -Se volvió a Lee y le dijo-: Puede encargarse del equipaje, joven.

Lee se coló en medio de la pareja.

-Me encantaría cargar con la maleta de un amigo de mi futura esposa, pero hoy tengo un pequeño problema. Ayer tuve que caminar seis kilómetros con un par de zapatos nuevos y tengo los pies destrozados. El médico me dijo que no podía cargar nada ni hacer fuerza. Vamos, Blair, aguardaremos a tu amigo en el coche.I

¡Bestia salvaje!- le gritó Blair mientras la arrastraba hacia el coche-. ¿Qué doctor dijo que no podías cargar nada por tener los pies destrozados?

-El doctor Westfield, a su servicio -le respondió, subiéndola al coche.

-Qué caballo más extraño -dijo Alan mientras arrojaba las maletas a la parte trasera del coche. -Es el único de la zona -dijo Lee con orgullo-. Dondequiera que vaya reconocen mi caballo, de modo que les resulta fácil encontrarme cuando necesitan ayuda.

-¿Qué tipo de ayuda? -preguntó Alan mientras se subía al coche.

-Soy médico -le dijo Lee, y tiró de las riendas antes de que Alan terminara de acomodarse junto a Blair.

Lee los paseó por Chandler a toda velocidad y la gente les abría paso creyendo que sé trataba de una emergencia. Se detuvo frente a la casa que había comprado para Houston.

-Creí que este sería un buen lugar para conversar.

Blair abrió los ojos. No había vuelto a ver esa casa desde la noche en que...

-Necesito hablar con Alan y no contigo, y por supuesto, no aquí. -¿El escenario del crimen? Bien, supongo que podríamos ir a la cafetería de la señorita Emily; tiene una habitación privada.

-Será mejor. Pero tengo que estar a solas con Alan. Houston y yo... -No pudo terminar la frase porque Lee había vuelto a partir a toda velocidad, arrojándola contra el respaldo del asiento.

-y aquí llegan nuestros tortolitos. Lee, tendrías que habernos contado lo de Blair -le dijo la señorita Emily-. Cuando Nina nos dijo que estabas perdidamente enamorado, todos pensamos que se trataba de Houston.

-Supongo que es verdad cuando dicen que el amor es ciego -dijo Lee guiñándole un ojo-. Necesitamos el comedor privado. Un viejo amigo de mi prometida ha venido a visitarla y tenemos que hablar.

La señorita Emily miró a Alan y sonrió.

-Tiene que conocer a Nina, la hermana de Leander, es tan adorable...

Se sentaron en el salón privado y les sirvieron el té con tortas y pasteles. Alan seguía sin comprender nada, Blair no dejaba de hacer muecas y Lee sonreía complacido.

-Si no te molesta, le contaré a Alan la verdad -le dijo Blair en cuanto cerraron la puerta-. Mi hermana Houston quería ir a un lugar y...

-¿Adónde?

Ella lo miró.

-Si quieres saberlo, recibió una invitación para ir a conocer esa monstruosa casa del señor Taggert aquella noche y quería ir; de modo que la única manera de poder hacerlo era que yo me hiciera pasar por ella y te acompañara a la recepción. De cualquier modo -dijo, volviéndose a Alan-, mi hermana quería que cambiáramos de lugar por aquella noche nada más, como hacíamos cuando éramos pequeñas, y yo accedí. Sólo que no sabía en lo que me estaba metiendo, porque él -ahora se volvió para mirar a Lee con enojo-, me provocaba todo el tiempo, creyendo que era mi hermana, y yo trataba de apartarme. Al día siguiente descubrió lo que habíamos hecho y ahora cree que debo casarme con él. Alan permaneció inmóvil durante algunos momentos.

-Parece que a la historia le faltan algunos detalles. -Yo diría que le falta la mitad -dijo Lee-. La verdad es que las hermanas cambiaron de lugar y no entiendo cómo no me di cuenta de inmediato. Yo estaba comprometido con Houston, y ella es tan fría que debí haber

adivinado que no estaba con ella, porque en cuanto la toqué, Blair, se encendió como un fuego ardiente.

-¡Cómo te atreves a decir eso! Lee la miró con expresión inocente.

-Sólo digo la verdad, amor. La llevé a mi casa para cenar y, bueno, digamos que tuvimos nuestra noche de boda, sólo que con dos semanas de anticipación.

-Alan, no fue así. Yo era Houston y ella lo ama. Dios sabe por qué. Él ni siquiera me gusta. Es un hombre egoísta y además piensa que una mujer no puede ser su socia en la clínica que tiene planeado abrir. Sólo quiero irme a casa, trabajar en el St. Joseph y casarme contigo, Alan. Tienes que creerme.

Alan fruncía el entrecejo mientras jugaba con el tenedor sobre el mantel.

-Debes sentir algo por él. De lo contrario...

-Te lo he dicho -lo interrumpió Blair con ansiedad-, yo hacía el papel de Houston. Por favor, Alan, créeme. Me iré contigo ahora mismo.

-Tendrán que pasar sobre mi cadáver -dijo Lee. -¡Ah! Por fin una idea agradable -dijo ella. -Dígame, ¿piensa llevarla a la iglesia a la fuerza? -intervino Alan.

-Tengo dos semanas de tiempo. Cuando llegue el momento, ella me suplicará que nos casemos.

-¿Está seguro? -le preguntó Alan.

-Seguro -respondió Lee.

-¿Qué tal si hacemos la apuesta? El día veinte ella se casa con usted o se va conmigo.

-De acuerdo.

-¿De acuerdo? -dijo Blair, poniéndose de pie-. ¡Creo que no quiero a ninguno de los dos! No dejaré que apostéis sobre mí como si fuera una vaca.

-Siéntate -le dijo Lee, poniéndole una mano en el hombro y obligándola a sentarse-. Dices que estás enamorada de él pero que no puedes resistirte a mí. ¿A quién más elegirás?

-No quiero elegir. Quiero casarme con Alan.

-Eso es lo que dices ahora, pero acabas de conocerme- le dijo Lee-. Claro que fue un primer encuentro bastante conmocionante, pero... ¡Basta! ¡Siéntate! -Volvió a mirar a Alan-. Tenemos que fijar las reglas. Primero, ella tiene que aceptar quedarse en Chandler hasta el día veinte. No puede salir de la ciudad. Segundo, tiene que aceptar mis invitaciones. No puede quedarse encerrada en la casa de Gates o salir sólo con usted. Por lo demás, es libre.

-Me parece justo. ¿Tú qué piensas, Blair?

Su primera intención fue salir de ese salón y dejarlos a los dos allí, pero primero quería averiguar algo más.

-¿ y si no estoy de acuerdo?

-Si no estás de acuerdo, y supongo que eso quiere decir que planeas irte de la ciudad, enviaré a Gates a buscarte a Pensilvania. Cuando haya contado la historia, tu carrera quedará arruinada. Por otra parte, si el día veinte eliges a Alan, te compraré el billete de tren y apaciguaré a Gates de alguna manera-dijo Lee.

Blair lo pensó un momento y luego miró a Lee.

-Muy bien, pero te advierto algo. No quiero casarme contigo y haré que el día veinte te sientas aliviado cuando me vaya de esta ciudad junto a Alan, porque te aseguro que trataré

de hacerte la vida imposible.

Lee se volvió a Alan.

-Amo a una mujer con fuego en la sangre. Que gane el mejor -extendió su mano y Alan la tomó. El trato estaba hecho.

9

El día siguiente a la llegada de Alan, Blair se echó boca arriba sobre una manta, debajo de un árbol en el parque Fenton.

Mientras Alan le leía un artículo sobre los últimos avances en el tratamiento de la difteria, ella observaba el movimiento de las nubes, escuchaba el zumbido de las abejas y las risas de

otras personas en aquel hermoso día.

-¿Blair, me escuchas? Te estaba leyendo el informe del doctor Anderson. ¿Qué piensas?

-¿Sobre qué? -preguntó entre sueños, mientras se volvía boca abajo-. ¡Ah! -dijo sorprendida-. Supongo que no te estaba escuchando. Estaba pensando en mi hermana y en lo que sucedió ayer.

Alan cerró el libro: -¿Quieres compartir tus pensamientos?

-Ese hombre, Taggert, le envió un carruaje y un caballo y además un diamante grande como una casa. Houston ni si. quiera se entusiasmó. Sólo lo aferró contra su pecho, se subió al carruaje y partió. No regresó hasta las nueve de la noche. Mamá estaba tan apenada pensando en que su hija se vendía, que tuve que pasar horas con ella para que lograra dormirse y esta mañana, Houston se fue muy temprano y mamá comenzó a llorar otra vez.

-¿Y no está preocupada por ti? -le preguntó Alan, haciendo a un lado el libro de medicina y reclinándose contra el árbol.

-Creo que tanto ella como el señor Gates suponen que me llevo a un hombre mejor del que merezco, o por lo menos, eso es lo que piensa Gates. No estoy segura de lo que piensa mamá. Está demasiado preocupada por el futuro de Houston.

-¿No crees que es mejor presentarme a tu madre y tu padrastro?

-Aún no -dijo ella incorporándose-. No te das una idea de cómo es Gates. Si supiera que yo... -Se detuvo porque lo último que quería era recordar a Alan por qué se había comprometido con Lee. Pero si Gates se enteraba de que se había acostado con un hombre a pesar de estar comprometida con otro, su vida sería mucho más desgraciada de lo que ya era. Gates jamás perdía la oportunidad de señalarle que había arruinado el futuro de su hermana, y que por eso Houston se casaría con ese hombre por su dinero, que haría cualquier cosa que la salvara de la humillación, y todo por culpa de Blair y de su inmoralidad. Era lo único que le oía decir noche y día.

Le dedicó a Alan una débil sonrisa.

-No hablemos de cosas desagradables en este día tan

hermoso. ¿Por qué no vamos a caminar o, mejor aún, alquilamos una canoa y vamos a pasear al lago? Hace mucho que no remo; desde el otoño pasado, cuando dejé el equipo de remo.

-Me encantaría -dijo él, poniéndose de pie y ofreciéndole una mano para ayudarla a incorporarse.

Doblaron la manta, recogieron el libro y se dirigieron hacia el negocio de alquiler junto al lago Midnight, donde alquilaron una canoa. Había varias parejas en el lago, que los

saludaron.

-Buenos días, Blair-Houston -le dijeron, mirando con interés a Alan; algunos hasta insinuaron que les presentara al caballero, pero fingió no darse cuenta. Houston podía sentir la obligación de satisfacer la curiosidad de la gente de Chandler, pero ella no.

Se reclinó en el asiento de la canoa mientras Alan remaba. El sombrero ancho la protegía del fuerte sol y, mientras deslizaba una mano en el agua, se quedó casi dormida.

-¡Buenos días! -dijo de repente una voz que la hizo incorporarse. Leander se había acercado hasta ellos remando.

-¿Qué estás haciendo aquí? -le preguntó ella con la mandíbula apretada-. Vete.

-Según tu madre, salí contigo. Bien, Hunter, no se le ve muy cómodo con tanto remo. Quizás está demasiado acostumbrado a la vida de ciudad.

-¿Puedes irte de aquí y llevarte tus desagradables comentarios contigo? Estábamos en paz hasta que has llegado tú.

-Cuidado con ese mal carácter, la gente esta mirando y no querrás que piensen que algo anda mal en el paraíso, ¿ verdad?

-¿Paraíso? ¿Contigo? Pero si no eres más que... Leander la interrumpió.

-¿Hunter, me puede dar una mano? Parece que me he atrapado el pie en el asiento y está empezando a hincharse. -Alan, no lo hagas -le advirtió Blair-. No confío en él. Pero era demasiado tarde. Alan, apenas salido de la escuela de medicina y muy consciente de su responsabilidad como guardián de la salud, no pudo resistirse a una petición de auxilio. Dejó el remo y se inclinó hacia un costado para ayudar a Lee. Lee aprovechó ese momento para darle un empujón a la canoa y Alan cayó al agua. Blair se inclinó para ayudar a Alan, pero Lee la tomó de la cintura y la pasó a su bote.

La gente que los rodeaba reía ante la escena: Alan trataba de subir nuevamente a la canoa y Blair gritaba a Lee que la soltara. Lee remó con un solo brazo hasta la costa, mientras con el otro sostenía a Blair y trataba de esquivar sus puñetazos.

Una vez en la orilla, Lee la miró con aire triunfal, como si fuera un niño que acababa de cometer la más audaz de las travesuras.

-Mi sombrero -dijo Blair con los dientes apretados, y Lee, sonriente, se acercó al bote de madera para recogerlo y cuando le volvió la espalda, desprevenido, Blair recogió uno de los remos y lo empujó con toda su fuerza. Para su alegría, Leander cayó de boca sobre el barro de la orilla.

Pero no disfrutó mucho de su triunfo porque alcanzó a ver a Alan luchando en el agua. Agradeció sus años de entrenamiento en el equipo de remo de mujeres mientras se acercaba a Alan a toda prisa en el bote de Lee.

-No sé nadar -le dijo él mientras ella lo ayudaba a subir. Por fin subió al bote, empapado, tosiendo y sintiéndose débil por aquella trágica experiencia. Blair miró hacia la orilla y vio a Lee de pie, cubierto de barro, yeso la alegró.

Dio vuelta al bote y se dirigió hacia el otro extremo, donde estaba el negocio de alquiler.

Blair se ocupó de todo mientras Alan permanecía en un rincón estornudando; luego alquilaron un coche para que los llevara al hotel Imperial, donde se alojaba Alan.

Estaba tan enojada que ni siquiera miró a Alan durante todo el trayecto. Cómo se atrevía Leander a tratarla así en público, pensó. Le había dicho con bastante claridad que no quería saber nada de él y, sin embargo, seguía insistiendo.

Siguió a Alan hasta su cuarto.

-Si alguna vez le pongo las manos encima, lo mataré. ¡Es la persona más insufrible que jamás haya conocido! Su egoísmo le impide ver la realidad. Dame la llave.

-¿Qué? Ah, sí, aquí tienes. Blair, ¿te parece correcto que entremos juntos a mi habitación? ¿Qué dirán?

Blair le quitó la llave y abrió la puerta.

-¿Te imaginas lo que sería vivir con una persona así? Es como un niño malcriado que siempre quiere salirse con la suya. Ahora se le ha metido en la cabeza que me quiere a mí,

probablemente porque debo de haber sido la única mujer que ha sabido decirle que no alguna vez. Y por eso se esfuerza tanto en hacerme infeliz. -Blair miró a Alan, que chorreaba agua sobre la alfombra de la habitación-. ¿Por qué te quedas allí todo empapado? Quítate la ropa.

-Blair, no es correcto que estés aquí y no voy a desvestirme contigo enfrente.

En ese momento, Blair se dio cuenta de dónde estaba.

-Tienes razón, claro. Estoy tan enojada que ni siquiera me he dado cuenta. ¿Nos vemos mañana?

-Si no muero antes de neumonía -le respondió Alan con una sonrisa.

Blair le devolvió la sonrisa y se disponía a retirarse, cuando se arrepintió, se acercó a Alan, lo rodeó con los brazos y lo besó en la boca.

Al principio, Alan la abrazó sin fuerza, tratando de no ensuciada, pero a medida que Blair ponía más fuerza y más pasión, fue abrazándola con más fuerza y besándola con más pasión. Blair se apartó.

-Tengo que irme -le dijo con suavidad y se dirigió a la puerta-. Te veré mañana. Alan permaneció inmóvil unos momentos, sin sentir la ropa húmeda.

-A él no le dijiste que no, Blair -murmuró- y cuando yo te beso, tienes que irte; sin embargo, con él te quedaste toda la noche.

El jueves por la mañana, Blair entró llorando en la casa Chandler y se encerró en su cuarto. Tuvo que hacer a un lado varios ramos de flores que estaban sobre la cama antes de poder acostarse. También tuvo que apartar media docena de cajas de bombones. Por fin se acostó en la cama y lloró durante una hora. Leander Westfield le hacía la vida imposible. El día anterior había arruinado otra agradable velada con Alan. Habían salido de excursión al campo, cuando de repente, Lee apareció con un rifle y se puso a disparar al aire para espantar los caballos y trató de llevarse a Blair en el suyo. Pero, una vez más, ella logró salvarse.

Alan había permanecido de pie, observándolos, sin poder participar porque sabía muy poco de caballos que no estuvieran sujetos a un carruaje. En realidad, no había sido fácil convencerlo de que cabalgaran en lugar de alquilar un coche.

Cuando logró deshacerse de Lee, montó uno de los caballos que habían alquilado (el otro se había escapado) y tardó algunos momentos en convencer a Alan para que montara con ella.

Blair había pasado gran parte de su infancia a caballo y ahora necesitaba de toda su destreza para escapar. Cuando se volvió para mirar hacia atrás, Alan gritó horrorizado, agarrándose a su cintura. Se acercaban a un árbol y el caballo se lo llevaría por delante si no quedaba espacio para pasar.

Leander vio el peligro de inmediato y, con un movimiento rápido hizo girar su caballo. Para el animal fue tan inesperado que se encabritó y lo arrojó al suelo. Gracias a ello, Blair y Alan pudieron continuar a salvo.

El caballo de Lee corrió en dirección a su establo. Alan seguía aferrado a Blair y a la montura cuando disminuyeron el paso. Se acercaban a la ciudad.

-¿No vas a llevarlo? Son varios kilómetros hasta la ciudad.

-Son sólo diez kilómetros -le respondió Blair-. Además, ya tendría que estar acostumbrado a caminar.

Eso había pasado el miércoles y, comparado con ese día, había sido una fiesta. Por la mañana, Gates empezó a hostigada porque se enteró de lo que había sucedido en el lago: que había humillado a Lee delante de todo el mundo.

Blair no quiso discutir y se limitó a decir que se encontraría con Lee en el hospital por la mañana. Mintió y dijo que quería hablarle de medicina. La verdad era que esperaba que Lee no estuviera en el hospital porque no deseaba verlo.

Gates insistió en llevada hasta allí camino a su trabajo, y aguardó a que Blair entrara antes de irse. Como un prisionero, pensó ella.

El interior del hospital le resultó familiar y el olor del ácido carbólico, de la madera húmeda y del jabón la hacían sentir como en casa. Parecía que no había nadie y comenzó a pasear por las guardias, espiando dentro de las habitaciones, mirando a los pacientes y deseando estar pronto de regreso en Pensilvania.

En el tercer piso sintió un ruido que no tardó en identificar: era alguien que luchaba por respirar.

En seguida se convirtió en la doctora Chandler. Entró en el cuarto y vio a una mujer mayor que tosía y que se estaba poniendo azul. Blair no perdió un instante: comenzó a masajearle el pecho y luego le hizo respiración boca a boca.

No había terminado de hacerlo cuando sintió que la apartaban con brusquedad.

Leander la empujó con tanta violencia que casi cayó al suelo. Se puso a trabajar y a los pocos segundos la paciente ya respiraba con normalidad.

-Ven a mi oficina -le dijo sin siquiera mirarla.

Lo que siguió fue un sermón como jamás había oído en toda su vida. Lee parecía pensar que ella quería interferir con su trabajo y que podía haber matado a la paciente.

Nada de lo que ella dijo lo hizo cambiar de opinión. Lee le gritó que tendría que haber pedido ayuda en lugar de enfrentarse sola al caso sin saber nada de la paciente que el

tratamiento que había elegido podía haber estado equivocado, en cuyo caso le hubiera ocasionado más mal que bien.

Blair sabía que él tenía razón y se puso a llorar. Leander se detuvo y la rodeó con un brazo. Ella se apartó, gritándole que lo odiaba y que no quería volver a verlo nunca. Bajó la escalera corriendo y se escondió en un pasillo mientras lo escuchaba correr detrás. Cuando el camino estuvo libre, salió del hospital y tomó un tranvía para volver a su casa. Allí estaba llorando, y no quería volver a ver nunca más a ese hombre tan horrible y odioso.

A las once, logró componerse lo suficiente como para ir a reunirse con Alan. Le dijo a su madre que se vería con Lee para jugar al tenis y Opal se limitó a asentir, confiando en su hija.

Opal estaba sentada en el porche, tratando de disfrutar de su bordado y de esa hermosa tarde, cuando apareció Leander.

-Lee, qué sorpresa. Pensaba que tú y Blair habíais ido a jugar al tenis. ¿Olvidaste algo?

-¿Le importa si me siento y le hago un poco de compañía? -Claro que no -ella lo miró. Lee no tenía casi nunca el entrecejo fruncido, pero hoy parecía preocupado por algo--. Lee, ¿quieres hablarme de algo en particular?

Leander se tomó su tiempo en responder y, mientras lo hacía, sacó un cigarro de un bolsillo interno del traje y miró a Opal pidiendo su permiso para fumar.

-Blair está con un hombre que se llama Alan Hunter, el hombre con quien ella dice que quiere casarse.

Opal dejó de bordar.

-Oh, querido, otra complicación. Será mejor que me lo cuentes todo.

-Parece que Blair se comprometió con este hombre en Pensilvania y él llegó el lunes para conocerlos y pedirles su aprobación.

-Pero el lunes, Blair ya estaba... Y se había anunciado la boda... Y...

-Fui yo quien hizo anunciar nuestro compromiso. Houston y Blair querían hacer de cuenta que nada había sucedido. Me avergüenza admitir que obligué a Blair a permanecer en Chandler para que presenciara la competencia. -¿Competencia?

-Conocí a Hunter en la estación el lunes y lo convencí de que compitiera conmigo por la mano de Blair. Tenía tiempo hasta el día veinte para ganarla, porque ese día ella debía decidir si se casaba conmigo o se iba de la ciudad con él. Se volvió hacia Opal.

-Pero creo que estoy perdiendo y no sé qué hacer para ganarla. Nunca había cortejado a una mujer y no sé muy bien cómo hacerlo. Ya he probado en enviar flores, bombones y hasta a hacer el ridículo delante de todo el mundo. He hecho todo lo que pensaba que gustaba a las mujeres; sin embargo, parece que nada me da resultado. El día veinte partirá con Hunter -repitió Leander, como si fuera una tragedia. También le contó lo sucedido en esos últimos días: el incidente del lago, el paseo a caballo y aquella mañana en el hospital, cuando había tratado a Blair con bastante rudeza.

Opal se quedó pensativa.

-¿La amas, verdad? -le dijo sorprendida. Lee se enderezó en su asiento.

-No sé si se trata de amor exactamente... -miró a Opal y se dio cuenta de que la batalla estaba perdida-. Bueno, está bien, estoy enamorado; tan enamorado que no me importa hacer el ridículo frente a todo el mundo.

Pero de inmediato pasó a defenderse.

-Sin embargo, no iré a verla con cara de desgraciado para decirle que me sucedió algo terrible como enamorarme de ella la primera noche que pasamos juntos. Una cosa es que me arroje las flores a la cara y otra que lo haga con una declaración de amor.

-Tal vez tengas razón. ¿Sabes cómo hace ese hombre para cortejarla?

-Olvidé preguntárselo.

-El debe de ser el "amigo" que le envía los libros de medicina. Blair lee uno y una hora después sale de casa diciendo que va a verte a ti.

-Tengo un cuarto lleno de libros de medicina pero nunca imaginé que enviaría uno a una mujer. Creo que estoy de acuerdo con el señor Gates con respecto a la medicina. Me gustaría que abandonara esa idea absurda y...

-¿Y qué? ¿Que se pareciera más a Houston? Tenías un ama de casa perfecta y sin embargo te enamoraste de otra persona. ¿Alguna vez has pensado que, si Blair dejara la medicina, no seguiría siendo la misma?

-Si es así, soy capaz de probar cualquier cosa. ¿Cree que debo enviarle algunos textos de medicina?

-Lee -le dijo Opal con suavidad-, ¿por qué seguiste la carrera de medicina? ¿Cuándo te diste cuenta de que dedicarías tu vida a la medicina?

Lee sonrió.

-Cuando tenía nueve años y mi madre estaba enferma. El viejo doctor Brenner permaneció con ella durante dos días y ella sobrevivió. Entonces era lo que quería hacer.

Opal miró hacia su jardín por un instante.

-Cuando mis hijas tenían once años, las llevé a Pensilvania a visitar a mi hermano Henry, que es médico, y a su esposa Flo. Apenas llegamos, Flo, Houston y yo caímos en cama con fiebre. No era nada grave, pero no podía ocuparme de Blair, y ella quedó al cuidado del personal de la casa. Mi hermano pensó que se sentiría sola y la invitó a que lo acompañara en sus visitas.

Opal se detuvo para sonreír.

-Yo no supe lo que sucedía hasta algunos días después, cuando Henry estaba tan excitado que no podía contenerse. Parece que Blair le desobedeció cuando él le ordenó que no se acercara a sus pacientes. El primer día, Blair ayudó a su tío en un parto difícil. Mantuvo la mente clara todo el tiempo y no se asustó ni siquiera cuando la mujer sufrió una hemorragia. El tercer día, lo ayudó en una operación de apéndice de urgencia que se llevó a cabo sobre la mesa de la cocina. Henry dijo que jamás había visto a alguien tan apto para la medicina como ella. Me llevó un tiempo reponerme de la sorpresa de pensar que mi hija sería doctora, pero cuando hablé con Blair sobre el asunto, vi un brillo en sus ojos que jamás había visto antes y supe que haría todo lo posible por ayudarla a realizar su sueño.

Opal se detuvo y suspiró.

-No se lo había contado al señor Gates. Cuando regresamos a Chandler, Blair no hablaba de otra cosa que de ser doctora. El señor Gates le dijo que ninguna niña que estuviera bajo su cuidado haría algo tan poco femenino. Yo no intervine durante todo un año y observé cómo el ánimo de mi hija se iba deteriorando. Creo que el golpe final lo recibió cuando el señor Gates ordenó a la biblioteca que no le prestaran más libros de medicina.

Opal dejó escapar una risita.

-Creo que esa fue la única vez en que me opuse al señor Gates. Henry y Flo no tenían hijos y me pidieron que permitiera a Blair ir a vivir con ellos. Henry prometió ocuparse y asumir toda la responsabilidad de su educación. No quería que mi hija se fuera, pero era la única manera. De haberse quedado aquí, se habría destruido. Se volvió para mirar a Lee. -De modo que ya ves cuanto significa la medicina para Blair. Ha sido lo más importante de su vida, desde pequeña, y ahora... -se interrumpió y sacó un sobre del bolsillo-. Antes de ayer, recibí esta carta de Henry. Me la envió para que le diera la noticia a Blair con el mayor tacto posible. La carta dice que, a pesar de haber obtenido las calificaciones para el internado, a pesar de haber hecho el mejor examen, la Junta Municipal de la ciudad de Filadelfia vetó su nombramiento porque consideran impropio que una mujer trabaje tan cerca de los hombres.

-Pero eso es... -estalló Lee.

-¿Injusto? ¿Es más justo que tú le pidas que renuncie a su carrera y se quede en casa para ver si la criada plancha las camisas como tú quieres?

Lee miró hacia el jardín, pensativo.

-Tal vez le interese acompañarme a visitar a algunos pacientes en el campo. Nada demasiado difícil, sólo chequeos de rutina.

-Sí, creo que eso le gustará-. Opal apoyó una mano en el brazo de Lee-. Y, Lee, creo que verás a una Blair muy distinta de la que has conocido hasta ahora. Como es muy franca y abierta, la gente no suele ver el tamaño de su corazón. Si sigues ridiculizando al señor Hunter delante de ella, nunca te lo perdonará, y mucho menos se enamorará de ti. Déjale ver al Leander que todos conocemos, el que se levanta a las tres de la mañana para atender a la señora Lechner, que se queja de sus misteriosos dolores. Y el hombre que salvó a los hijos de la señora Saunderson el verano pasado. Y el hombre que...

-Muy bien -dijo Lee, riendo-. Le demostraré que en realidad soy un santo disfrazado. ¿Cree que en verdad sabe algo de medicina?

Ahora le tocó a Opal echarse a reír.

-¿Alguna vez oíste hablar del doctor Henry Thomas Blair?

-¿El patólogo? Por supuesto. Alguno de sus descubrimientos para detectar enfermedades han sido... -Se detuvo-. ¿Es el tío Henry?

Opal parpadeó encantada.

-El mismo, y él dice que Blair es buena, muy buena.

Dale una oportunidad. No te arrepentirás.

10

El día no mejoró para Blair ni siquiera cuando jugó al tenis con Alan. Durante sus años de estudio, su tío había insistido en la importancia de practicar un deporte o de hacer ejercicio. Sostenía que el ejercicio físico aumentaba la capacidad intelectual. Por lo tanto, Blair se había unido al equipo de remo y había aprendido a jugar al tenis con otros estudiantes; además, cada vez que podía hacía gimnasia, montaba en bicicleta o salía a caminar.

Blair venció a Alan en el partido de tenis.

Alan parecía distraído y se daba la vuelta a cada rato como si esperara a alguien.

Blair estaba molesta porque sospechaba que la preocupación de Alan por Leander le impedía concentrarse en el juego.

-Alan, casi creo que le tienes miedo. Hasta ahora, lo hemos vencido en todas las ocasiones que se presentó.

-Tú lo venciste. Yo no sirvo de mucho aquí en el campo. Tal vez, si nos reuniéramos en la ciudad, tendría más oportunidades.

-Leander ha estudiado en todo el mundo. Estoy segura de que se siente cómodo tanto en el salón de baile como montado a caballo -dijo Blair.

-¿Un hombre del renacimiento? -preguntó Alan con tono resentido.

Blair lo miró.

-Alan, pareces enojado. Sabes lo que siento por él.

-¿De veras? Lo único que conozco son los hechos: que tú saliste con él sólo una vez y terminaste pasando la noche a su lado; sin embargo, cuando yo te toco pareces tener un infinito control.

-No tengo por qué escucharte -dijo Blair y se volvió. Ella tomó del brazo.

-¿Te gustaría que fuera Leander el que lo dijera? ¿Preferirías que fuera él quien estuviera aquí ahora con su rifle y su habilidad para engañar a un médico joven?

Blair le dedicó una mirada fría, digna de su hermana. -Suéltame.

Alan lo hizo de inmediato y pronto desapareció su enojo. -Blair, lo siento, no quise decir eso. Es que estoy cansado de hacer el ridículo. Estoy cansado de permanecer en mi cuarto del hotel sin poder conocer a tus padres. Me siento rechazado.

Ella lo comprendía. Su enojo era admisible. Le puso una mano sobre la mejilla.

-Yo quería irme contigo el primer día, pero tú quisiste apostar, estuviste de acuerdo en ello y ahora corre peligro mi carrera médica. No puedo irme de Chandler contigo hasta el día veinte. Pero me iré contigo.

Alan la acompañó hasta una manzana antes de su casa y, cuando se separaron, lo notó un tanto tenso. Alan parecía preocupado y nada de lo que ella dijera cambiaría gran cosa.

Cuando llegó a su casa se dirigió directamente a su cuarto y se alegró de que por primera vez su madre no le recitara la lista de flores y dulces que le había enviado Leander. Opal se limitó a saludarla y retomó su bordado. Blair casi tuvo que arrastrarse por la escalera hasta su cuarto.

Estaba decidida a no pasar la tarde llorando como había pasado la mañana, de modo que se recostó a leer un artículo del libro sobre quemados que Alan le había prestado.

A las tres, Susan le llevó una bandeja con comida. -La señora Gates me pidió que le trajera esto y preguntara si necesitaba algo más.

-No -dijo Blair, haciendo la bandeja a un lado. Susan se detuvo junto a la puerta y dijo:

-Supongo que se habrá enterado de lo de ayer. -¿Ayer? -preguntó Blair sin mayor interés. ¿Cómo podía Alan pensar que estaba interesada en Leander? ¿No había dicho claramente que no quería saber nada de él?

-Pensé que, como ayer dormía cuando llegó la señorita Houston y hoy se ha ido tan temprano, no se habría enterado del desastre que hizo ayer el señor Taggert en la fiesta, y que después se llevó a Houston en brazos y la trajo aquí, y creo que su madre se enamoró de él y él va a comprarle un tren rosado y...

Blair le prestaba mucha atención ahora.

-Aguarda un momento y cuéntame todo con tranquilidad -Blair se sentó en la cama y comenzó a comer lo que le habían llevado.

-Bien -dijo Susan con lentitud, disfrutando de ser el centro de atención-, ayer su hermana asistió a la fiesta que dio en el jardín la señorita Tia Mankin. Usted también estaba invitada pero no fue. Y asistió con ese hombre divino que al principio nadie captaba. Claro que en un primer momento no lo creía porque no lo había visto con mis propios ojos, pero después, cuando vino a la casa, pude comprobado. Nunca pensé que ese hombre grandote y sucio pudiera ser tan apuesto. De cualquier manera, cuando llegó a la fiesta, todas las mujeres lo rodearon y luego él le alcanzó un plato de comida a la señorita Houston y se lo volcó en el regazo. Al principio, nadie dijo nada, pero enseguida alguien se echó a reír, entonces el señor

Taggert tomó a Houston en sus brazos y se la llevó de allí y la subió al coche nuevo que él le regaló.

Blair se había llenado la boca con un trozo de emparedado y bebió un poco de leche para poder tragar más rápido.

-¿Y Houston no dijo nada? No la imagino permitiendo que un hombre le haga esto en público. -En verdad, tampoco imaginaba que lo permitiera en privado.

-Nunca la vi hacer algo así con el doctor Leander. Pero no sólo lo permitió sino que trajo aquí al señor Taggert y pidió a su madre que le hiciera compañía mientras ella se cambiaba.

-¿A mi madre? Pero si ella se pone a llorar cada vez que escucha el nombre Taggert.

-No desde ayer. No sé qué será lo que a ella le agrada, aparte de su apariencia, porque ese hombre da miedo; pero ella se quedó como enamorada de él. Yo ayudé a la señorita Houston a cambiarse y cuando bajamos oímos que su madre le pedía que la llamara Opal y él le preguntaba qué color de tren le gustaría que le regalara.

Susan tomó la bandeja vacía.

-Pero algo horrible debe de haber sucedido después de que la señorita Houston se fuera con ese hombre, porque volvió a casa llorando. Ella trató de ocultármelo mientras la ayudaba a cambiarse, pero yo vi que tenía los ojos llenos de lágrimas. Y hoy no ha comido nada ni ha salido de su cuarto -se detuvo junto a la puerta y se volvió para mirar a Blair-. Como usted. Esta casa ya no es un lugar feliz.

De inmediato, Blair dejó su cuarto y fue a ver a su hermana. Houston estaba acostada en la cama, con los ojos enrojecidos y una expresión apesadumbrada. Lo primero que pensó Blair fue que la tristeza de su hermana era culpa suya. Si no hubiera regresado a Chandler,

Houston seguiría comprometida con Leander y no estaría pensando en casarse con un hombre que le volcaba la comida encima.

Trató de hablar con ella. Le dijo que si ella demostraba que aun quería a Lee, todavía podía recuperarlo, y de ese modo evitaría el sacrificio de casarse con Taggert. Pero cuanto más hablaba Blair, más se cerraba Houston. Lo único que decía era que Leander ya no la amaba y que quería a Blair de una forma en que jamás la había querido a ella.

Blair quería decirle que, si aguardaba hasta el día veinte, podría recuperarlo. Quería contarle todo sobre el chantaje, sobre Alan y cuánto lo amaba, pero temía que Houston se sintiera peor, como si ella le cediera el premio consuelo. De lo único que hablaba Houston era de que Lee la había rechazado, que él quería a Blair y que Taggert la hacía desgraciada. Pero no quiso contarle lo que había sucedido y cuanto más hablaba Houston, peor se sentía Blair. Al principio, había aceptado salir con Leander para comprobar si era bueno para su hermana. Se había preocupado por la discusión que Lee había tenido con Houston y porque su hermana no se mostrara preocupada en absoluto. Sin embargo, ahora Houston estaba con un hombre totalmente diferente y sufría todo el día. ¡Si tan sólo no se hubiera entrometido!

Houston permaneció de pie junto a su cama tratando de contener la cascada de lágrimas que le bañaba las mejillas.

-Puedes pensar que fracasaste con Leander, pero no es verdad. Y no tienes que castigarte así. Ese hombre ni siquiera sabe manejar un plato de comida y mucho menos...

Blair se detuvo porque Houston acababa de darle una bofetada.

-Es el hombre con quien voy a casarme -le dijo enojada-. No dejaré que ni tú ni nadie lo denigre.

Blair se pasó una mano por la mejilla y sus ojos se llenaron de lágrimas.

-Lo que hice se interpuso entre nosotras -murmuró-. Ningún hombre es más importante que una hermana -y luego salió de la habitación.

El resto del día fue aún peor para Blair. Si tenía alguna duda sobre los motivos por los cuales Houston se casaba con Taggert, quedaron disipados cuando, antes de la cena, él le envió una docena de anillos. Houston los miró sólo una vez, pero bastó. Salió velozmente del cuarto y Blair se preguntó si los regalos, el carruaje y los trece anillos, la compensarían de tener que vivir con un hombre como Taggert. A juzgar por la expresión de Houston, parecía que sí.

Llegó la hora de la cena, y la alegría de Houston hizo que Blair se sintiera aún peor. Pero sabía que era inútil intentar hablar con su hermana.

Cuando sonó el teléfono, Gates ordenó a una de las criadas que dijera que nadie respondería.

-¡Se creen que tienen derecho a hacerlo hablar a uno sólo porque hacen sonar ese aparato!

Susan regresó a la habitación y miró a Blair.

-Es muy importante. Se trata de un tal señor Hunter.

-Hunter -dijo Blair, que estaba a punto de llevarse una cucharada de sopa a la boca-. Será mejor que lo atienda. -Sin pedirle permiso al señor Gates, se puso de pie y corrió hasta el teléfono.

-No conozco a ningún Hunter -le gruñó Gates. -Claro que sí -dijo Opal con suavidad-. Vinieron de Seattle el año pasado. Los conociste en la tienda de Lechner el verano pasado.

-Puede ser. Me parece que lo recuerdo. Houston, come un poco de esta carne, tienes que engordar.

-Hola -dijo Blair con cautela.

En lugar de la voz de Alan, le respondió la voz de Leander. -Blair, por favor, no cortes. Tengo una invitación para ti.

-¿Y qué es lo que piensas hacerle a Alan esta vez? Ya usaste rifles, caballos y casi lo ahogas. ¿Sabías que fuimos a jugar al tenis hoy? Podrías haberle arrojado lejos las pelotas o haberle pegado con la raqueta.

-Sé que mi conducta no ha sido apropiada, pero quisiera disculparme contigo. Mañana estoy de guardia todo el día para atender cualquier urgencia que se presente y tengo que visitar a unos cuantos pacientes en el campo. Pensé que te gustaría acompañarme.

Blair quedó muda por un momento. ¿Pasar todo el día haciendo lo que tanto deseaba? ¿No perder el tiempo en tonterías y hacer algo productivo?

-Blair, ¿estás ahí?

-Sí, claro.

-Si prefieres no ir, lo entenderé. Será un largo día y estoy seguro de que quedarás exhausta y...

-Ven a buscarme cuando me necesites. Estaré lista a la mañana temprano. Veremos quién se cansa primero.

Blair colgó el auricular y regresó a la mesa. ¡Mañana sería un médico! Por primera vez en muchos días, pudo olvidarse de lo que había hecho a su hermana.

Nina Westfield oyó que llamaban varias veces a la puerta antes de que alguien respondiera.

Una criada pálida y con manos temblorosas se presentó en la sala.

-Señorita, hay un hombre allí afuera que se llama Alan Hunter y dice que ha venido a matar al doctor Leander.

-¡Por Dios! ¿Tiene aspecto peligroso?

-Esta ahí de pie, muy tranquilo, pero su mirada... Y además es bastante apuesto. Pensé que quizás usted podría hablar con él. No me parece que sea un asesino.

Nina hizo el libro a un lado.

-Hazlo pasar, luego ve a llamar al señor Thompson y que alguien vaya a buscar a mi padre. También envía a alguien para que retenga a Lee en el hospital. Inventa alguna enfermedad si es necesario, cualquier cosa con tal de que no regrese a casa.

La criada obedeció y, a los pocos minutos, volvió seguida del señor Hunter.

Nina consideró que no tenía aspecto de asesino y le ofreció la mano en señal de amistad, haciendo caso omiso de la expresión de asombro con que la criada salió de la sala y cerró la puerta.

Cuando el señor Thompson se presentó, Nina le sugirió que regresara a su casa, que todo había sido un error. Cuando llegó su padre, Nina se lo presentó y los tres se quedaron con

versando hasta tarde.

Nadie pensó en Leander, que estaba tratando de ayudar al hombre que había sido el mayordomo de la casa durante dieciséis años. Tenía unos terribles dolores cuya causa ignoraba. En cuanto Lee lo dejaba solo, el mayordomo aprovechaba para llamar a la casa, donde le informaban de que el asesino seguía allí, de manera que seguía manifestando nuevos síntomas para quedarse y esa fue la razón por la cual Leander sólo durmió cuatro horas aquella noche, antes de recibir la primera llamada de urgencia. Como eran las cuatro y media de la mañana, no se atrevió a despertar a la familia Chandler y optó por trepar al árbol

y entrar a la habitación de Blair por la ventana.

11

Apenas estaba comenzando a amanecer cuando Leander trepó al cuarto de Blair. Se sentía como un colegial con temor a que lo sorprendieran en medio de una travesura. Ahí estaba él, un médico de veintisiete años, que había vivido en Europa y visitado los salones más importantes, subiéndose a un árbol para entrar en el dormitorio de una joven como si fuera un muchacho malo.

Pero cuando entró a la habitación y vio a Blair entre las sábanas, perdió toda inhibición. Los últimos días habían sido terribles. Había comprobado que quería a esa mujer tanto como

a su propia alma, y veía que se le escapaba de las manos. Algo en ella lo hacía sentir torpe y tonto y todo le salía mal. Había tratado de impresionarla, de parecer el hombre fuerte frente al incompetente de su amigo, aquella rata débil y rubia de la que ella creía estar enamorada. Lee sabía que Hunter no era lo bastante hombre para ella.

Permaneció junto a ella un momento, disfrutando de esa dulzura y esa suavidad que había sentido aquella noche en la que habían estado juntos.

Esa noche le había cambiado la vida y no se daría por vencido.

Con una sonrisa, como si no pudiera resistirse, corrió la sábana y se metió en la cama junto a ella, con zapatos y todo.

No tenían tiempo para una sesión de amor y, además, el tercer piso de la casa de Duncan Gates no era el lugar adecuado.

Le besó la sien y luego la tomó en sus brazos. Blair, medio dormida, se acurrucó en los brazos de Lee y este le besó los ojos cerrados y las mejillas. Cuando él apoyó los labios en su boca, Blair empezó a despertarse, acercó más su cadera a la de Lee y este le acarició la pierna desnuda.

Su beso se hizo más profundo, sus lenguas se juntaron y Blair le respondió con pasión.

Ella despertó a medias al sentir el reloj de Lee contra su estómago.

-Pensé que eras un sueño- le dijo, acariciándole la mejilla con una mano.

-Lo soy -respondió Lee con voz ronca. Nunca antes había tenido que apelar de ese modo a su autocontrol. Quería quitarle el camisón y sentir esa piel suave y cálida, contra la suya.

Pero de repente, ella se levantó.

-¿Qué haces aquí? -le gritó.

Lee le tapó la boca con una mano y la recostó en la cama, mientras Blair tiraba patadas y puñetazos al aire.

-Si quieres acompañarme, tendrás que hacerlo ahora, y como todavía no ha amanecido, no quise despertar a toda la casa golpeando a la puerta. ¿Puedes dejar de gritar? Si Gates llega a venir, no quiero pensar lo que sucederá. -Lee apartó su mano cuando Blair se hubo tranquilizado.

-Prefiero que venga Gates -le dijo-. Sal de aquí. Leander no se apartó ni un centímetro.

-Si hubiera tenido tiempo, habría subido sin... los zapatos -dijo, mientras movía la pierna que tenía entre las de Blair. -Eres un egoísta y abominable...

No pudo continuar porque Lee comenzó a besarla, primero con suavidad, luego con pasión y después otra vez con suavidad. Cuando se apartó, Blair tenía los ojos llenos de lágrimas.

-Por favor, no... -le dijo, volviendo la cabeza. -No sé por qué tengo que tenerte piedad- dijo él mientras aflojaba las manos y la mantenía atrapada bajo el peso de su cuerpo-. Si me voy por donde vine, ¿te vestirás y nos encontraremos abajo?

Blair lo miró como un animalito acorralado.

-¿E iremos a hacer las visitas?

-No he conocido a una mujer tan ávida de ver sangre. -No es eso lo que me gusta, sino ayudar a la gente. Si llego a salvar una vida, entonces la mía...

Lee la besó una vez más antes de salir de la cama. -Puedes pronunciar tu discurso en el camino. Diez minutos, ¿está bien?

Blair se limitó a asentir y salió de la cama antes de que Lee llegara a la ventana. No pensó en lo inusual de la situación, porque desde que había llegado a Chandler todo había sido inusual.

Eligió un traje que le gustaba mucho. Lo había mandado a hacer en Filadelfia, en la vieja y conocida firma de sastres de J. Cantrell e Hijos. Había trabajado varias semanas con ellos para diseñar un traje que le sirviera para cualquier emergencia médica, sin ser ostentoso. En la tienda de los sastres se lo había probado montando un caballo de madera para asegurarse de que era lo suficientemente corto como para resultar seguro y largo como para resultar decente.

La chaqueta tenía un corte simple, casi militar; la falda parecía muy femenina, pero estaba dividida en dos partes, de modo que tenía la comodidad de los pantalones. La tela era una sarga muy fina de color azul oscuro, con varios bolsillos profundos disimulados en los pliegues de la tela, con una tapa abotonada para asegurarse de no perder nunca ningún instrumento. En la manga tenía una cruz roja que indicaba el uso que se daría al traje.

Se puso un par de zapatos de becerro que tenían un estilo masculino y no se parecían en nada a los zapatos estrechos que torturaban los pies de las mujeres; recogió su flamante maletín y bajó a reunirse con Lee.

El estaba apoyado en su coche, fumando un cigarro largo y fino y, por un momento, odió tener que salir con él. Sin duda, tendría que pasar el día luchando para quitarse sus manos de encima y no podría ayudado a atender.

Lee la miró un momento estudiando su traje, asintió con aprobación y subió al coche dejando que Blair se las arreglara por su cuenta.

En cuanto hubo subido al coche, Lee arrancó, tal como ella esperaba, a toda velocidad.

-¿Adónde tenemos que ir para atender el primer caso?- le gritó por encima del ruido del carro.

-Por lo general, ya no hago estos recorridos, porque estoy en el hospital la mayor parte del tiempo -le respondió Lee-. A algunos pacientes no los conozco, pero esta es la esposa de Joe Gleason. Está enferma. Seguramente es otro bebé. No sé cómo se las arregla Effie para producir uno cada ocho meses. -Lee la miró de reojo-. ¿Has asistido alguna vez a un parto?

Blair asintió y sonrió. Como vivía con su tío, había tenido una ventaja sobre los demás estudiantes de la escuela de medicina: había podido trabajar con pacientes de verdad y no se había limitado a leer la teoría en los libros.

Después de un accidentado camino, que terminó por romperle la espalda, Lee se detuvo junto a una cabaña de madera al pie de las montañas. El patio delantero estaba lleno de pollos, perros y numerosos niños sucios, que parecían luchar por un poco de espacio.

Joe, un hombre pequeño y desdentado, apartó a patadas a animales y niños del camino de Leander.

-Está allí adentro, doc. Effie no suele estar en cama durante el día y hace cuatro que no se levanta. Esta mañana no pude despertada. La he cuidado lo mejor que he podido pero parece que nada surte efecto.

Blair siguió a los dos hombres al interior de la casa, mirando a los niños mientras escuchaba la historia de Joe.

-Estaba cortando madera cuando la cabeza del hacha salió disparada y le pegó a Effie en la pierna. No fue un gran corte pero sangró mucho y se sintió mareada y entonces se fue a la cama. ¡En pleno día! Como le dije, la cuidé lo mejor que pude, pero ahora estoy preocupado.

El cuartito donde yacía la mujer estaba a oscuras y el aire olía a viciado.

-Abra aquella ventana y tráigame una linterna. -Me dijeron que el aire no era bueno para ella.

Leander le dedicó una mirada amenazadora y el hombre corrió a abrir la ventana.

Cuando Joe le llevó la linterna, Leander se sentó junto a la mujer y la destapó. En la pierna tenía un vendaje sucio que olía a rancio.

-Blair, si lo que hay aquí abajo es lo que pienso, sería mejor que tú...

Blair no lo dejó terminar la oración. Ya le estaba examinando la cabeza, los párpados, tomándole el pulso y oliéndole el aliento.

Creo que esta mujer está ebria -dijo sorprendida mientras miraba a su alrededor. En la mesa junto a la cama había una botella vacía que decía: Elixir de la Vida del Dr. Monroe. Garantizado para curar todo tipo de enfermedad.

Blair tomó la botella.

-¿Le ha estado dando esto a su esposa?

-Lo pagué muy caro -dijo Joe con tono indignado-.

El doctor Monroe dijo que le haría bien.

-¿Esto también lo hizo el doctor Monroe? -le preguntó Lee señalando el vendaje sucio.

-Es un parche contra el cáncer. Pensé que si puede curar el cáncer, bien podía curarle a Effie un pequeño corte. ¿Se va a poner bien, doc?

Lee no se molestó en responder, se dispuso a alimentar con leña la estufa que estaba en un rincón del cuarto y puso a hervir una tetera con agua. Aguardaron a que el agua hirviera y ambos se lavaron las manos. Mientras tanto, Blair hizo unas cuantas preguntas.

-¿Le dio alguna otra cosa?

-Un poquito de pólvora esta mañana. Tenía problemas para despertar y pensé que la pólvora la ayudaría.

-Pudo haberla matado -le dijo Lee, que empalidecía a medida que iba quitando los vendajes de la herida un poco más arriba de la rodilla, mientras la mujer seguía inconsciente-. Lo que pensaba. Joe, hierva más agua. Tendré que limpiar esto.

-El hombrecito miró la herida y salió disparado del cuarto. Lee, con los ojos puestos en Blair, quitó totalmente el vendaje para que ella pudiera ver la herida.

La herida estaba cubierta de gusanos y larvas pequeñas. Blair no se permitió demostrar ninguna reacción y comenzó a sacar el instrumental del maletín de Lee. Mientras ella sostenía una palangana, Lee sacaba las larvas de la herida.

-Estas cosas son una verdadera bendición -dijo Lee-. Las larvas se comen las partes podridas de la herida y la mantienen limpia. -Levantó una larva con la punta de la pinza-. Si no estuvieran aquí, seguramente tendríamos que amputar la pierna. Oí que antes los médicos acostumbraban a cubrir las heridas con gusanos para que las limpiaran.

-Entonces, tal vez haya ayudado el hecho de que este lugar esté tan sucio -dijo Blair estudiando con disgusto la habitación.

Lee la miró con aire especulativo y comentó:

-Habría jurado que esto era demasiado para ti. -Tengo un estómago más fuerte de lo que crees. ¿Listo para el ácido carbólico?

Lee siguió limpiando la herida y Blair permanecía a su lado dispuesta a ayudar. El le entregó las agujas y el hilo y Blair cosió la herida mientras Lee la observaba con atención. Cuando hubo terminado le permitió que la vendara.

Joe entró en la habitación para decirles que el agua estaba hirviendo.

-Entonces, podrá usarla para hervir estos trapos que usted llama sábanas -le dijo-. No quiero ni un insecto más debajo del vendaje. Blair, ayúdame a quitar las sábanas de abajo. y también quiero que traigas ropa limpia. Blair, tú podrás cambiarla mientras yo converso con Joe.

Blair no intentó bañar a la mujer, pero estaba segura de que la parte más limpia de su cuerpo era la que estaba debajo del vendaje. Logró introducir el cuerpo pesado de la mujer en una de las camisas de Joe, mientras ella gemía y sonreía en su borrachera. A través de la ventana abierta, vio que Lee conversaba con Joe junto a la cabaña. Lee parecía muy enojado y le gritaba y le tocaba el pecho con la punta del dedo índice. Sintió pena por Joe, que sólo había hecho lo que consideraba mejor para su esposa.

-¿Dónde está el doctor?

Blair se volvió para ver a un hombre vestido con los vaqueros y la camisa típica de un cowboy. El hombre parecía preocupado.

-Yo soy médico -le respondió Blair-. ¿Necesita ayuda? El hombre la miró de arriba abajo.

-¿No es el coche del doctor Westfield el que está afuera? -¿Frank? -dijo Lee desde afuera-. ¿Sucede algo malo?

El cowboy se volvió.

-Se cayó una carreta al arroyo. Iban tres hombres y uno está muy malherido.

Lee se volvió hacia Blair y le dijo:

-Recoge mi maletín. -Para cuando Blair llegó al coche, este ya estaba en movimiento. Mientras arrojaba los dos maletines al suelo y se sujetaba del techo para no caerse, agradeció en silencio al señor Cantrell por el diseño cómodo de su traje.

Lee le alargó una mano para ayudarla a sentarse, mientras con la otra sostenía las riendas. Cuando estuvo sentada, lo miró y él le guiñó un ojo. Fue un guiño lleno de orgullo.

-Este es el rancho Bar S- le gritó Lee-. Y Frank es el capataz.

Siguieron al cowboy tan aprisa como pudieron durante aproximadamente seis kilómetros, hasta que divisaron los edificios. Eran cuatro cabañas y un corral precario junto al Pico Ayers.

Lee recogió su maletín, entregó las riendas a los hombres que los aguardaban y se dirigió hacia la primera cabaña; Blair le pisaba los talones.

Había un hombre recostado sobre un catre con el brazo izquierdo bañado en sangre. Lee cortó la tela del traje y de la camisa, salpicándose su propia ropa. La sangre seca sobre la camisa del hombre había detenido de forma temporal la hemorragia, evitando que se de sangrara hasta morir. Lee presionó la arteria con los dedos; no había tiempo para pensar en lavarse.

Los cowboys se reunieron alrededor de ellos para observar y, mientras Blair se lavaba las manos con carbólico, Lee le hizo una señal y, con una coordinación que se consigue después de años de trabajar juntos, Lee soltó la arteria y ella lo reemplazó inmediatamente.

Los cowboys retrocedieron sorprendidos.

-Creo que se pondrá bien -dijo Lee, mientras se limpiaba la sangre de las manos-. Ha perdido mucha sangre, pero si sale del estado de shock, creo que sobrevivirá. ¿Quién más?

-Yo -dijo un hombre desde otro catre-. Me he roto la pierna.

Leander le abrió el pantalón para estudiar la pierna.

-Que alguien lo sostenga de los hombros. Tendré que colocarla en su lugar.

Blair miró a los tres hombres y estos se acercaron al cowboy herido. Contra la pared había un hombre grandote cuyos brazos tenían el tamaño de dos jamones. Tenía también una cara grandota y parecía que le dolía algo porque se sostenía un brazo y estaba pálido.

Ella se le acercó.

-¿Estaba en el accidente?

El bajó la mirada, pero luego la desvió.

-Aguardaré al doctor.

Ella se volvió y le dijo:

-Yo también soy doctora, pero quizá tenga razón. Puede ser que le haga doler más de lo que pueda soportar.

-¿Usted? -cuando Blair se volvió para enfrentarlo, el hombre se había puesto aun más blanco.

-Siéntese -le ordenó ella y el grandote obedeció, sentándose sobre un banco cerca de la pared. Con sumo cuidado, Blair le quitó la camisa y comprobó lo que había temido: se había dislocado el hombro en la caída.

El hombre la miró con aire interrogativo. Tenía la frente bañada en sudor.

Los demás cowboys estaban reunidos alrededor de Lee mientras este trataba de acomodar el hueso de la pierna. Un poco más atrás había un hombre con una botella de whisky en los labios.

-Esto servirá -murmuró.

Blair no terminaba de decidirse a hacer lo que tenía que hacer, pero tampoco podía aguardar a que Leander terminara y quedarse sin hacer nada mientras ese hombre seguía sufriendo. Sólo una vez había tenido que arreglar un brazo dislocado, pero había sido el de un niño.

Respiró profundamente y dijo una plegaria; luego, le flexionó el brazo contra el pecho. Se subió a una caja y logró, con gran esfuerzo, levantarle el brazo bien alto y hacerlo rotar. Repitió el procedimiento tratando de no hacer sufrir al paciente. Blair sudaba por el esfuerzo que hacía para tratar de encajar el brazo en una articulación que tenía el mismo tamaño que su cadera.

-De repente, el húmero hizo un clic y se colocó en su lugar.

Blair retrocedió, miró a su paciente y ambos se sonrieron. -Es una buena doctora -le dijo el hombre.

Blair se volvió y, para su sorpresa, todos, incluso los dos hombres heridos, la estaban observando. Permanecieron en silencio mientras se dedicaba a vendar a su paciente.

Cuando hubo terminado, Leander rompió el silencio. -Si ustedes dos dejan de felicitarse mutuamente, tengo otros pacientes que atender -sus palabras nada tenían que ver con el brillo de sus ojos orgullosos.

-¿No es usted una de las mellizas Chandler? -le preguntó uno de los cowboys mientras los acompañaba al coche.

-Blair -dijo ella.

-Ella también es doctora -dijo Frank, mientras todos la observaban con sorpresa.

-Gracias, doctor Westfield y doctora Chandler -los saludó el hombre del hombro dislocado mientras subían al coche.

-Es mejor que se acostumbren a llamada Westfield también -dijo Leander, haciendo sonar las riendas-. Nos casaremos la semana próxima.

Blair no pudo decir nada porque casi se cayó del coche cuando el caballo de Lee salió al galope.

12

Cuando se alejaron de las cabañas, Leander aminoró la marcha.

-El ama de llaves de mi padre nos ha preparado el almuerzo. Me detendré mientras tú sacas las cosas y comeremos camino al rancho.

Lee se puso de pie en el coche como un gladiador en su carro romano y Blair levantó el asiento.

-Cuánto espacio -dijo sorprendida al ver las mantas, un revólver, cajas con municiones, un arnés de repuesto y las herramientas que había debajo de la tapa del asiento-. Nunca había visto algo así antes.

Leander frunció el entrecejo, pero como ella estaba de espaldas, no lo vio.

-Así me lo vendieron -murmuró.

Blair siguió estudiando el lugar.

-Supongo que lo habrán hecho a propósito. Me pregunto por qué.

-El coche lo compré de segunda mano. Tal vez algún granjero quería llevar sus animales ahí adentro. ¿Vas a sacar la comida o moriremos de hambre?

Blair tomó la cesta de picnic y volvió a colocar el asiento en su lugar.

-Ahí puede entrar un hombre -dijo, mientras sacaba un recipiente con pollo frito, otro con ensalada de patatas y una jarra de limonada azucarada. -¿Piensas hablar de ello durante todo el día? ¿Qué te parece si te cuento algunas historias de cuando hacía el internado en Chicago? -cualquier cosa, pensó Leander, con tal de que se olvide de ese hueco. Si los guardias de las minas fueran tan observadores como Blair, hoy no estaría con vida.

Comió el pollo con una mano mientras que con la otra sostenía las riendas, y al mismo tiempo, le contó la historia de un hombre que la policía había capturado una noche y, como estaba azul porque no podía respirar, lo dieron por muerto. Pero él pensó que había esperanza. Trató de hacerle masajes respiratorios, pero no hubo respuesta y, cuando le vio las pupilas, se dio cuenta de que el hombre era víctimas de las "gotas fatales": el opio.

-¿Piensas comerte toda la ensalada tú sola?-cuando Blair quiso entregarle el recipiente con el tenedor dentro, Lee no tenía manos para agarrarlo. Blair tuvo entonces que sentarse junto a Lee y darle la ensalada en la boca.

-Continúa con la historia.

-Me di cuenta de que la única forma de evitar que ese hombre entrara en coma era seguir con la respiración artificial hasta que reviviera. Ninguno de los demás médicos quería perder el tiempo con un hombre que valía igual estando vivo que muerto y se fueron a la

cama. Las enfermeras y yo nos turnamos para tratar de salvarlo. -No me extraña que las enfermeras quisieran ayudarte -comentó Blair.

Lee le sonrió. -No tuve problemas con ellas, si a eso te refieres.

Blair le metió el tenedor lleno de ensalada en la boca. -¿Piensas fanfarronear o continuarás con la historia? Leander siguió hablándole de los masajes cardíacos, de los litros de café que le habían dado de beber, de los trapos fríos en el estómago. Habían trabajado toda la noche, hasta la mañana, cuando considerándolo fuera de peligro, lo habían dejado dormir.

Esa noche, Lee no había descansado más de dos horas cuando retornó la guardia y, al entrar en la habitación de su paciente, preparado para recibir con modestia los agradecimientos por haberle salvado la vida, el hombre sólo había dicho:

-Ha visto, doctor, no encontraron mi reloj. Estaba seguro dentro de mis pantalones, escondido de esos ladrones que me envenenaron.

-¿Ni siquiera te agradeció el esfuerzo que habías hecho por él? -preguntó Blair, incrédula.

Leander le sonrió y ella comprendió lo gracioso de la historia. A veces, uno no recibía el reconocimiento que esperaba por ser médico, a pesar de ser un trabajo tan duro.

Terminaron de comer y siguieron viajando. Blair le pidió que le contara más historias sobre sus experiencias como médico. La joven le habló de su tío Henry y sus estudios, los profesores que se oponían a que las mujeres estudiaran y compitieran con los hombres. También le contó la terrible prueba que había tenido que pasar para entrar en el St. Joseph. -¡Y lo logré! -le dijo. Luego siguió hablando del hospital y de su vida futura. Ni se dio cuenta de la forma en que él la miraba.

Por la tarde temprano, llegaron a los alrededores del rancho Invierno y Lee la llevó a conocer a la hija de ocho años del ranchero, que se estaba recuperando de una fiebre tifoidea.

La pequeña estaba muy bien, y Lee y Blair aceptaron gustosos un vaso de leche recién ordeñada y un buen trozo de pan casero.

Cuando volvieron al coche, Lee le dijo:

-Quizás esto sea lo único que obtengamos. Los doctores no se hacen ricos en este país. Es bueno que yo pueda mantenerte.

Blair estuvo a punto de decirle que no tenía ninguna intención de permanecer en Chandler ni de casarse con él, pero algo la detuvo. Quizá por la forma que Lee había insinuado que ella era una verdadera doctora y que, si llegaban a casarse, podría seguir practicando la medicina. Teniendo en cuenta los prejuicios de esa ciudad, era un gran adelanto.

Apenas habían salido de la propiedad del ranchero, cuando se les acercó un cowboy a todo galope, envolviéndolos en una nube de polvo.

-Necesitamos ayuda, doc -le dijo el hombre.

Para sorpresa de Blair, Lee no salió disparado como de costumbre.

-¿No es usted de Lazy J?

El cowboy asintió.

-Quiero llevar a esta dama de regreso al rancho Invierno antes de acompañarlo.

-Pero doctor, el hombre recibió un balazo y sangra mucho. Necesita que lo atiendan enseguida.

-El día anterior, si Blair hubiera escuchado a Lee decir esas palabras, habría pensado que quería excluirla del caso, pero ahora sabía que sus razones debían de ser otras. Le apoyó una mano sobre el brazo.

-Suceda lo que suceda, yo también estoy en esto. No puedes protegerme -su voz sonaba amenazante, como si estuviera dispuesta a seguirlo adonde fuera.

-Ahora no hay disparos, doc -dijo el cowboy-. La dama estará segura.

Leander miró a Blair y luego al cielo.

-Espero no tener que arrepentirme de esto -dijo mientras hacía sonar el látigo y se ponían en marcha.

Blair se sujetó al coche.

-¿Disparos? -Nadie la oyó.

Dejaron el caballo y el coche a cierta distancia de una casa ruinosa de adobe, construida sobre una colina. La mitad del techo se había derrumbado.

-¿Dónde están los otros? -preguntó Lee, y el cowboy le señaló otra casa en ruinas a través de los árboles.

Quería hacer preguntas sobre lo que sucedía, pero Lee le puso una mano en la espalda y la condujo al interior de las ruinas. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, vio a un hombre y a una mujer obesa y sucia sentados debajo de lo que quedaba de una ventana. Tenían rifles colgados de los hombros, pistolas en las manos y estaban rodeados de cartuchos vacíos. En un rincón había tres caballos. Blair estaba segura de que estaba en medio de algo que no le gustaba para nada.

-Cosámoslo y salgamos de aquí -dijo Lee, volviéndola a la realidad.

En la parte más oscura de la cabaña había un hombre tirado en el suelo, que se sostenía el estómago y estaba muy pálido.

-¿Sabes aplicar cloroformo? -le preguntó Lee mientras se esterilizaba las manos.

Blair asintió y sacó unas botellas de su maletín.

-¿Soporta bien el licor? -preguntó Blair a la gente reunida en la habitación.

-Sí, claro -dijo el cowboy con tono dubitativo-, pero no tenemos licor. ¿Usted tiene un poco?

Blair fue bastante paciente.

-Estoy tratando de ver cuánto cloroformo puedo darle. Un hombre que bebe mucho whisky para emborracharse necesita más cloroformo para dormirse.

El cowboy hizo una mueca.

-Ben puede beber más que ninguno. Dos botellas de whisky sólo lo ponen alegre. Nunca lo vi borracho.

Blair asintió; estimó el peso del hombre y empezó a echar el cloroformo en un cono. Cuando el hombre empezaba a sucumbir, trató de luchar contra el gas, y ella extendió su cuerpo sobre el pecho del hombre y Lee hizo lo mismo sobre las piernas. Por suerte no le quedaban demasiadas fuerzas y por lo tanto no podía lastimarse la herida.

Cuando Lee le quitó los pantalones y pudieron ver el orificio que la bala le había hecho en el estómago, Blair pensó que no le quedaban demasiadas posibilidades de sobrevivir. Pero Lee pensó lo contrario y se puso a trabajar.

Un amigo del tío Henry, un médico especialista en cirugía de abdomen, había ido a visitarlos desde Nueva York precisamente cuando habían llevado a una pequeña que se había caído sobre una botella rota. Blair había presenciado cómo el hombre había extraído los pedazos de vidrio del estómago y reparado tres agujeros en los intestinos. Esa operación la había . impresionado tanto que se especializó en cirugía de abdomen.

Pero ahora, mientras observaba a Lee trabajar, quedó sorprendida. La bala había entrado por la cadera y había seguido hasta la nalga, atravesando los intestinos en diferentes partes.

Los dedos delgados de Leander siguieron el trayecto de la bala, cosiendo las distintas capas de intestino. Blair contó catorce orificios antes de llegar al agujero de salida de la bala.

-No puede comer absolutamente nada durante cuatro días -dijo Leander mientras terminaba de coserlo-. El quinto día podrá beber un poco de líquido. Si desobedece e ingiere algún alimento, morirá a las dos horas porque la comida lo envenenará. -Miró al cowboy y le preguntó-: ¿Está claro?

Nadie le respondió porque en ese momento se escucharon seis disparos dentro de la cabaña.

-¡Maldición! -exclamó, mientras cortaba el hilo de los últimos puntos con la tijera que Blair le había alcanzado-.

Pensé que nos darían más tiempo.

-¿Qué sucede? -preguntó Blair.

-Estos idiotas -dijo, sin molestarse en bajar el tono de voz- están en guerra. Siempre hay una o dos en los alrededores de Chandler. Esta dura ya seis meses. Quizá tengamos que quedamos aquí un tiempo hasta que decidan otra tregua.

-¿Tregua?

Lee se limpió las manos.

-Son bastante civilizados. Cuando hay un herido, paran el fuego hasta que consiguen un doctor. Pero no se sienten obligados a esperar a que el médico se vaya para volver a disparar. Podríamos estar aquí hasta la mañana. Una vez, me quedé atrapado durante dos días. ¿Ahora ves por qué quería que te quedaras en el rancho Invierno?

Blair comenzó a limpiar y a guardar el instrumental en los dos maletines.

-¿Y ahora sólo nos queda esperar?

-Así es, esperar.

Lee la llevó hasta detrás de una pared que alguna vez había sido la división de un cuarto. El se sentó en el extremo más alejado y le hizo señas para que se acercara, pero Blair no quiso hacerlo. Quería estar lo más alejada posible de él y se recostó contra la pared opuesta. Pero en cuanto una bala pegó a pocos centímetros de su cabeza, se arrojó a los brazos abiertos de Leander y hundió la cara en su pecho.

-Nunca pensé que me agradaría quedar atrapado en medio de una guerra -murmuró él mientras le besaba el cuello.

-No empieces de nuevo -le dijo ella, volviendo la cabeza para que la besara en los labios.

Lee se dio cuenta de que no podía seguir adelante en ese lugar lleno de gente y con balas que volaban encima de sus cabezas.

-Muy bien, me detendré -dijo y la miró para ver la expresión de su rostro.

Blair no se alejó; permaneció en sus brazos porque su cercanía la hacía sentir segura.

-Dime dónde aprendiste a coser los intestinos tan bien.

-Ah, de modo que quieres que siga contándote historias. Muy bien. Veamos...

Blair parecía insaciable. Durante las cuatro horas que debieron permanecer allí, le hizo mil preguntas sobre su carrera: dónde había aprendido talo cual cosa, cuál había sido su caso más difícil, cuál el más gracioso, etcétera, etcétera. Para tomarse un descanso, Lee decidió hacer algunas preguntas a su vez.

Se puso el sol y los disparos continuaron. Lee trató de que Blair durmiera un poco, pero ella se negó.

-Veo que lo estás vigilando -dijo ella señalando al hombre que estaba herido-. Tú no piensas dormir y yo tampoco lo haré. ¿Crees que sobrevivirá?

-Todo depende de la infección yeso está en manos de Dios. Lo único que podía hacer era suturar.

Cuando el cielo se aclaró, Leander fue a controlar a su paciente, que comenzaba a moverse.

Blair se puso de pie para estirarse, y en ese momento sintió un sonido que la hizo olvidar todo. Era el impacto de una bala en un cuerpo.

Se alejó de Lee y corrió hacia el otro lado de la pared, donde pudo ver lo sucedido. El hombre que había permanecido en silencio acababa de recibir una bala en la barbilla, y la mujer que estaba a su lado había juntado un montón de estiércol fresco y estaba a punto de aplicárselo sobre la herida abierta.

Blair olvidó las balas y se arrojó encima de la mujer.

Sorprendida y enojada, la mujer comenzó a pegarle, y tuvo que defenderse de los puñetazos, pero bajo ninguna circunstancia permitiría que la mujer colocara los excrementos sobre la herida abierta.

Estaba tan concentrada en su propósito que no se dio cuenta de que habían salido rodando por el agujero que una vez había sido una puerta.

De inmediato sintieron que una ráfaga de disparos les pasaba por encima.

Ambas se detuvieron y vieron a Leander, rifle en mano, disparando a los cuatro vientos.

-Entren aquí enseguida -les gritó a las mujeres, y luego comenzó a gritar a los hombres para que supieran de quién se trataba porque si alguna vez necesitaban de él, dejaría que se desangraran hasta la muerte.

El fuego cesó.

Cuando Leander entró en la cabaña, Blair estaba limpiando la barbilla herida al hombre.

-Si alguna vez vuelves a hacer algo así, te juro que... -se detuvo porque no encontraba una amenaza lo suficientemente fuerte.

Lee aguardó a que Blair cosiera la herida y la vendara y, en el momento en que hubo colocado el último pedazo de esparadrapo, la tomó de un brazo y la puso de pie.

-Saldremos de aquí enseguida. Pueden seguir disparándose todo lo que quieran, pero no voy a arriesgar tu vida por ninguno de ellos- y la empujó fuera de la cabaña, casi sin darle tiempo a recoger su maletín.

-Vino a verte el hombre del sindicato -le dijo Reed a su hijo cuando Lee entró en la casa.

Mientras se masajeaba la espalda dolorida, preguntó a su padre:

-¿No dejaste que nadie lo viera, verdad?

Lo único que hizo fue comer y dormir, algo que al parecer, tú no has hecho en días. Espero que no hayas estado con Blair toda la noche. Gates te está persiguiendo.

Lo único que Lee quería era comer algo y descansar antes de ir al hospital, pero, al parecer, no tendría tiempo.

-¿Está listo?

Reed permaneció en silencio por unos momentos, observando a su hijo, como si esa fuera la última vez que lo vería con vida. Siempre se sentía así cuando Lee salía con uno de los sindicalistas para visitar las minas.

-Está listo -le respondió por fin.

Cansado, Lee fue hasta los establos y envió al mozo a hacer un mandado. Mientras tanto, cambió su caballo por uno de su padre porque el suyo estaba demasiado cansado después de haber estado fuera toda la noche. Se aseguró de que nadie los veía y se acercó hasta donde estaban su padre y otro hombre. Se limitó a mirar al hombre; no eran necesarias las palabras porque todos los sindicalistas tenían el mismo fuego en la mirada y poco les importaba el riesgo que corrían. Lo importante era la causa por la que luchaban.

Leander sacó casi todo el instrumental médico que guardaba en el compartimiento que Blair había investigado con tanta curiosidad. Allí dentro se deslizó el hombre. Nadie hablaba porque todos eran conscientes de lo que podía suceder ese día. Los guardias de las minas primero disparaban y luego hacían preguntas.

Reed entregó a su hijo un molde de papel maché que se ajustaba al compartimiento por medio de unas grapas y que simulaba -a primera vista- una pila de mantas, un rifle, una cuerda y una sierra (cosas que cualquiera podía llevar en su coche). Encima, Lee puso su maletín de médico.

Reed le tocó el hombro a su hijo y este subió al coche y partió.

Marchaba lo más aprisa que podía, tratando de no lastimar al hombre que iba dentro del compartimiento. Dos semanas atrás, Lee y su padre habían tenido una discusión sobre las actividades de aquel. Reed sostenía que su hijo no debía arriesgar su vida con los sindicalistas entrando al campo minero, porque si lo descubrían y sobrevivía, ningún tribunal del mundo lo absolvería.

Cuando se acercó al camino que conducía a la mina, aminoró la marcha estudiando el terreno. Con una sonrisa recordó cómo había defendido a Jacob Fenton, el dueño de las minas, delante de Blair. Le había dicho que el hombre tenía que responder a los accionistas y que no era el responsable de lo que sucedía dentro de los campos. Lee solía decir cosas así para despistar. No le convenía que conocieran sus verdaderas opiniones sobre el trato a los obreros.

Los mineros tenían dos opciones: obedecían las reglas de la compañía o eran despedidos. ¡No eran reglas para hombres sino para prisioneros!

Todo lo concerniente a las minas pertenecía a la compañía. Se les pagaba con vales que sólo podían canjearse en las tiendas de la compañía y, si algún minero compraba algo en las tiendas de la ciudad podían despedirlo. Tampoco les permitían salir de los campos para ir a la ciudad. Los dueños de las minas sostenían que los campos eran ciudades en sí y que las familias que allí vivían no necesitaban nada de ningún otro lado. Supuestamente, los guardias de la entrada evitaban el ingreso de ladrones y hombres con ideas revolucionarias, "protegiendo" así a los mineros.

Pero la verdad es que los guardias evitaban la entrada de los agitadores. Tenían que impedir que cualquier sindicalista entrara y hablara con los mineros.

Los dueños no podían permitir que hubiera ninguna huelga y tenían el derecho legal de apostar guardias armados para que revisaran todos los vehículos que entraran o salieran de los campos.

Sólo se permitía el ingreso de unos pocos coches: algunas mujeres viejas que llevaban verduras y un par de hombres que se dedicaban a hacer las reparaciones, los inspectores y un

médico de la compañía que hacía las visitas, un hombre tan pobre que no podía ejercer la medicina de forma privada. La compañía le pagaba en whisky y él, a cambio, cerraba los ojos ante lo que veía, declarando que los propietarios jamás eran culpable de ninguno de los accidentes que se producían, de modo que las viudas y huérfanos jamás recibían ningún beneficio.

Un año atrás, Lee había ido a pedir permiso a Fenton para entrar a examinar gratuitamente la salud de los mineros. Al principio, Fenton había dudado pero por último se lo había concedido.

Lo que Lee pudo ver allí adentro lo horrorizó. La pobreza era casi insoportable. Los hombres luchaban todo el día bajo la tierra para sobrevivir y, al final de la semana, apenas alcanzaban a alimentar a sus familias. Les pagaban según la cantidad de carbón que extraían, pero la tercera parte del tiempo lo consumía el llamado "trabajo muerto", es decir, trabajo por el cual no recibían ninguna paga. Ellos mismos tenían que pagar los maderajes de la mina porque los dueños no se responsabilizaban por su seguridad.

Después de las primeras visitas a los campos, Lee había regresado a su casa desolado. Observaba la rica ciudad de Chandler, a su hermana que entraba y salía con los paquetes de compras, y pensaba en los niños que estaban en medio de la nieve y ni siquiera tenían un par de zapatos que ponerse. Recordó a los hombres en fila aguardando su paga y lo que les daban por toda la semana de trabajo.

y cuanto más pensaba en ello, más sentía que debía hacer algo. No tenía idea de qué hasta que comenzó a leer ciertos artículos sobre los sindicatos del este que aparecían en el diario. Le preguntó a su padre si podría convencer a los sindicalistas de que fueran a Colorado.

En cuanto Reed se dio cuenta de lo que su hijo se proponía, trató de disuadirlo, pero Lee siguió visitando los campos, movido por la necesidad de hacer algo. Tomó un tren hasta Kentucky y allí se reunió con algunos sindicalistas y les contó lo que estaba sucediendo en Colorado. Le dijeron que ya habían intentado formar allí el sindicato pero que todo había sido inútil, y le advirtieron que podían matarlo si se enteraban de que colaboraba.

Leander recordó a la niñita de tres años que había muerto en sus brazos de neumonía y prometió hacer todo lo que pudiera.

Hasta el momento, había logrado que tres sindicalistas entraran en los campos. Los dueños se dieron cuenta de que habían ingresado con ayuda, y cada vez vigilaban más la entrada y la salida.

El año anterior, un minero llamado Rafe Taggert había insinuado que él era quien los había llevado. Por alguna razón, el hombre sabía que los guardias no lo tocarían, que no sufriría ningún "accidente" extraño y que de alguna manera estaba seguro. Se corría el rumor de que un hermano de Taggert se había casado con la hermana de Fenton, aunque nadie estaba seguro. Como los mineros se mudaban a menudo de una mina a otra, ninguno había

permanecido en la zona lo suficiente como para recordar lo que había sucedido treinta años atrás.

Pero, cualquiera fuera la razón, se sospechaba de Rafe Taggert y no del apuesto doctor que gentil mente se ofrecía a ayudar a los mineros.

Cuando se acercó a la entrada de la mina Empress, trató de saludar con naturalidad a los guardias. No lo revisaron y pudo entrar sin problemas y llegar hasta el otro extremo del campo para que el hombre se escondiera entre los árboles hasta que Lee lograra organizar una reunión. El sindicalista se reunía con tres hombres cada vez. El hombre permanecería allí todo el día, hasta la noche, arriesgando su vida a cada minuto. Lee visitaba las casas examinando a los niños y diciendo a los hombres dónde podían reunirse con el sindicalista. Al hacerlo, también ponía su vida en peligro, porque sabía que uno de esos hombres era un delator.

13

El domingo por la mañana, Blair se levantó feliz. Se desperezó en la cama, se quedó escuchando el canto de los pájaros y pensó que sería un día maravilloso. En su mente seguían bailando los sucesos del día anterior. Recordaba cómo Lee había cosido el intestino del hombre herido con manos expertas.

Deseó que Alan lo hubiera visto operar. De repente, se sentó en la cama. ¡Alan! Se había olvidado por completo de que tenía que reunirse con él a las cuatro de la tarde del día anterior. Había estado tan preocupada por Houston, por cómo se había quedado al recibir los

anillos, y luego, la llamada de Lee, y no había pensado que estaría afuera toda la noche. Susan fue a verla para avisarle de que su familia saldría para la iglesia poco después del desayuno y que el señor Gates quería que los acompañase.

Blair saltó de la cama Y se vistió aprisa. Tal vez Alan fuera a la iglesia y entonces podría explicarle que había estado trabajando todo el día.

Alan estaba allí, tres bancos más adelante y, a pesar de sus esfuerzos para que se diera la vuelta no le dirigió más que una mirada fugaz. Para colmo, estaba sentado junto al señor Westfield y Nina. Después del servicio, Blair logró acercársele ya fuera del edificio.

-Así que saliste con Westfield -le dijo Alan en cuanto se quedaron a solas. Tenía una mirada furiosa.

Blair se puso tensa pese a sus intentos por disimular.

-Creo que fuiste tú quien aceptó la apuesta y no yo, y mi parte del trato consistía en no rechazar las invitaciones que Leander me hiciera. -¿Toda la noche? -le preguntó con furia contenida. Blair se puso a la defensiva. -Estábamos trabajando y quedamos atrapados en me

dio de una guerra entre rancheros y Leander dice que...

-No me repitas sus sabias palabras. Tengo que irme ahora. Tengo otros planes.

-¿Otros planes? Pero pensé que quizás esta tarde...

-Te llamaré mañana. Es decir, si crees que estarás en casa -sin decir nada más, se volvió y la dejó allí plantada.

Nina Westfield se acercó a ella para decirle que Lee tenía que trabajar en el hospital todo el día. De modo que tuvo que subir al coche junto a su madre y su padrastro y no notó la ausencia de su hermana.

En casa, Opal se dedicó a arreglar el comedor con flores y la mejor platería.

-¿Esperas visita? -le preguntó Blair como de pasada. -Oh, sí, él vendrá a comer con nosotros.

-¿Quién?

-Kane. Oh, Blair, es un hombre encantador. Sé que te va a gustar mucho.

Minutos después se abrió la puerta y entró Houston del brazo de su enorme millonario, como si fuera un premio ganado en algún juego. Blair lo había visto antes en la iglesia y tuvo que admitir que era apuesto, aunque no tanto como Leander o Alan, pero más que presentable si a una le gustaba el tipo de hombre musculoso.

-Por favor, siéntese aquí, señor Taggert, junto a Houston y frente a Blair -le dijo Opal.

Por un momento, todos permanecieron en silencio mirando sus platos.

-Espero que le guste el roast-beef -le dijo el señor Gates, mientras trinchaba la pieza de carne.

-Estoy seguro de que será mucho mejor que lo que he comido hasta ahora, es decir, hasta que Houston me contrató una cocinera.

-¿Y a quién contrataste, Houston? -le preguntó Opal con tono frío, como si quisiera recordar a su hija que, en los últimos días, se había ausentado demasiado de la casa sin que nadie supiera dónde estaba.

-A la señora Murchison, mientras los Conrad estén en Europa. El señor Taggert tiene algunas sugerencias para inversiones -le dijo Houston al señor Gates.

A partir de ese momento, nadie pudo detener al hombre. Era como un elefante en medio de un grupo de pollos. Cuando el señor Gates le preguntó sobre el mercado del ferrocarril, Taggert levantó el puño y gritó que los ferrocarriles estaban muriendo, que todo el país estaba cubierto de ferrocarriles y ya no se podría ganar dinero con ellos, apenas algunos cientos de miles. -Apoyó el puño sobre la mesa y todos saltaron.

Comparado con el señor Taggert, Gates era un gatito mimoso. Taggert no ocasionó ninguna discusión y hablaba en términos de millones de dólares como si fueran granitos de arena. Y, como si sus gritos y su arrogancia no fueran suficientes, sus modales dejaban mucho que desear. Cortó la carne con el tenedor y, cuando esta saltó del plato en dirección a Blair, ni siquiera interrumpió la conversación, simplemente volvió a colocarla en el plato y siguió comiendo como si nada. Ignoró las fuentes de verduras y se sirvió en cambio una montaña de puré de patatas sobre la que vació la salsera completa. Antes de terminar, se había comido la mitad del trozo de carne de la fuente, que pesaba unos cinco kilos. Volcó la taza de té de Houston y ella sólo sonrió e hizo señas a la criada para que le alcanzara algo con qué limpiarse. Se bebió seis vasos de té helado antes de que Blair se diera cuenta de que Susan le servía de una jarra aparte. Entonces comprobó que Houston le había preparado una jarra con cerveza oscura y hielo. Hablaba todo el tiempo con la boca llena y dos veces se manchó la barbilla. Houston le tocó la mano y luego la servilleta que seguía doblada sobre la mesa, como si fuera un niño.

Después de un rato, Blair no pudo seguir comiendo. No le gustaba la forma en que Taggert tiraba la comida, o manejaba los cubiertos o hablaba en voz alta, acaparando la conversación. ¡Conversación! Podía decirse que estaba dando un discurso.

Lo peor era ver cómo Houston, Opal y Gates le prestaban atención. Era como si sus palabras valieran oro, y probablemente así fuera, pensó con disgusto. Nunca había pensado demasiado en el dinero, pero tal vez lo era todo para algunas personas. Por cierto que a Houston parecía importarle, ya que pensaba compartir su vida con ese hombre horroroso. Blair alcanzó a sostener el candelabro e impedir que cayera al suelo mientras Taggert buscaba la salsera para servirse más salsa.

En ese momento, Taggert calló mientras Gates meditaba sobre una proposición financiera, y miró a Blair. Apartó la silla y dijo:

-Querida, es mejor que nos vayamos si quieres ir al parque antes de que se haga de noche.

Ni siquiera preguntó a los demás si habían terminado de comer. El estaba listo para partir y le pidió a Houston que lo siguiera. Y, por supuesto, ella lo hizo.

-Oh, Lee, qué sorpresa -dijo Opal con una sonrisa, deteniendo la mecedora-. No te oí llegar -Opal lo miró con detenimiento-. Pareces más feliz que hace unos días. ¿Qué sucedió?

Lee le dio un beso ligero en la mejilla antes de sentarse a su lado en el porche trasero. Estaba jugueteando con una manzana roja que tenía en la mano.

-Tal vez no quiera a su hija como esposa sino a usted como suegra.

Opal siguió bordando.

-Entonces hoy piensas que tienes la posibilidad de ganarte a mi hija. Si no recuerdo mal, la última vez que hablamos estabas seguro de que jamás lo lograrías. ¿Algo ha cambiado?

-¿Cambiado? ¡Todo el mundo! -mordió la manzana con placer-. Voy a ganar. Será un triunfo total. El pobre niño Hunter no tiene posibilidades.

-Creo que has encontrado la clave para llegar al corazón de Blair y, por cierto, no se trata de flores y bombones.

Leander sonrió.

-Voy a cortejarla con lo que realmente le gusta: heridas de bala, envenenamiento de sangre, infecciones respiratorias, amputaciones y todo lo que pueda encontrar para ella.

Opal lo miró horrorizada.

-Parece horrible. ¿Tiene que ser tan drástico?

-Por lo que he podido comprobar, cuanto peor el caso, más es su entusiasmo. Mientras alguien esté allí para cuidar que no se involucre demasiado, estará bien.

-¿y serás tú quien la cuide?

Leander se puso de pie.

-Por el resto de su vida. Creo que he logrado sintonizarla. En menos de una semana, la verá dirigirse al altar de mi brazo.

-¿Lee?

Se detuvo.

-¿ y qué hay del St. Joseph?

Lee le guiñó un ojo.

-Haré todo lo que pueda para que nunca se entere. Quiero que ella lo rechace. ¿Quiénes son para decir que ella no puede trabajar allí?

-¿Es una buena doctora, no es así? -preguntó Opal con orgullo.

-No está mal-respondió Lee riendo-. Nada mal para ser mujer.

Blair encontró a Leander en la sala. El día anterior había sido horrible. Alan no la había llamado, no supo nada de Lee durante todo el día y había pensado en su hermana y ese hombre al cual se vendía. Ahora se encontraba un poco nerviosa. ¿Sería otra vez el doctor Lee o la persona que la trataba con insolencia siempre que podía?

-¿Querías verme? -le preguntó con cautela. Leander la miró con una expresión nueva, casi de timidez. -He venido a hablar contigo, siempre que quieras escucharme.

-Claro que sí -le dijo ella-. ¿Por qué no?

Blair se sentó sobre una silla forrada en brocado rojo e hizo señas a Lee para que se sentara. El tenía el sombrero en la mano y amenazaba con hacerlo trizas en cualquier momento. Agitó la cabeza y permaneció de pie.

-No es fácil decir lo que he venido a decirte. No es fácil admitir una derrota, en especial si se trata de algo tan importante como tenerte a mi lado toda la vida.

Blair empezó a decir algo, pero él la interrumpió. -No, déjame terminar sin interrupciones. Es difícil, pero tengo que decírtelo porque es lo único que se me ocurre.

Se acercó a la ventana sin soltar el sombrero. Blair nunca lo había visto tan nervioso.

-El sábado, el día que pasamos juntos fue el mejor de mi vida. Hasta entonces, hubiera apostado todo lo que tengo a que una mujer no podía ser una buena doctora, pero tú me has demostrado lo contrario. Ese día, no sólo me demostraste que una mujer puede ser buena, sino que puede ser mejor que la mayoría de los médicos hombres.

-Gracias -le dijo Blair maravillada.

Lee se volvió para mirarla.

-Por eso pienso abandonar la competición. -¿La competición?

-La apuesta, o como quieras llamarla. Ayer, mientras trabajaba solo en el hospital, me di cuenta de que, desde aquel día, había cambiado. Siempre había trabajado solo, pero el día que trabajamos juntos... Bueno, fue como lo que había imaginado y más. Hacemos tan buena pareja, trabajamos con un ritmo tan sincronizado que parecemos... amantes- se detuvo para mirarla-. Lo digo en sentido alegórico, claro.

-Claro -murmuró ella-. No comprendo muy bien todo esto.

-¿No te das cuenta? ¡Puedo haber perdido una esposa, pero he ganado una colega! Podría tratar a una mujer con poco o nada de respeto, podría demostrarle que su amigo es tan inútil que ni siquiera sabe nadar, remar ni andar a caballo, pero nunca, nunca podría hacer eso a una colega a quien admiro y respeto.

Blair permaneció en silencio por unos momentos. Algo de lo que decía sobre Alan no le gustaba, pero sus alabanzas eran demasiado dulces como para entrar en detalles.

-¿Me estás diciendo que ya no quieres casarte conmigo? -Estoy diciendo que te respeto; tú has dicho que quieres casarte con Alan Hunter y ahora sé que no puedo interponerme en tu camino. Tú y yo somos iguales en la profesión médica, y no puedo seguir humillando a una colega como lo he hecho durante estos últimos días. Por lo tanto, ya no estás obligada a permanecer en este lugar. Puedes irte con el hombre que amas cuando quieras, y te aseguro que haré todo lo posible para impedir que Gates hable sobre tu pérdida de... la castidad. Blair se puso de pie.

-No estoy muy segura de entender. ¿Puedo irme? ¿Ya no me extorsionarás ni pondrás en ridículo a Alan? ¿Haces todo esto porque crees que soy una buena doctora?

-Así es, Me llevó un tiempo entenderlo, pero lo he logrado. ¿Qué clase de matrimonio sería el nuestro si se basara sólo en la lujuria? Es cierto que sentimos una atracción mutua, y quizá la noche que pasamos juntos fue extraordinaria, pero no es suficiente para el matrimonio, lo que Alan y tú compartís es algo real, podéis pasar mucho tiempo juntos y conversar, tenéis intereses en común y estoy seguro de que reaccionas ante sus caricias del mismo modo que lo hiciste ante las mías. Por lo que sé, habéis hecho el amor varias veces en estos últimos días.

-¿Cómo dices?

Leander bajó la cabeza.

-Lo siento. No quise insultarte. Contigo siempre digo lo que no debo. De ahora en adelante, ya no tendrás que escucharme.

-Te escucharé -le dijo Blair-. Dímelo todo. -Blair se sentía muy deprimida. Claro que el hecho de que la respetara como médico era algo maravilloso, pero al mismo tiempo quería algo más y no sabía qué era.

Cuando Lee la miró, tenía un brillo especial en los ojos. -Sé que quieres regresar a Pensilvania y no te culpo. Pero trabajar contigo fue una experiencia tan extraordinaria y, como sé que nunca regresarás a Chandler después de lo ocurrido en estos últimos días, me gustaría pedirte tener el honor de trabajar contigo hasta que te vayas. Mi padre aceptó interceder para que te acepten en el hospital bajo mi responsabilidad, y tú y yo podremos trabajar juntos hasta la boda de Houston. Además, podría mostrarte los planos de la clínica de mujeres. Nunca se los he enseñado a nadie y me gustaría compartirlos. Quizá puedas ayudarme, si tienes tiempo, claro.

Blair caminó hasta el extremo opuesto de la habitación. Nunca había disfrutado tanto de un día como del que había pasado con Lee, y, si ya no estaban comprometidos, Houston podría dejar a ese Taggert y...

-Alan puede trabajar con nosotros. Claro que si es la mitad de bueno que tú. ¿Lo es?

Blair regresó al presente y se dio cuenta, con una pizca de culpa, de que ni siquiera había pensado en Alan.

-¿Te refieres a que si es tan bueno como yo? Supongo que sí. ¡Claro que sí! Aunque no tuvo la oportunidad de trabajar con médicos como yo. Quiero decir, yo tuve mucha suerte. Mi tío Henry es bastante conocido, y desde que era una niña lo he ayudado a operar y en casos de urgencia. Tuve la oportunidad de ayudar a hombres importantes, pero... -Blair se detuvo-. Claro que Alan es un excelente médico -agregó con firmeza.

-Estoy seguro de que lo es. Será un placer trabajar con ambos. A propósito, ¿Alan se presentó al examen del St. Joseph?

-Sí, pero no...

-¿No qué?

-Sólo aceptaron a los seis expedientes más altos -respondió Blair.

-Entiendo. Bueno, debió ser un mal día para él. ¿Puedo pasar por ti mañana a las seis? Hasta entonces. Mi biblioteca está siempre abierta para una colega -le dio un beso fugaz en la mano y se retiró.

14

Blair estaba vestida y lista a las cinco y media de la mañana del día siguiente. Se sentó en el borde de la cama y meditó sobre lo que debía hacer. ¿Tenía que aguardarlo abajo o él volvería a entrar por la ventana, como había hecho la última vez?

Cuando el reloj de abajo dio las seis, le pareció oír que golpeaban a la puerta de entrada. Bajó corriendo la escalera y llegó allí justo cuando una dormida Susan le abría la puerta a Leander.

-Buenos días -le dijo sonriendo-. ¿Estás lista? Blair asintió.

-No puede irse, señorita Blair-Houston. No ha desayunado y la cocinera todavía no preparó nada. Tendrá que aguardar a que se vista.

-¿Tú desayunaste? -preguntó a Lee.

-Me siento como si no hubiera comido en días -respondió él y volvió a sonreírle. Blair estaba impresionada por lo apuesto que se veía con esos ojos verdes. Y por alguna razón, recordó la noche que habían pasado juntos. Era raro que pensara en ello después de tanto tiempo. Quizá se debiera a que ahora no la hacía enojar.

-Ven a la cocina y te prepararé el desayuno. Hasta yo sé freír huevos y tocino. La comida del señor Gates será tarde y todos recibirán su reprimenda, aunque no estaremos aquí para escucharla.

Media hora después, Lee se apartaba de la mesa de la cocina limpiándose la boca.

-Blair, no tenía idea de que supieras cocinar. Parece demasiado esperar que una mujer sepa cocinar, que sea compañera, además de colega y... -Leander bajó el tono de voz- amante. -Lee suspiró y luego la miró-. Me había prometido ser un digno perdedor, pero tendrás que perdonarme si a veces lo olvido.

-Sí, por supuesto -le dijo ella nerviosa. Estaba pensando otra vez en la noche que habían pasado juntos. Aquella noche en la que había podido besarlo y él...

-¿No están limpias?

-¿Qué dices?

-Estabas mirándome las manos y pensé que tendrían algo malo.

-Yo... ¿Estás listo?

-Cuando tú quieras -dijo Lee, poniéndose de pie.

Blair sonrió y lo comparó con el hombre mal educado con quien Houston planeaba casarse. No, no había comparación posible.

Camino al hospital, Lee le preguntó por Alan, y Blair dijo que se reuniría con ellos en la enfermería. Alan apareció con aire dormido y no le agradó verlos llegar juntos.

El día fue duro y largo. Parecía que todos los pacientes estaban bajo la absoluta responsabilidad de Lee, y los tres tuvieron que cubrir el trabajo de una docena de personas. A la una de la tarde, llevaron a cuatro hombres que habían sufrido un grave accidente en la mina *Inexpressible*. Dos de ellos estaban muertos, uno tenía una pierna rota y el cuarto se debatía entre la vida y la muerte.

-Está del otro lado -dijo Alan-. Será mejor que lo dejemos.

Pero Lee miró al hombre a los ojos y se dio cuenta de que luchaba por vivir. No sabía qué heridas internas podía tener pero quizás hubiera alguna esperanza. En realidad, dadas las circunstancias, el hombre ya tenía que estar muerto, pero continuaba con vida.

Blair miró a Lee y este reconoció en sus ojos el mismo brillo que tenían los de los sindicalistas.

-Creo que hay una posibilidad. ¿Podemos abrirlo y mirar? Creo que quiere vivir.

-Blair -dijo Alan en tono exasperado--, cualquiera se da cuenta de que no vivirá más que unos cuantos minutos. Debe de estar destrozado por dentro. Dejémoslo morir con sus familiares.

-Levémoslo a la sala de operaciones -gritó Lee-.

¡No! No lo muevan. Déjenlo sobre la mesa y la arrastraremos.

Blair tenía razón, pero también la tenía Alan. Estaba herido por dentro aunque no tanto como habían pensado en un principio. Tenía roto el bazo y sangraba mucho, pero lograron sacarlo y limpiar otras heridas.

Debido a la hemorragia interna, tuvieron que trabajar a toda prisa y, sin darse cuenta, dejaron a Alan aparte. Leander y Blair, que trabajaban muy bien juntos y tenían experiencia,

cosían lo más aprisa que podían. Alan se dio cuenta de que no podía operar a la misma velocidad que ellos y se hizo a un lado, dejando que trabajaran con la enfermera preferida de

Leander.

Cuando terminaron, salieron de la sala de operaciones.

-¿Qué opinas? -le preguntó Blair a Lee.

-Creo que ahora todo depende de Dios, pero tú y yo hemos hecho todo lo que estaba a nuestro alcance. -Lee le sonrió-. Has estado muy bien. ¿No es así, señora Krebbs?

La enfermera de cabellos grises gruñó y dijo: -Veremos si el paciente sobrevive -y con eso salió de la habitación.

-No le gustan los cumplidos -comentó Blair, mientras se lavaba las manos.

-Sólo cuando los mereces. Todavía estoy esperando uno. Claro que llevo aquí apenas dos años.

Ambos se echaron a reír y Blair no notó que Alan estaba recostado contra una pared, observándolos.

Cuando salieron de la sección de cirugía, regresaron a la sala de guardia y más tarde tuvieron que atender a un niño quemado. Blair y Lee parecían incansables y Alan se sentía cada vez más inútil. En dos ocasiones, trató de convencer a Blair de que se fueran a casa, pero la joven no quiso saber nada. Permanecía junto a Leander en todo momento. Y cuando llegaron las diez de la noche, Alan estaba deshecho.

-Vengan a mi oficina -les dijo Lee-. Tengo algunos emparedados y cerveza y además quiero mostrarles algo.

Alan se sentó en una silla y comió su emparedado con apetito, mientras Lee desenrollaba unos planos.

-Estos son los planos para el hospital femenino, un lugar adonde las mujeres podrán asistir para cualquier tratamiento. También quisiera organizar un centro de enseñanza para que aprendan a cuidar de la salud de sus hijos -se detuvo y sonrió a Blair-. Nada de excremento de caballo o vendajes contra el cáncer.

Ella le devolvió la sonrisa y se dio cuenta de que apenas los separaban unos centímetros de distancia y que, además, él la miraba con la misma expresión con que la había mirado aquella noche. Antes de que Blair se diera cuenta de lo que hacía, se inclinó hacia adelante y, en un acto que parecía muy natural, pensó que Lee la besaría.

Pero Lee retrocedió y se puso a enrollar los planos.

-Es tarde y será mejor que te lleve a casa. Parece que hemos agotado a Alan. Además, no tiene sentido que te muestre estos planos. Ni siquiera estarás aquí para verlo. Estarás trabajando en un gran hospital en una gran ciudad y no tendrás que molestarte en construir un lugar desde los cimientos, ni en planear dónde colocar los equipos o a quién contratar -se detuvo y suspiró-. No, en el hospital de tu ciudad ya lo tienen todo planificado. Y no será algo tan turbulento como esta clínica.

-Pero eso no me suena nada mal. Quiero decir, puede ser divertido decidir cómo hacer las cosas. Me gustaría tener una clínica para quemados, y también una sala aislada y...

Lee la interrumpió.

-Muy amable de tu parte, pero en un hospital de ciudad la gente paga sus cuentas.

-Si un hospital grande es tan bueno, ¿entonces por qué no te quedaste en uno? ¿Por qué te fuiste? -le preguntó ella indignada.

Con solemnidad, Lee guardó los planos en la caja fuerte. -Supongo que prefiero sentirme necesitado que sentirme seguro. Hay muchos médicos en el este, pero aquí es todo un desafío trabajar. La gente de aquí necesita un médico mucho más que los habitantes del este. Aquí siento que soy útil, que hago algo bueno, y allí no.

-¿Por qué crees que deseo regresar al este? ¿Por seguridad? ¿Crees que no soy capaz de trabajar aquí?

-Blair, por favor, no quise ofenderte. Tú me has preguntado por qué no trabajaba en un hospital grande, cómodo y seguro, en el este, y yo te he respondido, eso es todo. Nada tiene que ver contigo. Somos colegas, ¿lo recuerdas? Nunca pensé en decirte lo que deberías o no hacer. Además, si mal no recuerdo, soy yo quien te está quitando los obstáculos del camino. He renunciado a mis intenciones de casarme contigo para que pudieras regresar al este, casarte con Alan y trabajar en el hospital hasta que te canses. ¿Qué más puedo hacer para apoyarte?

Blair no tenía respuesta, pero no se sentía a gusto. En ese momento, pensar en trabajar en el St. Joseph le parecía algo egoísta, como si estuviera buscando la gloria en lugar de tratar de ayudar a quienes la necesitaban.

-y hablando de Alan -le interrumpió Lee-, creo que será mejor que lo llevemos a casa.

Blair había olvidado a Alan por completo y, cuando se volvió, lo vio reclinado en la silla, dormido.

-Sí, creo que será mejor -dijo distraídamente.

Estaba pensando en lo que Leander le había dicho. Quizás un hospital grande era un lugar seguro, pero la gente del este enfermaba tanto como la del oeste. Claro que había más pacientes en el este, mientras que en ese lugar ni siquiera contaban con un hospital decente para mujeres. En Filadelfia, tenían por lo menos cuatro hospitales completos para la atención de mujeres y niños y también tenían doctoras, porque sabían que muchas mujeres preferían morir a dejarse tocar por un hombre.

-¿Lista? -le preguntó Lee después de despertar a Alan. Blair siguió pensando en sus palabras durante el trayecto de regreso y, cuando llegó a su casa, no pudo dormirse y permaneció tendida en la cama, pensando. Chandler necesitaba una doctora y ella podía entrenarse con Leander y ayudarlo a dirigir la nueva clínica también.

-¡No, no, no! -dijo en voz alta mientras le pegaba a la almohada-. ¡No me quedaré en Chandler! Me casaré con Alan, haré el internado en el hospital St. Joseph y practicaré en Filadelfia!

Intentó dormir, pero su mente no hacía más que pensar en todas las mujeres de Chandler que no tenían una médica a quien acudir. No descansó en toda la noche.

El miércoles por la mañana, Lee fue a su casa a visitarla y ella se alegró mucho de verlo.

-Hoy no tengo que ir al hospital hasta la tarde y pensé que te gustaría salir a cabalgar conmigo. He pasado por el hotel para invitar a Alan pero dijo que no había descansado lo suficiente y que además no le gustaba cabalgar. No creo que quieras ir sola conmigo, ¿o sí?

Antes de que Blair pudiera decir una palabra, Leander continuó:

-Claro que no -bajó la mirada-. No puedes salir sola conmigo porque estás comprometida con otro hombre. Es sólo que todo el pueblo cree que me casaré contigo dentro de cinco días y ninguna otra señorita querría acompañarme. -Se volvió para irse-. No quería molestarte con mis problemas. Mi soledad no es asunto que te interese.

-Lee -le dijo Blair, tomándolo del brazo para evitar que saliera de la sala-. Yo... eh... quería discutir un caso de envenenamiento sanguíneo contigo y tal vez...

Leander no la dejó terminar.

-Eres formidable, Blair, una verdadera amiga. -y le dedicó una sonrisa que le hizo temblar las rodillas. Al minuto siguiente, le apoyó una mano en la espalda y casi la empujó hacia donde estaban los dos caballos ensillados que había llevado.

-Pero no puedo montar así -protestó, mirándose la falda larga-. Necesito una falda-pantalón y...

-Para mí estás bien. ¿Qué hay si muestras un poco el tobillo? Yo seré el único que te vea, y no te olvides que te conozco entera. Blair no pudo responder porque Lee la tomó de la cintura y la sentó sobre el caballo. Rogó que Houston no la viera allí, luchando por arreglarse la falda. Sabía que algún día, su hermana la perdonaría por haberle robado al hombre con quien iba a casarse, pero nunca, nunca le perdonaría que llevara la ropa inadecuada para la ocasión. Cuando él le sonrió, Blair olvidó sus culpas.

Leander la condujo a la campiña. Anduvieron al paso, uno junto al otro, durante un trecho, y le pidió que siguiera hablándole sobre el hospital y sus planes para el futuro. Ella, a su vez, le contó algunas de sus ideas. Sólo una vez Lee mencionó que le gustaría tener con quien trabajar. Con cautela, Blair le preguntó si había pensado en una doctora. Lee le dijo que había pensado en ella y, durante la media hora siguiente, le contó todo lo que harían si permanecía en Chandler. Al cabo de un rato, Blair empezó también a fantasear y a hablar de todos los milagros que harían si trabajaran juntos. Juntos, combatirían todas las enfermedades del estado de Colorado -y luego, los tres podríamos mudamos a California y curar a la gente de ese estado -dijo Leander, riendo. -¿Los tres? -preguntó Blair sorprendida. Lee la miró con expresión de reproche. -Alan, el hombre a quien amas, ¿lo recuerdas? El hombre con quien vas a casarte. El también participará en esto. Tendrá su parte en el nuevo hospital y nos ayudará como lo hizo ayer. Era extraño, pero Blair no recordaba que Alan hubiera estado en el hospital. Recordaba que se había negado a ayudar al hombre moribundo, pero ¿había estado en la sala de operaciones con ellos? -Hemos llegado -le dijo Lee cuando llegaron a un lugar rodeado de enormes rocas. Desmontó y desensilló su caballo. -Nunca pensé que podría regresar a este lugar después delo que sucedió aquí. Blair retrocedió mientras Lee desensillaba su caballo.

-¿Qué sucedió aquí?

Lee hizo una pausa con la montura en las manos.

-Fue el peor día de mi vida. Traje a Houston después de haber hecho el amor contigo y descubrí que la mujer con quien había pasado aquella maravillosa noche no era la mujer con quien estaba comprometido.

-Oh -dijo Blair, deseando no haber preguntado. Leander sacó una manta de sus alforjas y la extendió en el suelo. Llevó a los caballos a beber a un arroyo cercano y después sacó la comida.

-Siéntate -le dijo.

Blair comenzaba a pensar que no tendría que haber ido allí sola con Leander. Era fácil resistirse a él cuando se comportaba como un pedante o cuando arrojaba a Alan al lago, pero la última vez que habían estado a solas y él la había tratado con tanta dulzura, habían terminado haciendo el amor. Levantó la vista y lo vio allí, con el sol reflejándose en su cabello y pensó que bajo ninguna circunstancia debía permitir que la tocara. Y tampoco tenía que permitir que la conversación se desviara hacia lo que había sucedido entre ellos. Sólo debía hablar de medicina.

Comieron lo que Lee había llevado mientras Blair le contaba los peores casos que había tenido que atender en su vida. Necesitaba recordar todos los detalles, porque Lee se había quitado la chaqueta y se había recostado muy cerca de ella. Había cerrado los ojos y, de vez en cuando, respondía con un murmullo a sus historias. Ella creyó que se estaba quedando dormido. No podía evitar mirado: esas piernas largas le recordaban lo que había sentido al tenerlas junto a las suyas. Tenía un pecho amplio, fuerte, los pectorales se marcaban contra el algodón de la camisa. Recordó el vello de ese pecho contra sus senos y cuanto más recordaba, más rápido hablaba, hasta que las palabras se quedaron estancadas en la garganta. Con un suspiro de frustración, dejó de hablar y se miró las manos.

Leander no dijo nada durante un buen rato, y ella pensó que se había quedado dormido.

-Nunca he conocido a nadie como tú -le dijo de pronto con suavidad, y Blair se inclinó levemente sobre él-. Nunca he conocido a una mujer que comprendiera lo que siento por la

medicina. Todas las mujeres que conocí se enojaban conmigo si se me hacía tarde cuando tenía que pasar a buscadas para ir a alguna fiesta, y todo porque me había quedado atendiendo alguna urgencia. Tampoco he conocido jamás a una mujer que se interesara en lo que yo hacía. Eres la persona más generosa y adorable que jamás haya encontrado.

Blair estaba perpleja y no pudo decir nada. A veces, pensaba que se había enamorado de Alan porque a él no le molestaba su forma de ser. A veces había intentado ser como su hermana, tranquila y amable, callar cuando un hombre decía algo estúpido y ese tipo de cosas, pero jamás lo había logrado. Y, debido a su carácter, tampoco había tenido muchos pretendientes. En Pensilvania, los hombres se habían sentido atraídos por su belleza, pero el interés desaparecía cuando descubrían que pensaba ser médico. Alan había sido el primer hombre que no la había rechazado por su capacidad, y decidió que estaba enamorada de él a las tres semanas de conocerlo.

Ahora, Leander le estaba diciendo que la apreciaba. Y cuando pensaba en todas las cosas que le había hecho en esos últimos días como dejado sin caballo y obligado a regresar a pie a su casa-, se sorprendía de que todavía la soportara. O era un hombre extraordinario o le gustaba sufrir.

-Sé que dejarás la ciudad en unos cuantos días y quizá nunca te vuelva a ver, de modo que quiero decirte lo que significó para mí la noche que pasamos juntos -le dijo Lee en un susurro-. Fue como si no hubieses podido resistirte, como si el sólo hecho de que te tocara te hubiera encendido. Fue muy halagador para mi vanidad. Tú me dijiste que era un hombre vanidoso, pero soy vanidoso sólo cuando estoy contigo, porque me haces sentir bien. Y haber encontrado a la mujer de mi vida -una amiga, colega, amante- y ahora tener que perderla...

Blair seguía inclinándose hacia él mientras hablaba. Lee apartó la cabeza.

-Quiero ser franco. Quiero darte lo que desees, lo que te haga feliz, pero espero que no pretendas que vaya a despedirte a la estación cuando partas con Alan. Supongo que el día que te vayas me emborracharé y hablaré de mis problemas con alguna camarera pelirroja.

-¿Es eso lo que quieres? -le preguntó Blair, enderezándose. Él la miró sorprendido. -¿Qué? -¿Las camareras pelirrojas? -Qué pequeña tonta... -De repente, Lee se puso colorado, se incorporó y comenzó a enrollar la manta, volcando todo lo que había sobre ella-. No, no me gustan las camareras pelirrojas. Ojalá me gustaran. Fui tan tonto como para enamorarme de la mujer más testaruda, ciega y terca del mundo. Nunca había tenido problemas con las mujeres hasta que te conocí, y ahora tengo que sufrir todo esto. Colocó la montura a su caballo. -A veces desearía no haberte encontrado. Se volvió hacia ella. -Puedes ensillar tu propio caballo y regresar sola a la ciudad, si es que no estás tan ciega para seguir el camino como lo estás con las personas.

Puso un pie en el estribo, pero luego sintió el impulso de volverse, la tomó en sus brazos y la besó. Blair ya había olvidado lo que se sentía al besar a Lee, había olvidado esa maravillosa sensación. Olvidaba hasta su nombre cuando él la tocaba.

-¿Sabes? -le dijo, sacudiéndola para que abriera los ojos-. He tenido pacientes ciegos que ven mucho más que tú.

Se apartó de ella y comenzó a montar, pero se detuvo. -¡Diablos! -murmuró. Ensilló el caballo de Blair y la ayudó a montar. Luego la llevó de regreso a Chandler a toda velocidad. Cuando llegaron a la casa Chandler, le dijo: -Te espero mañana a las ocho en el hospital y la dejó sola.

15

Cuando entró en su casa se sentía deprimida. No entendía qué le pasaba a Leander ni por qué estaba tan molesto. Su madre estaba sentada en la sala, rodeada de cientos de cajas. -¿Qué es eso? -le preguntó Blair sin demasiado interés. -Son regalos de casamiento para ti y para Houston. ¿Quieres abrir algunos de los tuyos ahora?

Blair miro los regalos y agitó la cabeza. Lo último que quería era recordar la supuesta boda.

Llamó al hotel de Alan y le dejó un mensaje para que se reunieran al día siguiente en el hospital a las ocho. Luego subió a llenar la bañera.

Cuando bajó, una hora después, encontró a Houston en la sala, lo que le resultó raro porque últimamente jamás estaba en casa: pasaba casi todo el tiempo con Taggert. Su hermana abría los paquetes mientras hablaba a mil por hora con Opal sobre los planes para la boda. Abrió maravillada los regalos que habían llegado del este, de parte de los Vanderbilt, los Astor, nombres que Blair jamás había escuchado. Ahora Houston se casaba con alguien que pertenecía a otra clase social. Se sentó en uno de los sillones. -¿Has visto el vestido, Blair? -le preguntó, volviéndose con un enorme recipiente de cristal tallado en la mano.

-¿Qué vestido?

-Nuestro vestido de novia, claro -dijo Houston pacientemente-. Te encargué uno igual al mío.

Blair sintió que no soportaba aquel entusiasmo. Quizá su hermana se contentara con algunos regalos, pero ella no.

-Mamá, no me siento bien. Iré a la cama a leer un rato.

-Muy bien, querida -le dijo Opal, mientras curioseaba

otra caja-. Te enviaré algo de comer con Susan. A propósito, llamó un joven diciendo que no podría ir mañana al hospital. Un tal señor Hunter, creo.

Blair se sintió peor. Había ignorado por completo a Alan durante los últimos días.

La mañana llegó demasiado rápido y su ánimo no había mejorado. Por lo menos, los pacientes del hospital la distrajeron hasta que llegó Leander. El mal humor de él hacía que el de Blair pareciera un rayo de sol. En dos horas le gritó cuatro veces, diciéndole que si quería ser médico tenía que aprender unas cuantas cosas. Ella quiso responderle, pero viendo la expresión de sus ojos, prefirió mantener la boca cerrada.

-Sí, señor -le dijo e hizo todo lo posible por obedecer sus órdenes.

A las once, estaba inclinada sobre una pequeña a la que acababa dc repararle un bracito roto, cuando apareció Alan. -Pensé que te encontraría aquí, con él.

Blair sonrió a la niña y respondió:

-Estoy trabajando.

-Quiero conversar contigo ahora, delante de todo el hospital o en privado.

-Muy bien, entonces ven conmigo. -Lo condujo por el largo corredor hasta la oficina de Leander. No conocía muy bien el hospital y pensó que sería el único lugar donde podrían hablar tranquilos. Esperaba que Lee no entrara y los descubriera allí.

-Tendría que haber adivinado que me traerías aquí. ¡Su oficina! Debes de sentirte muy cómoda. Sin duda, vendrás muy a menudo. -Para su sorpresa, Blair se dejó caer sobre una silla, hundió el rostro en las manos y se echó a llorar.

Alan se arrodilló de inmediato junto a ella.

-No quería ser grosero contigo.

Blair trató de controlar las lágrimas, pero no pudo. -Todos me tratan mal. Parece que molesto a todo el mundo. El señor Gates jamás me deja en paz, Houston me odia.

Leander apenas me dirige la palabra y ahora tú...

-¿Y por qué está enojado Westfield? ¡Está ganando! -¿Ganando? -Blair sacó un pañuelo y se sonó la nariz-. Ni siquiera está compitiendo. Me dijo que se había dado cuenta de que yo estaba enamorada de ti y que ya no quería seguir con el juego.

Alan se puso de pie y se apoyó contra el escritorio. -¿Y entonces por qué estás casi todos los días con él?

Hace una semana que no te apartas de su lado.

-Porque dijo que le gustaría trabajar conmigo durante los últimos días que estuviera en Chandler. Me confesó que jamás había trabajado tan bien con otra persona. Y nos invitó a ambos.

-Es peor de lo que pensaba -dijo Alan, paseándose por la habitación-. Es sucio y bajo. -Miró a Blair-. El sabe que a ti te entusiasma cualquier cosa relacionada con la medicina, así que la usa como pretexto para tenerte cerca, y claro que también me invita a mí. El hombre tiene muchos más años de experiencia que yo y él destaca mientras que yo hago el papel de idiota.

-¡Eso no es cierto! Leander me dijo que quería trabajar conmigo y hacemos un buen equipo juntos. Es como si pudiéramos leemos las mentes.

-Por lo que sé, ha sido así desde la primera noche que salisteis.

-Ahora, ¿quién esta jugando sucio?

-No más que él-le respondió Alan-. Blair, estoy cansado de hacer el papel de tonto. Soy un médico recién licenciado que compite con un hombre que tiene años de experiencia en la sala de operaciones. Crecí en una ciudad y aquí compito a caballo o en canoa. Es imposible que destaque comparándome con él.

-Pero no comprendes. Leander ya no compite. Ya no quiere casarse conmigo. Me quedaré en Chandler hasta la boda de mi hermana Y luego tú y yo nos iremos juntos. Aún tengo esperanzas de que Houston se case con Leander.

Él la observó un momento. -Creo que una parte de ti cree en lo que dices. Déjame decirte algo: Westfield no ha abandonado la carrera. El pobre se está matando tanto que me sorprende que aún le quede aliento y si dices que no te casarás el lunes, ¿por qué no detienes todos los preparativos que tu hermana está haciendo? ¿Piensas ser espectadora de tu propia boda? ¿Qué harás con todos los regalos?

Apoyó las manos sobre el sillón de Blair e inclinó la cabeza. -y en cuanto a eso de que tu hermana se case con tu querido doctor, no creo que puedas soportarlo. -Es suficiente Hunter -dijo la voz de Lee desde la puerta.

-Aún no -dijo Alan, acercándosele.

-Si lo que quieres es pelear...

Lee se detuvo porque Blair se había interpuesto entre los dos.

-Blair -le dijo Alan-, ha llegado el momento de que tomes una decisión. Estaré esperando el tren de las cuatro esta tarde. Si no vienes, me iré solo -sin decir más, abandonó la habitación.

Blair permaneció inmóvil junto a Leander y ninguno de los dos dijo nada. Él le puso una mano sobre el brazo.

-Blair -le dijo, pero ella se apartó.

-Creo que Alan tiene razón. Ya es hora de que tome una decisión y deje este juego infantil -Blair dejó el hospital rumbo a su casa. Cuando llegó, subió a su habitación, tomó un papel y

comenzó a anotar las ventajas y desventajas de irse con Alan.

Había cinco razones firmes y fuertes para irse con él que oscilaban entre poder abandonar ese pueblo retrasado y hacer que Houston no se sintiera presionada para casarse con el millonario.

La única razón para no irse con Alan era que nunca volvería a ver a Leander. No podría trabajar con él en el nuevo hospital. Y, si Alan estaba en lo cierto, Leander le había mostrado los planos para seducirla.

Se puso de pie. Si no podía trabajar en la clínica de Pensilvania, el St. Joseph la estaba aguardando.

Miró el uniforme y pensó que sería lo único que llevaría.

No podía atravesar la puerta de calle con una maleta porque le harían preguntas, de modo que sólo llevaría su maletín. Iría con lo puesto. Hizo una bola con el papel que tenía en la mano, pero no lo tiró. Quizá necesitara recordar por qué lo hacía.

En la planta baja, encontró a su madre colocando regalos; Houston estaba afuera. Blair dijo unas cuantas palabras a su madre -en una despedida implícita- pero Opal estaba demasiado ocupada con la platería.

Con la cabeza erguida, Blair caminó hasta la estación de ferrocarril. Mientras andaba, observó la ciudad desde otra perspectiva. Quizá no era tan horrible como había pensado en un principio. No era Filadelfia pero tenía sus ventajas. Desde tres coches la saludaron: -Hola, Blair-Houston. -Fue la primera vez que el nombre no le sonó tan mal.

A medida que se acercaba a la estación, se preguntaba qué sucedería una vez que se hubiera ido; si Houston terminaría casándose con Lee, si su madre comprendería por qué había desaparecido, si Gates la odiaría más de lo que ya la odiaba.

Llegó a la estación a las tres y cuarenta y cinco y vio que Alan no había llegado. Permaneció de pie en el andén con el maletín de doctora y el papel arrugado en la mano y pensó que

tal vez esa sería la última vez que viera la ciudad que llevaba el nombre de su padre. Después del escándalo que había provocado (robar el novio a su hermana para terminar huyendo con

otro hombre cuatro días antes de la boda), se preguntó si podría volver antes de los noventa años.

-Ejem -dijo una voz que reconoció al instante. Se volvió y descubrió a Leander sentado en un banco detrás de ella.

-Quise venir a despedirte -le dijo, y Blair se acercó a él. El papel cayó al suelo y, antes de que pudiera recogerlo, Leander lo levantó y lo leyó.

-Veo que he perdido gracias al tío Henry y a tu sentimiento de culpa con Houston.

Ella le arrebató el papel.

-Le he hecho algo imperdonable a mi hermana y, si puedo remediarlo de alguna forma, lo haré.

-La última vez que la vi no me pareció que estuviera tan triste. Miraba a Taggert embobada.

-Le gusta su dinero.

-Tal vez no sepa mucho de mujeres, pero sí sé que a ella no le interesa su dinero. Creo que lo que le gusta es algo más... personal.

-Eres cruel.

-Entonces supongo que está bien que te cases con alguien perfecto como Hunter y no con alguien cruel como yo.

Sólo porque cuando te toco te hago llorar de placer, porque disfrutamos de nuestra mutua compañía, porque trabajamos tan bien juntos; esas no son razones para rechazarme. Me he enterado de que incluso eres mejor que Hunter jugando al tenis.

-Me alegro de no casarme contigo. Nunca quise hacerlo -sintió un sonido y vio que se aproximaba el tren.

Leander se puso de pie.

-No me quedaré aquí para ver cómo arruinas tu vida -metió las manos en los bolsillos de la chaqueta-. Te sentirás desgraciada, y lo mereces. -Se volvió y se alejó en silencio.

Por un momento, Blair sintió deseos de correr tras él, pero se contuvo. Había tomado una decisión y la respetaría. Sería lo mejor para todos.

El tren llegó a la estación, pero Alan aún no había aparecido. Caminó por el andén mientras dos hombres salían del tren y una pareja lo abordaba.

La máquina se puso en marcha.

-Espere, por favor -rogó Blair al conductor-. Tiene que venir una persona.

-Si no está aquí, habrá perdido el tren. ¡Todos arriba!

Atónita, Blair observó, cómo el tren se alejaba. Se sentó en un banco y esperó. Quizás Alan llegara tarde y tomarían el siguiente tren. Permaneció allí sentada dos horas y cuarenta y cinco minutos, pero Alan no apareció. Le preguntó al vendedor de billetes si había visto a un hombre, dándole la descripción de Alan. Había comprado dos billetes esa mañana para el tren de las cuatro.

Blair esperó otros treinta minutos y luego caminó de regreso a su casa.

De modo que esto es lo que se siente cuando lo dejan a uno plantado, pensó. Pero, en realidad, no se sentía nada mal. Cuanto más se acercaba a su casa, mejor se sentía. Quizás al día siguiente podría trabajar con Leander en el hospital.

Cuando entró en la casa, todo estaba quieto como una tumba y la única luz encendida era la de la sala. Encontró a su madre y a Leander hablando en voz baja, como si estuvieran en un funeral.

Cuando Opal vio a su hija, dejó el bordado y se desmayó. Leander se quedó tan perplejo que abrió la boca y se le cayó el cigarro.

Blair sonreía, satisfecha por sus reacciones. Poco después, entró Susan y, al ver la escena comenzó a gritar.

Los gritos los trajeron de vuelta a la realidad. Blair comenzó a abofetear a su madre hasta que esta reaccionó, Lee apagó el cigarro que se había caído y Susan fue a la cocina a preparar el té.

Cuando Opal se hubo recuperado, Leander tomó a Blair por los hombros y la sacudió con fuerza.

-Espero que ese maldito vestido tuyo te quede bien porque nos casaremos el lunes. ¿Entiendes?

-Leander, la estás lastimando -le dijo Opal.

Lee no se detuvo.

-¡Ella me está matando! ¿Lo comprendes, Blair? -Sí, Leander -logró responder Blair.

Lee la arrojó sobre el sofá y abandonó la sala.

Con manos temblorosas, Opal recogió su bordado del suelo.

-Creo que la excitación de estas dos últimas semanas me durará el resto de mi vida.

Blair se recostó contra el respaldo del sofá y sonrió.

16

Durante los tres días siguientes, Leander mantuvo a Blair tan ocupada en el hospital que no le quedó mucho tiempo para pensar. Pasaba a recogerla por la mañana temprano y la llevaba

de vuelta a su casa por la noche. La llevó a la vieja ferretería de la avenida Archer y le habló sobre sus planes para convertir el lugar en una clínica para mujeres. Blair también tenía unas cuantas ideas y las discutieron juntos.

-Creo que podremos tenerla lista en dos semanas, ya que el equipo está en camino desde Denver -dijo Lee-. Lo había planeado como una sorpresa, un regalo de bodas, pero ya no puedo guardar el secreto por más tiempo.

Antes de que Blair dijera una palabra, Lee la empujó fuera de la ferretería, la subió a su coche y la llevó de regreso al hospital. Se sintió aliviada de que Alan no tuviera razón en cuanto a que Lee le había mentido sobre la clínica para ganar la apuesta.

A medida que pasaba el tiempo y se acercaba la boda, Blair empezó a preguntarse por qué Lee quería casarse con ella.

No había intentado tocarla nuevamente y sólo hablaban de los pacientes. En varias ocasiones lo descubrió mirándola, pero apenas ella levantaba la vista, él desviaba la mirada. El respeto que Blair sentía por Leander como médico aumentaba día a día. Se dio cuenta de que si se hubiera quedado en un hospital de ciudad, habría hecho mucho dinero, pero en cambio había elegido permanecer en Chandler, donde casi nunca le pagaban las visitas. El trabajo era duro y pesado y la recompensa, casi siempre nula.

El domingo por la tarde, víspera de la boda (Blair aún se sentía aturdida por la fiesta que había dado Houston la noche anterior), Lee la llamó para que fuera a su oficina. Fue una extraña reunión. Lee la miraba de una manera que la hacía temblar y Blair no podía apartar de

su mente la idea de que al día siguiente caminaría hasta el altar donde él la estaría aguardando.

-Escribí una carta al hospital St. Joseph diciéndoles que tú no aceptabas el puesto.

Blair suspiró y se dejó caer sobre una silla. No había pensado en renunciar al internado.

Lee se inclinó hacia delante sobre su escritorio.

-Tal vez fui un poco apresurado. Si quieres llamar mañana y suspender la carta, puedes hacerlo.

Por un momento, Blair se quedó tan perpleja que no atinó a decir nada. ¿Le estaba diciendo que no quería casarse con ella? Se puso de pie.

-Si estás tratando de salir, de escapar después de todo lo que hiciste para que nos casáramos...

No pudo seguir hablando porque Leander saltó de su sillón, se acercó a ella, la tomó de los hombros y la besó con pasión.

-No estoy tratando de escapar de nada -le dijo cuando la soltó-. Ahora, vuelva a su trabajo, doctora. Aunque, pensándolo bien, sería mejor que fueras a tu casa y descansaras. Conozco a tu hermana y estoy seguro de que tendrá tres vestidos listos para que te pruebes; además tu madre necesitará ayuda. Te veré mañana por la tarde -le sonrió-. Y mañana por la noche. Ahora, vete.

Blair le sonrió y no dejó de sonreír durante todo el trayecto de regreso a su casa.

Pero su sonrisa desapareció en cuanto entró en la casa Chandler. El señor Gates estaba furioso porque había ido a trabajar un domingo en lugar de ayudar a su hermana con los preparativos de la boda, en especial teniendo en cuenta que la pobre Houston no se sentía muy bien. Blair también estaba cansada y nerviosa y sintió deseos de llorar cuando el señor Gates empezó a gritarle. Opal se dio cuenta de lo que sentía y envió al señor Gates a su estudio. Luego, fue con Blair hasta el jardín para redactar las cartas de agradecimiento.

-¿Cómo pudiste casarte con un hombre así, mamá? ¿Cómo pudiste someter a Houston a él? Por lo menos, yo pude escapar, pero ella tuvo que soportarlo todos estos años.

Opal permaneció en silencio durante algunos instantes. -Creo que no pensé en vosotras cuando me enamoré del señor Gates.

-¡Enamorarte de él! Pensé que tu familia te había forzado a casarte con él.

-¿De dónde sacaste esa idea? -le preguntó Opal sorprendida.

-Creo que Houston y yo llegamos solas a esa conclusión. No veíamos ninguna otra razón para que te casaras con él. Quizá nos gustaba pensar que, después de la muerte de papá, tú estabas demasiado triste como para ver con quién te casabas. Opal se echó a reír.

-Cuando William murió, vosotras erais tan pequeñas que estoy segura de que lo recordáis como a un padre maravilloso, siempre en actividad, creando cosas, y provocando excitación donde estuviera.

-¿y no era así? -preguntó Blair con cautela, temiendo escuchar cosas desagradables sobre su adorado padre.

Opal le apoyó una mano sobre el brazo.

-Era todo y más de lo que tú recuerdas. Estoy segura de que no recuerdas ni la mitad de su espíritu y su fuerza o su ambición. Las dos habéis heredado muchas cosas de él- Opal suspiró-. Pero la verdad es que William Chandler era el hombre más agotador del mundo. Lo amaba profundamente, pero había días en que lloraba de alivio cuando por fin se iba. A mí me criaron creyendo que el papel de una mujer era sentarse en la sala principal a dirigir a los sirvientes mientras bordaba.

Se recostó en la silla y sonrió.

-Luego, conocí a tu padre. Por alguna razón, decidió que me quería y a mí no me quedó mucho que decir. Cuando lo conocí, era muy, muy apuesto, y jamás pensé en decide que no. Luego nos casamos y tuvimos que afrontar una crisis detrás de otra, y todo por la avidez que tenía por la vida. Hasta cuando trajo un hijo al mundo, tuvieron que ser mellizas. Uno no era

suficiente para él.

Opal bajó la mirada; tenía lágrimas en los ojos.

-Cuando Bill murió, pensé que yo también moriría. Parecía que mi vida ya no tenía sentido, pero luego comencé a recordar las cosas que me gustaban, como el bordado, y además, os tenía a vosotras. Luego conocí al señor Gates. Era lo opuesto de Bill y le gustaba lo que Bill solía llamar mi "trabajo duro". Tenía ideas estrictas sobre lo que una mujer debía y no debía hacer. El no esperaba que pasara los domingos por la tarde escalando montañas, como Bill. No, el señor Gates quería darme un hogar donde estuviera cómoda y pudiera cuidar a mis hijas y ofrecerles por las tardes. Cuando conocí más al hombre, sentí que era fácil quererlo. Con él siempre sabía qué hacer, qué le causaba placer. En cambio, con tu padre, jamás estaba segura. Miró a Blair. -y así descubrí que estaba enamorada de él. Lo que yo quería hacer y lo que él consideraba que yo debía hacer concordaban a la perfección. Me temo que no pensé demasiado en vosotras ni en lo mucho que os parecíais a Bill. Sabía que tú eras igual a tu padre y por eso arreglé todo para que fueras a vivir con Henry. Houston se parecía más a mí, y sigue siendo así. Pero también tiene cosas de su padre, que se manifiestan de distintas formas, como cuando se disfraza de vieja para entrar en las minas. Bill habría hecho algo semejante.

Blair permaneció en silencio durante un buen rato, pensando en lo que su madre acababa de decide, y se preguntó si alguna vez llegaría a amar a Leander. Estaba segura de que estaba enamorada de Alan y, sin embargo, no la había perturbado el hecho de que la dejara plantada. Pero aún no podía mirar a Lee sin recordar que su hermana lo había amado mucho y durante mucho tiempo y que ahora tenía que casarse con otra persona.

Blair no pudo dormir la noche antes de la boda. Los demonios nocturnos no la abandonaron por la mañana. Ni el sol brillante ayudó a cambiarle el humor.

Durante los últimos días había logrado olvidar que iba a casarse con el prometido de su hermana. Siempre había creído que ese momento jamás llegaría. Había pensado que de alguna manera se salvaría y su hermana recuperaría a su prometido.

A las diez de la mañana partieron hacia la casa Taggert, donde tendría lugar la boda. Opal y las mellizas fueron en el suntuoso coche nuevo de Houston, uno de los tantos regalos de Taggert. El mozo de cuadra los seguía en otro carro, que transportaba los vestidos de novia. Durante todo el trayecto no dijeron una palabra. Cuando Blair preguntó a Houston qué pensaba, esta respondió que deseaba que las flores llegaran intactas. Blair supo así que el interés de su hermana por su futuro esposo era netamente monetario y cuando Blair vio la casa Taggert, estuvo segura de que su hermana se había vendido por dinero.

La casa parecía esculpida en una montaña de mármol: fría, blanca y vasta. La planta baja era grande y había una doble escalera que se curvaba a cada lado hasta un enorme pasillo.

-Bajaremos por aquí -le dijo Houston, señalándole la escalera-. Una a cada lado. -Después, Houston se alejó para inspeccionar la casa y ver si todo estaba en orden. Blair permaneció donde estaba.

-Lleva tiempo acostumbrarse -le murmuró Opal al oído. La casa parecía sacada de un cuento de hadas, daba la sensación de que en cualquier momento desaparecería.

-¿Houston piensa vivir en esto? -le preguntó Blair, también en un murmullo.

-Parece más pequeña, cuando Kane está aquí -le aseguró Opal-. Creo que deberíamos ir al primer piso. Nadie puede saber lo que Houston nos ha preparado.

Blair siguió a su madre hasta el primer piso sin apartar la mirada de esas escaleras imponentes. Hacia donde mirara; había arreglos de exóticas flores y plantas. En el descanso de la escalera se asomó a mirar por la ventana. Los jardines eran hermosos, con un césped verde y distintos arbustos.

Opal se detuvo a su lado.

-Este es el patio de servicio. Tendrías que ver el jardín. Blair no dijo nada más y siguió a su madre hasta el segundo piso, donde estaban los dormitorios.

-Houston te ha asignado este cuarto -le dijo Opal, abriendo una puerta que daba a una habitación amplia, llena de arreglos florales y con una chimenea de mármol. Los sillones, sillas y mesas de la habitación eran dignos de un museo. -Esta es la sala, por aquí están el

dormitorio y el cuarto de baño. Cada cuarto de huéspedes tiene una salita así y un baño privado.

Blair pasó la mano por el mármol del baño y estudió los grifos. No estaba segura de si eran de bronce o de oro.

-¿Bronce? -le preguntó a su madre.

-No creo que tenga algo así en su casa -dijo Opal con orgullo-. Iré a ver si Houston necesita ayuda. Todavía te que dan algunas horas antes de prepararte, ¿por qué no descansas

un poco? -Blair quiso explicar que no podría dormir, pero cuando vio la enorme bañera de mármol pensó que tal vez podría aprovecharla.

En cuanto se quedó sola, llenó la bañera con agua caliente y se metió en ella. De inmediato se sintió relajada. Permaneció en el agua hasta que se le arrugó la piel y luego se secó con una toalla tan gruesa que bien podría haber servido de almohada. Se puso una bata rosada, fue a inspeccionar el dormitorio y no tardó en dormirse en la cama enorme y mullida.

Cuando despertó, se sentía descansada y con la cabeza fresca, y recordó que su madre le había mencionado un jardín maravilloso en la parte de atrás de la casa. Se puso una blusa y

una falda y abandonó la habitación. No quiso usar la escalera principal porque sintió voces en el piso de abajo, de modo que caminó un poco hasta encontrar la escalera de atrás, que conducía ala cocina y a los cuartos de almacenamiento del primer piso. Todos los cuartos estaban llenos de personas que preparaban manjares para la fiesta. Varios de los que estaban allí notaron su presencia, pero no tenían tiempo de preguntarse qué hacía la novia paseándose por la cocina dos horas antes de la ceremonia. Sin duda, Houston había establecido un horario preciso y lo mantendría, sucediera lo que sucediera. Blair deseó que su hermana no la viese paseando por allí. De todos modos, ella no tendría tiempo para salir a pasear al jardín.

Detrás de la casa había un parque donde se habían colocado dos carpas enormes con mesas cubiertas con manteles de lino rosado y cientos de floreros con flores. Hombres y mujeres de uniforme entraban y salían de la casa llevando y trayendo bandejas de comida.

Blair pasó rápido por allí y siguió hacia el jardín. Pero no estaba preparada para lo que vio allí. Había numerosos senderos que aparecían y desaparecían en medio de plantas desconocidas. Escogió un sendero y echó a andar.

La excitación de los preparativos quedó atrás y, por primera vez en días, se sintió libre para pensar.

Era el día de su boda y no podía recordar cómo había llegado hasta allí. Hacía tres semanas, estaba en Pensilvania y tenía todo su futuro programado. ¡Y todo era tan distinto ahora! Alan había huido para no casarse con ella. Su hermana había perdido al joven que amaba y ahora se casaba con uno de los hombres más ricos del país, y sin estar enamorada.

Y todo por su culpa. Había ido a su casa para estar presente en la boda de su hermana y lo había arruinado todo.

Mientras paseaba por los jardines sumida en sus pensamientos, vio a Taggert. Sin pensado dos veces, se volvió y cambió de rumbo antes de que él la viera. No había avanzado más que unos metros cuando vio a una mujer alta, muy bella, cuyo rostro le resultaba vagamente familiar, que seguía a Taggert. Blair no recordaba dónde la había visto antes.

Se encogió de hombros y siguió caminando.

Seguía pensando en la boda y en sus preocupaciones, cuando de repente recordó quién era la mujer.

-Es Pamela Fenton -dijo en voz alta. Cuando eran pequeñas, Houston y ella solían ir a menudo a jugar a la casa de los Fenton, a montar uno de los ponys de Marc o a alguna de las numerosas fiestas. Pam era la hermana mayor de Marc. Después de un tiempo, Pam había desaparecido de su casa y siempre habían corrido rumores sobre ese hecho.

De modo que ha regresado después de todos estos años, pensó Blair complacida, y asistirá a la boda. Se preguntó qué habría hecho Pamela para causar tantos rumores en la dudado. Se decía que había tenido una relación con un mozo de cuadra, ¿no? Blair se detuvo en seco. El escándalo había sido por el mozo de cuadra y en el establo de su padre. Ella se

había enamorado de él y su padre la había echado de su casa. ¡Y el mozo de cuadra era Kane Taggert!

Blair se recogió la falda y corrió por el sendero que habían tomado Taggert y Pam. Enseguida los vio y se quedó petrificada. Kane Taggert había tomado el rostro de Pamela en sus manos y la besaba con pasión.

Con los ojos llenos de lágrimas, corrió de regreso a la casa. ¿Qué le había hecho a su hermana? Houston estaba a punto de entregarse a ese hombre terrible, que besaba a una mujer poco antes de casarse con otra.

Y todo por su culpa.

17

Anne Seabury la ayudó a ponerse el elaborado vestido de novia que Houston había diseñado. Era simple y elegante de satén color marfil, con cuello alto, mangas abullonadas y corsé apretado. En los puños y en la cintura tenía cientos de perlitas bordadas y el velo era de un encaje hecho a mano, que Blair jamás había visto en toda su vida.

Cuando se miró en el espejo, lamentó no poder lucir ese vestido en circunstancias más felices, ni bajar la escalera con una sonrisa.

Pero sabía que era imposible, dado que ya había hecho lo que consideraba que tenía que hacer. En cuanto vio a ese monstruo de Taggert besar a otra mujer, regresó a la casa y le envió una nota diciendo que llevaría rosas rojas en el cabello. También le dio instrucciones a la criada para que lo colocara a la izquierda y no a la derecha como se había planeado originalmente.

Blair no estaba muy segura de lo que hacía, pero quizá pudiera darle a su hermana un poco de tiempo cuando el ministro declarara a Houston y Leander marido y mujer, en lugar de casarla con ese monstruo de Taggert. No quería pensar en las consecuencias si el matrimonio resultaba legal y ella quedaba casada con Taggert.

Le envió un ramo de rosas rosadas a su hermana con una nota pidiéndole que las llevara para la boda.

En lo alto de la escalera, Blair se acercó a Houston y le dijo:

-Te quiero más de lo que imaginas. -Luego suspiró y, antes de comenzar a bajar los escalones, dijo-: Bien, terminemos de una vez con este espectáculo. -Con cada paso que daba, Blair sentía que se aproximaba al lugar de su ejecución. ¿ y si el casamiento resultaba legal y quedaba ligada a ese monstruo y tenía que ir a vivir a ese mausoleo?

Dentro de la enorme biblioteca que bien podría haber sido una cancha de fútbol, vio a los dos hombres, Leander y Taggert, sobre la plataforma adornada con rosas y plantas.

Blair mantuvo la cabeza erguida y la mirada fija. Sabía que Houston ya tenía que haberse dado cuenta de lo que sucedía, que, después de todo, se casaría con el hombre que amaba.

Blair miró a Kane Taggert y vio que tenía el entrecejo fruncido. ¡Lo sabe!, pensó. Sabe que no soy Houston.

Por un momento, quedó perpleja. Probablemente ni su propia madre habría podido distinguirla, pero ese hombre lo había hecho. Miró a Leander y vio que este dedicaba a Houston una enorme sonrisa de bienvenida. Claro, Leander está convencido de que se casa conmigo, pensó Blair. Era incapaz de pensar en algo malo porque era incapaz de hacer algo así. Pero, por el contrario, Taggert tenía fama de haber hecho varias cosas sucias para obtener su dinero, de modo que esperaba una traición y sabía diferenciar bien a las gemelas.

Blair no se volvió a mirar a su hermana cuando se situaron sobre la plataforma. Leander tomó la mano de Houston mientras que Taggert se volvió, dando la espalda a las dos mellizas y al ministro.

-Queridos míos -comenzó a decir el ministro, pero Houston lo interrumpió.

-Discúlpeme, soy Houston.

Blair miró a su hermana, asombrada. ¿Por qué lo arruinaba todo?

Leander miró a Blair con expresión de reproche.

-¿Cambiamos de lugar? -le dijo a Taggert.

Taggert se limitó a encogerse de hombros. -Me da lo mismo.

-Pero a mí no -respondió Leander, y cambiaron de lugar. Lee tomó la mano de Blair y casi se la aplastó, pero ella sintió poco dolor. Taggert acababa de admitir en público que Houston poco le importaba, y no le molestaba casarse con una u otra. Blair nunca se había preguntado por qué Taggert quería casarse con Houston y ahora se preguntó si sería porque era la única que lo había aceptado.

Leander la pellizcó y Blair reaccionó a tiempo para decir: -Sí.

Antes de que alcanzara a darse cuenta de lo que sucedía, la ceremonia había concluido. Leander la había tomado en sus brazos y se disponía a besarla. Para los presentes, debió de haber sido un beso entusiasta, pero lo que en realidad hizo fue murmurarle al oído:

-Quiero verte afuera a solas, ¡y ahora mismo!

Blair trató de no tropezar con la enorme cola de su vestido de satén, mientras Lee la arrastraba de un brazo hacia afuera. Apenas los veían, todo el mundo se acercaba a felicitarlos, pero Leander no la soltó en ningún momento hasta que llegaron a un cuarto al final del largo corredor.

-¿Qué broma fue esa? -le preguntó sin darle tiempo a responder-. ¿Odias tanto la idea de venir conmigo que tuviste que llegar a ese extremo? ¿Prefieres a un hombre que ni siquiera conoces antes que a mí? ¿Cualquiera menos yo?

-No -le dijo-. Ni siquiera pensé en ti. Sólo pensé en Houston. No quería que se sintiera obligada a casarse con ese hombre tan horrendo.

Leander la miró un rato y luego habló con voz más serena. -¿Quieres decir que estabas dispuesta a casarte con un hombre que te desagrada para que tu hermana se quedara con el hombre que crees que ama?

-Por supuesto -respondió Blair, un tanto sorprendida por la pregunta-. ¿Qué otra razón tendría para hacer el cambio?

-Sólo que prefirieras casarte con cualquiera antes que conmigo -la tomó de un brazo-. Blair, vas a arreglar todo este embrollo ahora mismo. Quiero que vayas a hablar con Houston y le preguntes por qué aceptó casarse con Taggert. Y quiero que escuches su respuesta. ¿Me comprendes? Quiero que escuches con atención lo que ella te diga.

Ignorando a los cientos de personas que los rodeaban, atravesaron la multitud y Leander preguntó dónde estaba Houston. No fue difícil encontrarla: estaba sentada sola en un cuartito.

-Creo que necesitan decirse unas cuantas cosas -dijo Leander, mientras empujaba a Blair al interior de la habitación. Luego se fue y cerró la puerta.

Cuando se quedaron solas, las hermanas no se dijeron una sola palabra. Houston permanecía sentada con la cabeza gacha y Blair fue acercándose despacito a la puerta.

-Creo que sería mejor que fuésemos a cortar la tarta.

Taggert y tú...

Houston se levantó de la silla como un resorte.

-¡Ni siquiera puedes llamarlo por su nombre! -dijo enojada-. Crees que no tiene sentimientos; lo despreciaste y crees que tienes derecho a hacerle cualquier cosa.

Sorprendida, Blair retrocedió ante la furia de su hermana. -Houston, lo que hice, lo hice por ti. Quiero verte feliz. Houston apretó los puños como si quisiera golpear a su

hermana.

-¿Feliz? ¿Cómo puedo ser feliz si ni siquiera sé dónde está mi marido? Gracias a ti, tal vez nunca llegue a conocer el significado de la palabra felicidad.

-¿Por mí? ¡Pero si no hice otra cosa que tratar de ayudarte! Quise hacerte entender que no tenías por qué casarte con ese hombre por su dinero. Kane Taggert...

-¿No lo entiendes? -la interrumpió Houston-. Has humillado a un hombre sensible y orgulloso frente a cientos de personas, y ni siquiera te das cuenta de lo que has hecho.

-¿Supongo que te refieres a lo que sucedió en el altar? Lo hice por ti, Houston. Sé que estás enamorada de Leander y yo me casaba con Taggert sólo para hacerte feliz. Siento lo que hice. No tenía intenciones de hacerte sufrir. Sé que te he destrozado la vida, pero traté de remediarlo.

-Yo, yo, yo. Es lo único que puedes decir. Tú has arruinado mi vida y sólo puedes hablar de ti misma. Tú sabes que amo a Leander. Tú sabes que Kane es una persona horrible. Durante la última semana pasaste cada minuto del día junto a Leander y cuando hablas de él parece que hablaras de un dios.

Cada dos palabras, una es "Leander". Creo que has tenido buenas intenciones esta mañana: querías darme el mejor hombre. Houston se inclinó hacia su hermana.

-Leander puede encenderte el corazón, pero a mi nunca me provocó nada. Si no hubieses estado tan ocupada contigo misma en estos últimos días y creyeras que yo también tengo cerebro y puedo pensar, te habrías dado cuenta de que me he enamorado de un hombre bueno, generoso y pensativo; admito que todavía faltan pulir algunas puntas, ¿pero acaso tú no te quejaste siempre de que yo era demasiado pulida?

Blair se sentó.

-¿Lo amas? ¿Amas a Taggert? Pero no lo entiendo... Siempre amaste a Leander. Desde que tengo memoria, siempre estuviste enamorada de él.

Parte de la furia de Houston había desaparecido, y se volvió para mirar por la ventana.

-Es verdad, decidí que me casaría con él cuando tenía seis años. Creo que se convirtió en un objetivo para mí, como escalar una montaña. Tendría que haberme puesto como meta el monte Rainier. Por lo menos, una vez que lo hubiese escalado, todo habría acabado. Nunca supe qué haría con Leander una vez que nos casáramos.

-¿y sabes lo que harás con Taggert?

Houston miró a su hermana y sonrió.

-Oh, sí, sé muy bien lo que haré con él. Voy a darle un hogar, un lugar donde se sienta seguro, y donde yo pueda hacer todo lo que se me ocurra.

Blair se puso de pie y esta vez le tocó a ella apretar los puños.

-Supongo que podías haberte tomado dos minutos para decírmelo, ¿no? En las últimas semanas he vivido un infierno.

Estaba preocupada por ti y pasé días enteros llorando por lo que había hecho a mi hermana y ahora tú me dices que estás enamorada de este rey Midas.

-¡No digas nada en contra de él! -le gritó Houston, y luego se tranquilizó-. Es el hombre más bueno, amable y generoso que jamás haya conocido. Y además, lo amo profundamente.

-y yo he sufrido tanto por ti. ¡Tendrías que habérmelo dicho!

Houston pasó una mano sobre el escritorio que ocupaba el centro de la habitación.

-Creo que estaba celosa de tu pareja y por eso no quería pensar mucho en ti. -¿Mi pareja? -explotó Blair-. Creo que para Leander represento el monte Rainier. No puedo negar que físicamente me atrae, pero es lo único que quiere de mí. Hemos pasado muchos días juntos en la sala de operaciones, pero creo que hay una parte de él que no conozco. Sé tan pocas cosas sobre él. No deja que me acerque demasiado. -Decidió que me quería y ha utilizado todos los medios posibles para obtenerme.

-Pero he visto la forma en que lo miras. Nunca lo había mirado así cuando éramos novios.

-Es porque nunca lo viste en una sala de operaciones. Si lo hubieras visto... -¡Me habría desmayado, sin duda! -dijo Houston-. Blair, siento no haberte hablado. Quizá sabía que estabas sufriendo, pero me dolió mucho lo que sucedió. Estuve comprometida con Leander durante casi toda mi vida y tú me lo quitaste en una sola noche. A mí, Lee me llamaba su princesa de hielo, y estaba muy preocupada: temía ser una mujer frígida.

-¿Y eso ya no te preocupa? -le preguntó Blair. Houston se sonrojó. -No con Kane -susurró.

-¿Entonces, es verdad que lo amas? -repitió Blair, como si no terminara de aceptarlo-. ¿No te molesta que tire la comida o que hable fuerte? ¿Ni las otras mujeres?

Blair sintió deseos de morderse la lengua.

-¿Qué otras mujeres? -preguntó Houston, entrecerrando los ojos-. Blair, será mejor que me lo digas. -Blair suspiró. Habría sido correcto contarle lo sucedido antes de la boda, pero ahora era demasiado tarde.

Houston se acercó a su hermana.

-Si intentas volver a manejar mi vida como quisiste hacerla hoy en el altar, juro que no volveré a dirigirte la palabra nunca más. Soy una mujer adulta y tú sabes algo sobre mi esposo y exijo que me lo digas.

-Lo vi en el jardín besando a Pamela Fenton justo antes de la boda -dijo Blair en un solo aliento.

Houston palideció pero mantuvo el control. -Pero de todos modos se ha casado conmigo -murmuró-. Él la vio, la besó y se ha casado conmigo de todas formas. -Una sonrisa brillante le iluminó el rostro-. Blair, acabas de hacerme la mujer más feliz del mundo. Ahora tengo que encontrar a mi marido, decirle que lo amo y esperar que me perdone por todo.

De repente se detuvo.

-Oh, Blair, no lo conoces en absoluto. Es un hombre tan bueno y generoso, y hace todo con tanta naturalidad. Es fuerte y la gente se apoya en él, pero es... -hundió el rostro en sus manos-. Pero no soporta pasar vergüenza y nosotras lo hemos humillado delante de todo el pueblo. ¡Nunca me perdonará! ¡Nunca!

Blair se acercó a la puerta.

-Iré a buscarlo y le explicaré que todo fue por mi culpa, que tú no tuviste nada que ver en el asunto. Houston, no sabía que en realidad quisieras casarte con él. No imaginaba que nadie quisiera vivir con alguien como él.

-Creo que ya no tendrás que preocuparte por eso. Acaba de dejarme.

-¿Y los invitados? ¡No puede irse así, porque sí!

-¿Debería haberse quedado a esperar que Leander se decidiera por una de las dos hermanitas? Nadie piensa que Kane también pueda elegir a su mujer. Kane cree que sigo enamorada de Lee, tú crees que amo a Lee y el señor Gates piensa que me caso con Taggert por su dinero. Creo que mamá es la única que comprende que estoy enamorada por primera vez en mi vida.

-¿Qué puedo hacer para ayudarte? -murmuró Blair. -No puedes hacer nada. Él se ha ido. Me dejó el dinero y la casa y partió. ¿Pero qué hago yo con esta casa tan inmensa si él no está en ella? -Houston se sentó-. Blair, ni siquiera sé dónde puede estar. Podría estar en un tren rumbo a Nueva York. -Es probable que haya ido a su cabaña. Ambas mujeres levantaron la cabeza y descubrieron a Edam, el amigo de Kane.

-No quise espiarlas, pero cuando vi lo que sucedía en el altar, supe que se pondría furioso.

Houston envolvió un brazo con la cola de su vestido.

-Iré a verlo y le explicaré lo sucedido. Le diré que mi hermana está tan enamorada de Leander que cree que yo también lo estoy -se volvió para sonreír a Blair-. Me duele que hayas pensado que podía casarme con un hombre por dinero. Pero te agradezco la intención que tuviste de sacrificar lo que significa tanto para ti -Houston la besó en la mejilla.

-Houston, no sabía que te sentías así -le dijo Blair-. En cuanto termine la recepción, te ayudaré a hacer las maletas y...

Houston se apartó riendo.

-No, mi querida y mandona hermana. Me iré ahora mismo. Mi marido es más importante que los invitados. Tú tendrás que quedarte y responder a las preguntas que te hagan sobre adónde nos hemos ido Kane y yo.

-Pero Houston, no sé cómo manejar recepciones tan grandes.

Houston se detuvo junto a la puerta.

-Yo lo aprendí en mi "inútil" educación -le dijo, luego sonrió-. Blair, no es tan trágico. Alégrate, quizás haya un caso de envenenamiento por comida en mal estado y entonces sabrás qué hacer. Buena suerte -se volvió y partió, dejando a Blair sola ante el horror de tener que dirigir semejante recepción.

-¿Para qué habré abierto la boca sobre la escuela a la que asistió Houston? -se dijo en voz alta, mientras se arreglaba el vestido. Trató de respirar hondo y salió de la habitación para enfrentarse al mundo.

18

La recepción fue peor de lo que había imaginado. En cuanto Houston desapareció, nadie sabía qué hacer. Un centenar de parientes de Lee le hacían preguntas sobre el extraño

cambio de mellizas. Opal comenzó a correr el rumor que el marido de Houston se la había llevado en un caballo blanco (quizás, uno con alas, pensó Blair) y las jovencitas murmuraban entre ellas que Kane era el hombre más romántico del mundo. Blair se sentía feliz de no tener que pasar la noche con Taggert.

Cuando un hombre se acercó a preguntarle cómo haría para servir esa enorme rueda de queso, Blair se volvió y vio que Lee la estaba mirando. De inmediato se ruborizó.

Lee se acercó entre la multitud, le dio instrucciones al hombre sobre cómo servir el queso y se llevó a Blair al jardín, fuera del alcance de la vista de los invitados.

-Gracias a Dios que un hombre debe pasar por esto una sola vez en la vida. ¿Sabías que el señor Gates está llorando?

Blair se sentía bien de estar con él allí, escondidos, lejos del ruido y del tumulto, y deseaba que la besara.

-Debe de estar contento porque no me verá más en su casa.

-Me dijo que estaba tranquilo porque ahora sabía que serías feliz. Ahora ibas a hacer lo que Dios manda a las mujeres. Tienes un buen hombre -ese soy yo- para que te cuide y serás una mujer plena.

Lee la miraba en una forma especial, que le hacía sentir un calor interior.

-¿Crees que te sentirás plena conmigo? -le murmuró al oído.

-!Doctor Westfield! ¡Telegrama! -Una voz de niño los interrumpió.

Leander dio una moneda al muchacho y le dijo que comiera algo antes de irse. Luego, abrió el telegrama, mirando siempre a Blair. Pero al minuto siguiente, el telegrama acaparaba toda su atención;

-Le romperé el cuello -dijo en voz baja, con el rostro encendido de rabia.

Blair le quitó el telegrama de las manos. "Acabo de casarme con Alan Hunter. Dile a papá y a Blair que regresaremos en tres semanas. No te enojes mucho. Te quiere, Nina."

-Esto es inconcebible... --comenzó a decir Lee-. Papá y yo iremos a buscarla y...

Blair lo interrumpió.

-¿Y que harás? Ya están casados. Además, ¿qué tiene de malo Alan? Siempre creí que sería un muy buen marido.

De repente, el enojo de Leander desapareció.

-Supongo que sí. ¿Pero por qué no se habrá quedado para casarse como corresponde? ¿Por qué tuvo que huir como si estuviera avergonzada de él?

-Nina y yo fuimos amigas durante toda la vida y supongo que me tenía miedo. Después de todo, no me casé con el hombre que originalmente iba a ser mi marido. Así que pensó que estaría furiosa porque Alan me había dejado plantada en la estación. Es indudable que me cambió por Nina.

Leander se reclinó contra un árbol y sacó un cigarro del bolsillo.

-Lo dices con frialdad. Yo te di la oportunidad de retroceder. Podías haber regresado a Pensilvania. Tuviste la oportunidad de hacerlo.

Más tarde, Blair pensaría que había sido en ese momento cuando se había enamorado de Leander. Había hecho un papel ridículo con tal de ganar y luego se presentaba allí, como un niño arrepentido, diciéndole que no tenía por qué casarse con él, que él la habría dejado ir.

-¿Y qué habrías hecho si yo hubiera tomado ese tren? Recuerdo que me sacudiste y me dijiste que me casaría contigo y que yo no podría opinar ni hacer nada para impedirlo -le dijo con suavidad, mientras se acercaba a él. Blair estaba rodeada de metros y metros de satén que reflejaban las luces del jardín.

Lee la miró un momento, luego arrojó el cigarro al suelo, la tomó en sus brazos y la besó con un beso apasionado. La abrazó con fuerza, como si quisiera que sus cuerpos se fundieran. Apoyó la cabeza de ella sobre su hombro y comenzó a besarla como si fuera una madre que acababa de encontrar a su niño perdido.

-En realidad, lo elegiste a él; fuiste a la estación para irte con él.

Blair quiso soltarse para mirarlo.

-Eso quedó atrás -le dijo, mientras lo miraba a los ojos y observaba al hombre que se escondía detrás de ese rostro apuesto. Recordó todas las veces que lo había visto trabajar para salvar una vida, en especial el día en que le habían llevado a un cowboy ya mayor herido por un toro. Cuando no pudo salvarlo y el hombre murió en la mesa de operaciones, Blair vio los ojos de Lee llenos de lágrimas. Dijo que conocía al hombre desde hacía años y que le dolía su muerte.

Ahora, al sentirse rodeada por sus brazos, supo que se había casado con el hombre correcto. Alan, en realidad, no la quería y ella tampoco a él. De lo contrario, no le habría pedido que hiciera una elección para dejarla plantada luego en la estación. Y recordó lo aliviada que se había sentido por ello.

-Han pasado muchas cosas entre nosotros -le dijo Blair mientras le acariciaba una mejilla. Era tan agradable tocarlo, tal como lo había deseado desde la primera noche que habían pasado juntos. De ahora en adelante, él le pertenecía y ella le pertenecía a él por completo-. Hoy es un nuevo comienzo y quisiera hacer borrón y cuenta nueva. Tú y yo trabajamos bien juntos, además de otras cosas que hacemos bien --dijo, mientras frotaba las caderas contra las piernas de Lee-. Quiero que este matrimonio funcione. Quiero que tengamos hijos y que ejerzamos juntos la profesión... Y que nos amemos para siempre. -Blair dudó al decir esto último porque Leander siempre le había dicho que la deseaba, pero jamás había mencionado la palabra amor.

-Hijos -murmuró, apretándola más contra sí-. En particular eso, hagamos hijos. -y después, se dedicó a besada.

-Aquí están -gritó alguien-. Basta ya. Tienen toda la vida por delante para eso. Ahora vengan a la tiesta. Hay que cortar la tarta.

Sin entusiasmo, Blair se separó de su marido. Unos besos más y estaría rodando por el césped en sus brazos. No podía controlar sus impulsos cuando él la tocaba.

Con un suspiro, Lee la tomó de la mano y la llevó hasta la fiesta.

Después de cortar la tarta, los invitados los separaron y las mujeres hicieron miles de preguntas a Blair acerca del paradero de Houston.

-El se llevó a mi hija en brazos --dijo Opal en un tono de voz que no se prestaba a dudas-. Mis dos hijas se han casado con hombres que sabían lo que querían y fueron directamente a buscarlo.

Dos de las mujeres que escuchaban a Opal casi se desmayan ante tanto romanticismo.

-Mamá --dijo Blair, ofreciéndole una bandeja-, sírvete jamón. -Se inclinó hacia adelante para hablar a Opal al oído-. Ahora sé de dónde heredamos nuestra vocación de actrices Houston y yo.

Opal sonrió a las mujeres allí reunidas, tomó el plato con el jamón y guiñó un ojo a Blair.

Ella se alejó riendo y dejó que su madre siguiera pavoneándose sobre sus yernos.

Al anochecer, se organizó un baile en la biblioteca y, por supuesto, Leander y Blair fueron los primeros en ocupar la pista. Muchos le preguntaron si era ella quien estaba con Lee la noche de la recepción del gobernador. Blair y Lee rieron con complicidad y siguieron danzando sobre el suelo encerado.

-Es hora de que dejemos a todas estas personas y nos vayamos a casa. No puedo esperar más para hacerte mía -le dijo Leander al oído.

Blair no respondió, sólo lo abrazó con más fuerza y abandonó la habitación para subir a cambiarse de ropa. Su madre subió a ayudada y permaneció en silencio hasta que estuvo lista.

-Leander es un buen hombre. Sé que habéis tenido problemas, pero creo que será un buen marido -le dijo Opal.

-Yo también -respondió Blair, radiante con el traje azul eléctrico que le había elegido su hermana-. Creo que será el mejor de los maridos. -y también el mejor de los amantes, pensó para sus adentros. Luego besó a su madre y bajó corriendo a reunirse con Leander.

Abandonaron la mansión Taggert bajo una fuerte lluvia de arroz y se dirigieron a su futuro hogar.

Pero en cuanto se hubieron alejado del gentío, Blair se sintió tímida y vergonzosa. De ahora en adelante, su vida estaría ligada a ese hombre a quien sólo conocía profesionalmente.

¿Qué sabía de él en lo personal? ¿Qué había hecho en su vida además de estudiar medicina?

Cuando llegaron, Lee la tomó en sus brazos y la llevó al interior de la casa. La vio tan pálida que le dijo:

-¿Esta es la misma mujer que arriesgó su vida para mantener limpia la barbilla de un hombre herido? No me tendrás miedo, ¿verdad?

Como ella permanecía en silencio, agregó:

-Lo que te hace falta es un poco de champán. Y ambos sabemos adónde nos conducirá, ¿no es así?

La dejó en el corredor de entrada y se encaminó al comedor. Blair en realidad no había visto la casa y se escabulló hacia la izquierda, donde estaba la sala. Los muebles eran pesados y de madera oscura, pero la habitación era agradable. Tenía un empapelado a rayas azules y blancas muy suaves con un borde de rosas pálidas en la parte superior. Se sentó en el sofá de Leander regresó con dos copas de champán y una botella dentro de un cubo de hielo de plata.

-Espero que te guste el lugar. Houston lo decoró. Creo que no me preocupé mucho por lo que hacía. -Lee se sentó en el otro extremo del sillón, como si sintiera la timidez de Blair.

-Me gusta. No sé mucho sobre cómo decorar las casas y Houston es mejor que yo en eso. De cualquier manera, supongo que le habría pedido que me decorara mi casa. Pero ahora tiene la de Taggert.

-¿Pudisteis aclarar el asunto?

El champán comenzó a surtir un efecto relajante y Lee le llenó una segunda copa.

-Houston me dijo que se había enamorado de Taggert. No me imagino a mi hermana con ese oso. Por qué lo prefiere a él antes que a ti es algo que... -se detuvo, incómoda.

Leander le sonrió.

-Te agradezco el cumplido -Lee se acercó a Blair y comenzó a jugar con los rizos que caían del moño que Houston le había hecho esa mañana. Poco a poco fue quitándole las pinzas para soltarle el cabello-. Lo opuesto siempre se atrae. Míranos a nosotros. Aquí estoy yo, un buen cirujano, y tú, una buena esposa y madre que pondrá todas mis cosas en su lugar y se ocupará de que la casa sea un lugar acogedor para cuando su hombre regrese y...

Blair casi escupió el champán.

-¿Me estás diciendo que esperas que abandone la medicina para ocuparme de ti? -escupió Blair con rabia-. De todas las ideas estúpidas que he escuchado en mi vida, esta es la peor de todas. -Con furia dejó la copa de champán sobre la mesita de café y se puso de pie-. Siempre traté de hacerle entender a Houston que eras igual a Gates, pero ella no quiso escucharme. Me dijo que eras diferente. Pero te diré una cosa, Leander Westfield, si te casaste conmigo pensando en que abandonaría la medicina, bien podemos cancelar todo esto de inmediato.

Leander permaneció sentado mientras terminaba su discurso, y luego se puso lentamente de pie. Cuando Blair se calmó, él le sonrió.

-Todavía te falta aprender muchas cosas sobre mí. No sé por qué siempre piensas lo peor. Espero poder probarte que no soy lo que piensas. Y planeo pasar el resto de mi vida enseñándotelo. Pero las lecciones no comenzarán hasta mañana -le dijo, mientras la abrazaba y la atraía hacia sí.

Blair se pegó a él y, cuando sus labios se tocaron, deseó que ese momento nunca pasara. No sabía nada sobre él, tampoco por qué había insistido en casarse con ella ni si la había tolerado en el trabajo simplemente para ganar la apuesta o si había disfrutado del tiempo que habían pasado juntos tanto como ella.

Pero en ese momento, nada importaba. En lo único que pensaba era en que sus brazos la rodeaban y le producían una sensación maravillosa.

-He esperado tanto para que esto sucediera -le dijo él, tomándole el cabello con una mano mientras con la otra le acariciaba el cuello y las mejillas-. Sube y prepárate. Esta noche

seré un caballero, pero aprovecha, porque sólo por esta noche. Deja de mirarme así y vete. Estoy seguro de que tu hermana te habrá comprado algún camisón deslumbrante, aunque decente, para esta noche. Ve a ponértelo. Te daré unos diez minutos. Tal vez.

Blair no quería apartarse de él, pero lo hizo, y subió por la escalera que conducía al dormitorio. En el piso de arriba había tres dormitorios: el principal, uno para invitados y uno para niños. Su ropa ya estaba colgada en el armario, sus zapatos junto a los de Leander, y por un momento pensó que jamás había visto algo tan íntimo como esos zapatos de distinto sexo, juntos.

Sobre la cama había una bata de chiflón blanco, con plumas en las mangas y en el ruedo, y un camisón de satén blanco. Blair agitó la cabeza ante la extravagancia de esa ropa, pero enseguida sintió deseos de ponérselo todo. A veces, la vida aparentemente inútil de Houston la frustraba, pero esa boda había logrado que admirara a su hermana. La fiesta en sí había requerido la planificación de un general y ningún detalle se le había pasado por alto por pequeño que fuera. No recordaba cuándo su hermana se había ocupado de mudar su ropa a la nueva casa para que estuviera allí cuando fuera con Leander.

Blair no había terminado de ponerse la bata cuando entró Leander. Por la mirada de sus ojos, no pareció molestarle mucho que la bata le colgara de un hombro. Atravesó la habitación en segundos y la tomó en sus brazos. En realidad, era tanto su entusiasmo que Blair retrocedió un paso, se enredó con la bata y cayó de espaldas sobre la cama.

Ambos se echaron a reír, y luego Lee se recostó junto a ella, la tomó en sus brazos y comenzó a besarla, llenándola de placer. La bata se deslizó y quedó envuelta en su camisón de fino satén. Lee le besó los hombros y Blair rió encantada. Comenzó a acariciarle los muslos y ella sólo profirió una débil protesta.

Justo en ese momento, empezó a sonar el teléfono de la planta baja.

-¿Qué es eso?-preguntó Blair.

-No oigo nada -murmuró Lee, con el rostro escondido en su cuello.

-Es el teléfono, Lee. Tienes que contestar. Quizá sea una emergencia.

-Cualquiera que moleste a un hombre en su noche de bodas se merece lo que tenga.

Blair lo empujó.

-Lee, no hablas en serio. Cuando te convertiste en médico decidiste ayudar a las personas.

-Pero no esta noche, no ahora -Lee trató de abrazarla nuevamente, pero se resistió y el maldito teléfono siguió sonando-. ¿Por qué tenía que casarme con una doctora? -dijo, mientras se ponía de pie y se acomodaba la ropa-. No te muevas. Regreso en seguida -se dirigió hacia la escalera-. Cuando haya matado a quien se atreve a molestamos.

En cuanto levantó el auricular, la operadora le dijo: -Lamento mucho tener que molestado justo esta noche, pero se trata de su padre. Dijo que era urgente.

-Será mejor que lo sea -respondió Lee y luego lo comunicaron.

-Lee, siento molestarte, pero es una emergencia. Elijah Smith morirá de un paro cardíaco si no vienes enseguida.

Leander contuvo el aliento. Elijah Smith era la clave que usaban para referirse a algún problema en las minas. Reed solía comunicarse a menudo por teléfono cuando Lee estaba en el hospital y usaban una serie de claves... El pobre señor Smith solía sufrir de todo, desde envenenamiento hasta sarampión,

pero el ataque al corazón era la clave utilizada para referirse a lo peor: una revuelta.

Lee miró el techo, en dirección a la habitación donde su

esposa lo estaba esperando.

-¿Cuánto tiempo tengo?

-Te necesitaban hacía una hora. Lee, no vayas; otro puede ocuparse del caso.

-¿Sí? ¿Como quién? -preguntó Lee, descargando su furia en su padre. Nadie de afuera de los campos sabía lo que sucedía allí adentro. Y se sentía responsable por la revuelta porque él había llevado a los sindicalistas-. Estaré allí lo antes posible -dijo, Y colgó el auricular.

Mientras subía la escalera rumbo al dormitorio se dio cuenta de que tendría que inventar alguna excusa para dar a Blair. Ya no era un soltero que no debía explicaciones a nadie. Ahora tenía una esposa que merecía una explicación. En ese momento, se sentía tan mal que no se le ocurría ninguna mentira y tampoco podía decide la verdad. Ella insistiría en acompañado. Y no podía permitir que corriera ningún riesgo.

Pero tenía que irse lo antes posible. Nunca se movió más aprisa en su vida. Y, teniendo en cuenta que cuando vio a su mujer allí, en la cama, con ese delicado camisón y la piel desnuda, se le llenaron los ojos de lágrimas, tendría que haber ganado un premio. No le dio demasiadas explicaciones. Le dijo que regresaría lo antes posible. Corrió por la escalera y salió a la calle antes de que Blair pudiera reaccionar.

Cuando llegó a la casa de su padre se sentía muy deprimido y pensó que por su culpa tal vez los mineros mantuvieran la revuelta toda la noche. Reed le contó que un soplón había delatado a los sindicalistas y que el último hombre había regresado al campo solo. Había entrado por la parte trasera del campo y ahora los guardias revisaban todas las casas amenazando a los inocentes. Leander podría entrar al campo y, si lograba encontrar al sindicalista antes que los guardias, quizá lograra salvarle la vida a él y a los mineros acusados injustamente. Lee sabía que era el único que podía hacerlo y subió a su coche de inmediato.

-Si Blair viene a verte, ni siquiera menciones el lugar adonde voy. Si le dices que fui a atender una urgencia, querrá saber dónde. Inventa algo, pero no le digas la verdad. Cualquier cosa menos la verdad, porque es capaz de presentarse allí, en medio de la revuelta, y tendré que salvarla a ella y al sindicalista. Antes de que Reed pudiera preguntarle qué tipo de excusa inventar, Lee se había ido.

19

Blair no pudo cerrar la boca hasta un rato después de que Lee dejó la casa. No podía creer que hubiera desaparecido tan rápidamente.

Su primera reacción fue de enojo, pero luego sonrió. Debía de ser un caso muy grave para que Lee saliera en su noche de bodas, algo de vida o muerte y también peligroso. De no haber sido así, la habría llevado con él.

Apartó las sábanas y se vistió con su uniforme. Leander habría ido a un lugar peligroso y seguramente necesitaría ayuda.

Bajó al otro piso y levantó el auricular. Mary Catherine estaba como telefonista a esa hora de la noche.

-¿Mary, sabes adónde ha ido Lee?

-No lo sé, Blair-Houston -respondió la joven-. Fue su padre quien lo llamó y Lee dijo que iría de inmediato. No porque haya escuchado, claro. Nunca hago eso.

-Pero si escuchaste algunas palabras, ¿adónde crees que haya podido ir? Y recuerda que no le conté a la madre de Jimmy

Talbot quién había roto su mejor jarra de cristal.

Mary Catherine hizo una pausa antes de responder.

-El señor Westfield mencionó a un hombre desconocido y dijo que sufría de un ataque cardíaco. El pobre hombre.

Parece que cada vez que Leander y su padre hablan por teléfono es por este señor Smith, que sufre una complicación tras otra. El mes pasado tuvo por lo menos tres enfermedades, y Caroline, que está de turno durante todo el día, me dijo que habían llamado dos veces por ese tal señor Smith. No creo que viva mucho tiempo, pero parece que se recupera rápido de sus

enfermedades. Debe de ser muy importante para que Leander te abandone en tu noche de bodas -Mary Catherine hizo una pausa-. Debes de añorarlo mucho.

Blair tuvo deseos de criticar a la operadora que se entrometía en las conversaciones ajenas, pero sólo murmuró -Gracias -cortó la comunicación. y juró no hablar de nada personal por teléfono.

El establo estaba vacío. Lee se había llevado su coche y sólo quedaba un semental de aspecto cansado, que Blair no tenía intenciones de montar. La única forma de llegar a la casa de su suegro era a pie. El aire fresco de la montaña le infundió fuerza y casi corrió por las calles de Chandler hasta llegar a la casa Westfield.

Golpeó varias veces a la puerta hasta que apareció el ama de llaves, totalmente dormida, y Reed detrás de ella. -Ven a la biblioteca -le dijo Reed, con el rostro pálido. Estaba completamente vestido pero se le veía viejo y cansado. Estaba segura de que no se había acostado porque estaba preocupado por Leander. ¿En qué se había metido su marido?

-¿Dónde está? -preguntó en cuanto estuvieron a solas en la biblioteca.

Reed permaneció de pie sin decir nada.

-¿Corre peligro, verdad? -preguntó Blair-. Lo sabía.

Si se hubiera tratado de un caso común me habría llevado con él, pero hay algo malo. -Reed seguía sin hablar-. La operadora me dijo que suele visitar a menudo a un tal señor Smith. Podría descubrir dónde vive ese hombre yendo de casa en casa a preguntar si han visto a Leander. Lo conozco y salió, como es habitual en él, a toda prisa, y muchos deben haberlo visto. -Blair miró a Reed con determinación-. Mi marido acudió a atender un caso peligroso, como el día en que fue a auxiliar a un cowboy herido en medio de la guerra de rancheros. Y ha ido solo. Creo que puedo ayudarlo. Puede haber otros heridos y si Lee resulta herido... también necesitará atención. Si usted no quiere ayudarme, encontraré a alguien que lo haga- Se volvió, dispuesta a partir.

Reed se quedó como petrificado. Era posible que no encontrara a Lee, pero causaría problemas. Además, la gente se daría cuenta de que sucedía algo importante; de lo contrario, Lee no saldría en su noche de bodas. Tenía que decirle algo que la detuviera, algo terrible que la enviara de vuelta a su casa sin hacer preguntas ni despertar a toda la ciudad. Maldición. ¿Por qué no se había casado con Houston? Ella nunca habría cuestionado a su marido.

-Hay otra mujer -dijo Reed, antes de pensar en lo que decía. Su propia esposa no habría pensado en nada más después de enterarse de que compartía el amor de su marido con otra mujer. ¿Por qué las mujeres no estaban nunca seguras del amor que se les profesaba? Blair debía saberlo porque Lee había hecho mucho para demostrárselo.

-La... mujer ha tratado de suicidarse al enterarse de la boda de Lee -agregó Reed y, en ese momento, sintió que la relación con su hijo jamás volvería a ser la misma, porque jamás lo perdonaría.

Blair se sentó, o más bien cayó sobre una silla.

-Ese tipo de mujer -susurró.

Por lo menos, había dejado de preocuparse por el señor Smith, pensó Reed. Al mismo tiempo maldijo a las operadoras que escuchaban conversaciones ajenas.

-¿y qué hay de Houston? El estaba comprometido con ella. ¿Cómo puede estar enamorado de otra persona?

-Lee... pensó que esa mujer había muerto. -Sobre la mesa había un periódico cuya primera plana hablaba sobre una banda de asaltantes que estaban atacando la zona de Denver y que ahora se movilizaban hacia el sur. El líder de la banda era una mujer francesa. -La conoció en París y fue el gran amor de su vida, pero creyó que había muerto. Supongo que siguió con vida, porque regresó a Chandler a buscarlo.

-¿Cuándo?

-¿Cuándo qué?

- ¿Cuándo vino esta mujer a Chandler?

-Oh, hace meses -dijo Reed como al descuido-. Creo que será mejor que Lee te cuente el resto de la historia. Pienso que ya he dicho demasiado.

-Pero si llegó hace unos meses, ¿por qué Leander siguió comprometido con mi hermana?

Reed paseó los ojos por la habitación y volvió a mirar el periódico.

-Bueno, esta mujer estaba envuelta en algo que Lee no aprobaba. Y tenía que hacer algo para olvidarla. -y mi hermana fue esa distracción, y luego yo. -Blair suspiró-. Entonces, él estaba enamorado de esta mujer y pensó que la habían matado, y cuando regresó a Chandler le pidió a Houston que se casara con él, y luego aparecí yo. Una melliza era tan buena como la otra, y su honor lo hizo sentirse obligado conmigo. Eso explica por qué pensaba casarse con una mujer de la cual no estaba enamorado. ¿No es así?

Reed estiró el cuello de su camisa como si estuviera ahogándose.

-Supongo que es así. Ahora tendré que explicarle a mi hijo...

Blair se sentía muy pesada cuando salió de la casa. Reed le había ofrecido un coche para llevarla, pero lo rechazó. Esa era su noche de bodas, supuestamente una de las mas felices de su vida, y si no podía pasarla con su marido, tampoco quería pasarla con otro hombre. Sin embargo, su alegría se había convertido en una pesadilla.

Cómo debía de haberse reído Leander cuando le dijo que esperaba que el matrimonio funcionara. No le importaba con quién se había casado. Houston era bella y sería una buena esposa para un médico, por eso le había pedido que se casara con él; pero era fría, de modo que, cuando Blair se acostó con él, decidió cambiar de hermana. ¿De todos modos, qué importaba, si amaba a otra mujer?

-¡Allí está! --dijo una voz de hombre a sus espaldas.

Estaba amaneciendo y vio a un hombre a caballo que la señalaba. Por un momento, se sintió orgullosa de que la reconocieran en la calle como doctora. Se detuvo para mirar al hombrecillo y a sus tres acompañantes.

-¿Alguien está herido? -preguntó ella-. No llevo mi maletín conmigo, pero si me alcanzan hasta mi casa, podré recogerlo y acompañarlos.

El cowboy no sabía qué decir.

-Si prefieren a mi marido, no sé dónde está en este momento -dijo con amargura-. Creo que tendrán que conformarse conmigo.

-¿De qué está hablando, Cal? -preguntó uno de los hombres de atrás.

Cal levantó una mano.

-No, no busco a su marido. Creo que usted servirá. ¿Quiere montar conmigo?

Blair tomó la mano que le ofrecía y dejó que la subiera a la montura.

-Mi casa queda... -Pero el hombre no la dejó terminar y salió al galope.

-Sé dónde queda su casa, señorita, alteza, Chandler. O quizás ahora tendría que llamarla señora Taggert.

-¿De qué habla? -dijo Blair-. No soy... -El cowboy le tapó la boca con una mano y no la dejó seguir hablando.

Leander se pasó una mano por la cintura para aliviar el dolor que le provocaba el borde de la silla de montar. Tenía que admitir que había motivos suficientes para autocompadecerse. En lugar de pasar la noche de bodas en los brazos de su esposa, haciéndole el amor, riendo juntos, había tenido que bajar por la montaña y luego volver a subirla con un hombre semiinconsciente en hombros.

Cuando había llegado a la mina la noche anterior, las puertas estaban cerradas y no se veían rastros de los guardias. Pero oyó voces de hombres a lo lejos y gritos de mujeres enojadas. Escondió su coche y su caballo detrás de unos árboles y escaló la montaña para entrar al campo por la parte de atrás. Corrió escondiéndose de una casa a otra hasta llegar a la vivienda de un minero que suponía se habría arriesgado a esconder al sindicalista.

La mujer del minero se frotaba las manos con preocupación porque sabía que los guardias estaban revisando todas las casas y el sindicalista estaba escondido detrás de unos arbustos en el patio trasero de su casa. Estaba herido y se quejaba. Nadie se atrevía a acercarse porque hacerlo significaba firmar su propia sentencia de muerte. Si los guardias no encontraban ningún rastro del infiltrado, no harían daño a los mineros, pero si lo encontraban... La mujer se cubrió el rostro con las manos. Si encontraran allí al sindicalista los echarían del campo y los dejarían sin casa y sin dinero.

Lee le dijo algunas palabras para alentarla, pero no perdió mucho tiempo conversando. Se acercó a los arbustos donde estaba escondido el hombre, lo cargó sobre sus hombros y comenzó la ardua y penosa tarea de salvarle la vida.

Tuvo que hacer varias pausas para escuchar y para descansar. Los sonidos a sus espaldas parecían aquietarse a medida que pasaba el tiempo. Había varios bares en el campo y los hombres gastaban gran parte de sus salarios en bebida. Ahora, se oía a los borrachos que cantaban de regreso a sus casas, sin saber quizá que los guardias las habían registrado, ejerciendo su pleno derecho.

Se detuvo en la cima de la colina y trató de revisar las heridas bajo la luz de la luna. No bien había movido al hombre cuando este había comenzado a sangrar de nuevo. Lee detuvo la hemorragia y continuó su camino hasta donde estaba escondido su coche.

No podía ocultar al hombre en el pequeño compartimiento de atrás, de modo que lo puso a su lado y condujo lo mas lentamente que pudo.

Tomó la ruta norte hacia Colorado Springs. No podía regresar a Chandler con el hombre: proliferarían las preguntas ingenuas sobre su identidad y dónde lo habían herido. Lee no quería arriesgarse a que lo encontraran. No podría ayudar a nadie más si sospechaban de él.

En las afueras de la ciudad vivía un amigo, un médico que no solía hacer demasiadas preguntas. Colocó al herido sobre la mesa de cirugía del médico amigo y murmuró que lo había encontrado junto a las vías. El anciano médico miró a Lee y dijo:

-Pensé que te habías casado ayer. ¿No habrás salido a buscar hombres moribundos en tu noche de bodas?

Antes de que Lee pudiera responder, el anciano dijo:

-No me digas nada que no quiera saber. Ahora, veámoslo un poco. Eran las dos de la tarde cuando pudo regresar a Chandler.

Lee estaba agotado. Lo único que quería era comer, dormir y ver a Blair. Durante las últimas horas había pensado una historia para contarle. Pensó decirle que lo habían llamado para asistir a los heridos de una banda de ladrones de bancos y que no se lo había dicho para no ponerla en peligro. Esperaba que no le preguntara por qué había tenido que ir él habiendo otros médicos en Chandler. Además, la noticia sobre los disparos no saldría en los diarios.

En el peor de los casos, se mostraría ofendido de que ella no confiara en él y de que quisiera comenzar mal su matrimonio.

Cuando llegó a su casa, casi se sintió aliviado de que Blair no estuviera allí. Estaba demasiado cansado como para inventar una gran historia. Se hizo un emparedado de jamón y subió al dormitorio. El lugar estaba alborotado. La ropa de Blair estaba desparramada sobre la cama, y la cama sin hacer. Miró hacia el armario y vio que su traje de médica había desaparecido, de modo que pensó que habría ido al hospital. Tendría que hablar con los médicos de allí. Había prometido tomar todos los turnos para que admitieran a Blair en la sala de operaciones. Había trabajado hasta el cansancio, pero había valido la pena. Había ganado a Blair.

Comió la mitad del emparedado, se metió a la cama, se abrazó al camisón de satén de su mujer y se quedó dormido.

Cuando despertó eran las ocho de la noche y supo de inmediato que la casa estaba vacía. Comenzó a preocuparse. ¿Dónde estaba Blair? Ya tendría que haber regresado del hospital. Cuando Leander se levantó para comer la mitad del emparedado que había dejado, vio que el maletín de Blair estaba en el suelo.

Por un momento, dejó de latirle el corazón. Ella jamás se iría de la casa sin llevar consigo el maletín. Todavía no sabía cómo había hecho para dejarlo la noche de bodas.

Pero ahora estaba allí, en el suelo.

Hizo a un lado el emparedado y empezó a correr por la casa gritando el nombre de Blair. Quizás hubiera regresado mientras dormía y no la había oído. En minutos comprobó que no estaba por ningún lado, ni afuera ni adentro.

Se acercó al teléfono y pidió a la operadora que lo comunicara con el hospital. Nadie la había visto desde la boda. Después de soportar diversas bromas sobre el hecho de que Blair se hubiera arrepentido tan rápido, Lee pudo colgar el auricular.

Volvió a sonar casi al instante.

Era la operadora diurna, Caroline.

-Leander, Mary Catherine me dijo que Blair llamó a tu padre en cuanto tú te fuiste ayer por la noche a atender al pobre señor Smith. Quizás él sepa dónde está.

Lee se mordió la lengua para no decir a Caroline que dejara de escuchar las conversaciones ajenas; por esta vez, tendría que estarle agradecido.

-Gracias -dijo. En tiempo récord, ensilló su caballo y llegó a la casa de su padre.

-¿Qué fue lo que le dijiste? -gritó Leander.

-Tenía que inventar algo rápido. Y lo único que se me ocurrió, lo único que la detendría, fue una historia sobre otra mujer. Por las últimas aventuras que tuvieron juntos, si le decía algo sobre una guerra, disparos, sindicalistas o algo así, ella podría haber descubierto la verdad.

-Podías haber inventado cualquier otra historia y no que mi verdadero amor estaba aquí y que yo me había casado con ella porque había perdido a la otra.

-Bien, ya que eres tan inteligente, dime qué podía haberle dicho para detenerla.

Lee abrió la boca, pero volvió a cerrarla. Si Reed le hubiera hablado de un desastre, sin duda Blair habría acudido en su ayuda. Sabía que las balas no la detendrían.

-¿ Y ahora qué hago? ¿Le digo que mi padre es un mentiroso, que no existe otra mujer?

-Entonces, ¿adónde fuiste en tu noche de bodas? No puedes decirle que escalaste la montaña con un hombre herido para salvarle la vida. ¿Qué hará tu esposa la próxima vez que te llamen?

Lee gimió.

-Quizás algo tan estúpido como esconderse en el compartimiento de mi coche para ir conmigo. ¿Qué voy a hacer?

-Primero, debemos encontrarla -propuso Reed-. Busquémosla con discreción. Que la gente no se entere de que ha desaparecido o empezará a hacer preguntas.

-Ella no ha desaparecido --dijo Lee furioso-. Ella... -Pero no pudo continuar, porque no sabía dónde estaba.

20

Leander y su padre la buscaron durante toda la noche. Lee recordó que Blair solía salir a caminar cuando algo le molestaba y por eso recorrieron todas las calles de Chandler. Pero no la encontraron en ningún lado.

Por la mañana, decidieron decir que Blair había salido para atender una urgencia médica sin decir a nadie adónde se dirigía, y Leander estaba preocupado. Por lo menos, esa historia les permitía hacer preguntas abiertamente.

Hubo bromas sobre que había perdido a su esposa un día después de la boda, pero logró manejar todo con buen humor. Su única preocupación era saber dónde estaba Blair. Ella era un tanto testaruda y su matrimonio era demasiado reciente. Temía que hubiese regresado a Pensilvania, a la casa de su tío Henry, y que nunca volviera a verla.

Por la tarde, Lee estaba exhausto. Se desplomó sobre la cama, que seguía desordenada, y se quedó dormido. Le enviaría un telegrama al tío de Blair por la mañana, diciéndole que la mantuviera allí hasta que él fuera a buscarla.

Se despertó cuando sintió una mano pesada sobre su hombro. -¡Westfield! ¡Despierta!

Lee se volvió y vio a Taggert de pie junto a la cama, con expresión de enojo. En la mano tenía un papel.

-¿Dónde está tu esposa?

Lee se sentó y se pasó la mano por el cabello.

-Creo que me ha dejado -le dijo. Era inútil tratar de esconder la verdad. Pronto lo sabría todo el mundo.

-Es lo que pensé. Mira esto.

Le arrojó un pedazo de papel sucio. En él había un mensaje escrito en una letra de imprenta bastante rústica:

TENEMOS A SU ESPOSA. DEJE 50.000 DÓLARES EN TIPPING ROCK O ELLA MORIRÁ.

-¿Houston? -le preguntó Leander-. Iré por mi pistola y te acompañaré. ¿Sabes quién la tiene? ¿Se lo has dicho al comisario?

-Aguarda un momento -le dijo Kane, sentándose a su lado-. Houston está bien. Hemos estado juntos desde la boda. Regresamos esta mañana y encontré esto sobre mi escritorio junto con la correspondencia.

Lee se puso de pie como si lo hubiera atravesado un rayo. -Entonces, tienen a Blair. Iré a buscar al comisario... Ese hombre jamás la encontrará. Iré solo y...

-Espera un momento. Tenemos que pensar. Cuando llegué esta mañana, tenía que entrevistarme con un hombre de Denver. Pero camino aquí, me contó que lo había asaltado una banda de maleantes que se ha establecido en las afueras de Chandler. El hombre estaba realmente asustado y dijo que todos los del oeste eran unos marginados y que incluso habían capturado a mujeres. Podía referirse a tu esposa.

Leander se cambió de ropa. Se puso un par de pantalones de denim, botas y una camisa de algodón pesado. También tomó una pistola y se la colocó en el cinturón. Parte de su furia había desaparecido y ahora podía pensar.

-¿Dónde lo asaltaron? Comenzaré por allí.

Kane se puso de pie y Lee vio que vestía ropa de trabajo. -Supongo que esta también es mi lucha. Quieren mi dinero y piensan que tienen a mi esposa. -Miró a Lee con el rabillo del ojo-. Cuando recibí la nota y comprendí que se trataba de Blair, pensé que toda la ciudad estaría buscándola, pero al parecer, nadie sabe que ella ha desaparecido. Creo que existe un motivo para que no hayas dicho nada al respecto.

Lee estuvo a punto de decirle que no pensaba preocupar a sus amistades, pero no lo hizo.

-Sí -reconoció-, existe una razón. -aguardó, pero Taggert no dijo nada más-. ¿Sabes cómo utilizar un arma? ¿Y montar a caballo?

Kane dejó escapar un gruñido parecido al de un oso. -Houston no ha logrado civilizarme tanto. Y no olvides que crecí en este lugar. Conozco la zona y tengo una idea de dónde puede estar su escondite. A cuarenta kilómetros al norte de aquí, hay un cañón que está casi escondido. Uno puede pasar cerca de él sin verla. Una vez, me quedé atrapado allí en medio de una inundación.

Por un momento, Lee dudó. No conocía a ese hombre y no sabía si podía confiar en él. Durante años había oído historias sobre la forma sucia en que Kane había hecho su fortuna, y que nada le importaba más que el dinero. Pero ahora le estaba ofreciendo ayuda y, además, había respetado su silencio.

Lee se ató la funda de la pistola a la pierna. -¿Tienes un arma?

-Tengo suficientes como para un ejército en mi caballo.

También he traído el dinero que pidieron. Es preferible entregar el dinero que arriesgar a una dama -dijo sonriendo-. Después de todo, ella quiso casarse conmigo hace un par de días.

Al principio, Lee no comprendió de qué hablaba, pero luego le devolvió la sonrisa.

-Me alegro de que todo haya resultado como resultó.

Kane se puso la mano por la barbilla, como si riera de alguna broma íntima.

-Yo también, y más de lo que imaginas.

Quince minutos después, ya estaban fuera de la ciudad, con las alforjas llenas de alimentos y bien armados. Lee dejó un mensaje a la operadora para que dijera a su padre que había salido a ver a la señora Smith. No escuchó los comentarios que la operadora hizo sobre la pobre familia Smith.

Cuando estuvieron fuera de los límites de la ciudad, cabalgaron a todo galope. El caballo de Kane era excelente y llevaba el peso de su cuerpo sin problema alguno. Lee no pensaba más que en Blair y esperaba que estuviera a salvo.

Blair luchó por desatarse de las cuerdas que la mantenían prisionera en esa pesada silla de caoba. En una ocasión había logrado escapar y por eso habían decidido atarla. El día anterior había conseguido tirar la silla al suelo, pero antes de poder desatarse, había aparecido esa mujer y había ordenado que clavaran la silla al suelo. Blair permaneció allí sentada durante varias horas y observó cómo la mujer daba órdenes a los hombres.

Se llamaba Françoise y era la líder del grupo. Era alta, delgada y muy bonita, tenía el cabello largo y oscuro y era obvio que se sentía orgullosa de él. Siempre iba armada y era más atrevida que todos los hombres que la rodeaban, juntos y supo enseguida que esa era la mujer de la cual Leander estaba enamorado.

Todo encajaba con lo que Reed le había dicho. Era francesa y hablaba con un acento tan marcado que a veces sus hombres tenían dificultades para entenderla. Y además, estaba implicada en una actividad que Lee no aprobaba. La opinión de Blair sobre su marido se deterioró un poco al saber que la mujer que amaba actuaba fuera de la ley.

Permaneció sentada mientras observaba a la mujer con abierta hostilidad. Gracias a ella, Lee jamás le pertenecería, nunca lograría borrar el pasado de su mente. Tal vez a los hombres les excitaba estar enamorados de una criminal. Quizá Leander quisiera enmendar su corazón. La mujer se detuvo un momento delante de Blair y vio el odio en su mirada. Después sacó una silla de atrás de una vieja mesa y se sentó junto a ella.

-Jimmy, quítale la venda de la boca -le dijo al guardaespaldas que siempre la acompañaba.

Cuando lo hubo hecho, indicó que las dejara a solas. -Ahora quiero saber por qué me miras con tanto odio. No miras así a los hombres. ¿Es porque soy mujer y no apruebas que una mujer se maneje con tanta destreza?

-¿Destreza? ¿Es así como la llama? -preguntó Blair, moviendo la boca dolorida para relajarse-. Que esos hombres sean tan tontos como para no ver lo que usted es, no significa que yo también lo sea. Sé lo que es usted.

-Me alegro de que lo sepas, pero te aseguro que jamás he mentido a nadie.

-Puede dejar de mentir. Lo sé todo sobre usted. -Blair trató de recuperar su orgullo-. Soy la esposa de Leander.

Blair tuvo que admitir que la mujer era una buena actriz. Distintas emociones pasaron por su rostro, desde la sorpresa hasta la incredulidad, para terminar en el humor.

-Ah, Leander -dijo por fin-. El querido Leander.

-No necesita presumir -le dijo Blair-. Puede pensar que él le pertenece y que siempre le pertenecerá, pero haré que olvide lo que alguna vez sucedió entre ustedes.

La mujer se volvió para mirarla.

-¿Cómo podría olvidar lo que tuvimos? Ningún ser humano podría hacerlo. Eso sucede sólo una vez en la vida. De modo que se casó contigo. ¿Hace cuanto?

-Dos días. Debería saberlo, ya que pasó nuestra noche de bodas con usted. Dígame, ¿cómo trató de suicidarse? Parece que se ha recuperado bastante bien. Quizá fue una actuación para que le tuviera lástima. No creo que sea buena perdedora y menos cuando se trata de alguien como Leander.

-No -dijo la otra con suavidad-, no quería perder a Leander ni que estuviera con otra. ¿Te dijo por qué ya no estamos juntos?

-No me dijo ni una palabra. Pero después de descubrir qué clase de persona es usted, estoy segura de que ni siquiera soporta tenerla en su mente. Reed me lo dijo. Tal vez usted no conozca al padre de Lee, ya que no es el tipo de mujer que un hombre puede llevar a su casa

para presentarle a la familia. Lee pensó que usted estaba muerta y se fue de París convencido de ello. Y regresó luego a Chandler -Blair pensó en todas las historias que Lee le había contado sobre su estancia en Europa, pero nunca había mencionado a una mujer-. Voy a ganarlo -continuó-. Es mi marido y ni usted ni nadie podrá quitármelo. El vendrá a buscarme y usted podrá volver a verlo, pero no tendrá ninguna oportunidad.

-¿Así que París? -dijo la mujer sonriendo-. Tal vez, este Leander Taggert y yo...

-¿Taggert? Leander no es Taggert. Houston se casó con Tag... -Se detuvo. Algo andaba mal, aunque no sabía muy bien qué.

Françoise acercó su rostro al de Blair. -¿Cuál es tu nombre?

-Doctora Blair Chandler Westfield --dijo con el entrecejo fruncido.

De inmediato, la mujer se volvió y abandonó la cabaña.

Blair se desplomó contra el respaldo de la silla. Durante los dos días que llevaba allí había dormido muy poco y comido aún menos, y empezaba a resultarle difícil comprender lo que le decían o lo que estaba sucediendo.

La habían raptado, le habían vendado los ojos y la boca y habían cabalgado durante horas. Todo ese tiempo, tuvo que luchar para quitarse las manos del cowboy de encima. El murmuraba todo el tiempo que ella le "debía" algo. Blair no podía recordar haber visto a ese hombre jamás.

Trató de mantenerse lo más alejada posible de él y, cuando disminuyeron la marcha, otro de los hombres le ordenó que la dejara tranquila porque ella pertenecía a Frankie.

Esa frase la hizo temblar. ¿Quién era este Frankie y qué quería de ella? Todavía creía que lo que necesitaban era su atención médica, pero como no la habían dejado recoger el maletín, albergaba algunas sospechas.

Cuando le quitaron la venda de los ojos, se encontró frente a una choza. A su alrededor había seis hombres, todos de estatura pequeña y de aire estúpido como el que la había raptado. Había un corral a la derecha y otras cuantas casuchas esparcidas por aquí y por allá. Blair no pudo distinguir la entrada al cañón y se dio cuenta de que debía de ser tan pequeña que esa cabaña la tapaba.

Pero no tardó en desviar su atención hacia la mujer que acababa de aparecer en el porche de la cabaña. Era Frankie, la francesa que amaba Lee. Blair sintió odio, rabia y celos, y no pudo decir nada.

Alguien la empujó dentro de la choza, un lugar oscuro y sucio dividido en dos partes: en una había una mesa y unas cuantas sillas rotas y en la otra, una cama. Había algunas provisiones desparramadas por el suelo de la habitación principal.

Durante las primeras ven ti cuatro horas, no se habían preocupado demasiado en vigilarla, pero después del cuarto intento de fuga, habían decidido atarla a la silla y clavarla al suelo.

Ahora tenía las muñecas lastimadas por las sogas y por tantas horas de forcejear y Frankie pensó que si le daban poca comida no tendría fuerzas para tratar de escapar y escalar la pared de roca que los protegía.

Blair no estaba segura de que la mente le funcionara bien. Hacía tanto tiempo que no descansaba ni comía, y además, estaba esa horrible mujer, que había sido la amante de su marido... Por un lado pensaba que Lee había tenido que ver en todo eso, y por otro, que todo había sido idea de la mujer para volver a verlo. ¿Y si Lee volvía a verla, se quedaría con ella o regresaría con Blair? Claro que él la había dejado en su noche de bodas para estar con esa mujer. Ella tenía ese tipo de poder sobre él. ¿Quién podía asegurar entonces que Leander no estuviera escondido por allí y no hubiera arreglado todo para poder estar junto a Frankie?

Cuando Frankie y el cowboy que la había raptado entraron a la habitación, Blair estaba llorando. Frankie arrastró al hombre de la oreja. El tenía las mejillas encendidas y marcadas por los dedos de la mujer.

-¿Es ella? -preguntó Frankie al hombre-. Tú aseguraste que era ella. ¿Lo sabes o me mentiste para saldar una vieja deuda?

-Es ella. Lo juro. Su marido me tiró al suelo. Ese tipo vale millones.

Frankie, disgustada, empujó al hombre.

-Qué idiota fui al enviarte a hacer un trabajo de hombre. ¿Ves esto? -dijo, levantando el periódico-. Son hermanas gemelas. Una está casada con un hombre rico y la otra... -Se volvió para mirar a Blair, que escuchaba con interés. Y la otra, es la esposa de mi querido y bien amado Leander.

Blair estaba demasiado cansada, hambrienta y muy confundida como para dudar de las palabras de la mujer o para darse cuenta del tono sarcástico de su voz.

-Sal de aquí -gritó la mujer al hombre-. Déjame pensar qué haremos.

Habría pensado con más rapidez de haber sabido que, en ese momento, había un hombre armado con tres rifles cargados en la cima de la pared rocosa, y otro hombre armado que esperaba una señal a la entrada del cañón.

21

Blair jamás se había sentido tan deprimida. Tal vez fuera por la combinación del hambre, la sed y el miedo. Sentía que muy pocas personas la habían amado realmente en la vida. Su padrastro la había odiado siempre, y en la escuela, el único hombre que se había preocupado por ella, había terminado dejándola plantada; ahora descubría que su marido estaba enamorado de otra mujer.

-Necesito ir al baño -le dijo a Françoise cuando esta regresó a la cabaña, cerca del anochecer. Blair había aguantado el mayor tiempo posible porque, la última vez que había ido, había descubierto que uno de los hombres la estaba espiando.

-Esta vez iré contigo -le dijo, desatándole las muñecas. Cuando Blair se puso de pie, se sintió mareada y además

tenía las piernas frías por la falta de circulación.

-Vamos -dijo la mujer, dándole un empujón-. No parecías cansada cuando intentaste escalar la montaña.

-Entonces, eso debe de haberme cansado -respondió Blair, mientras la mujer la tomaba de un brazo y la sacaba de la choza.

La cabina que servía de baño estaba cerca de la entrada al cañón, como si fuera una garita de vigilancia. Blair entró en la cabina y Françoise permaneció en la puerta con un rifle en el hombro.

Apenas había cerrado la puerta, cuando sintió un grito ahogado. Con un tanto de temor y bastante curiosidad, decidió espiar por el ojo de la cerradura por el que antes la había espiado el cowboy. Enseguida, sintió que trataban de abrir la puerta de su cabina y que, como estaba cerrada, comenzaban a golpear para derribada a fuerza de patadas y puñetazos. Cuando se disponía a buscar algo con qué defenderse, sintió unos disparos.

Una mano se introdujo en la cabina por el agujero de la puerta, buscando el cerrojo. Blair se preparó para saltar sobre el hombre que trataba de atacada.

Cuando se abrió la puerta, saltó y cayó en brazos del grandote Kane Taggert.

- ¡Basta! -le ordenó cuando ella comenzaba a golpeado con los puños-. Vámonos de aquí. Un minuto más y se darán cuenta de tu ausencia.

Blair se tranquilizó y vio que Françoise colgaba de uno de los brazos de Kane como si fuera un saco de harina.

-¿Está herida?

-Sólo un golpe en la barbilla. No tardará en despertarse. Corre.

Blair echó a correr hacia la entrada, esquivando las balas que parecían venir de todas partes. Detrás de ella iba Kane, y se preguntó quién estaría disparando desde la cima de la montaña. Esperaba que no fuera Houston.

Kane puso el cuerpo inconsciente de Françoise sobre la montura de su caballo. -No había pensado en ella. Sube aquí -dijo, mientras alzaba a Blair y la sentaba detrás del cuerpo

inerte de la mujer-. Dile a Westfield que me quedaré aquí un tiempo para mantenerlos ocupados. Ustedes tres vayan hacia la cabaña. Nos reuniremos allí.

Después, le dio una palmada al caballo, que comenzó a ascender por la colina.

Blair no había avanzado más que unos metros cuando Lee apareció por detrás de unos árboles y tomó las riendas.

-Veo que estás bien -le dijo, mientras le acariciaba una pierna -y también ella -le dijo Blair, con toda la indiferencia de la que fue capaz, y después le pasó el mensaje de Kane-. Estoy segura de que le pediste a Kane que la rescatara para ti.

Leander gruñó y notó el bulto que Blair llevaba en su montura.

-Odio preguntarlo, pero, ¿es la mujer que lidera la banda que te raptó?

-Estoy segura de que sabes muy bien quién es. Dime, ¿tú arreglaste todo para que me raptaran?

Lee montó a su caballo.

-No, pero puedo arreglar las cosas para que mi padre sufra un ataque letal. No perdamos tiempo. Taggert me dijo que hay una cabaña escondida en la montaña. Nos quedaremos allí hasta que traiga al comisario. Vamos, y deja de mirarme así.

Blair hizo un gran esfuerzo para dominar ese inmenso caballo y seguir a Lee por la montaña, pero no fue fácil. Françoise volvía en sí y comenzó a quejarse y, como sus movimientos impedían que el caballo avanzara, Lee se detuvo. Con un suspiro de enojo, miró a Blair y luego apartó la mirada. Pasó a la mujer francesa a su caballo y le advirtió que, si sabía lo que le convenía, sería mejor que no se moviera.

Blair levantó la cabeza y se alejó de ambos.

Kane pudo alcanzarlos al poco tiempo gracias a un atajo por donde no podían pasar los caballos.

Lee desmontó, pero se mantuvo cerca del caballo y de Françoise.

-¿Qué sucede?

-Nos siguen --dijo Kane, bebiendo de una cantimplora. Señaló a Françoise con la cabeza-. No creo que sirvan de mucho sin ella -miró a la mujer sentada sobre el caballo con la espalda bien derecha-. Será mejor que la vigiles. Es muy astuta.

-Yo me encargaré de ella -dijo Lee-. Supongo que irán hacia el sur, en dirección a Chandler. Estaremos seguros, pero los tendremos pisándonos los talones. ¿Para qué la has traído? Causará más problemas de lo que vale.

Kane dejó la cantimplora y se encogió de hombros. -Yo estaba detrás de ella y al principio pensé que era otra mujer que habían capturado. Pero cuando se volvió y vi que sostenía un rifle, le pegué un golpe en la barbilla. Se me ocurrió que podría servimos.

-Tiene sentido, pero no estoy seguro de poder hacerme cargo de ella hasta que tú regreses. Podría manejar una docena de hombres, pero dos mujeres...

Kane apoyó una mano sobre el hombro de Leander. -No te envidio en absoluto. Te veré dentro de unas cuantas horas, Westfield. Buena suerte -bajó a Blair de su caballo y desapareció por la montaña.

-¿Por qué no vamos con él? -preguntó Blair.

-No sabíamos cómo te habían tratado, de modo que decidimos que tú y yo nos quedaríamos en la cabaña mientras él iba en busca del comisario. -Los ojos de Lee se encendieron y avanzó un paso hacia ella-. Pensé que tendríamos un poco de tiempo para estar solos.

Ambos parecieron olvidar la presencia de Françoise, a pesar de que Lee sostenía con fuerza las riendas del caballo donde estaba sentada. El terreno que los rodeaba era demasiado escarpado y peligroso como para que tratara de escapar.

La mujer se bajó del caballo y se interpuso entre ambos, que se estaban acercando como el imán y el metal.

-Oh, Leander, querido --dijo, rodeándolo con los brazos y apoyando su cuerpo contra el de él-. Debes decirle la verdad. No podemos seguir ocultando lo que sentimos el uno por el otro. Dile que sólo me quieres a mí, y que esto lo planeamos juntos. Díselo.

Blair se volvió y comenzó a descender por la ladera. Leander tenía que hacer un doble trabajo para zafarse de las garras de esa mujer y correr detrás de su esposa para evitar que cayera en manos de la banda de asaltantes otra vez. No podía arriesgarse a soltar a la francesa, de modo que la aferró de una muñeca, tiró de las riendas y se dispuso a seguir a Blair.

-Querido -le dijo Françoise mientras Lee la empujaba-, me estás lastimando. Déjala ir. Nunca significó nada para ti. Ella sabe la verdad.

A cada palabra que pronunciaba, Blair corría con más prisa.

Lee se detuvo y miró a la francesa.

-Nunca le he pegado a una mujer, pero usted me está provocando. ¡Blair -gritó-, no sigas corriendo! Hay hombres que nos persiguen.

Françoise se sentó sobre una roca, hundió el rostro en las manos y se puso a llorar.

-¿Cómo puedes hablarme así? ¿Cómo puedes olvidar las noches que pasamos juntos en París? ¿Y Venecia? ¿Y Florencia? ¿Recuerdas nuestra luna de miel en Florencia?

-Nunca he estado en Florencia -le dijo Lee mientras la ponía de pie de un empujón. Cuando la mujer se negó a caminar, Lee la cargó sobre sus hombros y corrió detrás de Blair, y pudo alcanzarla aferrándose de su falda. Gracias al excelente diseño de su traje, este no se rompió. Siguió tironeando, al igual que Blair, hasta que finalmente pudo sentarse sobre una piedra y la atrajo hacia si.

Se le ocurrió que sería una escena ridícula si alguien lo veía con una mujer sobre los hombros y la otra sentada sobre sus piernas. Cuando Françoise quiso moverse, Lee le dio un golpe en el trasero.

-No te metas en esto.

-Cuando me tocas ahí, te obedezco --dijo Françoise con voz sensual.

Blair quiso ponerse de pie, pero Lee la retuvo.

-Blair -le dijo, pero ella no levantó la mirada-, nunca había visto a esta mujer en mi vida. No la conocí en París. Nunca estuve enamorado de nadie más que de ti y me casé contigo porque me enamoré de ti.

-¿Te enamoraste? -preguntó Blair, volviéndose hacia él-. Nunca me habías hablado de amor antes.

-Claro que sí, sólo que tú no me escuchaste. Estabas ocupada diciéndome que yo estaba enamorado de Houston. Nunca amé a Houston y mucho menos a esta... esta... -Miró el enorme trasero que comenzaba a provocarle calambres en el hombro. La dejó caer a un lado, sosteniéndola de la muñeca.

Blair se inclinó hacia Lee. Quizás estuviera diciéndole la verdad. Quería creerlo.

-Sabes mentir muy bien, Leander --dijo Françoise-. No te conocía esa cualidad. Claro que entonces te conocía bajo otro aspecto -se inclinó hacia Lee-. ¡Y de qué forma! Oh, la, la.

Blair trató de escabullirse, pero Lee no lo permitió. Cuando vio la expresión en su rostro, asió las muñecas de ambas mujeres y las condujo cuesta arriba. A medida que ascendían, resultaba más difícil respirar.

Durante todo el trayecto, Lee sostuvo la mano de Françoise, pero cada vez que intentaba ayudar a Blair, esta le apartaba la mano.

La cabaña estaba tan bien escondida que tardaron en encontrarla, hasta que apareció de repente, como si hubiera surgido de la nada.

Frente a la construcción no había demasiado espacio, porque la ladera caía de forma abrupta; pero el paisaje era maravilloso. El césped estaba crecido y había margaritas salvajes de tres colores y varios rosales.

El suelo del bosque era blando, pues se había cubierto de vegetación muerta a lo largo de los años, y por eso sus pasos no se oyeron.

Sin decir una palabra, Lee le indicó a Blair que vigilara a Françoise mientras él revisaba la cabaña. Cuando comprobó que era segura, les hizo señas para que entraran.

Era una cabaña simple de dos habitaciones y un pequeño desván encima de la puerta de entrada. Los animales que entraban y algunos vagabundos la habían ensuciado, pero era lo que necesitaban.

Blair observó sin mucho interés cómo Lee ataba a Françoise contra un poste, dejándole cierta libertad de movimiento y sin ponerle una venda en la boca.

Tenía una venda en la mano, pero no se decidía a usarla. -No creo que sus hombres nos encuentren, pero si oigo algún ruido mientras esté afuera, entraré y le pondré esto.

-Chéri, ¿no continuarás con esta charada, no? Ella sabe lo nuestro. Me lo dijo.

-Por supuesto que sí --dijo Lee, ajustando las cuerdas-. Le dijo lo suficiente como para continuar con esta mentira. ¿Qué trata de lograr?

Françoise sólo lo miró.

Blair vio que ambos se miraban a los ojos.

Lee se volvió para decirle algo a su mujer, pero cambió de opinión cuando vio la expresión de su rostro.

-Estaré fuera, por si me necesitas. Hay comida en las alforjas.

Sin más, dejó a las dos mujeres solas.

Con mucha lentitud, Blair comenzó a sacar los alimentos de las alforjas que Lee había dejado sobre la mesa destartalada cerca del poste donde estaba Françoise. La cabaña tenía un hogar, que no se limpiaba hacía años, pero no podían encenderlo porque el humo llamaría la atención de los raptores.

Mientras Blair se preparaba un emparedado de jamón y queso, Françoise siguió contando sus aventuras con Leander.

-Volverá a mí, ¿sabes? -dijo-. Siempre lo hace. No importa cuánto haya luchado por dejarme. No puede hacerla. Siempre me perdona todo lo que he hecho, y esta vez sé que se unirá a mí. Nos iremos juntos, cabalgaremos juntos, haremos el amor...

Blair tomó su emparedado y una cantimplora y salió de allí.

22

Lee estaba un tanto lejos de la cabaña, y tan bien escondido, que al principio Blair no lo vio. .

Por fin la llamó y ella se acercó.

-¿Qué sucedió? -le dijo quitándole el emparedado de la mano y acariciándole la muñeca.

-No me toques -le dijo Blair, y retiró el brazo como si hubiese querido lastimarla.

Lee se enojó.

-Creo que ya ha sido suficiente. ¿Por qué no me crees cuando te digo que jamás la había visto? ¿Por qué la crees a ella y no a mí, tu marido?

-Porque tu padre me habló de ella. ¿Por qué no iba a creerle?

-¡Mi padre te mintió porque yo se lo pedí! -explotó Lee.

Blair retrocedió. -¿Mentir? Entonces lo admites. ¿Por qué te fuiste en nuestra noche de bodas? No hubo ninguna urgencia médica. En realidad, dudo de que exista ese misterioso señor Smith, así que, ¿dónde estuviste?

Leander tardó en responder. Se volvió y observó el bosque que se extendía delante de ellos. No podía seguir empeorando la situación con más mentiras.

-No puedo decírtelo -le dijo. -No quieres decírmelo -dijo Blair, disponiéndose a regresar a la cabaña. Lee la retuvo. -No, no puedo. -Su rostro demostraba la ira creciente que sentía-. ¡Maldición, Blair! No hice nada para merecer tu desconfianza. No estuve con otra mujer. ¿No te das cuenta de que no puedo manejar a una mujer? Menos podría manejar a dos. ¿No te das cuenta de que tuvo que ser algo en extremo importante para que me fuera en nuestra noche de bodas? ¿Porqué no confías en mí? ¿Por qué crees lo que te dice mi padre,

que mintió porque yo se lo pedí, y lo que dice esa perra de ahí adentro, que se gana la vida robando? Le soltó el brazo. -Ve adentro y escúchala. Es lo que ella quiere. Estoy seguro de que le encantaría vemos pelear. Le sería mucho más fácil escapar. Si ella continúa y tú sigues creyéndole, en dos horas estarías ayudándola a escapar. Blair se sentía un poco débil y se sentó sobre el césped. -No sé qué creer. Ella parece saber tanto sobre ti y, además, no tengo derecho a esperar que me seas fiel. Al principio no querías casarte conmigo. Todo fue por ganar la apuesta. Leander la tomó del brazo y la puso de pie. -Regresa a la cabaña -le dijo entre dientes. Blair estaba atónita. Con la cabeza gacha, comenzó a caminar en dirección de la cabaña. Una vez, la tía Flo se había quejado a su marido de que Blair no sabía nada sobre la vida.

-Si un hombre le dijera que le rompió el corazón, ella lo buscaría en el diccionario de medicina para ver cómo enmendarlo. La medicina no es lo único en la vida, había dicho la tía Flo. Blair se detuvo y se volvió hacia Lee. -¿Nunca estuviste en Florencia? -le preguntó con suavidad. Él tardó un momento en responderle. Luego la miró y ledijo: -Nunca. Con cautela, Blair avanzó un paso más hacia él.

-En realidad, no es tu tipo, ¿no? Quiero decir, es demasiado delgada y no tiene mucho ni de arriba ni de abajo. -No lo suficiente -dijo Lee, sin cambiar de expresión; -y además, no sabría distinguir entre una hernia y un dolor de cabeza, ¿no?

Lee la observó hasta que Blair estuvo junto a él.

-No habría hecho el ridículo frente a todo el pueblo si hubiera estado enamorado de otra persona.

-No, supongo que no.

Con el rifle en una mano, estiró la otra hacia Blair y ella corrió a él y apoyó la cabeza sobre su pecho. El corazón de Lee latía con fuerza.

-Me debes la noche de bodas -le dijo ella en un susurro.

De repente, Lee la tomó del cabello, le echó la cabeza hacia atrás y la besó profundamente.

Cuando Blair apoyó su cuerpo contra el de él, Lee tuvo que apartarla con suavidad.

-Blair -le dijo por fin-, tengo un plan. Todavía no he terminado de elaborarlo, pero no dejes que se dé cuenta de que sabes que miente. Finge que crees en sus palabras. Creo que podré aprovechar tu furia.

-Me alegro de ser útil-dijo Blair antes de regresar a la cabaña.

Los celos eran una nueva emoción para ella. Nunca antes los había sentido. Se sentó en la cabaña sucia a escuchar las historias de Françoise sobre su pasión por Lee. Una parte de ella quería creer a su marido, pero la otra sentía que esa mujer decía la verdad. Tuvo que sentarse sobre las manos para no saltar sobre la mujer y ahorcarla. Era mejor que pensara en otra cosa.

Después de un tiempo, pudo controlarse lo suficiente como para darse cuenta de que lo que Françoise decía era bastante vago.

-y tu hermana... -dijo Françoise-. Se llama...

-Charlotte Houston -dijo Blair con tono ausente mientras pensaba adónde podía haber ido Lee en la noche de bodas si no había sido a los brazos de otra mujer.

-Sí, Charlotte -continuó Françoise-, tuve que luchar contra Charlotte durante varios meses, pero cuando se casó con Taggert, pensé que él debía...

-Debe haberle hablado mucho de ella --dijo Blair, súbitamente alerta.

-Cuando pudo librarse de ella. La verdad es que yo también estoy casada, y pensamos que mi marido jamás me dejaría libre, pero lo hará. Descubrí que me dejaba libre la noche en que ustedes se casaron.

-De modo que él me entregó a usted -dijo Blair-. Claro que ahora yo estoy libre y usted ocupa mi puesto, pero estoy segura de que todo saldrá bien. Discúlpeme, necesito tomar un poco de aire.

Cuando salió de la cabaña, sintió como si le hubiesen quitado un enorme peso de encima. Se sentía libre y feliz. A pesar de lo que Lee le había dicho, ella había seguido dudando de sus palabras, pero ahora estaba segura de que le había dicho la verdad.

Mientras estaba en el porche llenándose los pulmones con aire fresco, un colibrí iridiscente se acercó a la insignia roja que tenía bordada en el brazo. Blair permaneció quieta mientras el pájaro revoloteaba a su alrededor, hasta que se alejó. Sonriente, se dirigió al lugar donde estaba Leander.

Se sentó junto a él sin decir nada.

-No sabía ni siquiera el nombre de Houston -le dijo por fin y, cuando Lee la miró con curiosidad, ella continuó-. No siempre fui parte de tu vida, pero Houston sí. Nadie que te conozca puede desconocer su nombre, aunque sólo sea por todas las cartas que te escribió. Lee la rodeó con un brazo, riendo.

-A mí no me crees y a ella sí. Supongo que tendré que conformarme.

Ella se apoyó contra él y permanecieron así, escuchando el ruido del viento y sin decir una sola palabra. Pensó en lo cerca que había estado de perderlo. Si hubiera seguido con sus planes primitivos, ahora estaría en Pensilvania, casada con Alan. Alan, que era tan pequeño, que ni siquiera era un médico todavía y probablemente jamás llegaría a ser tan bueno como Leander. Alan, que no sabía cómo sostener un arma y que sin duda habría acudido al comisario y jamás se habría arriesgado a tratar de rescatar a su esposa por sí solo.

-Gracias por venir a rescatarme -le dijo ella, y no se refería sólo a los raptores.

Lee la miró y luego la apartó de su lado.

-Quiero que te sientes junto a ese árbol. Necesito hablar contigo y no puedo hacerlo teniéndote tan cerca.

Blair, halagada, cambió de lugar.

-Quizás estés arrepentido de haber salido el lunes por la noche -le dijo a sólo centímetros de su boca.

Lee se apartó.

-¡Ve hacia allí! -le dijo Lee en tono amenazante-. No puedo vigilar y hacerte lo que tengo en mente al mismo tiempo. Ahora, ve allí y quédate quieta.

Blair le obedeció, aunque las palabras de Lee le provocaban escalofríos en la espalda. En unas horas, Taggert llevaría al comisario a las montañas para atrapar a los ladrones, Lee entregaría a Françoise y por fin estarían a solas. Recordó la noche que habían pasado juntos y, cuando levantó la mirada, vio que Lee contenía la respiración.

Se sintió feliz.

-He tenido tiempo de inventar un plan que puede funcionar -le dijo, desviando la mirada hacia el bosque-. Quiero que esta noche ayudes a la mujer a escapar, Yo diré algo que la haga pensar que me escaparé con ella. Nosotros discutiremos. Estoy seguro de que no será difícil hacerlo. -Lee la miró-. ¿Qué haces?

-Se me ha bajado la media -dijo Blair, mientras levantaba la pierna delgada y se ajustaba las ligas de algodón. Hubiera deseado llevar medias de seda. Quizá Houston tuviera algunas. Sin duda, Houston había usado todo un guardarropa de seda para su luna de miel.

-Blair- le dijo Leander-, estás agotando mi paciencia. -Mmmm --dijo ella, bajando la pierna-. ¿Qué decías sobre una discusión?

Leander apartó la vista y Blair vio que le temblaban las manos.

-Quiero que discutamos y que finjas que pones algo en mi café y que Françoise lo vea. Hazle creer que prefieres hacerme dormir a que acuda a ella.

-¿No acudirías a ella, verdad?

-Me guardo la energía para después -le dijo él con un tono especial que le hizo latir el corazón.

Lee miró hacia el bosque.

-Quiero que se escape. Aflojaré los nudos para que en dos horas quede libre. Y mientras ella lucha por desatarse, yo haré una diligencia.

-¿Mientras se supone que estás dormido?

-Por lo que he podido ver, es una mujer cautelosa. No arriesga su vida, de modo que quiero que se sienta segura, que piense que me drogaste y que estoy dormido. Cuando vinimos hacia aquí, no intentó escapar en ningún momento.

-No podía; era demasiado empinado.

-¿Tú trataste de escapar de ese cañón?

Blair le sonrió.

-¿Cómo lo supiste?

-Conociéndote, lo he adivinado. Ahora bien, ¿estás dispuesta? ¿Crees que podrás hacerlo?

Blair sonrió. -Ahora estamos juntos gracias a mi extraordinario talento artístico.

El le devolvió la sonrisa.

-Vuelve allí adentro y sigue escuchando a Françoise. Hazle creer que confías en su palabra. Hazle creer que estás dispuesta a matarme.

Blair se puso de pie y bajó la mirada hacia Lee.

-No dejaré que nada te suceda antes de pasar nuestra noche de bodas -le dijo, pero cuando Lee quiso ponerse de pie, Blair corrió hacia la cabaña, levantándose bien la falda.

-¡Puedes quedarte con ella, pues no me importa! -gritó Blair-. Podéis pasar juntos el resto de vuestras vidas y espero que os cuelguen a ambos --dijo y salió de la cabaña dejando a Leander y a Françoise solos.

Siguió corriendo por la colina, sin detenerse ni siquiera una vez hasta que quedó fuera del alcance de la vista. Una vez que estuvo oculta tras los árboles, se derrumbó y cayó al suelo para recuperar el aliento. Casi no vio a Lee cuando este salió a buscarla.

Sonrió mientras lo observaba. Estaba segura de que Lee no sabía lo buena actriz que era, y que ahora estaría preocupado de que creyera en lo que había dicho. Había sido una buena pelea. Blair había gritado contra el padre de Leander, contra el hecho de que la hubiera dejado sola en su noche de bodas, porque la había apartado de Alan y porque su hermana le había arrebatado al hombre que amaba. Eso lo había encolerizado. Permaneció de pie mirándola como si en verdad creyera en sus palabras.

Ahora estaba sin aliento y quería mantenerse apartada de la cabaña para que pareciera que se había enojado de verdad. Y también quería pensar adónde iría Lee esa noche. ¿Sería otra de sus visitas secretas? ¿Su vida en común estaría siempre llena de esas secretas desapariciones? ¿Alguna vez le diría eso que era tan privado que ni siquiera su esposa podía saberlo?

Mientras permanecía allí sentada, sumida en sus pensamientos, no prestó atención a ciertos sonidos que se oían detrás de ella. Quería saber algo mis sobre la vida de Lee como para no creer lo que cualquier mujer le dijera sobre él. Volvió a sentir el mismo ruido, y esta vez se quedó petrificada. Pensó que debía de ser la banda de asaltantes, que finalmente los habían encontrado. Con mucha lentitud, se volvió para observar la cima de la colina.

Lo que vio terminó de paralizarla: dos osos enormes se acercaban en su dirección.

Nadie pudo haber corrido más rápido que Blair. Llegó a la cabaña sin volverse a mirar atrás y, cuando lo hizo, comprobó que los osos no la habían seguido. Se detuvo un momento a escuchar. No había rastro de los osos y sólo se oían los ruidos del bosque. En una situación normal habría corrido a refugiarse, pero ahora recordó que había un plan y que no podía correr a arrojarse en los brazos de Leander.

Con suma cautela, regresó a la colina, cuidándose de verificar que no la siguieran. Si los osos estaban escondidos en alguna parte, quería saber dónde para poder decírselo a Lee.

A unos diez metros de donde había estado sentada y corta distancia de la cabaña, había una pequeña cueva y se veían algunas huellas a su alrededor. Blair pensó que debía estar allí desde hacía mucho tiempo.

-Por eso la cabaña está abandonada -murmuró, y comenzó a descender. Ya casi había anochecido y tenía que fingir que daba a Lee la droga para dormir.

Luego pensó que todo había salido bien y dudaba de que él la hubiera visto colocar la aspirina en polvo dentro del café, aunque se había asegurado de que Françoise la viera.

Después de dar a Blair algunas instrucciones sobre cómo cuidar a la prisionera, Lee fue al otro cuarto y lo oyeron desplomarse sobre un catre viejo.

Françoise miró a Blair en forma tal que esta sintió deseos de desatada y retada a duelo. En lugar de eso, comprobó los nudos de la soga con la que la habían atado.

-Por lo menos, no pasará la noche con usted -dijo Blair-. Voy a dormir. -Miró a la mujer de arriba abajo. Espero que esté cómoda.

-¿Y si me escapo? ¿Cómo se lo explicarás?

-¿Qué me importa lo que haga mientras se mantenga alejada de mi marido? Además, sé algo de nudos y no podrá desatarse tan fácilmente.

Blair se fue a la otra habitación y pensó que Lee no se había equivocado al decir que la mujer cuidaba mucho su vida.

¿Cuántos prisioneros pedían permiso para escapar?

Comprobó que Lee ya se había ido por una ventana abierta. Acomodó un bulto con mantas para que pareciera un cuerpo y salió por la ventana detrás de él.

Caminó un rato sin oír nada. Parecía haber desaparecido.

Se dirigió hacia el este, hacia donde creía que había ido Lee.

Claro que no le había contado sus planes, pero ella supuso que iría en esa dirección. Cuando sintió un ruido, se escondió.

-Muy bien, salga de ahí.

Parecía la voz de Lee, aunque no era el tono en el que solía hablarle. Sintió el ruido de un gatillo y salió de su escondite. Lee guardó el arma y maldijo.

-¿Por qué no estás en la cabaña donde te dejé? ¿Porqué no vigilas a esa mujer? -Quería saber adónde ibas.

-No voy a reunirme con otra. Ahora, regresa a la cabaña, tengo que atender un asunto y no me queda mucho tiempo. No podré hacer nada si vienes conmigo.

-Si no vas a ver a otra persona, ¿adónde vas? Pensé que teníamos que esperar...

-¿Qué quieres que haga? ¿Atarte a ti también?

-Entonces tenía razón. Estás en combinación con esos ladrones y la mujer. De lo contrario, me lo dirías. ¿Cómo pudiste hacerme una cosa así? -Ella se volvió y Lee la tomó de un brazo.

-¡Muy bien, te lo diré! El campo minero queda a menos de dos kilómetros de aquí y pienso entrar por la puerta trasera, robar unos cartuchos de dinamita y hacer volar ese cañón. No podré atraparlos a todos, pero podré dejarlos encerrados dentro del cañón, en particular si uso a su líder como carnada.

Blair parpadeó y se acercó a él con los ojos brillantes.

-Llevará menos tiempo si me llevas contigo. -Antes de que Lee pudiera protestar, Blair continuó-. Puedo ayudarte. Sé escalar. Casi logré salir del cañón donde me tenían atrapada. Por favor, por favor, Leander -se aferró a él y comenzó a besarle el cuello-. Te obedeceré y no me interpondré en tu camino. Si alguien sale herido, te enhebraré las agujas.

Leander supo que estaba derrotado.

-No sabía lo que hacía cuando abandoné a una mujer tan obediente como Houston -le dijo en voz baja y empezó a caminar.

Blair se mordió la lengua para no contarle que su hermana solía entrar a los campos disfrazada de vieja. Sólo sonrió y se dispuso a seguirlo en la oscuridad del bosque.

23

Leander bajó tan rápido de ladera de la montaña que Blair deseó no haber ido con él. Ahora podría estar segura y cómodamente dormida en lugar de descendiendo ese peñasco a oscuras. Cayó dos veces de espaldas pero pudo volver a levantar se sin mayores problemas. Lee adoptó una actitud que quería decir: "ya que has sido tan tonta de querer acompañarme, tendrás que arreglártelas como puedas". Por fin llegaron al pie del peñasco. -¿Supongo que sería inútil pedirte que te quedes aquí, no es así? -Por completo. -Muy bien, entonces,

mantente cerca de mí. No te alejes más de medio metro. Quiero saber dónde te encuentras todo el tiempo. ¿Lo comprendes? y si te digo corre, quiero que hagas exactamente eso. Ninguna pregunta ni protesta. Mantente callada y no hagas ruido. Blair asintió y lo siguió hacia el interior del campo. Era tarde y casi todas las luces estaban apagadas. Sólo algunos bares seguían abiertos y con pocos clientes. Avanzaron ocultándose detrás de diferentes casas, y Blair sentía latir su corazón con fuerza.

-Primero tendremos que entrar en el almacén. Necesito unas tenazas para romper el candado y la cadena.

Llegaron a la parte trasera del edificio que estaba más o menos en el centro del poblado. Tuvieron que esconderse en tres ocasiones diferentes porque oyeron a algunas personas que se acercaban.

-Blair -susurró Lee-, tengo que romper el vidrio. Quiero que te eches a reír para tapar el ruido. Ríete en voz alta, como una pros... como una mujer de la calle. Nadie le prestará atención a ese sonido tan familiar, pero vendrán corriendo si oyen los cristales rotos.

-Leander -dijo Blair un tanto molesta-, no tengo tanta experiencia como tú. y no sé cómo se ríe una dama de la noche.

-Con sugestión. Ríete como si quisieras invitarme al bosque para hacer cosas agradables.

-Eso no es difícil -dijo Blair, y hablaba en serio.

Lee se envolvió una mano en el pañuelo y se preparó para romper el vidrio.

-¡Muy bien! ¡Ahora!

Blair echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada que llenó la noche; cuando Lee la miró, lo hizo con admiración. -Aceptaré la oferta en cuanto pueda -le dijo, mientras introducía una mano por el agujero y abría la puerta-. Quédate aquí y prepárate a correr si alguien nos ve. Blair permaneció en la puerta observando a Lee mientras buscaba la herramienta. Detrás de ella había mostradores con alimentos envasados, bolsas de harina y un barril de galletitas. En uno de los estantes había seis frascos de miel. Cuando los vio, sonrió recordando a los osos.

De repente, sin pensarlo, tomó una bolsa del suelo y guardó dos tarros de miel. Junto al rollo de papel para envolver había un lápiz, y Blair cortó un pedazo de papel y escribió una nota.

-¿Qué haces? -le preguntó Lee.

-Estoy escribiendo un pagaré. Pasado mañana, toda la ciudad sabrá que fuimos nosotros quienes volamos parte de la montaña y también sabrán que robamos la dinamita. A menos que suelas llevar cartuchos en tu maletín. ¿No pensarías llevártela sin decir quién lo hizo, no? Podrían culpar a otra persona. Lee la miró un momento.

-Buena idea -dijo por fin-. Mañana ya no habrá necesidad de secretos. Vamos. Aguarda un momento. ¿Qué llevas ahí?

-Miel -le respondió, y no le dio tiempo a que hiciera más preguntas. El cerró la puerta con cuidado y comprobó que el vidrio roto no fuera demasiado visible.

Lee la condujo a través del campo, hacia las afueras. Blair pensó que conocía demasiado bien el camino. Pero luego recordó que Leander tenía pacientes en las minas.

Atravesaron el campo mientras el viento levantaba el polvo de carbón y les lastimaba los ojos. Detrás de las vías de ferrocarril, detrás de una montaña de carbón de un metro y medio de alto, detrás de los enormes hornos donde se quemaba el sulfuro del carbón, estaba el depósito donde se guardaban los explosivos.

Blair se frotó los ojos mientras él trataba de abrir la puerta. Lee se guardó algunos cartuchos de dinamita dentro de la camisa y volvió a cerrar la puerta con la cadena. No podía dejada abierta porque cualquiera que pasara por allí entraría. Quien quisiera abrirla, tendría que trabajar un poco. .

-Vamos -le dijo, y comenzaron a ascender. El terreno era muy escarpado y, en ocasiones, casi vertical.

Lee la esperaba en la cima pero no le dio tiempo a recuperar el aliento. Y siguieron corriendo hasta llegar a la cabaña.

-Voy a ensillar mi caballo y dejarlo en la parte de adelante. Pensé que tal vez tú podrías levantarte a comer algo y dejar un cuchillo cerca de la mujer como por descuido. Yo estaré esperándola afuera para seguiría cuando ingrese al cañón. -Nosotros -dijo Blair, antes de entrar. -Está bien, pero ahora entra y espérame.

-Primero tengo que atender un asunto personal; en los arbustos. -Blair no sabía si se había sonrojado porque mentía o por lo que había dicho. Lee ni siquiera la miró mientras preparaba el caballo. Blair corrió por la ladera hacia la cueva de los osos. Se acercó con cuidado a la entrada, tratando de escuchar algún ruido extraño. Tomó una piedra y con ella abrió uno de los tarros. Todo seguía en silencio.

Dio vuelta el tarro de modo que la miel comenzó a caer al suelo y luego regresó hacia la cabaña, dejando tras de si una dulce huella.

El caballo de Lee ya estaba listo y Blair logró destapar el segundo tarro de miel sin hacer ruido y lo ató a la parte trasera de la montura. Por un momento, dudó de lo que hacía, porque si Françoise tardaba demasiado en desatarse y los osos olían antes la miel, podrían atacar al caballo antes de que tuviera a su jinete.

Se subió a la ventana de la cabaña y vio que Lee fruncía el entrecejo porque había tardado demasiado. Se quitó el uniforme para fingir que acababa de levantarse.

Françoise yacía en el suelo y Blair vio que tenía las muñecas un tanto lastimadas por tratar de liberarse. Blair sintió un nudo en el estómago. Había hecho un juramento de que aliviaría el dolor de la gente y odiaba tener que causar daño a una persona.

Françoise abrió los ojos cuando la escuchó. -Supongo que todavía no me he recuperado desde que intentaste matarme de hambre -dijo Blair, mientras se cortaba una rebanada de queso-. El comisario no tardará en llegar.

-Si fuera cierto que viene, ya habría llegado. El hombre que vino con Leander ya debe estar muerto.

-Qué lastima -dijo Blair-. Él es Taggert, el que tiene el dinero.

Con un feroz bostezo, dejó el cuchillo sobre la mesa y tomó la rebanada de queso que había cortado.

-Vuelvo a la cama; que duermas bien -dijo riendo antes de abandonar la habitación.

En cuanto desapareció de la vista de Françoise, comenzó a vestirse sin hacer ruido, en un lugar de la habitación desde donde podía observar a la prisionera. La mujer no perdió tiempo y de inmediato se apoderó del cuchillo que estaba sobre la mesa y cortó la soga que la ataba. Pudo salir en cuestión de segundos.

-Vamos -le dijo Lee en cuanto sintió el ruido del caballo que partía.

-Déjame adivinar: caminaremos -dijo Blair, agotada.

-Cuando salgamos de esto --dijo Lee-, podrás permanecer una semana entera en cama. Conmigo.

-Eso parece prometedor.

Lee la llevó por unas rocas escarpadas. Blair pensó que si fuera de día se habría negado a bajar por allí. Pero en realidad, en ese momento no tenía otra salida. Tenían que llegar primero que Françoise al cañón.

Lee se detuvo de golpe; debajo de ellos estaba el cañón. Todo estaba oscuro y tranquilo; vieron la pequeña cabaña, pero no estaban seguros de que hubiera alguien dentro.

-Están esperándola. Creo que no dan un paso sin que ella se lo diga.

-Lee, Taggert tarda demasiado, ¿no? ¿Crees que estará bien?

-No lo sé. Lo seguían unos cuantos. -Se desplazó hasta la boca del cañón para colocar la dinamita-. En cuanto los tengamos aquí encerrados, iré a Chandler y regresaré con ayuda.

-¿Cómo irás? -Ten esto -dijo él, entregándole la mecha-. Te lo mostraré luego. Ya está todo listo. Ahora nos queda sólo esperar a nuestra dama.

Permanecieron sentados en silencio durante unos minutos.

-Ya debería haber llegado. Espero que no se haya perdido.

-O se haya ido a otro lugar -agregó Blair-. Lee, tengo que decirte una cosa. Es sobre la miel...

-¡Silencio! Me parece oír algo.

Ya casi había amanecido y pudieron distinguir la silueta de un jinete. La figura delgada de una mujer que tenía dificultades para manejar el caballo.

-¡Allí arriba! ¡Ahora!-Lee gritó la orden a Blair, y ella corrió a refugiarse en las rocas más altas.

Al minuto siguiente, se desató el infierno. Françoise comenzó a gritar y los hombres del cañón corrieron y dispararon sin ni siquiera saber qué sucedía. Blair se detuvo y se volvió; la francesa luchaba por controlar el caballo y la seguían dos osos que cada tanto se detenían a lamer el suelo.

Blair sintió un sonido sordo y casi ni se dio cuenta de que Lee la tomaba de la cintura y la llevaba cuesta arriba. Durante el trayecto, Lee dio dos silbidos agudos y cortos y luego los repitió.

-Abajo -le dijo, arrojándola al suelo. Blair se asomó por las rocas para espiar el caos que se había desatado en el cañón. Françoise tiraba de las riendas del caballo de Lee mientras gritaba y señalaba la entrada, tratando de que sus hombres la oyeran.

De repente, el caballo de Lee retrocedió y la arrojó al suelo; después, el animal se echó a correr hacia la entrada sin tener en cuenta a los osos que se interponían en su camino.

-Lo alcanzará la explosión -dijo Lee, poniéndose de pie para ver mejor. Estaba triste porque perdería a su amado caballo.

El animal siguió corriendo y los osos se apartaron de su camino.

Menos de un minuto después, explotó la dinamita y los maleantes quedaron atrapados en el cañón. Lee cayó al suelo por el impacto de la explosión y, antes de que el polvo se dispersara, se echó a correr hacia la entrada del cañón. Cuando había recorrido la mitad del camino, su enorme caballo apareció junto a él con los ojos aterrorizados. Lee abrazó la cabeza del animal y le habló para tranquilizarlo.

-¿Para qué eran esos osos? -le preguntó Lee a Blair. Abajo se escuchaban gritos y disparos.

-No te lo mencioné porque sabía que te molestarías, pero ha pasado mucho tiempo -dijo Blair gritando para evitar que Lee la asustara-. Hace mucho que Taggert se fue. Sabía que esos ladrones no tardarían en encontramos y que pronto estaríamos encerrados en esa cabaña rodeados por doce hombres armados. Pueden escalar la ladera y salir del cañón con bastante facilidad, pero pensé que los osos podrían retrasados un poco. Espero que nadie los lastime. Lo único que buscaban era la miel.

Lee quiso decide varias cosas, pero ninguna le pareció apropiada.

-No había conocido a una persona con menos sentido del peligro. ¿No te das cuenta de que te podrían haber herido? -y también a ti -le dijo con la cabeza en alto.

Lee la tomó de un brazo; todavía no quería perdonada. -Ahora, me temo que tendré que dejarte aquí mientras voy a buscar al comisario.

No pudo seguir hablando porque justo en ese momento apareció el comisario con seis hombres más. Estaban casi sin aliento.

-¿Está bien, doctor? -preguntó el comisario mientras se golpeaba el pecho para recuperar el aliento. A pesar de la edad, estaba en buen estado físico y había escalado la ladera en tiempo récord. Cuando Taggert le describió el lugar, supo de inmediato dónde se hallaba situado el cañón, y además conocía la tendencia de Leander a tomar las cosas en sus propias manos-. Taggert me dijo que tenía problemas. -En ese momento, vio a la gente que corría de un lado a otro tratando de escapar-. ¿Usted ha hecho eso, doctor?

- Yo y la señora --dijo Lee, haciendo una reverencia en dirección de Blair.

El comisario les clavó la mirada.

-No los dejen escapar --dijo, por encima de su hombro-. Parece que ha encontrado una buena compañera. ¿Por qué no me esperó? ¿Por qué hizo ley por sus propias manos? Alguien

podía haber salido herido. Esos hombres son asesinos. y esa mujer francesa es una víbora. Uno de estos días, no vivirá para contado.

-¿De qué está hablando? -le preguntó Blair, sorprendida porque nunca antes había visto al comisario tan enojado. Siempre le había parecido un hombre tranquilo.

-¿Por qué tardaron tanto? -le preguntó Lee, ignorando la pregunta de Blair y la ira del comisario-. Temíamos que algo le hubiera sucedido a Taggert.

-Una bala le rozó la cabeza y estuvo inconsciente durante unas horas. Por eso que he tardado tanto en llegar. Hace unas horas que nos enteramos de que tenía a la francesa. Parece que hemos llegado tarde. ¿Ha escapado?

-No, ella está allí abajo -le dijo Lee.

-No por mucho tiempo -dijo uno de los hombres-.

Está escalando la ladera.

Blair miró en esa dirección y vio una sombra que se movía entre las piedras. Uno de los hombres del comisario apuntó su rifle. No podía soportar que mataran a una persona por mala que fuera. De un salto, se plantó junto al hombre y, con una patada, logró desviar su puntería. El rifle disparó al aire, justo encima de la cabeza de Françoise.

Pero Blair no pensó en las consecuencias: estuvo a punto de perder el equilibrio y caer por la ladera.

El comisario y Lee reaccionaron enseguida: se tiraron en el suelo y lograron subirla a terreno firme.

-Es la mujer ideal para usted --dijo el comisario a Lee en tono de disgusto-. Tendrá que prestarle mucha atención para que no se lastime.

-Haré todo lo que pueda para protegerla de ella misma y de mí --dijo Leander solemnemente.

Blair estaba sentada en el suelo entre los dos hombres, sacudiéndose el polvo y mirando hacia el cañón adonde había estado a punto de caer.

-Muy bien, muchachos -dijo el comisario-. Uno de ustedes quédese aquí a vigilar, mientras nosotros vamos en busca de ayuda. Y será mejor que todos estén vivos cuando vuelva.

-Comisario, ¿le importaría no mencionar nuestros nombres ni el de Taggert en todo esto? ¿Y enviar a alguien al almacén de la lnexpressible a buscar la cuenta por lo que les debemos y enviársela a mi padre? -Lee hizo una pausa y sonrió. Se volvió con las riendas en la mano, mientras que con la otra tomaba a Blair por los hombros.

-¿Adónde va ahora? -le preguntó el comisario, mientras se alejaban.

-A mi luna de miel -gritó Leander.

-Tengan cuidado. La francesa ha escapado y no creo que les tenga mucha simpatía.

Lee saludó al comisario y susurró al oído de Blair: -Amor, es lo único que tengo en mente ahora.

24

Blair echó a andar, pero no duró mucho tiempo. La combinación del poco alimento que había recibido, el cansancio y la gran excitación, se hizo sentir. Cuando se sintió débil, Lee la subió al caballo y la guió. Cuando se quedaba dormida y cabeceaba, Lee la sostenía para que no se cayera.

El viaje pareció durar toda una vida y Blair pensó que jamás había visto una cama y mucho menos dormido en una. Cuando por fin se detuvieron y Lee la ayudó a bajar del caballo, el sol estaba poniéndose. Blair abrió los ojos y alcanzó a divisar una cabaña de madera con base de piedra.

-¿Dónde estamos? -preguntó. aunque en realidad no le importaba. Lo único que quería era dormir.

-Es la cabaña de caza de mi padre. Nos quedaremos aquí durante unos días.

Blair asintió y cerró los ojos mientras Lee la conducía al interior de la cabaña. Vagamente. sintió que subían una escalera. Cuando él la acostó, estaba profundamente dormida. Se despertó cuando sintió un ruido extraño fuera de la ventana. Apartó las mantas para levantarse y se sorprendió al descubrir que estaba desnuda. Había una camisa de hombre a los pies de la cama y se la puso. Se asomó a la ventana y vio a una vaca pastando con su ternero junto a la casa; ese era el ruido que la había despertado.

La cabaña estaba situada sobre una pequeña colina, en un claro del bosque. Estaba rodeada de montañas y de árboles. En el césped crecían varios rosales salvajes que comenzaban a florecer.

Sintió un ruido en la escalera detrás de ella y se volvió. Lee subía con una bandeja repleta de humeante comida.

-Me pareció oír que te habías levantado -le dijo estudiando con interés sus piernas desnudas. Blair regresó a la cama, se tapó y Lee colocó la bandeja sobre su regazo.

Quitó la servilleta que cubría la comida.

-Me temo que no es comida fresca pero tenemos todo tipo de latas y conservas. -Le había traído un poco de jamón, tocino, queso, melocotones, panecillos y una bandejita de fresas salvajes.

-Es un festín, y estoy muerta de hambre -le dijo Blair, empezando a comer de inmediato.

Lee se recostó a los pies de la cama y la observó hasta hacerla sonrojar. Blair se daba cuenta de que todos los obstáculos de la noche de bodas habían desaparecido.

-¿Cuánto tiempo he dormido? -preguntó con la boca llena.

Lee sacó el reloj de bolsillo con tanta lentitud que ella dejó de comer. Lo miró, luego lo colocó sobre una mesita junto a la cama, como si no tuviera intenciones de volver a guardarlo.

-Catorce horas -respondió.

Blair se metió un panecillo en la boca con tanta velocidad que casi se ahoga.

-Dijiste que esta es la cabaña de tu padre. ¿Vienes aquí a menudo?

Leander comenzó a desabotonarse la camisa, tomándose su tiempo con cada botón; luego se quitó los pantalones.

-No vengo desde que era un niño -le dijo.

Lee la miraba con tanta intensidad que se puso nerviosa y comenzó a comer con más prisa.

No necesitó mirarlo dos veces para darse cuenta de que no llevaba ropa interior debajo de los pantalones. Las manos de Blair comenzaron a temblar.

Lee se puso de pie y dejó que los pantalones se deslizaran hasta el suelo.

Blair lo miró con un trozo de comida en la mano; él se acercó, le quitó la bandeja y la colocó en el suelo.

-Ahora no eres Houston -le dijo.

Por un momento, Blair sintió miedo. Durante las últimas semanas había peleado con él casi todo el tiempo y se sentía tan culpable por lo que había hecho a su hermana que ahora no podía creer que en realidad tenía derecho a entregarse a él.

Lee se inclinó hacia ella y Blair retrocedió hasta chocar contra el respaldo de la cama. Una parte de ella quería salir corriendo, pero la otra, la mayor parte, habría preferido morir a moverse de allí.

Con mucha suavidad, Lee apoyó sus labios sobre los de ella. No la presionó ni tocó otro lugar de su cuerpo. Allí estaba ese magnífico ejemplar de hombre desnudo, inclinado sobre ella y besándola.

Blair comenzó a deslizarse en la cama como manteca derretida. Lee la acompañó hasta que perdió el equilibrio y cayó encima de ella.

A partir de ese momento, ya no hubo movimientos lentos. Blair abrió la boca para recibir su beso y Lee comenzó a besarla con una pasión desenfrenada; sus manos le recorrían el cabello y todo el cuerpo; le rompió la camisa para liberarla. Blair se contagió de su pasión.

Durante semanas lo había deseado y ahora era todo suyo, podía tocarlo y acariciarlo cuanto quisiera, la ayudaría a liberarse del dolor que le había causado esperar tanto.

Se aferraron el uno al otro y rodaron por la cama mientras sus bocas recorrían todos los centímetros de piel que quedaban a su alcance. Las manos se multiplicaban y parecían estar en todas partes al mismo tiempo. Blair pensó en todas las veces que había visto a Leander y lo había deseado. Recordó sus manos delicadas al hacer los nudos de cirugía, y ahora quería que la tocara con esas mismas manos. A veces, lo observaba caminar e imaginaba su cuerpo desnudo encima del de ella. Le acarició la espalda y las nalgas firmes y pequeñas, que se movían a un ritmo enloquecedor.

El pareció darse cuenta de que ella estaba lista y, cuando la penetró, Blair dejó escapar un pequeño grito. Lee le tapó la boca con la suya y ella lo besó con avidez.

Los movimientos de Lee fueron acelerándose y Blair siguió su ritmo, aferrándose a él con manos, boca y piernas. Cuando Lee se movió aún más rápido, ella levantó las caderas para que él pudiera acceder mejor a su cuerpo.

Cuando terminaron, Blair volvió a gritar y arqueó el cuerpo en un espasmo de placer mientras Lee se derrumbaba encima de ella. Minutos después, Blair se relajó; pero seguía aferrada a él con las piernas, mientras sentía que le temblaba todo el cuerpo.

Permanecieron así durante varios minutos hasta que finalmente pudo soltarlo.

Le acarició el cabello húmedo pegado alrededor del cuello y le pasó la mano por los hombros musculosos, sintiendo el calor de su piel. Era todo tan nuevo y, sin embargo, sentía como si lo conociera desde siempre. Había tantas cosas que no sabía de él, tantas cosas que quería conocer.

Por un momento, lo miró, con la luz que le daba desde atrás y le iluminaba la cabeza, y pensó todo lo que esa cabeza significaba para ella.

Lee se apoyó sobre un codo y la miró.

-Abajo estoy calentando agua. ¿Quieres darte un baño? Ella lo miró. ¿Era su imaginación o Lee era el hombre más apuesto del mundo?

-Sigue mirándome así y no tendrás un baño hasta el próximo martes.

Blair rió en forma maliciosa; Lee levantó una ceja, luego la envolvió en una manta y la llevó hasta el primer piso. En un extremo de la cabaña había una enorme chimenea rodeada de dos inmensos ventanales. En el otro, estaba la cocina, llena de platos sucios y cacerolas, que indicaban que Lee había pasado por allí. Las paredes eran de piedra, de casi un metro de altura, y luego continuaban en madera, con varias ventanas.

Junto al fuego había una tina de hierro, llena de agua que Lee había recogido de un arroyo cercano. Blair permaneció de pie, un tanto inhibida, mientras su marido echaba el agua caliente dentro de la tina. Luego se acercó a ella, le quitó la manta y la introdujo en el agua caliente.

El efecto del agua fue maravilloso; Blair se relajó de inmediato y se recostó contra el borde de la tina. Era consciente de que Lee había permanecido de pie, observándola. Se había puesto los pantalones pero aún tenía el pecho descubierto; tenía músculos fuertes y la piel tostada de estar al aire libre.

-Me he casado con el vecino de aliado -murmuró ella sonriendo.

-¿Porqué me hiciste la vida tan desgraciada cuando éramos niños? -le preguntó Lee, arrodillándose junto a la tina.

-Yo no lo hice -le respondió Blair mientras se enjabonaba los brazos.

-¿No recuerdas cuando me llenabas la cara de barro o me arrojabas bolas de nieve, o la vez en que dijiste a Mary Alice Pendergast que estaba enamorado de ella? Su madre le enseñó a la mía cartas de amor que supuestamente yo le había escrito.

-Porque te llevabas a Houston -le dijo ella con suavidad-. Ella era mi hermana y, cuando tú apareciste, tuve la sensación de que te quería más que a mí.

Como Lee no respondió, Blair alzó la mirada y se cruzó con la suya. Él parecía no creerle. Ella no había pensado en su infancia desde hacía años. Pero lo cierto era que lo había odiado desde el primer momento. ¿Pero por qué? Todos estaban encantados con Lee,

Houston lo adoraba y ella no podía tolerar ni siquiera estar cerca de él. Cuando él entraba en el cuarto en que estaba ella, se retiraba.

-Tal vez... -murmuró ella.

-¿Tal vez qué?

-Tal vez quería ser tu amiga.

-¿y no podías porque Houston ya se había apoderado de mí? -Lee le tomó un pie y comenzó a enjabonada con mucha suavidad, recorriéndole toda la pierna.

-Lo dices como si no tuvieras nada que ver, pero le pediste que se casara contigo. Debes de haberla amado. -Blair observó sus manos, sentía sus caricias.

-Es verdad que se lo pedí. A veces, no recuerdo haber dicho esas palabras a nadie. Supongo que fue una época de mi vida; todos los hombres de Chandler le propusieron matrimonio a Houston.

-¿De veras? -preguntó ella con interés-. Houston nunca me dijo una palabra sobre ello. A mí, sólo Alan me lo propuso. Los otros hombres eran...

-Unos tontos -se apresuró a completar Lee mientras le enjabonaba el pie con cuidado.

-Pero soy tan diferente -le dijo ella, y se le llenaron los ojos de lágrimas-. Siempre traté de ser como las demás mujeres, de ser como Houston, suave y gentil, pero en cambio, tuve que convertirme en médica. Y luego, recibí mejores notas que los demás y observé que los hombres comenzaban a mirarme en forma diferente. Y...

-Podrías trabajar un poco en las suturas... -le dijo él, mientras cambiaba de pie.

-y cuando le ganaba a un hombre en cualquier cosa, él... ¿Qué?

-Cuando tienes prisa, haces los puntos demasiado grandes. Debes practicar más.

Blair abrió la boca como para decir algo pero luego la cerró. Quería decirle que sus puntos eran perfectos, pero esa no era la cuestión. Lee no le permitiría que sintiera pena de sí misma. Lo miró sonriente.

-¿Me enseñarás a hacerla?

-Te enseñaré a hacer todo lo que quieras-le dijo, con una mirada que la hizo sentir feliz-. Esos hombres eran unos estúpidos. Ningún hombre seguro de sí mismo tendría que temer a una mujer. Tardaste un poco en encontrar tu casa.

-Mi casa. La casa del prometido de mi hermana -dijo suspirando.

Leander permaneció en silencio un momento y siguió enjabonándola.

-Supongo que si tuviera un hermano y todas las mujeres estuvieran detrás de él y ninguna detrás de mí, también estaría celoso.

-¡Celosa! ¡No estoy celosa! -Nunca antes lo había pensado, pero quizás era cierto que estaba celosa de Houston-. Ella es todo lo que yo siempre quise ser. Yo no quería ser médica, tenía que serlo. Yo quería ser como Houston y cuidar de que mis guantes estuvieran limpios. Ella tiene tantos amigos. Te tenía a ti.

Lee ni siquiera levantó la mirada para responderle. -No, nunca me tuvo.

Blair siguió hablando.

-Houston lo hace todo bien. Enseguida se hace de nuevos amigos. La gente la adora. Si hubiera estado al frente de las tropas del sur, habrían ganado la guerra. Nadie organizada mejor que ella.

-Es cierto: organizó muy bien todo para mantenerte lejos de mí.

-¡Tú! ¡Oh, no, eso sólo sucedió! Fue mi culpa. Houston nada tuvo que ver en todo esto.

-Blair -le dijo Lee con suavidad-, la noche de la recepción del gobernador iba a decirle a Houston que rompía nuestro compromiso.

-No lo dirías en serio.

Lee dejó de enjabonarla.

-No la conozco en absoluto. Creo que nunca la conocí, aunque reconozco cosas en ti que ella también tiene. Houston oculta cualquier cosa que esté pensando con sus malditos guantes blancos. Por alguna razón, cuando era niña decidió casarse conmigo. Yo no era una persona para ella, sino sólo un objetivo. Quizá le sucedió lo que a ti con la medicina, sólo que

tu objetivo era correcto. Creo que Houston buscaba una razón para romper nuestro compromiso porque sabía que no funcionaría.

-Pero no la viste la noche en que el señor Gates le dijo que me casaría contigo.

-¿Qué habría sucedido si, después de estudiar medicina durante tantos años, hubieras descubierto que te desmayabas al ver sangre?

-Habría... muerto -contestó ella.

-Creo que a Houston le sucedió lo mismo. Nosotros jamás hablábamos, nunca reíamos y, si trataba de tocarla, me ponía mala cara.

-¡No me lo imagino! -dijo Blair con auténtico horror. Sonriendo, Lee comenzó a enjuagarle el pecho. -Quizás una parte de ella sabía que tú y yo estábamos hechos el uno para el otro y por eso te pidió que salieras conmigo.

-Pero ella sólo quería ver la casa de Taggert y...

-¡Ah, la hermosa princesa de hielo, Houston Chandler, nunca retrocedió ante ningún hombre y desde que puso los ojos en Taggert, comenzó a derretirse! ¿Recuerdas la primera vez que lo vimos en el centro, cómo se detuvo a saludarla? Entonces no me di cuenta, pero debería de haberme puesto celoso; es decir, de haber estado enamorado de ella, habría sido lo normal. Pero lo único que recuerdo haber sentido fue curiosidad.

-Taggert -dijo Blair-. No imagino cómo una mujer puede querer a ese hombre tan horrible.

-Pero arriesgó su vida para ayudamos -le dijo Lee-. La tonta de Frankie pensó que tú eras Houston. Pedían cincuenta mil dólares de rescate. Taggert no sólo trajo un arma sino también el dinero.

Blair no escuchó lo que le decía, porque, en ese momento, él comenzó a acariciarle los pechos. Ella enredó sus brazos en los de Lee y disfrutó de las caricias.

Lee se puso de pie y la sacó del agua.

-He esperado mucho tiempo para esto -le dijo. Leander era muy diestro en desvestirse porque, cuando subían el tercer escalón, ya estaba desnudo. Su primera pasión había pasado, y esta vez sólo exploró el cuerpo de Blair. Se sintió torturada. El le apartó las manos cuando ella quiso atraerlo hacia sí y se reservó el placer de tocarla con las manos, con la lengua, rozándole la piel con su pecho, hasta que Blair quedó inconsciente de deseo.

Cuando Lee se puso encima de ella, se aferró a él, pero esta vez Lee no se apresuró, sino que sus movimientos tenían una deliberada lentitud. Cuando comenzó a moverse más rápido, Blair sintió que enloquecía de deseo.

Cuando por fin alcanzaron la cima, se sintió morir. Le temblaba todo el cuerpo mientras se aferraba a Lee.

El se apartó, con una sonrisa en los labios.

-Sabía que haríamos una buena pareja. ¿Es esta la única razón por la que quisiste casarte conmigo? -le preguntó con seriedad.

-Por esto y por los puntos.

Blair lo golpeó con los puños cerrados.

Lee se alejó.

-Vamos, levántate. Vamos a caminar. Hay algunos lugares que quiero enseñarte.

Ella no estaba acostumbrada a verlo desnudo. Los únicos hombres desnudos que había visto eran los cadáveres estirados sobre las mesas de mármol. Lee parecía más vivo que todo lo que ella conocía.

-Vamos -le dijo, tomándola de las muñecas y sacándola del catre-. Ve arriba a vestirte. Hay algo de ropa en el armario -le pegó una palmada en las nalgas mientras subía la escalera.

Blair abrió el armario para buscar qué ponerse; pero cuando vio que había un espejo, se detuvo a mirarse. Le brillaba la piel, tenía las mejillas encendidas y los ojos chispeantes. El cabello, que por lo general usaba tirante para que no le molestara en su trabajo, ahora le cubría los hombros desnudos.

¿Podía ser verdad que Leander la amara? Había luchado mucho por obtenerla. ¿O sólo quería un compañero de cirugía y una buena compañera de cama?

-Tienes tres minutos -le gritó él desde abajo.

-¿Cuál será mi castigo si no estoy lista? -le preguntó ella. -Abstinencia.

Riendo, Blair se colocó un par de pantalones de lona y una camisa de franela. Los pantalones le iban demasiado cortos, pero por lo menos pudo cubrirse. La cintura era tan grande que tuvo que sostenerla con la mano.

En la planta baja, Lee estaba preparando las viandas. -¿Tienes un cinturón? -le preguntó ella.

Cuando él la miró, Blair soltó los pantalones y estos cayeron al suelo.

Con un gruñido, Lee se acercó a la pila de leña, tomó una cuerda y se la colocó a modo de cinturón. Mientras le subía los pantalones, le besó las piernas. Ella sintió que se deshacía. Lee caminó hasta la puerta. -Vámonos.

Blair lo siguió con las rodillas flojas.

25

Blair siguió a Lee por el sendero que subía a la montaña. Los alces habían roído las cortezas de los álamos, matando muchos de los árboles, y tuvieron que sortear varios troncos caídos. Por todas partes encontraron los desechos de esos enormes animales que habían emigrado hacia el norte al llegar el verano.

Lee le enseñó el nombre de algunas flores. El se daba cuenta cuando iba demasiado aprisa y se detenía a esperarla o para ayudarla a avanzar.

En lo alto había una saliente con enormes helechos y se divisaba un panorama de cientos de kilómetros de montañas azules. Lee se sentó, se reclinó contra un árbol y abrió sus brazos para que ella se acercara. Ella se sentó junto a él y se tomaron de la mano.

-¿A qué se refería el comisario cuando dijo que éramos los dos iguales? -le preguntó.

Lee cerró los ojos y puso la cara al sol.

-Cuando era niño, me metí en problemas un par de veces. Supongo que todavía no lo ha olvidado.

Blair se enderezó.

-¿Tú? ¿Tú en problemas? Pero si siempre fuiste el ejemplo de la virtud, el sueño dorado de toda madre.

Sin abrir los ojos, pero sonriendo, Lee la atrajo hacia sí. -No me conoces demasiado. No soy lo que tú piensas. -Entonces dime cómo fue que te metiste en problemas y yo nunca lo supe. Estoy segura de que en Chandler tenía que haber salido en primera plana: EL SANTO LEANDER HACE ALGO IMPERFECTO. Lee sonrió aun más.

-Tú no te enteraste porque, de alguna manera, mi padre logró ocultarlo, y también porque ocurrió en Colorado Springs. Me dispararon dos veces.

-¿Dispararon? -preguntó Blair preocupada-. Pero no he visto ninguna cicatriz.

-Tienes que mirarme. Cuando me acerco, te tiras encima.

-Yo no hago... -Pero se detuvo porque lo que Lee decía era verdad-. ¿Cómo te dispararon?

-Fui con mi padre a Colorado Springs cuando tenía unos catorce años. El tenía que hablar con un testigo de uno de sus clientes y tenía que reunirse con el hombre en un hotel, no lejos del banco. Acabábamos de comer cuando comenzaron los disparos. Nosotros estábamos en la puerta del hotel y alguien gritó que habían asaltado el banco. Cuando miré hacia la calle, vi a media docena de hombres con el rostro cubierto que corrían en nuestra dirección. Supongo que no pensé y sólo reaccioné. En el callejón había una calesa con cuatro caballos. Salté encima del asiento, grité a los caballos y llevé el carro a la mitad de la calle para obstruirles el paso. -y ellos te dispararon.

-No podía saltar del carro. Los caballos se habrían espantado y les habrían dejado libre el camino.

-De modo que permaneciste allí sentado sosteniendo los caballos -dijo Blair con admiración.

-Permanecí allí hasta que el comisario los atrapó. -¿ y luego qué? Sonrió.

-Luego mi padre me bajó y me llevó a ver a un doctor que me quitó la bala que tenía en el cuerpo; la otra me había atravesado el brazo. También me emborrachó y me dijo que la borrachera sería peor que los agujeros.

-Pero gracias a ti atraparon a los ladrones.-y pasaron años encerrados. Ahora ya han salido. Incluso conociste a uno de ellos. -¿Cuándo? -quiso saber Blair.

-La noche en que fuimos a la recepción. ¿Recuerdas la casa de la calle River? ¿El caso del suicidio? ¿Recuerdas al hombre que permaneció fuera? Creo que no te cayó muy bien.

-El jugador -dijo Blair, recordando la forma en que el hombre la había mirado.

-Entre otras cosas. LeGault pasó diez años en prisión después del robo en Colorado Springs.

-Gracias a ti -le dijo Blair-. Debe odiarte, ya que tú fuiste uno de los que lo atraparon.

-Probablemente -dijo Lee sin mucho interés. Abrió los ojos y la miró-. Pero entonces, yo también creía que tú me odiabas.

-No era odio exactamente... -dijo Blair, luego sonrió-. ¿Adónde fuiste en nuestra noche de bodas?

-¿Quieres ver las cicatrices?

Blair quiso insistir en su pregunta pero se arrepintió y no abrió la boca.

El le colocó un dedo debajo de la barbilla.

-La luna de miel no es el momento apropiado para estar enojada. ¿Te gustaría que te hable de la vez en que asistí al nacimiento de trillizos?

Ella no dijo nada. -Uno de ellos nació invertido. Ella siguió sin decir nada. -y nacieron con un mes de anticipación, con diferencia de una hora cada uno; para mantenerlos con vida tuvimos que..,

-¿Qué? -le preguntó, después de unos minutos de silencio. -Oh, nada. No era muy interesante. Sólo salió en tres diarios. ¿O fueron cuatro? -Se encogió de hombros-. No tiene importancia.

-¿Por qué salió en los diarios?

-Porque el método que utilizamos para salvados fue... No, no creo que a ti te interese - con un bostezo, se reclinó contra el árbol.

Blair se inclinó sobre él con los puños cerrados. -Dímelo, dímelo, dímelo -le gritó, mientras Lee, riendo, la tomaba entre sus brazos y juntos rodaban por el césped. Se detuvo cuando ella quedó debajo de él.

-Te lo diré, pero tú tendrás que contarme un secreto sobre ti.

-Pero yo no tengo secretos -le dijo Blair, con un tono de reproche por lo que él se negaba a contarle.

-Oh, no, por supuesto. ¿Quién metió las serpientes en mi maletín con el almuerzo o los saltamontes en mi cartuchera?

Ella parpadeó un par de veces.

-No estoy segura, pero supongo que debió de haber sido la misma persona que colocó la mermelada en tus zapatos, que cosió las mangas de tu chaqueta, que puso los granos de pimienta en tus emparedados...

-¡En la fiesta de mi madre! --exclamó Lee-. Yo me comí los emparedados pensando que todos se estarían quemando como yo. Y que yo era un cobarde porque no lo toleraba. ¿Cómo lo hiciste?

-Le pagué un penique a Jimmy Summers para que soltara a su mugriento perro. El perro entró corriendo al jardín y tú acudiste de inmediato al rescate, para librarnos de él. Todos te observaron, de modo que tuve mucho tiempo para condimentar tus emparedados. Pensé que reventaría de tanto aguantar la risa. Tú sudabas a cada mordisco.

El se inclinó hacia adelante, meneando la cabeza. -¿y el excremento de vaca encima de mi sombrero de pesca favorito?

Ella asintió.

-¿y las fotografías de la señorita Ellison en mi pizarra? Blair asintió.

-¿Alguien más te descubrió, aparte de mí?

-Tu padre, una vez. Houston me dijo que habías salido a pescar, de modo que me escabullí en tu casa, tiré los gusanos que habías recogido y metí una culebra en la lata. Por desgracia, tu padre me descubrió.

-Supongo que te diría unas cuantas cosas. El odiaba las bromas que yo solía hacer a Nina.

-Me dijo que jamás sería una dama.

-y tenía razón -dijo Lee, y comenzó a frotarse contra ella-. No eres una dama. Eres una mujer de carne y hueso. Y un montón de carne en los lugares apropiados.

Blair abrió los ojos.

-¿Planea acaso llevarse mi virtud, señor? Oh, por favor, señor, es lo único que me queda.

-No se merece ni siquiera eso por lo que ha hecho, jovencita -le respondió Lee bajando el tono de voz-. La han juzgado y el veredicto es: culpable; por lo tanto, recibirá su castigo.

-¿Ah? -le dijo Blair-. ¿Mermelada en mis zapatos? -Estaba pensando más bien en que se convirtiera en mi amante esclava por el resto de su vida.

-¿No es demasiado por un poco de mermelada? -Es también por la pimienta y... -Lee abrió los ojos-.

¿Fuiste tú quien puso el polvo para estornudar en mis galletas? ¿Y el hollín en los binoculares de mi padre el día que los llevé a la escuela?

Ella asintió. Se sentía un tanto culpable por la cantidad de bromas que le había gastado.

Él la miró sorprendido.

-Sabía que tú habías cometido alguna de las bromas, pero pensé que casi todas las hacía John Lechner. ¿Sabes que lo vi hace cuatro años en Nueva York y, como recordé todas las bromitas que me había gastado, no lo traté muy bien?

-¿No te vengaste?

-Unas cien veces. Pasé años lastimado por las peleas con John. -Lee sonrió-. Y pensar que era inocente. Y en cuanto a las que sabía que eras tú, ¿qué podía hacer? Tenías seis años menos que yo y, al recordar la paliza que me había dado mi padre la vez que te pegué, lo pensaba dos veces antes de levantar la mano a una mujer.

-y ahora debo pagar por las tonterías que hice de niña. Qué dura es la vida -dijo ella en un suspiro.

-Eso no es lo único duro -agregó Lee.

-Qué gran cosa ser doctora y no sorprenderme fácilmente. -No fue tu carrera lo que me atrajo.

-¿Ah, no? ¿ Y qué fue?

-Tu insistencia en tratar de llamarme la atención. Lo soporté mucho tiempo, pero ya no puedo hacerlo.

-Si insistes -dijo ella con tono cansado.

-Me encantan las mujeres obedientes -dijo Lee mientras le acariciaba los senos por debajo de la camisa.

Blair se sorprendió de desearlo nuevamente, a apenas unas horas de haber estado juntos. Pero cuando Lee la tocó, sintió que era como la primera vez. Hacía años que no pensaba en las bromas que le había gastado. Entonces, pensaba que las hacía porque odiaba a Lee por llevarse a Houston. Pero ahora, se preguntó si no sería cierto que había hecho todo eso para llamar su atención.

Cuando Lee comenzó a desabotonarle la camisa, Blair le tomó la cara entre las manos.

-No comprendo lo que tú significas para mí -le susurro. Lee le sonrió con ternura.

-¿Todavía no? Bueno, quédate conmigo y lo comprenderás. Algo que tú sabes, Blair, es pelear. ¿Crees que lucharías por mí con la misma fuerza con que luchaste contra mí?

-No lo sé -respondió confundida. Lee había sido su enemigo durante casi toda la vida. Había peleado contra él valiéndose de cualquier medio. Y a pesar de lo que él le había dicho, había logrado arruinar la boda de su hermana. ¿Por qué? ¿Por qué se había acostado con un hombre a quien decía odiar? Lee le tomó las manos y la besó.

-Mientras tú tratas de encontrar respuestas, estamos perdiendo tiempo -terminó de desabrocharle la camisa.

Hicieron el amor con lentitud y delicadeza. Lee la observaba todo el tiempo para ver sus reacciones. Le besó la punta de los dedos y, al sentir la humedad de su boca, Blair comenzó a temblar. Luego, le besó los pechos y le recorrió todo el cuerpo con las manos y cuando la penetró, lo hizo con delicadeza y movimientos leves.

Después, la abrazó con fuerza y trató de envolverla con todo su cuerpo.

Blair permaneció en sus brazos escuchando el canto de los pájaros y el soplido del viento. El olor y el gusto de Lee la llenaban por completo. Quería que ese momento jamás terminara.

-Cuando regresemos a casa tendrás que contratar a alguien para que se ocupe de mis calcetines -le dijo él con suavidad. -¿Qué? -preguntó Blair sin soltarse.

-Mis calcetines y mis camisas... Y también me gusta tener las botas lustradas. Y también necesitarás a alguien que limpie, haga la cama y nos cocine.

Blair permaneció en silencio durante un momento escuchando lo que Lee decía. Desde que era una niña, su única preocupación había sido la medicina. No tenía ni la menor idea de cómo dirigir una casa.

Suspiró.

-¿Crees que alguien quiera casarse con nosotros? Lee rió entre dientes.

-Podemos preguntar. Conocí a una mujer criminal que... -Lee -dijo Blair apartándose-, en realidad no sé cómo llevar una casa. Mi madre trató de enseñarme pero... -Tú te dedicabas a trepar a los árboles.

-O a escaparme. La tía Flo también lo intentó, pero el tío Henry siempre decía que habría tiempo para eso, y me llevaba al quirófano para que lo ayudara. El próximo año pensaba tomar un curso para aprender a dirigir una casa para cuando me casara con Alan.

-¿Un curso, eh? ¿Uno de esos cursos donde te enseñan a mantener limpio el baño o a fregar los suelos?

-¿Crees que habría sido tan malo?

-Quizá peor.

Blair apoyó la cabeza en su hombro.

-Te advertí que no te casaras conmigo. Ahora comprendes por qué nadie me quería. Houston es mucho mejor que yo en todo eso. Tendrías que haberte quedado con ella.

-Tal vez -dijo él con solemnidad-. No hubiera tenido que preocuparme porque me pidiera prestado el escalpelo.

-Nunca te lo he pedido -dijo Blair indignada-. Tengo el mío.

-Sí, pero Houston sí sabe dirigir una casa. Imagino que los calcetines de su marido estarán siempre limpios y en orden.

Blair se apartó.

-Si eso es lo que quieres, puedes volver con ella; o con cualquier otra mujer que te plazca. Si crees que dedicaré mi vida a tu ropa interior, estás equivocado -se sentó enojada y comenzó a ponerse los pantalones.

-¿Ni siquiera un calcetín? -le rogó Lee.

Blair lo miró y comprendió que él se estaba burlando de ella. Entonces se echó a reír y volvió a sus brazos.

-No me has contado lo de los trillizos.

-¿Qué trillizos?

-Los que tú trajiste al mundo y que luego aparecieron en cuatro diarios.

Ella miró como si estuviera loca.

-Nunca traje trillizos a este mundo.

-¡Pero tú lo dijiste...! -dijo Blair riendo.

-¿Quieres caminar hasta el río? Podemos comer allí. -y hablar de la clínica -le dijo Blair mientras se ponía la camisa-. ¿Cuándo llegará el equipo? Nunca me has dicho qué fue lo que ordenaste. Lee, si no quieres trabajar allí todo el tiempo, pensé en escribirle a una amiga, la doctora Louise Bleeker. Ella es muy buena y Chandler crece a pasos agigantados. Estoy segura de que necesitarás otro médico.

-En realidad, estaba pensando en contratar a la señora Krebbs para que trabaje en la clínica.

Blair dejó la camisa en paz.

-¡La señora Krebbs! ¿Sabes cómo es ella? Un día llegó un niño al hospital que tenía un hueso de pollo atravesado en la garganta y ella me sugirió que esperara a que viniera un verdadero doctor.

-¿Y sigue viva? -le preguntó Lee, sorprendido. -¿Estás tomándome el pelo otra vez?

-Nunca bromeo con mujeres como tú. Vamos -le dijo, antes de que pudiera responderle-. Si vamos a hablar de negocios, por lo menos lo haremos caminando.

26

Leander y Blair, tomados de la mano, corrieron por la colina hasta la cabaña. De tanto en tanto, se detenían para besarse o tironearse la ropa y, para cuando llegaron a la cabaña, ambos tenían la camisa abierta hasta la cintura.

Pero la diversión terminó cuando levantaron la cabeza y miraron hacia la cabaña. Allí estaba Reed Westfield.

El rostro de Lee cambió enseguida, y se puso delante de Blair mientras se abrochaba la camisa.

-Escúchame -le dijo con suavidad-, creo que tendré que volver a ausentarme. Mi padre no hubiera venido si no se tratara de una urgencia.

-¿Urgencia? Puedo... -Pero algo en la mirada de Lee la detuvo-. ¿Es un tipo de emergencia en que yo no puedo tomar parte? ¿Acaso no confías en mí? ¿Una urgencia exclusiva para hombres?

Lee le apoyó las manos sobre los hombros.

-Blair, tienes que confiar en mí. Te lo diría si pudiera, pero es por tu propio bien.

-Por mi propio bien no debo enterarme de nada. Entiendo. -¡No, no entiendes! -dijo Lee, aferrándola con firmeza-. Tendrás que confiar en mí. Si pudiera decírtelo, te lo diría.

Ella se acercó a él. -Lo comprendo bien. Eres igual al señor Gates. Tienes ideas rígidas sobre lo que una mujer debe o no debe hacer. Y no puedes confiar en mí lo suficiente como para decirme adónde vas. Dime, ¿qué piensas dejarme hacer ahora que estamos casados? Es decir, además de dirigir la casa y saltar conmigo a la cama. ¿Puedo continuar practicando la medicina o soy demasiado incompetente para eso?

Lee miró al cielo como buscando ayuda.

-Muy bien, que sea como tú quieras. Crees que soy un monstruo, entonces me comportaré como tal. Mi padre ha venido a verme por un asunto importante y tendré que dejarte. No puedo decirte adónde voy, de lo contrario lo haría. Lo que quiero es que regreses a Chandler con mi padre y yo iré a casa en cuanto me sea posible.

Blair no dijo nada más y caminó hacia la cabaña. También le resultaba difícil mirar a Reed. Nunca le había caído bien y además la había descubierto cuando le jugaba una broma a su querido hijo. Cuando Lee había dicho que quería casarse con Blair, Reed había participado de ese terrible interrogatorio al que la sometiera Gates. Y luego le había mentido abiertamente, contándole esa historia falsa sobre su hijo y la francesa.

De modo que ahora no podía tratarlo con calidez ni cordialidad. Lo saludó fríamente y entró en la cabaña.

Incluso cuando estuvo a solas, no se permitió derrumbarse. ¿Acaso no esperaba que la trataran de ese modo? Lee decía que la amaba, pero ¿qué hombre no amaría a una mujer que era tan buena en la cama como ella? Su sentido del honor lo había obligado a casarse con ella, porque era virgen.

Subió al primer piso para cambiarse y volver a colocarse el uniforme. La ventana estaba abierta y pudo oír voces. Cuando se asomó, vio que Lee y su padre estaban sentados a cierta distancia de la cabaña y que parecían estar enojados el uno con el otro.

Lee estaba agachado sobre el césped, con una ramita en la boca, mientras que Reed estaba inclinado sobre él, de forma intimidatoria. Le pareció que le estaba amenazando.

Se acercó más a la ventana. Y pudo oír algunas palabras sueltas, tales como: "Peligro"... "arriesgas tu vida"..."Pinkerton"...

Blair entró la cabeza.

-¿Pinkerton? -murmuró, mientras terminaba de abotonarse el uniforme. ¿Qué tenía que ver Lee con la Agencia de Detectives Pinkerton?

Se sentó en la cama. No había tenido tiempo de pensar adónde había ido su marido la noche de bodas. El le había mentido y ella le había creído. Había creído que estaba enamorado de otra persona, y también que estaba involucrado con el líder de una banda de asaltantes. Pero, ¿y si estaba implicado en otra cosa?.. Temía pensar en lo que pudiera ser. Quizás estuviera ayudando a los Pinkerton. Pero, por la forma en que Reed le advertía del peligro, no era muy probable.

Leander estaba implicado en algo ilegal. Blair lo sabía, lo sentía. Y por eso no podía decirle adónde iba. Quería que ella permaneciera al margen.

Muy lentamente, bajó la escalera y llegó a la planta bajajusto en el momento en que Lee abría la puerta.

-Tengo que irme -le dijo.

Blair levantó la vista. ¿En qué acto criminal estaría envuelto? ¿Y por qué? ¿Necesitaba dinero? Pensó en el equipo nuevo que había encargado a Denver. Debía costar mucho dinero y todo el mundo sabía que los médicos no ganaban mucho. Claro que Lee había heredado una fortuna de su madre, pero, ¿quién sabía a cuánto ascendía? ¿Lo haría para poder abrir su clínica? ¿Y ayudar a las personas?

-Lo sé -le dijo, poniéndole una mano en el brazo. Cuando Lee la miró, suspiró aliviado. -¿Ya no estás enojada?

-No, creo que no.

Ella besó con dulzura.

-Regresaré lo antes que pueda. Papá te llevará a casa. Antes de decir nada más, montó a su caballo y partió. Blair se subió al caballo que Reed había llevado para ella e iniciaron el largo camino a casa, en silencio. La mayoría del trayecto era angosto y tenían que andar en fila. Blair pensaba en las desapariciones de Lee, se decía que sus conclusiones eran incorrectas y que él estaría a salvo.

A pocos kilómetros de Chandler, cuando el terreno se hizo menos escarpado, Reed se acercó a ella.

-Creo que tú y yo empezamos mal-le dijo.

-Sí -respondió ella con sinceridad-. Desde que tenía ocho años.

Él pareció sorprendido.

-Ah, sí, las bromas. Sabes, yo no me habría enterado de ellas de no haber sido por mi esposa. Lee jamás dijo una sola palabra. Helen me dijo que eran producto de una niña. Decía

que los niños eran inteligentes, pero no más que las niñas, y que esas bromas eran bastante ingeniosas. Quedó muy interesada cuando le dije que te había descubierto cambiando las lombrices de pesca por una culebra. "Blair Chandler", dijo, "tendría que haber adivinado que era ella. Siempre estuvo muy interesada en Lee." No sé qué quiso decir entonces, pero sí puedo decirte que reía de buena gana cada vez que se enteraba de alguna nueva travesura. -Si Lee no se lo dijo, ¿cómo lo descubrió?

-A veces Nina, otras la maestra de Lee. Una vez, Lee regresó a casa con dolor de estómago y, después de acostarlo, Helen regresó a la cocina y vio que el maletín con su almuerzo se movía lentamente por encima de la mesa. Me contó que casi se muere de miedo antes de abrirlo para ver qué había adentro. Era un escuerzo, y ella, agradecida, lo puso en su jardín.

-No me extraña que no se haya alegrado cuando Lee anunció que se casaría conmigo -dijo Blair.

Reed permaneció en silencio un momento.

-Te diré cual es mi gran preocupación con respecto a vosotros dos; y no tiene nada que ver con las bromas. La verdad es que mi hijo trabaja demasiado. Incluso cuando era niño, hacía dos o tres trabajos al mismo tiempo. Lee piensa que los problemas del mundo son responsabilidad suya.

Cuando me dijo que quería ser médico me sentí orgulloso, pero también preocupado. Temía que hiciera lo que ha hecho: tomar demasiado trabajo. Trabaja en el hospital y lo dirige, aunque el título de administrador corresponda al doctor Webster. También se ocupa de todos los casos en la ciudad. Cuatro noches por semana hace guardia. Y además visita enfermos en el campo. -¿ y usted temía que yo fuera una carga más para él? -murmuró Blair. -Bueno, tienes que admitir que te rodea una gran excitación. Quería que Lee se casara con alguien que fuera muy distinto de él, alguien como Houston, que se parece tanto a Opal, alguien que se quedara en casa y le diera un hogar. Nunca tuve nada contra ti, pero mira lo que ha sucedido en estas últimas semanas, desde que regresaste a Chandler.

-Entiendo a lo que se refiere -dijo Blair, mientras repasaba mentalmente todos los incidentes sucedidos-. Supongo que Lee no ha podido descansar mucho, ¿no? -Casi se mata por tratar de demostrarte lo buen médico que es -hizo una pausa y le sonrió-. Pero de repente comprendí lo mucho que te quería.

-Sí, supongo que sí -respondió Blair, preguntándose si sería ese amor el que lo obligaría a hacer algo ilegal.

Ella y Reed entraron en Chandler en silencio bajo la luz de las estrellas. La acompañó hasta la casa que compartía con Leander y ella entró un tanto deprimida. ¿Estaría en deudas por ese lugar también?

Se dio un baño rápido y se metió en la cama. Parecía que su destino era dormir sola en esa casa.

A las seis de la mañana del día siguiente, la despertó la campanilla del teléfono. Bajó a contestar casi dormida.

La operadora, Caroline, le dijo:

-Blair-Houston, acaban de llegar cuatro carros cargados desde Denver y los conductores aguardan a Leander en la vieja ferretería de la Avenida Archer.

-Él no puede ir, pero estaré allí en quince minutos.

-Pero es el equipo médico y Leander necesita indicarles

adónde va cada cosa.

-Según mi diploma, yo también soy doctora -le respondió Blair con frialdad.

-No quería molestarte. Sólo te he dado el mensaje. -La operadora dudó un instante-. ¿Por qué no puede ir Leander?

¡Qué curiosa!, pensó Blair. No iba a decirle que Lee había salido en otra de sus misteriosas misiones.

-Porque lo agoté -dijo, y colgó el teléfono con una sonrisa. Eso les daría algo que comentar.

Corrió a cambiarse y, minutos después, recorría las calles arreglándose el cabello. Cuando llegó a la avenida Archer, vio que los conductores aguardaban con impaciencia.

-Buenos días, soy la doctora Westfield.

Uno de los hombres, con la boca llena de tabaco, la miró de arriba abajo, mientras los otros observaban la escena con aire distraído. El primero escupió en el suelo y dijo: -¿Dónde quiere que descarguemos? -Dentro -dijo ella, señalando el inmenso almacén.

De inmediato surgieron los problemas. Blair no tenía la llave ni tampoco sabía dónde la guardaba Lee. Los hombres la miraron escépticos, como si se lo esperaran de una mujer que se hacía llamar "doctora".

-Qué lástima que no podamos entrar -les dijo ella-, porque mi padrastro es el dueño de una fábrica de cerveza y había prometido un barril de cerveza como agradecimiento a los hombres que me habían ayudado con el nuevo equipo. Pero supongo que...

El sonido de cristales rotos los interrumpió.

-Lo siento, señora -dijo uno de los hombres-. Supongo que me he apoyado con demasiada fuerza contra la ventana. Pero parece que alguno de nosotros podrá entrar por ahí.

Un momento después, Blair estaba en el interior abriéndoles las puertas. A la luz que se filtraba, pudo ver el interior del lugar: había telarañas que colgaban del techo, el suelo estaba sucio y contó por lo menos tres goteras.

-Allí -dijo ausente, señalando un rincón que parecía estar vacío. Mientras los hombres trabajaban, Blair recorrió el inmenso almacén, tratando de imaginar cómo quedaría.

Los hombres trajeron mesas de roble, gabinetes llenos de cajoncitos, mostradores, cajas con instrumental, cajas con vendas y algodón, todo el equipo para montar una clínica. -¿Te parece suficiente?

Se volvió y descubrió a Lee, que estudiaba unas cajas con muebles.

-Más que suficiente -dijo ella con una sonrisa y se preguntó cuánto le habría costado todo eso-. Pareces cansado. Deberías ir a casa a descansar. Yo traeré a algunas mujeres para que limpien el lugar.

Con una sonrisa, Lee le arrojó la llave.

-Esto es para evitar que rompan el resto de las ventanas. Regresa pronto -le guiñó un ojo y partió.

A Blair se le llenaron los ojos de lágrimas. Hiciera lo que hiciera, estaba segura de que su intención era ayudar a las demás personas. Haría cualquier cosa para pagar el precio de todo ese equipo.

Cuando los hombres terminaron de descansar, la llevaron hasta su casa y desde allí pudo llamar a su madre para explicarle lo de la cerveza. Opal dijo que el señor Gates estaba tan contento de que Blair se hubiera casado con un hombre decente que les daría sin problemas el barril de cerveza.

Después de llamar a su madre, llamó a Houston. Ella sabría a quién contratar para limpiar el almacén. A las diez de la mañana, el lugar estaba lleno de mujeres provistas de baldes, escobas, plumeros y trapos.

A las once, habló con el señor Hitchman, quien había construido la casa Chandler, para que sus dos hijos comenzaran a trabajar en el proyecto de Leander.

A las dos, Lee regresó al lugar y Blair le explicó todo lo que había arreglado.

No quería moverse de allí, pero Lee logró subirla a su coche y llevarla hasta la confitería de la señorita Emily.

La señorita Emily miró a Blair y la envió de inmediato a lavarse porque estaba toda cubierta de polvo. Cuando regresó, encontró a Lee detrás de una mesa con emparedados de pollo y tartas de fresa.

Blair comenzó a comer con apetito mientras hablaba con la boca llena.

-y podemos usar el gabinete más alto, en cirugía, y el otro, con el fregadero, podría ir...

-Aguarda un momento. No tiene que terminarse todo en un día.

-No creo que se pueda. Pero esta ciudad necesita un lugar para las mujeres. Hace años, mi madre me llevó a visitar el hospital de mujeres de aquí. ¿Sigue siendo tan malo?

-Peor de lo que imaginas -le dijo Lee. Luego le tomó una mano y la besó-. ¿Entonces, qué estamos esperando? Salgamos de aquí y vayamos a trabajar. A propósito, llamé a tu hermana y ella nos conseguirá un ama de llaves y una criada.

-¿Dos personas? -preguntó Blair-. ¿Podremos pagarlas?

Él la miró sorprendido.

-Si no te comes todo lo que pedimos. -Blair dejó el emparedado que tenía en la mano. -¿A qué se debe todo esto? Blair, no soy tan rico como Taggert, pero puedo pagar sin problema dos empleadas para la casa. Ella se puso de pie. -¿Vamos? Más tarde vendrá el plomero. Lee la siguió fuera de la confitería sin cambiar su expresión de sorpresa.

27

Françoise dejó caer el vaso sobre la mesa y, como era devidrio grueso, no se rompió.

-Todo por su culpa -dijo.

Un hombre habló detrás de ella, y Françoise se volvió sobresaltada. Allí estaba LeGault. Tenía la costumbre de entrar y salir de los lugares sin que lo oyeran. Jugó con su bigote y dijo: -¿Otra vez le echas la culpa?

Françoise no se molestó en responderle; se puso de pie y se acercó a la ventana. Las persianas estaban cerradas y la pesada cortina, corrida. Nadie podía verla porque se estaba escondiendo. Ya llevaba una semana allí adentro. Los hombres de su banda estaban en el hospital o en prisión. Los osos que esa mujer había llevado hasta el cañón habían asustado tanto a los caballos que uno de los hombres resultó mal herido. Otros dos recibieron disparos y un tercero se lastimó la pierna luchando contra un oso. Cuando la policía llegó al cañón, los hombres lloraban por que se los llevaran pronto de allí. Y todo por una mujer.

-Sigo culpándola -dijo Françoise con furia. Lo que más odiaba era haber hecho el ridículo. Esa banda de idiotas que la seguía no había tenido la inteligencia de encontrarla cuando ella estaba escondida bajo sus narices.

Durante la última semana había tenido tiempo de repasar cada detalle de lo sucedido y se había dado cuenta de que la mujer la había utilizado. Comprendió que Blair había fingido estar enojada con su apuesto marido, había fingido drogarlo y había "olvidado" un cuchillo cerca de ella para que pudiera escapar.

-Supongo que no has pensado en la participación del doctor en todo esto -le dijo LeGault-. Sólo la mujer es culpable, ¿no?

-Ella fue la instigadora. -Françoise se encogió de hombros-. Me gustaría vengarme -y a mí de Westfield -dijo LeGault. - ¿Y él qué te ha hecho?

LeGault se frotó las muñecas. Se cuidó de mantener ocultas las cicatrices ocasionadas por las esposas de acero que le habían colocado en la prisión adonde lo había enviado Westfield.

-Digamos sólo que tengo motivos suficientes como para querer que reciba algo de lo que él me dio a mí. -Hizo una pausa-. Esta noche llegará el mensajero con noticias. Espero que sepa la fecha del cargamento.

-No más que yo -dijo Françoise-. Después de este trabajo, me iré hacia el este, a Tejas.

-¿y abandonarás a tu querida y devota banda? -dijo LeGault con sarcasmo. -¡Idiotas! Los dejaré que se pudran en prisión por años. y en cuanto a esta noche, ¿crees que podré ir contigo? Haré lo que sea con tal de salir un poco de aquí.

-¿Cualquier cosa?

-Cualquier cosa que no arruine nuestra amistad -dijo ella con una sonrisa, y pensó que haría todo menos acostarse con LeGault-. Será de noche y nadie podrá verme. Necesito tomar aire y esta espera me está matando.

-Claro, ¿por qué no? Me reuniré con el hombre en un lugar descampado, detrás de la mina Pequeña Pamela. Pero si alguien te reconoce, no te defenderé. Nadie me persigue y tengo intenciones de mantenerme alejado.

-No te preocupes por mí esta noche. Tú preocúpate por obtener las cajas de Chandler, mientras yo me escondo.

-No te preocupes, ya conseguiré algo -se volvió al llegar a la puerta-. Vendré a buscarte a medianoche.

Horas después, salieron del pueblo, evitando las luces de las casas e incluso las de los carruajes. Françoise llevaba un sombrero que le cubría el rostro, una chaqueta gruesa y un par de pantalones, y no parecía una mujer.

Se reunieron con el mensajero, que les dio buenas noticias.

Sonrientes, regresaron al lugar donde habían escondido sus caballos.

-¡Silencio! ¡Me pareció oír algo! -dijo LeGault mientras saltaba para esconderse detrás de una roca.

Françoise también se escondió y, en ese momento, aparecieron dos hombres entre las sombras de los árboles. Uno era un hombre bajo y robusto, parecía nervioso, mientras el otro era alto y delgado y la luz de la luna se reflejaba en su revólver. Se detuvo mientras el hombre bajo subía a un coche bien escondido. El hombre alto encendió un cigarro.

-¡Westfield! -exclamó Françoise, y LeGault la hizo callar.

-¿Adónde ha ido? -le preguntó Françoise cuando el coche desapareció.

Lee se había alejado solo en su coche. ¿Dónde estaba el otro hombre?

-Escondido -dijo LeGault pensativo-. ¿Por qué nuestro querido doctor querría esconder a un hombre en su coche en mitad de la noche?

-¿Eso que está allí no es un campo minero?

-Claro, ¿pero eso qué importa? ¿Crees que planea robar una tonelada de carbón?

-El y esa perra que tiene por esposa robaron dinamita de algún lugar, probablemente del campo.

LeGault se acarició el bigote.

-Lo conoce muy bien.

-Puedes quedarte aquí pensando toda la noche si lo prefieres, pero yo tengo frío. Tenemos mucho que hacer y no nos queda demasiado tiempo.

LeGault no dijo nada y siguió a Françoise hasta donde estaban los caballos.

-Esta mujer con quien se ha casado Westfield, es una Chandler, ¿no?

-Sí, el mismo nombre que la ciudad.

-Muy parecido al nombre de la ciudad. El nombre más respetado y libre de sospechas de toda la ciudad.

-¿En qué estás pensando?

-Tú viste a Westfield y a su esposa juntos. ¿Qué crees que ella sea capaz de hacer por él?

-¿Hacer? -Françoise pensó en la forma en que la mujer miraba al doctor, como si estuviera a punto de desvanecerse en cualquier momento-. Creo que ella haría cualquier cosa por ese hombre.

LeGault sonrió y descubrió unos dientes blancos, casi perfectos.

-No sé muy bien qué hemos visto esta noche, pero lo averiguaré. Y cuando lo haga, veré cómo podemos aprovecharlo. Necesitamos una forma de sacar el cargamento de Chandler.

Françoise sonrió.

-¿y quién mejor que una Chandler?

Leander y Blair trabajaron en la clínica durante tres días seguidos, junto a otros trabajadores. Al finalizar la tarde del tercer día, Leander se subió a una escalera para colocar el cartel: Hospital Westfield de Mujeres.

Cuando bajó, descubrió que Blair miraba el cartel con ojos extasiados, como si fuera un niño que prueba el helado por primera vez.

-Ven adentro -le dijo-. He planeado una celebración para nosotros.

Como ella no se movía, Lee tuvo que llevada de la mano.

Dentro de un fregadero galvanizado, Lee había colocado dos botellas de champán con hielo.

Blair retrocedió.

-Lee, ya sabes lo que me sucede cuando bebo champán.

-Es difícil olvidarlo -le dijo mientras abría la botella y servía el líquido en copas de cristal.

Blair tomó primero un sorbo y luego vació la copa; después estiró la copa vacía para que volviera a llenársela.

-¿No lamentas lo del St. Joseph? ¿No desearías hacer el internado allí?

Ella mantuvo la mirada fija en la bebida mientras Lee le servía la segunda copa. -¿Y dejar de trabajar con el hombre que amo? ¡Ey!-le dijo, cuando el líquido se desparramó en el suelo. Cuando levantó la mirada descubrió que Lee la miraba con intensidad.

-¿Durante cuánto tiempo? -murmuró.

La respuesta surgió de forma inesperada.

-Tal vez, para siempre. Quizá me enamoré de ti desde la primera vez que te vi. Quizás hice todo lo que estuvo a mi alcance para odiarte, tal vez porque Houston te reclamó en primer lugar, pero nada dio resultado. No importa lo que te haya hecho, tú siempre te imponías.

Lee estaba a pocos centímetros de ella, pero el fuego de sus ojos parecía que ya la tocaba.

-Entonces, ¿pasé todas tus pruebas? Como Hércules y sus trabajos.

-No estuvo nada mal.

-¿No? La gente sigue preguntándome si me gustaría salir a remar. Además, con ese cambio de último momento en el altar, todo el mundo piensa si sé con cuál de las hermanas me casé.

-Pero ya no hay culebras en tu maletín con el almuerzo-le dijo Blair en tono solemne.

Leander dejó su copa y quitó a Blair la suya para acercarse más a ella.

-Tienes muchas cosas de qué disculparte conmigo.

-Siempre mantendré mi escalpelo bien afilado -dijo ella retrocediendo.

Leander la observó en silencio. Afuera estaba oscuro y la luz del hospital era muy escasa. Comenzó a desvestirse lentamente, exhibiendo su piel cálida y sus músculos fuertes.

Blair permaneció petrificada en su lugar, con la mirada clavada en él, como si estuviera hipnotizada. Tenía piernas largas y musculosas. Sintió que la garganta se le secaba al ver a Lee desnudo y ávido.

Sin apartar los ojos de ella, él se sentó sobre un banco bajo; estaba listo para recibirla.

-Ven -le dijo con voz profunda.

Blair no se molestó en quitarse más ropa que los calzones largos. Su falda los cubrió por completo cuando se colocó sobre su miembro viril con facilidad. Se aferró a él sintiendo el calor de su piel.

Luego, de puntillas, comenzó a moverse de arriba hacia abajo. Lee no tenía otra expresión que la de placer. Un momento después, Blair se arqueó contra él, levantando las rodillas sobre el banco. Lee deslizó las manos debajo de su falda y, aferrándose a sus nalgas, la movía de atrás hacia adelante.

Lee cerró los ojos un momento, luego los abrió y se inclinó hacia adelante con toda su fuerza. Blair se sujetó a su cuello y comenzó a moverse cada vez más rápido; Lee la ayudaba a moverse.

Volvió a arquearse y a aferrarse a él como si su vida dependiera de ello, y quedó petrificada en un momento de éxtasis final.

Lee la sostuvo para que no se cayera, temblando ante la garra de su pasión.

Después de un momento, él se apartó y le sonrió. -Es agradable tener intereses comunes.

-Hola. ¿Hay alguien aquí? -Es tu padre -murmuró Blair horrorizada. Lee se separó de ella.

-Ve a entretenerlo mientras me visto. -Pero no puedo... -dijo, pensando que, por su mirada,

Reed sabría lo que habían estado haciendo.

-Ve -le ordenó Lee, y le dio un pequeño empujón en dirección de la puerta.

-Ah, allí estás -dijo Reed al verla. De inmediato notó las mejillas sonrojadas y sonrió-. Supongo que Lee también estará aquí.

-Sí -respondió Blair con voz entrecortada-. Saldrá en un momento. ¿Puedo ofrecerle algo de beber? -Se detuvo al recordar que lo único que tenían era champán.

Los ojos de Reed brillaban.

-Ven aquí afuera. Quiero enseñarte algo.

Blair se volvió para ver si Lee estaba listo, pero como aún no había aparecido, decidió salir con su suegro. Frente a la clínica había un hermoso coche, todo pintado de negro y con butacas de cuero negro. En la parte de atrás tenía una caja negra para llevar cosas. Blair tocó los adornos de bronce.

-Es hermoso -dijo. Le pareció raro que Reed se comprara un coche así, porque tenía un aire femenino.

-Mira la parte delantera -le dijo él radiante.

En ese momento, apareció Lee, quien se quedó tan sorprendido como ella al ver el carruaje.

Blair se inclinó para leer una placa de bronce que estaba debajo del asiento. Decía: Doctora Blair Chandler Westfield. Blair tardó un momento en reaccionar.

-¿Para mí? ¿ El coche es para mí?

-No puedo permitir que mi nueva hija recorra las calles de Chandler a pie. Sabía que mi hijo no se desprendería ni un minuto de su viejo coche, por eso pensé que sería mejor que tú tuvieras el tuyo. ¿Te gusta?

Blair retrocedió unos pasos para admirar el coche. Era lo que le faltaba para terminar de ser doctora.

-¡Sí! -exclamó-. ¡Mucho! -Blair se acercó a Reed, le dio un beso, en la mejilla y, acto seguido, estaba subida al coche inspeccionándolo todo. Abrió la caja de atrás y dijo- Lee, no es tan grande como la tuya, pero tal vez podamos agrandarla. Estoy segura de que necesitaré llevar un montón de cosas.

-¿Como rifles? Mira, si crees que voy a permitirte que recorras el país sola en tu nuevo coche, estás muy equivocada. Papá, me hubiera gustado que me consultaras. Darle esta libertad es como abrir el paso a un tornado autodestructor. Correrá de un paciente a otro y terminará matándose. -y supongo que tú eres mucho mejor -dijo Blair, mirándolo desde el asiento-. Tú te metes en medio de una guerra, conscientemente. Al menos yo no sabía de qué se trataba.

-Eso es peor -dijo Lee-. Lo único que tienen que decirte es que alguien necesita ayuda y tú sales corriendo. Mira lo que sucedió con el grupo que te raptó. Saltaste al caballo de ese hombre sin siquiera preguntar adónde te llevaba.

-Aguarda un momento -le dijo Reed con tono risueño-. Supongo que no pensé en nada de eso. Quizás aprendí de ti, Lee, que no hay forma de detenerte cuando estás decidido a hacer algo. Tal vez Blair sea como tú.

-Ella no tiene sentido del peligro -agregó Lee. -¿Y tú?

Blair observó cómo padre e hijo se miraban a los ojos y se convenció aun más de que Lee estaba metido en algo peligroso; aunque fuera algo que ayudara a otras personas. Reed miró el caballo marrón atado al coche.

-Mandé a buscar un caballo igual al de Lee, pero todavía no ha llegado. Pensé que querría que te reconocieran como lo reconocen a él.

Blair lo miró y le sonrió.

Reed dejó escapar una carcajada y palmeó a su hijo en el hombro.

-Espero que ella te dé el mismo trabajo que nos diste a tu madre y a mí. Quizás nos entiendas un poco más.

Levantó una mano para ayudar a bajar a Blair. -¿Te conté alguna vez cuando Lee cambió el veneno para ratas del ático por migas de pan? Nuestra casa estaba llena de ratas hasta que descubrimos lo que sucedía.

-No lo creo --dijo Blair mirando a Lee mientras entraban en la clínica-. Me gustaría seguir escuchando esas historias.

28

Blair y Leander llevaban dos semanas de casados cuando la clínica Westfield se inauguró oficialmente. Por supuesto que ella no había terminado su internado, pero ambos sabían que eso era sólo una formalidad. Blair tenía años de experiencia en hospital.

-El día de la inauguración, estaba tan nerviosa que volcó el café y la rosquilla sobre el suelo del comedor. Con sentimiento de culpa, recogió la rosquilla y miró hacia la cocina.

Lee le apoyó una mano sobre el hombro. -No muerde, sabes -le dijo.

-Quizá no te muerda a ti, pero no estoy muy segura de lo que hará conmigo. -Hacía días que había llegado el ama de llaves-cocinera que Houston había buscado para ellos y Blair la consideraba una mujer extraordinaria. Tenía un cuerpo menudo, el cabello gris tirante, ojos negros y duros y boca pequeña. La señora Shaines casi nunca se acercaba a Blair, pero en cuanto entraba al cuarto en que ella estaba, se ponía tensa. La mujer la hacía sentir torpe e insegura. El día en que llegó, recorrió el guardarropas de Blair diciendo que buscaba ropa para lavar o para arreglar. Suspiró al llevarse algunos de sus vestidos y, horas después, la casa olía a productos de limpieza.

Esa noche, cuando Blair y Lee regresaron del hospital, la señora Shaines quiso hablar en privado con Leander. Después, Lee le contó que la señora Shaines consideraba que el guardarropas de Blair no era el adecuado para una dama y que al día siguiente tendría que visitar a la modista de Houston.

Blair quiso protestar, pero Lee no la escuchó. Ella ya estaba demasiado preocupada por los gastos que tenía su marido como para sumarle más cosas. De modo que al día siguiente, cuando fue a visitar a la modista de Houston, pensó encargar muy pocas cosas. Pero cuando llegó, descubrió que Lee ya había hablado con la señora y ordenado el doble de lo que en verdad necesitaba. Sin embargo, los vestidos no la disgustaron en absoluto y se apresuró a regresar a casa en su coche nuevo para agradecérselo de la manera en que mejor lo hacía.

Pero cuando entró en la sala, Lee estaba concentrado en una carta. Cuando la vio, hizo una bola con el papel, sacó un fósforo y le prendió fuego.

Blair no le preguntó de qué se trataba porque sabía que él no le respondería. Todo el entusiasmo por los vestidos desapareció y se pasó el resto de la tarde tratando de hallar una explicación a la actitud de Lee: estaba ayudando a alguien; necesitaba dinero; era un criminal; era un agente de Pinkerton.

Por la noche, hicieron el amor muy despacio, y Blair se aferró a Lee. Estaba llegando al punto en que ya no le importaba lo que él hiciera. Podía ser el dueño de todas las casas de juego de la calle River si lo deseaba, que a ella ya no le importaba.

El día en que se inauguró la clínica Westfield, llamaron a Lee para ayudar en la mina Windlass, donde se había derrumbado un túnel. Blair quiso acompañarlo, pero él la envió a la clínica a trabajar con los pacientes.

Cuando abrió la puerta a las ocho de la mañana, ya la estaban aguardando la señora Krebbs, la enfermera de Lee, y tres pacientes. La señora Krebbs, fría como siempre, la saludó con la cabeza y se fue a revisar el material de trabajo.

-Por aquí -dijo Blair al primer paciente para que pasara a su consultorio

-¿Dónde está el doctor? -preguntó la mujer, apretando su bolso contra el pecho como si temiera que se lo quitaran.

-Yo soy doctora. Ahora, por favor, siéntese y dígame lo que le pasa...

-Quiero a un doctor de verdad -dijo la mujer, retrocediendo.

-Le aseguro que soy licenciada en medicina. Si me permite...

-No me quedaré aquí. Pensé que esto sería un hospital de verdad con doctores de verdad.

Antes de que Blair pudiera decir otra palabra, la mujer salió corriendo a la calle. Blair controló su furia e hizo pasar al siguiente paciente.

La segunda mujer le dijo directamente que no podía saber lo que ella tenía porque no se trataba de un embarazo. Blair no entendió al principio, pero después se dio cuenta de que la mujer la creía partera. Y esta también se fue antes de que pudiera darle explicaciones. La tercera mujer se fue después de enterarse de que el apuesto doctor Westfield, a quien había conocido el verano pasado, no iba a atenderla.

Horas después de que la última paciente hubiera huido, no había entrado nadie a la clínica. Blair miró el teléfono y pensó que se incendiarían las líneas con todos los comentarios que correrían por el pueblo. A las cuatro de la tarde, apareció un vendedor para ofrecer un líquido rosado para "el mal de las mujeres". Blair fue amable, pero se deshizo de él enseguida. Y volvió a estirar toallas que ya estaban estiradas.

-Quieren a un hombre -dijo la señora Krebbs-. Quieren a un médico con experiencia como el doctor Leander.

-Yo soy un médico con experiencia -dijo Blair entre dientes. La señora Krebbs levantó la nariz y desapareció.

A las seis de la tarde, Blair cerró la clínica y se fue a casa. Pero no habló con Lee de lo sucedido. Había pasado por tantas penurias para abrir la clínica que no quería preocuparlo. Además, tenía todos esos gastos.

Le preparó la bañera con agua caliente y, cuando él comenzó a desvestirse, Blair se volvió para irse.

-No te vayas. Quédate y conversemos.

Al principio, mientras él se desnudaba se sintió un tanto tímida. De alguna manera, ese acto era más íntimo que hacer el amor.

Lee se recostó contra el fondo de la bañera y le contó las cosas que había hecho durante todo el día. Le contó que habían tenido que sacar dos cuerpos de las ruinas y había tenido que amputar un pie en la mina misma. Ella no lo interrumpió y él le describió lo que se sentía al estar dentro de una mina: el peso de las paredes que lo rodeaban, la falta de aire fresco, la falta de espacio para moverse.

-No entiendo cómo hacen para ir allí día tras día. En cualquier momento se les puede caer un techo encima. Están expuestos a mil maneras distintas de morir.

Blair le tomó un pie y empezó a enjabonárselo. -Houston dice que la única manera de que logren algo es uniéndose en un sindicato.

-¿Y Houston sabe eso? -le preguntó Lee.

-Ella vive aquí -le respondió Blair sorprendida-. Escucha cosas. Dijo que alguien está entrando sindicalistas a los campos y que habrá una revolución dentro de poco y...

Lee le quitó la esponja.

-Espero que tú no prestes atención a comentarios de ese tipo. Nadie, ni los mineros ni los dueños, desean una guerra. Estoy seguro de que las cosas podrán arreglarse de forma pacífica.

-Eso espero. No tenía idea de que te preocuparas tanto por los mineros.

-Si hubieras visto lo que he visto hoy, tú también te preocuparías.

-Quise acompañarte. Quizá la próxima vez...

Lee se inclinó hacia adelante y le dio un beso en la frente. -No he querido decir eso. No me gustaría que fueses allí; además, te tienes que ocupar de todos los pacientes de la clínica. Me pregunto lo que nuestra pequeña cocinera nos habrá preparado para la cena.

Blair le sonrió.

-Espero que no hayas pensado que tuve el coraje de preguntárselo. Te acompañaría a la profundidad de cualquier mina, pero líbrame de entrar a la cocina de la señora Shaines.

-Hablando de desastres, ¿cómo vais tú y la señora Krebbs?

Blair dejó escapar un gruñido y, mientras Lee se vestía, elaboró todo un monólogo sobre la señora Krebbs.

-Puede ser un ángel en el quirófano, pero fuera de él es una bruja.

Cuando Lee estuvo listo para bajar a cenar, ya sonreía otra vez y hablaba de las cualidades de la señora Krebbs.

Esa noche, se acurrucaron el uno junto al otro y se durmieron juntos.

El segundo día en la clínica fue peor: no apareció nadie y cuando Blair llegó a casa, Lee recibió una de sus llamadas misteriosas y tuvo que salir. No regresó hasta la medianoche. Se deslizó en la cama junto a ella, sucio, cansado, y tuvo que soportar los ronquidos masculinos por primera vez. Blair lo tocó con suavidad dos veces para que se volviera, pero no dio resultado. Por fin, de un codazo, logró que se diera vuelta.

Cuando llegó el tercer día, Blair se sentó detrás de un ordenado escritorio hasta que por fin sonó el timbre. Era su querida amiga de la infancia, Tia Mankin. Tia sufría de una tos seca persistente.

Blair escuchó sus quejas, le recetó un jarabe y, cuando llegó su segunda paciente, otra amiga de la infancia, le había cambiado completamente el ánimo. A medida que pasaba el día e iban apareciendo sus amigas, todas con molestias leves, no supo si debía llorar o reír. Estaba feliz porque todavía la seguían considerando una amiga, pero una parte de ella se sentía frustrada por la falta de verdaderos pacientes.

Durante la tarde, fue a visitarla Houston porque creía que estaba embarazada y quería que la examinara. Blair comprobó que no estaba embarazada y, después del examen, le enseñó la clínica. La señora Krebbs ya se había retirado a su casa y las dos hermanas se quedaron a solas.

-Blair, siempre te he admirado tanto. Tienes tanto coraje.

-¿Yo? ¿Coraje? ¡Por supuesto que no!

-¡Pero mira todo esto! Sucedió porque tú sabías lo que querías y lo conseguiste. Querías ser doctora y nada se interpuso en tu camino. Yo también tenía mis sueños, pero fui demasiado cobarde como para hacerlos realidad.

-¿Qué sueños? Quiero decir, aparte de Leander. Houston movió una mano.

-Creo que elegí a Leander porque era un sueño respetable. Mamá y el señor Gates lo aprobaban y yo, a mi vez, obtenía también la aprobación de ellos -dejó de hablar un momento para sonreír-. Creo que una parte de mí disfrutaba de todas las bromas que hacías a Lee.

-¿Sabías lo de las bromas?

-De casi todas. Después de un tiempo, les presté más atención. Fui yo quien sugirió a Leander que debía de ser John Lechner.

-John fue siempre pendenciero y se merece lo que recibió de parte de Lee. Houston, no sabía que te consideraras una cobarde. Siempre quise ser perfecta como tú.

-¡Perfecta! No, sólo tenía miedo, temía defraudar a mamá, o enojar al señor Gates, no ser la Chandler que todos esperaban.

-y yo enfadaba a todo el mundo sin siquiera proponérmelo. Tú tienes tantos amigos, tantas personas que te quieren.

-Claro que sí -dijo Houston con tono de ira-. También te amarían si hicieras tanto por la gente como yo. Si alguien decide organizar una fiesta, de inmediato piensan en llamar a Blair-Houston para que haga todo el trabajo. Nunca me animé a negarme. He organizado fiestas a las que ni siquiera he asistido. Deseaba tanto poder decir que no. A veces imaginaba que guardaba mis cosas, que bajaba por el árbol que está junto a tu ventana y escapaba. Pero era demasiado cobarde. Tú dijiste que llevaba una vida inútil y es verdad.

-Estaba celosa -murmuró Blair.

-¿Celosa? ¿De qué? No de mí.

-Yo no me había dado cuenta, hasta que Lee me hizo comprenderlo. He ganado premios, honores, obtenido los mejores promedios, pero sé que siempre estuve sola. Me dolió que el señor Gates dijera que no me quería pero a ti sí. Me dolía recibir tus cartas, donde me hablabas de los hombres con quienes salías a bailar todas las noches. Yo, en cambio, pasaba las noches estudiando algún capítulo sobre la manera correcta de amputar una pierna, pero de pronto me detenía y volvía a leer tus cartas. Los hombres nunca me miraron tanto a mí como

a ti; a veces llegué a pensar en abandonar la medicina para ser una mujer normal, una que oliera a perfume y no a ácido carbólico.

-y yo tantas veces deseé hacer algo más importante que elegir el color de mi próximo vestido. -Houston suspiró-. Los hombres se fijaban en mí porque pensaban que yo era manejable, como me dijo Leander una vez. Les gustaba la idea de una mujer a la que pudieran dominar. Para la mayoría de los hombres, yo era como un perrito faldero, alguien que les alcanzaba las pantuflas cuando llegaban a casa. Querían casarse conmigo porque sabían lo que se llevaban: ninguna sorpresa por parte de Houston Chandler.

-¿Crees que por eso Lee te pidió casamiento?

-A veces, no estoy segura de que me lo pidiera. Después de que regresara del viaje, nos vimos unas cuantas veces y supongo que deseaba tanto casarme con él que cuando surgió la palabra casamiento dije que sí. A la mañana siguiente, el señor Gates me preguntó si ya podía anunciarlo en el diario. Yo asentí y al poco tiempo la casa estaba llena de gente augurándome una vida de felicidad y plenitud.

-Sé lo curiosa que es la gente de Chandler. Pero tú amaste a Lee durante todos esos años.

-Supongo, pero la verdad es que nunca tuvimos mucho que decimos. Tú y Lee hablabais más de lo que yo hablaba con él.

Blair permaneció en silencio durante un momento. Parecía una ironía que durante todos esos años hubiera envidiado a su hermana y ella la hubiera envidiado a su vez.

-Houston, me dijiste que solías tener sueños pero que luego no tuviste el coraje de llevarlos a la realidad. ¿Cuáles eran?

-Nada importante. No como tú con la medicina. Pero creo que podría escribir; no una novela ni nada importante, pero me gustaría escribir artículos para una revista de mujeres. Sobre cómo limpiar la seda o cómo hacer una verdadera mascara facial con barro.

-Pero al señor Gates le habría molestado, ¿no es así?

-El dijo que las mujeres que escriben son sin duda adúlteras a quienes los maridos echaron de sus casas y necesitan escribir para mantenerse.

Blair abrió mucho los ojos.

-No escatima palabras, ¿no?

-No, y dejé que me llenara la cabeza durante todos estos años.

-¿y tu marido no te intimida? -le preguntó Blair-. Sé que dices que lo amas, pero... Ya pasó la ceremonia y has convivido con él-No importaba cuántas veces repitiera Houston que amaba a su marido, Blair jamás le creería. El día anterior había visto a Taggert frente al Banco Nacional de Chandler. El presidente del banco, que era la mitad de alto que Taggert lo miraba con la cabeza echada hacia atrás y hablaba a toda prisa. Taggert parecía aburrido con la conversación; había sacado su reloj de oro y mirado luego al hombrecillo. "No" había oído Blair que decía. Y no había hecho caso de los ruegos del hombrecillo para que se quedara a escucharlo un poco más.

¿Cómo podía Houston amar a un hombre así?

Cuando Blair levantó la cabeza, Houston sonreía. -Lo amo cada día más. ¿Y qué hay de ti y Lee? En la boda, me dijiste que no creías que te amara.

Blair pensó en lo que había sucedido aquella mañana, cuando en mitad de un intercambio amoroso, ambos se habían caído de la cama. Más tarde la señora Shaines casi les había tirado el desayuno sobre la mesa y, cuando les volvió la espalda para retirarse, Lee había vuelto los ojos de tal manera que Blair había tenido que esforzarse para no soltar una carcajada.

-Lee está bien --contestó por fin, y Houston se echó a reír.

Comenzó a ponerse los guantes.

-Me alegro de que todo haya salido bien. Kane y el resto de mi familia deben estar necesitándome -hizo una pausa-. Puedo no tener un diploma de médica, pero me necesitan.

-Yo te necesito -le dijo Blair-. ¿Fuiste tú o mamá quien envió todas esas pacientes hoy?

Houston abrió los ojos.

-No sé a qué te refieres. Sólo vine a verte porque pensé que estaba embarazada. Pienso venir por lo menos una vez al mes, y en cualquier momento en que no me sienta bien.

-Creo que si quieres un bebé, tendrías que quedarte con tu marido y no venir aquí.

-Al igual que tú, que me han contado que agotas a Lee tanto por la mañana como por la noche.

-¿Que hago qué? -Luego recordó su conversación con la operadora. Ya debía de saberlo toda la ciudad.

-A propósito, ¿qué tal la señora Shaines?

-Horrible. Ella no me aprueba.

-Tonterías. Se pavonea delante de todo el mundo de que trabaja para la doctorcita. -Le dio un beso en la mejilla-. Debo irme. Te llamaré mañana.

29

A la mañana siguiente, Blair levantó la cabeza de su escritorio y se encontró con Nina Westfield, ahora señora de Hunter.

-Hola -dijo Nina en un tono suave y dubitativo-. Aguarda -agregó, cuando Blair amenazó con ponerse de pie-. Antes de que digas nada, déjame explicarte algunas cosas. Acabo de bajar del tren y he venido directamente hacia aquí. No he visto ni a papá ni a Lee, pero si tú me dices que no quieres verme, tomaré el próximo tren y me iré para siempre.

-¿Y te perderás mi agradecimiento de por vida? -le preguntó Blair, con la mirada brillante.

-¿Agradecimiento? --dijo Nina. Luego se dio cuenta de lo que quería decir Blair. Enseguida corrió a abrazarla y comenzó a llorar en sus brazos-. Oh, Blair, estaba tan preocupada que ni siquiera pude disfrutar de lo que he hecho. Alan me repetía todo el tiempo que tú estabas enamorada de Lee, pero yo no lo sabía. Me dijo que hacías mejor pareja con Lee que con él. Pero yo no estaba segura. Para mí, Lee es mi hermano. No podía imaginar que eligieras vivir con él. Quiero decir... -Se apartó para sonarse la nariz.

Blair le sonrió.

-Te ofrecería un té, pero no tenemos nada. ¿Qué te parece una taza de aceite de hígado?

Nina sonrió y se dejó caer en una de las sillas de caoba.

-Creo que este es el momento más feliz de mi vida. Temía tanto que estuvieras enojada, que toda la ciudad estuviera enojada conmigo.

-Pero si nadie en la ciudad estaba enterado de que Alan y yo estábamos comprometidos. Sabían que Lee y yo íbamos a casamos.

-Pero tú querías a Alan -insistió Nina- sé que era así. Fuiste a buscarlo a la estación. Blair sintió curiosidad. -Quiero oír toda la historia. Nina se miró las manos. -Odio tener que contarte todo. -Se le llenaron los ojos de lágrimas-. Oh, Blair, utilicé todos los métodos posibles para conseguir a Alan; no te dejé oportunidad.

-Si te disparo, prometo coserte la herida yo misma. -Puedes bromear ahora, pero no lo harás cuando oigas todo lo que hice -volvió a sonarse la nariz y continuó-. Conocí a Alan la noche en que había decidido matar a Lee.

-¿Qué? ¿A Leander? ¿Pensaba matar a Leander? Nina se encogió de hombros.

-Estaba enojado y yo comprendí lo que sentía. Yo solía tener ese tipo de reacciones. Cuando era pequeña, Lee decidía lo que era bueno o no para mí. Eso me enfurecía tanto que sentía deseos de matarlo.

-Conozco ese sentimiento -dijo Blair-. No ha cambiado mucho.

-Cuando vi a Alan, comprendí que no mataría a nadie que sólo disfrutaba de la idea. Lo .invité a pasar a la sala y no me resultó difícil hacerlo hablar y que me contara todo lo que sucedía. Me dijo que estaba enamorado de ti y yo sabía que Lee estaba decidido a obtenerte, de modo que pensé que Alan no tenía mucha oportunidad. Sabía que Lee ganaría.

-¿Cómo podías saberlo? Nina la miró sorprendida.

-He vivido con Lee durante toda mi vida. El gana; siempre lo hace. Si decide jugar al béisbol, su equipo triunfa. Si entra en una competencia de esgrima, sale ganador. Papá me contó que incluso forzó a pacientes moribundos a que siguieran viviendo. Entonces, sabía que ganaría esta apuesta; más allá de lo que tú desearas. Pero, de cualquier modo, sabía cómo se sentía Alan, y comenzamos a comparar nuestras experiencias y a criticar a Lee. Luego llegó papá, le presenté a Alan y se pusieron a conversar sobre medicina y sobre la vida de Chandler comparándola con la vida en el noroeste. Fue una velada muy agradable.

Nina hizo una pausa.

-A partir de entonces, Alan me buscaba cada vez que Lee le jugaba alguna de sus horrendas bromas, como cuando lo empujó fuera del quirófano, haciéndolo pasar por incompetente. Será un muy buen doctor, sólo le falta entrenamiento.

-Yo también lo creo -dijo Blair con suavidad-. De modo que Alan y tú os enamorasteis.

-Yo sí, y creo que él también, aunque no lo sabía No quiero molestarte, pero creo que cuando Alan te vio aquí, sintió temor de ti. Me contó que en Pensilvania, teníais una relación bastante tranquila. Salíais a caminar por el parque tomados de la mano, estudiabais juntos, pero cuando llegó aquí... -A Nina le brillaban los ojos-. En verdad, Blair, saltar encima de los caballos como si fueras artista de circo, sacar los intestinos a un hombre encima de la mesa para buscar algo, vencerlo en el tenis... No me extraña que se haya buscado otra pareja. -Pero Lee no se espantó -se defendió Blair.

-¡Ese es mi punto! Tú y Lee sois iguales, siempre saltando de una cosa a la otra. Vosotros agotáis a los simples mortales. De todos modos, creo que Alan no pensó que vosotros dos no deberíais casaros. Después de que te dijo que lo vieras en la estación, vino a casa y me contó lo sucedido. Entonces, ya sabía que estaba enamorada de él y no creía que tú lo estuvieras, pero eras demasiado testaruda como para admitirlo, o quizá los tres estabais obsesionados con esa maldita apuesta.

Nina respiró profundamente.

-Entonces decidí tomar el asunto en mis manos. Pensé que si mi hermano podía valerse de ciertos trucos para obtener lo que quería, yo también podía hacerlo. A las tres y media, antes de que fuera a reunirse contigo, pedí a Alan que me acompañara a la cocina. Calenté un poco de dulce y, cuando él estaba sentado frente a la mesa con los billetes de tren en la mano, hice que tropezaba y le eché la melaza encima. Debo admitir que fue un buen trabajo. Logré ensuciarle desde el cabello hasta los zapatos.

Blair permaneció en silencio un momento.

-Pero yo lo esperé en la estación durante horas... -logró susurrar.

-Yo... Blair, si mi madre estuviera viva, jamás podría volver a mirarla a la cara. Él se fue al baño y me entregó su ropa; se me cayó su reloj y salió rodando hacia el baño. Yo corrí tras él y cuando estaba adentro, se cerró la puerta y la llave cayó del lado de afuera.

Blair imaginó la escena y luego sonrió.

-¿Te encerraste dentro del baño con un hombre desnudo? Nina apretó los dientes y asintió.

Blair no dijo una palabra; se acercó a un gabinete y sacó una botella de whisky y dos vasos.

-Por la Hermandad -dijo, y se bebió el whisky. Nina también vació su vaso.

-¿De veras que no estás enojada? Es decir, ¿no te importa estar casada con Lee?

Una vez que Nina comenzaba, no podía detenerse. No le gustó mucho Pensilvania y dijo que casi había convencido a Alan para que se mudaran a Chandler cuando terminara el internado.

-Me temo que sus sentimientos por ti y por Lee no sean los mejores, pero tengo la esperanza de poder cambiarlos poco a poco. He venido a ver si podía convencerte de que me perdonaras y a calmar la ira de mi padre y de Lee.

-No creo que Lee... -comenzó a decir Blair, pero Nina la interrumpió.

-Oh, sí, claro que sí. Aguarda a conocerlo tanto como yo. Cuando algo le gusta es un corderito, pero cuando una de las mujeres que está bajo su cuidado hace algo que él desaprueba, entonces, cuídate. Y, Blair, necesito que alguien se ocupe de los panfletos para los obreros.

Blair se puso en alerta de inmediato.

-¿Te refieres a panfletos que los inciten a una revuelta? -Es sólo para informarles cuáles son sus derechos y hacerles ver que si se unieran podrían lograr muchas cosas. Houston y las demás mujeres que entran con los carros los reparten cuando visitan las minas, pero llegan sólo a cuatro minas. Quedan otras trece. Necesitamos a alguien que tenga acceso a todas.

-Sabes que esos lugares están cerrados. Hasta revisan el coche de Leander... ¡Nina! ¿No estarás pensando en que Lee reparta esos papeles?

-¡No, por Dios! Si se enterara de que sé que existen las minas de carbón, me encerraría. Pero pensé que, como tú eras doctora y además una Westfield, podrías ver a algunas de las mujeres dentro del campo.

-¿ Yo? -preguntó Blair sorprendida. Luego se puso de pie. Tenía que pensarlo. Si descubrían esos papeles en su coche, la matarían de inmediato. Pero luego pensó en la pobreza de los campos, en el modo en que vivían esos seres.

-Nina, no lo sé -murmuró Blair-. Es una decisión seria.

-Es un problema serio. Y, Blair, has vuelto a casa. Ya no eres un ser anónimo en una gran ciudad. Eres parte de Chandler, Colorado -se puso de pie-. Piénsalo. Ahora iré a casa a ver a papá. Tal vez Lee y tú queráis venir a cenar esta noche. Tengo sólo dos semanas antes de regresar junto a Alan. No te lo habría pedido, pero no conozco a nadie más que tenga acceso a las minas. Hazme saber tu decisión lo antes posible.

-Muy bien, lo haré -prometió Blair, pensando en lo peligroso que era repartir ese tipo de material en los campos.

Toda esa tarde, mientras se paseaba por la clínica vacía y después de intentar leer inútilmente una revista médica que le había mandado Lee, pensó en lo que Nina le había pedido. Nina había tenido razón en algo: ella no se consideraba parte de Chandler. Cuándo había abandonado la ciudad, creyó que lo hacía para siempre. No había pensado regresar, pero ahora tenía que enfrentarse a ello: o bien era parte de la comunidad o no. Podía permanecer dentro de su inmaculada clínica y curar a algún herido de vez en cuando, o podía ayudar a impedir que se destrozaran más cuerpos ¿y si resultaba herida?.

Siguió meditando sobre el asunto toda la tarde sin poder llegar a una conclusión.

Ella y Lee cenaron con Nina y su padre y, cuando esta la apartó para preguntarle qué decisión había tomado, Blair le dijo que aún no había podido decidirse. Nina sonrió y le dijo que comprendía, y Blair se sintió aun peor.

A la mañana siguiente, se levantó con dolor de cabeza. Sus pasos resonaron en el hospital vacío y la señora Krebbs dijo que tenía que hacer algunas compras y la dejó sola. A las nueve de la mañana sonó el timbre, y corrió a abrir esperando que fuera un paciente.

Encontró a una mujer con una niña de unos ocho años. -¿Puedo ayudarla?

-¿Usted es la doctora?

-Así es. ¿Quiere pasar a mi consultorio?

-Claro -dijo a la niña que la esperara y siguió a Blair. -¿Cuál es su problema?

La mujer se sentó.

-Ya no soy tan fuerte como antes y necesito ayuda de vez en cuando. No demasiada, sólo un poco.

-Todos necesitamos ayuda de vez en cuando. ¿Qué tipo de ayuda necesita usted?

-Será mejor que se lo diga. Algunas de mis muchachas, ya sabe, en la calle River, compraron opio sucio. Pensé que, como usted era médica, podría conseguimos mercadería pura de San Francisco. Supongo que ustedes los doctores tienen formas de probar si es buena y, además, deben de poder comprarla en grandes cantidades. Puedo encontrarle los compradores que necesite y...

-Por favor, márchese -le dijo Blair, tratando de mantener la calma.

La mujer se puso de pie.

-¿Usted es una señorita de la alta sociedad, verdad? ¿Demasiado buena como para mezclarse con nosotras, no? ¿Sabía que toda la ciudad se burla de usted? Usted se hace llamar doctora y se queda sentada en este lugar vacío, pero nadie va a venir a verla.

Blair se acercó a la puerta y la abrió para que la mujer saliera.

Con la cabeza erguida, la mujer tomó a la niña de la mano y salió dando un portazo tal, que la campanilla cayó al suelo.

Sin un rastro de ira, se sentó detrás de su escritorio y tomó el papel con los gastos que esa mañana le había entregado la señora Shaines. Se suponía que debía revisar la suma y verificar si el total era el correcto.

Estaba mirando el papel cuando, de repente, sintió que se le nublaba la vista; apoyó la cabeza sobre el escritorio y se puso a llorar. Lloró en silencio durante un buen rato, hasta que levantó la cabeza para sonarse la nariz.

Se sorprendió al ver a Kane Taggert sentado frente a ella. -¿Le gusta espiar a la gente? -Todavía no lo he hecho como para saber si me gusta o no -le dijo él preocupado.

Buscó en todos los cajones del escritorio, después de rechazar el pañuelo que le ofrecía Kane.

-Está limpio. Houston no me deja salir de casa sin pasar una inspección.

Blair no respondió; sólo tomó el pañuelo y se sonó la nariz.

Tomó el papel que estaba sobre la mesa.

-¿Por esto estabas llorando? -Apenas lo miró-. Hay siete centavos de más. ¿Siete centavos te hacen llorar? -Si quieres saberlo, estoy herida. -¿Quieres contármelo? -¿Para qué? ¿Para que tú también te burles de mí? Tú tampoco irías a ver a una doctora. ¡Debes de ser igual a todos

los hombres y a la mayoría de las mujeres! No confiarías en una mujer para te abriera en dos.

Él la miró con seriedad.

-Nunca fui a un doctor, así que no sé quién me gustaría que me abriera. Supongo que si estuviera herido dejaría que cualquiera me atendiera. ¿Por eso estás llorando? ¿Porque nadie viene a consultarte?

Blair apoyó las manos sobre el escritorio. La furia y la energía la habían abandonado. -Lee me dijo una vez que al principio todos los médicos son idealistas. Supongo que yo más que la mayoría. Pensé que la gente de aquí estaría encantada de poder contar con una clínica para mujeres. Ellos lo estarían si fuera Leander quien la atendiera. En cuanto me ven, preguntan por el "verdadero" doctor. Mi madre ya ha venido a verme por tres dolores distintos en dos días y también algunas de mis amigas de toda la vida. Y ahora, para colmo, la junta del hospital ha decidido que no tienen trabajo suficiente para agregar otro médico al personal.

Kane se quedó mirándola durante un rato. No sabía mucho acerca de su cuñada, pero sí que solía tener la energía de dos personas juntas y ahora estaba allí sentada con la mirada apagada.

-Ayer -le dijo Kane-, estaba en el establo sin mi camisa. No se lo digas a Houston. Me raspé la espalda contra la pared y me clavé varias astillas. No puedo quitármelas. No es mucho, pero es todo lo que puedo ofrecerte.

Lentamente, Blair comenzó a sonreír.

-Muy bien, ven al quirófano para que te mire.

Las astillas no eran demasiado grandes ni se habían clavado muy profundo, pero Blair las quitó con sumo cuidado. Mientras yacía boca abajo, Kane le dijo: -¿Cómo se cayó la campanilla de la entrada? ¿Alguien se enfadó contigo?

Blair le habló sobre la mujer que había ido a pedirle opio y lo que le había dicho sobre la gente del pueblo.

-y Lee trabajó tanto para esta clínica; ha sido su sueño durante años, y ahora que tiene que atender muchos casos en las minas, me dejó al frente de todo y le estoy fallando.

-A mí me parece que los que te fallan son los enfermos. Son ellos quienes pierden.

Blair le sonrió.

-Es agradable oírte decir eso, pero no habrías venido de no ser por... ¿Por qué viniste?

-Houston está redecorando mi oficina.

Lo dijo con un tono de fatalidad tal que Blair se echó a reír.

-No es gracioso. Pone sillitas por todas partes y además le gusta el encaje. Si cuando regreso a mi oficina la encuentro pintada de rosa, juro que...

-¿Qué harás?

Kane volvió la cabeza y dijo:

-Lloraré.

-Si la pinta de rosa, mañana te ayudaré a repintarla. ¿Trato hecho?

-El mejor del día.

-Todo listo -le dijo un minuto después, mientras comenzaba a limpiar el instrumental. Kane se puso la camisa y la chaqueta-. Gracias. Me siento mejor. Sé que no fui muy amable contigo en el pasado y quisiera disculparme. -Kane se encogió de hombros-. Houston y tú sois hermanas gemelas, de modo que tenéis que pareceros en algo y, si tú eres la mitad de buena en medicina de lo que ella lo es dirigiendo, serás la mejor. Y tengo el presentimiento de que todo cambiará. Y muy pronto. Ya lo verás. Sólo quédate aquí y limpia bien el lugar; te apuesto a que mañana habrá un montón de pacientes.

Blair no pudo dejar de sonreír.

-Gracias, me has hecho mucho bien. -Siguiendo un impulso, se puso de puntillas y lo besó en la mejilla.

El le sonrió.

-Sabes, por un momento, te he visto igual a Houston. Blair se echó a reír.

-Ese es el mejor cumplido que he recibido en toda mi vida. Supongo que tengo cosas que hacer. Dime si te molesta el hombro.

-Doctora Westfield, le traeré todos mis huesos rotos y mis paredes rosas. -Kane abandonó la clínica.

Blair comenzó a silbar ya limpiar los papeles del escritorio. Cuando vio la cuenta, no sabía si faltaban siete centavos o estaban de más, de modo que tuvo que hacer la suma ella misma. Durante el resto del día se sintió mucho mejor de lo que se había sentido en esos últimos tiempos.

Después se puso a pensar en lo amable que había sido Kane con ella a pesar de que lo había tratado mal. Quizás Houston tuviera una verdadera razón para estar enamorada de él.

Cuando llegó a su casa, Kane, en su nueva oficina decorada con paneles oscuros, se volvió hacia su ayudante Edan Nylund:

-La semana pasada, cuando compré el Banco Nacional de Chandler, ¿no nos enviaron algunos papeles?

-Todo eso -dijo Edan, señalando una pila de papeles. Kane se acercó y comenzó a hojearlos. -¿Adónde ha ido Houston? -Creo que a la modista -respondió Edan.

-Bien -dijo Kane-. Tenemos el resto del día, quizás el resto de la semana-. Salió de la habitación con los papeles en la mano.

Edan sintió gran curiosidad y lo siguió. Lo encontró en la biblioteca hablando por teléfono. Como el teléfono era sólo de uso local dentro de Chandler, Kane jamás lo había usado.

-Ya me ha oído -dijo Kane-. La hipoteca de su rancho vence la semana entrante y tengo todo el derecho a reclamarla. Así es. Tendrá una prórroga de noventa días libre de intereses si su esposa acude a la clínica Westfield mañana y se hace atender por la doctora Blair. ¿Está a punto de tener un bebé? Bien. Si lo tiene en el consultorio de mi cuñada, le daré ciento ochenta días. Claro que puede enviar a sus hijas. Otros treinta días si su hija va a la clínica mañana con algún problema. Si Blair llega a enterarse de esto, cancelaré el trato. ¿Entendido?

-¡Maldición! -dijo cuando cortó la comunicación-. Esto va a costarme. Revisa los papeles y dime quién más está en apuros; después, quiero ver quién es el dueño del hospital de Chandler y a cuánto lo vende. Veremos si esa junta de directores se negará a aceptar a la cuñada del dueño.

A la mañana siguiente, el buen humor de Blair había desaparecido y tuvo que arrastrarse hasta el trabajo. La esperaba otro largo día vacío. Cuando estaba a media manzana de la clínica, salió la señora Krebbs corriendo.

-¿Dónde estaba? La clínica está repleta de pacientes. Blair tardó en reaccionar pero luego salió corriendo hacia la puerta. La sala de espera era un verdadero caos: había niños gritando, madres tratando de calmarlos y una mujer quejándose por lo que parecía ser contracciones de parto.

Quince minutos después, Blair cortaba el cordón umbilical de una niña.

-180 -murmuró la madre-. Su nombre es Mary 180 Stevenson.

Blair no tuvo tiempo de interrogarla pues ya estaba entrando otra paciente.

A la tarde siguiente, una mujer llevó a un niño de ocho años pero que era demasiado pequeño para su edad y aparentaba tener seis. Hacía dos años que trabajaba en las minas. Murió en los brazos de Blair. Había sufrido un accidente al descarrilar uno de los carros que transportaban carbón. Lo había aplastado.

Blair llamó a Nina y le dijo: -Lo haré. -y cortó la comunicación.

30

Blair condujo su coche fuera de la mina *Inexpressible* para regresar a Chandler. Nina no había perdido tiempo y había arreglado todo para que pudiera llevar de inmediato los panfletos a la mina. Tal vez porque temía que cambiara de opinión. Esa mañana, Blair llamó al doctor Weaver, un joven médico que había conocido en el hospital de Chandler, y le pidió que la reemplazara porque tenía que atender un caso en una mina. El hombre aceptó gustoso.

En la casa Westfield, Nina escondió los panfletos debajo de una madera que colocó en el compartimiento posterior del coche de Blair; esta estaba tan asustada que casi no podía decir palabra.

Cuando llegó a la mina, los guardias de la entrada le tomaron el pelo, diciendo que el doctor Westfield había cambiado mucho desde su última visita, pero la dejaron pasar. Tuvo que pedir a unos niños cubiertos de polvo de carbón instrucciones para llegar hasta la casa de la mujer que la ayudaría. Encontró a la mujer en cama, fingiéndose enferma, y tan nerviosa como ella. Le entregó los panfletos y ella los escondió debajo de una madera del suelo. Blair salió del campo lo más rápido que pudo.

Los guardias, que se dieron cuenta de su nerviosismo, pensaron, con la habitual vanidad masculina, que era por ellos y la molestaron aún mas al salir.

Cuando estuvo a más de un kilómetro de distancia de la mina, empezó a temblar tanto que apenas podía sostener las riendas. Tuvo que hacerse a un lado del camino; se escondió detrás de unas rocas; se sentó en el suelo y comenzó a llorar, aliviada de que todo hubiera terminado.

Todavía le temblaban los hombros cuando sintió dos enormes manos en su espalda.

Cuando se dio vuelta vio que Leander la estaba mirando furioso.

-Maldición -le dijo, antes de abrazarla.

Blair no hizo preguntas sobre cómo se había enterado de lo que había hecho; se sentía agradecida de que estuviera allí. Se aferró a él con todas sus fuerzas.

-Tenía tanto miedo -dijo, escondiendo el rostro en el cuello de su marido.

Él la mantuvo abrazada y le acarició el cabello sin decir nada.

Tardó un rato en dejar de llorar y calmarse. Entonces se apartó de Lee para buscar con qué sonarse la nariz. Lee le entregó su pañuelo; ella lo usó y después lo miró. Su expresión la hizo retroceder.

-Lee, yo... -Dio otra paso hacia atrás hasta que chocó contra una roca.

El tenía los ojos que echaban chispas. Blair jamás lo había visto así; era una nueva faceta de su personalidad.

-No quiero oír una sola palabra -logró murmurar Lee-. Sólo quiero que me jures que no volverás a hacerlo. -Pero yo...

-¡Júramelo! -dijo, agarrándola con fuerza de un brazo. -Lee, por favor, me estás lastimando. -Blair quería que él se calmara y comprendiera la importancia de lo que había hecho-. ¿Cómo lo supiste? Era un secreto.

-Yo voy a los campos todos los días -le respondió-. Me entero de lo que sucede allí. Maldición, Blair, cuando me enteré de que habías entregado esos papeles no podía creerlo. -Lee observó el pañuelo húmedo que ella sostenía en la mano-. Por lo menos te diste cuenta del peligro. ¿Sabes lo que te habrían hecho esos hombres? ¿Tienes una idea? Les hubieras pedido que te mataran antes de que terminaran contigo y tienen la ley de su lado.

-Lo sé, Lee -respondió Blair, con pasión-. Tienen todo el derecho legal para hacer lo que quieran. Y por eso alguien tiene que informar a los mineros sobre cuáles son sus derechos.

-¡Pero no tú! -le gritó Lee.

-Yo tengo acceso a las minas. Tengo un coche. Soy la indicada para hacerlo.

Lee estaba tan acalorado que Blair pensó que explotaría en cualquier momento. Respiraba con dificultad y, en un momento, acercó las manos a la garganta de su mujer como si quisiera ahorcada, pero luego se arrepintió. Cuando por fin pudo controlarse, le dijo:

-Ahora, quiero que me escuches con mucha atención. Sé que lo que hiciste fue por una buena causa, y también sé que los mineros necesitan estar informados. También aprecio el hecho de que quieras arriesgar tu vida para salvar a los demás, pero no puedo permitir que lo hagas. ¿Está claro? -Si yo no lo hago, ¿quién lo hará? -¿ y a mí qué diablos me importa? -le respondió Lee.

Luego respiró profundamente-. Blair, tú eres quien me importa. Para mí eres más importante que todos los mineros del mundo. Quiero que me jures que no volverás a hacerlo.

Ella bajó la vista. Esa mañana había sentido un temor que jamás había experimentado. Sin embargo, una parte de ella le decía que eso había sido también lo más importante que había hecho en su vida.

-Ayer, un niño murió en mis brazos -murmuró ella-. Lo aplastó un...

Lee la tomó de los hombros.

-No tienes que decirme nada. ¿Sabes cuántos niños murieron en mis brazos? ¿Cuántas piernas y brazos tuve que cortar de hombres que quedaron atrapados debajo de las rocas? Tú nunca has entrado a una mina; si tuvieras que hacerlo... Es peor de lo que imaginas. -Entonces, hay que hacer algo -repitió Blair.

Lee bajó las mano, aguardó un momento y decidió intentarlo otra vez.

-Muy bien; déjame intentar una nueva técnica. Tú, no estás hecha para esto. No tienes la personalidad que se, requiere para hacer una cosa así. Eres muy valiente cuándo se trata de salvar vidas, pero no sirves para comprometerte en algo que podría originar una guerra donde se moriría mucha gente.

-Pero debe hacerse -insistió Blair.

-Sí, tal vez sea cierto, pero debe hacerlo otra persona.

No puedes ocultar lo que sientes.

-¿Quién informará a los mineros? ¿Quién más tiene acceso a las minas, además de nosotros?

-¡Nosotros no! -explotó Lee-. ¡Yo! Yo tengo acceso a las minas, y no tú. No sé porqué te han permitido pasar. No quiero que visites las minas. El año pasado, quedé atrapado seis horas bajo tierra porque cedió un techo. No puedo permitir que corras ese riesgo.

-¿Permitir? -dijo Blair, el miedo ya había desapareciendo-. ¿Qué otra cosa no vas a permitir?

Él la miró sorprendido.

-Puedes tomar lo que te he dicho como más te plazca, por la conclusión es la misma: no podrás regresar a las minas. -Supongo que está bien que salgas de casa a cualquier hora de la noche, mientras yo me quedo en casa, como una esposa obediente y dócil.

-Eso es absurdo. Hasta ahora nunca te he dicho nada. Querías una clínica para mujeres, pues bien, ya la tienes. Y ahora puedes quedarte allí. -y dejarte ir solo a las minas, ¿no es así? Supongo que soy demasiado cobarde como para visitar las minas. ¿Crees que tendría miedo de quedarme a oscuras?

Lee no dijo nada durante un momento y, cuando habló, su voz era un susurro: -Tú no eres cobarde, Blair, yo sí. Tú no tienes miedo de hacer algo que te aterrorice, pero yo sí tengo terror de perderte, y por eso no puedo permitir que vuelvas a hacerlo. Puede no gustarte la forma en que te lo digo, pero en el fondo es lo mismo: Tienes que mantenerte alejada de los campos.

Blair sentía todas las emociones juntas. Estaba enojada por el tono en que le hablaba Lee. Tal como Nina le había advertido, su manera do prohibir las cosas la enfurecía. Pero también pensó en lo que Lee acababa de decide: que no servía para el trabajo. Houston entraba en los campos, pero, aunque revisaran su carro, sólo encontraban verduras y un poco de té. No' era la misma mercadería que tenía que llevar Blair.

y Lee le había dicho que estaba preocupado por el daño que esos panfletos podían causar. Había leído uno y había comprobado que estaban llenos de odio, de palabras hostiles, que hacían reaccionar sin pensar.

-No quise... asustarte -le dijo-. Yo... -Blair no dijo nada más y corrió a refugiarse en los brazos abiertos de Lee.

-¿Tengo tu promesa? -le preguntó Lee, hundiendo el rostro en su cabello.

Estuvo a punto de decide que no podía, pero luego se le ocurrió que habría otra forma de llevar información a las minas, una forma más sutil y que no enojara a nadie.

-Prometo que no volveré a traer ningún panfleto a las minas.

Lee se apartó para mirada a los ojos.

-¿y si alguien me llama para ir a atender algún desastre en las minas y tú atiendes el teléfono?

-Lee, entonces tendría que... - ¿Sabes algo?, amo a esta ciudad, pero si fuera necesario mudarme, lo haría. Iría a un lugar donde no conociéramos a nadie, Texas por ejemplo, un lugar donde mi esposa no se metiera en problemas. -Entrecerró los ojos-. Y pediría a la señora Shaines y a la señora Krebbs que vivieran con nosotros.

-Un castigo cruel e inhumano. Muy bien, me mantendré fuera de las minas a menos que tú estés conmigo. Pero si alguna vez me necesitas... -Ella besó en silencio.

-Si alguna vez te necesito, siempre querré saber dónde estás. Siempre. En todo momento. ¿Me entiendes?

-A veces yo no sé dónde estás tú. Francamente creo que…

Lee volvió a besarla.

-Cuando dejé el hospital, estaban descargando dos carretas llenas de cowboys heridos por una estampida. Ahora debo... Ella le dio un empujón.

-¿Y qué estás esperando? ¡Vamos!

-Esa es mi muchacha -dijo Lee, mientras la seguía a su coche.

-¡Abran la puerta!

Pamela Fenton Younger estaba sentada sobre su caballo, frente a los portones de la mina Pequeña Pamela.

Los dos guardias la miraron. Esa mujer tenía algo que los intimidaba; y más aún montada en su caballo.

-¿Me han oído? ¡Abran la puerta!

-Aguarde un momento -dijo uno de los guardias.

El otro le dio un codazo.

-Claro, señorita Fenton -dijo, mientras le abría paso. -Es la hija del dueño -le explicó luego al otro guardia.

Pamela se dirigió directamente a la entrada a la mina, y se detuvo, rodeada de una nube de polvo.

-Quiero ver a Rafferty Taggert -dijo, sosteniendo las riendas de su caballo-. ¿Dónde está?

-De guardia -dijo alguno-. Túnel número seis. -Entonces tráiganlo. Quiero hablar con él. -Espere un momento... -comenzó a decir uno de los hombres.

Otro hombre, mayor, se acercó al caballo de Pamela. -Buenos días, señorita Fenton. Taggert está abajo, pero estoy seguro de que alguien podrá ir a buscado.

-Háganlo -dijo ella tirando aun más de las riendas para dominar por completo al animal. Pam miró a su alrededor, el campo, la mugre, la pobreza. Cuando era pequeña, su padre insistía en que lo acompañara a ese lugar, para mostrarle de dónde provenía su riqueza. Cuando Pam vio todo, dijo: "Creo que somos pobres".

El lugar seguía resultándole desagradable.

-Ensillen un caballo para él. Me encontrará en el arroyo. -Se volvió para mirar al supervisor-. Y si le descuentan un solo centavo, me oirán. -Sin decir más, se alejó.

No tuvo que esperar mucho. El nombre Fenton podía tener algunas connotaciones negativas, pero cuando uno de los mineros lo escuchaba, saltaba de inmediato.

Rafe apareció, montado en un caballo demasiado pequeño para él. Tenía el rostro y la ropa cubiertos de polvo negro, pero en sus ojos podía leerse que estaba furioso.

-Lo que usted quiere siempre es prioridad, ¿ verdad? La princesa Fenton obtiene todo lo que quiere -dijo, mientras desmontaba.

-No me gusta ese lugar.

-A nadie le gusta, pero algunos tenemos que trabajar allí para poder vivir.

-No he venido a pelear con usted. Tengo algo importante que decirle. Tome. -Le entregó un jabón y una toalla-. No me mire así. Ya conocía el polvo de carbón.

Taggert la miró y tomó el jabón y la toalla. Se arrodilló junto al arroyo y se lavó la cara y las manos.

-Muy bien, dígame qué es lo que quiere.

Pam bajó del caballo y se sentó sobre una enorme piedra con las piernas estiradas. El sombrero negro que llevaba la hacía parecer aún más alta de lo que era; y el velo negro daba a su rostro un toque de misterio y femineidad.

-Cuando tenía siete años, mi padre perdió el duplicado de la llave de su cajón privado. Yo la encontré y la guardé en mi cofre de tesoros. Cuando tenía doce años, descubrí lo que esa llave escondía.

-y desde entonces estuvo espiándolo.

-Me mantengo informada.

El aguardó, pero Pam no dijo nada más. Cuando se volvió, le alcanzó la toalla.

-¿Y qué descubrió?

-Hace unos meses mi padre contrató a Pinkerton para descubrir quién introducía a los sindicalistas en los campos.

Rafe se tomó su tiempo en secarse los brazos musculosos. -¿Y qué descubrió su Pinkerton?

-¡No es mi Pinkerton, sino de mi padre! -Recogió una flor y jugó con ella-. En primer lugar, descubrió que cuatro jóvenes muy conocidas de Chandler se disfrazan de viejas y entran artículos ilegales a los campos. Ilegal es todo aquello de lo que mi padre no obtiene ganancias. -Levantó la mirada-. Una de las mujeres es la esposa de su sobrino.

-¿Houston? Esa frágil y pequeña... -Se detuvo-. ¿Kane lo sabe?

-No lo creo, pero no puedo saberlo. -Pamela lo miró con intensidad. Cuando ella y Kane eran jóvenes, habían .tenido un amor secreto, pero que había sido el comentario de todo el pueblo. Cuando había conocido al tío Rafe durante la boda, semanas atrás, le había encontrado un gran parecido con Kane, aunque también tenía una parte tierna que ella desconocía en el sobrino. Los día_ siguientes a la boda, ella había esperado que la llamara o que le enviara una nota, pero él no había intentado ponerse en contacto con ella. ¡El maldito orgullo Taggert! Y entonces se preguntó por qué un hombre como Rafe trabajaba en los campos. Tenía que existir alguna razón. No estaba casado y no tenía que mantener a ninguna familia.

-¿Por qué está aquí? -le preguntó Pamela-. ¿Por qué soporta esta vida?

Rafe recogió una piedra y la arrojó al arroyo.

-Mis hermanos estaban aquí, y además Sherwin estaba muriéndose. Tenía una esposa y una hija que mantener y no aceptaba ayuda de mí ni de nadie.

-El orgullo Taggert -murmuró ella.

-Fui a ver a su padre y acordé trabajar para él, siempre y cuando diera mi salario a Sherwin. A su padre le gusta que los Taggert se arrastren por su dinero.

Ella ignoró el comentario.

-De esa forma, Sherwin mantuvo su orgullo y usted pudo ayudar a su hermano. ¿Qué ganó, además de un fuerte dolor de espalda?

Rafe levantó la mirada.

-Será sólo por unos años. Mi hermano y su hija se fueron a vivir con Kane y Houston.

-Pero usted se quedó.

Rafe miró nuevamente hacia el arroyo y no respondió.

-El informe Pinkerton dice que son tres los sospechosos de traer a los sindicalistas en el campo. Uno, un hombre llamado Jeffrey Smith, el otro el doctor Leander Westfield, y el tercero, usted.

Rafe no dijo nada; siguió jugando con una piedra que tenía en la mano. -¿No tiene nada que decir?

-¿Los Pinkerton trabajan de mineros?

-Dudo de que usen uniforme -dijo Pam con tono sarcástico.

Rafe se puso de pie.

-Si eso es todo lo que tenía que decirme, debo volver al trabajo. Supongo que usted no sabrá quiénes son los de la agencia.

-Ni siquiera mi padre lo sabe -le respondió ella, poniéndose de pie a su lado-. Rafe, no puede continuar aquí. Puedo conseguirle un trabajo menor si lo desea; cualquier tipo de trabajo.

Ella miró con los ojos entrecerrados. -Llámelo orgullo Taggert.

-¡Rafe! -exclamó Pam, tomándolo de un brazo-. No quise... -Se detuvo y lo soltó-. Sólo quería advertirle. Quizá no le guste la forma en que lo he hecho, y tampoco le guste el nombre de mi padre, pero quería que tuviera la oportunidad de decidir qué hacer. Mi padre no se detiene ante nada cuando se propone algo.

Rafe no se movió ni dijo nada, pero la miró en una forma que Pam sintió un nudo en la garganta.

Su beso fue suave y tierno; le pareció que había esperado a ese hombre durante toda su vida.

-Nos veremos aquí esta noche -le susurró él-. A medianoche. Póngase ropas fáciles de quitar. -Sin más, montó a su caballo y desapareció.

31

El miedo que había pasado por la mañana y las siete horas de trabajo con los jóvenes heridos en la estampida, habían agotado a Blair. Estaba tan cansada que ni siquiera tuvo fuerzas para enojarse cuando Lee recibió una de sus misteriosas llamadas y salió sin dar ninguna explicación.

Al anochecer, cuando volvía a su casa, se detuvo en la oficina de correos para enviar un telegrama a su amiga, la doctora Louise Bleeker.

TE NECESITO. TENGO DEMASIADO TRABAJO. VEN DE INMEDIATO. POR FAVOR. BLAIR

Se negó a cenar, a pesar de las protestas de la señora Shaines y se acostó vestida a las ocho de la noche.

Se despertó cuando sintió que alguien luchaba con la cerradura de la puerta del dormitorio.

-¿Lee? -preguntó, pero no obtuvo respuesta. Se levantó, se acercó a la puerta y la abrió. Halló a Leander con toda la camisa rasgada y ensangrentada.

-¿Qué ha sucedido? -le preguntó de inmediato-. ¿A quien han herido?

-A mí -dijo Lee con voz ronca, y entró tambaleante en la habitación.

A Blair se le hizo un nudo en la garganta mientras lo observaba tropezar hasta la cama.

-Tendrás que ayudarme -le dijo Lee mientras se quitaba la camisa-. No creo que sea grave, pero sangra mucho.

Blair se recuperó de inmediato. Corrió a recoger su maletín, sacó las tijeras y le cortó la camisa. Le levantó un brazo, lo apoyó sobre su hombro y le revisó las heridas. Tenía dos heridas profundas en el lado derecho. Había visto suficientes heridas de bala y podía reconocerlas. Uno de los cortes era tan profundo que se veían las costillas. Como había sangrado mucho, no creía que hubiera infección.

-Necesito limpiarla --dijo Blair con la boca seca, y comenzó a preparar el instrumental con manos temblorosas.

-Blair -le dijo Lee con una respiración dificultosa que era el único signo del dolor que sufría-, tendrás que ayudarme más que esto. Creo que los hombres que me dispararon sospechan quién soy. Tal vez vengan a arrestarme.

Ella estaba tan concentrada en la herida que no prestó atención a lo que él le decía. Era la primera vez que asistía a alguien a quien amaba y esperaba no tener que volver a hacerlo nunca. Estaba sudando a mares y tenía el cabello pegado a la frente.

Lee le puso una mano en la barbilla y la obligó a levantar la mirada.

-¿Me estás escuchando? Creo que en unos minutos vendrán a buscarme unos hombres y quiero que les hagas creer que estuve aquí toda la noche. No quiero que se den cuenta de que estoy herido.

Blair había terminado de limpiar las heridas y comenzaba a vendado.

-¿Quiénes son esos hombres? -le preguntó. -Prefiero... no ,decido.

Ella estaba preocupada y angustiada porque su marido estaba herido, pero también estaba enojada porque le ocultaba información.

-Son los hombres de Pinkerton, ¿no es así?

Por lo menos tuvo la satisfacción de ver la expresión de sorpresa en su rostro.

-Puedes creer que no sé nada, pero sé más de lo que imaginas. -Sin decir más, se acercó al armario y sacó el camisón y la bata que había estrenado en su noche de bodas y se los puso a toda prisa. Lee la observó desde la cama, sin saber qué haría.

-Veremos cuánto tiempo tenemos -le dijo, mientras buscaba una camisa limpia-. ¿Puedes ponértela solo?

Lee, con mucho dolor y sorprendido por lo que Blair acababa de decirle, no la interrogó y trató de ponerse la camisa. Blair se acostó sobre la cama dejando caer la cabeza hacia abajo.

Ambos se quedaron petrificados cuando llamaron a la puerta de calle.

Blair se puso de pie.

-Tranquilízate. Los mantendré ocupados todo el tiempo que pueda. -Se miró al espejo y se ordenó el cabello-.

¿Qué tal estoy? -le preguntó, mientras se volvía para que Lee la observara. Tenía las mejillas encendidas por haber estado con la cabeza hacia abajo y el cabello desparramado sensualmente sobre los hombros. Parecía una mujer que acababa de hacer el amor.

Cuando llegó a la puerta de la calle, estaba muy tranquila. No bien abrió la puerta, tres hombres se abalanzaron dentro de la casa.

-¿Dónde está? -le preguntó uno de ellos.

-Puedo acompañados --dijo Blair-. Traeré mi maletín. -No la queremos a usted -le dijo el hombre-. Queremos al doctor.

Blair subió un escalón para quedar más alta que los hombres.

-Tendrán que conformarse con lo que hay -dijo con tono de enojo-. Ya me he cansado de esta ciudad. Les guste o no, lo crean o no, soy médica al igual que mi marido y, si necesitan ayuda, puedo dársela. Leander está muy cansado, necesita descansar, y les aseguro que yo puedo coser una herida tan bien como él. Ahora que todo ha quedado aclarado, iré a buscar mi maletín. -Se volvió para subir.

-Aguarde un momento, señora. No hemos venido a buscar un doctor. Venimos a llevamos preso a su marido. -¿Por qué motivo? -le preguntó, volviéndose. -Por meterse donde no debe.

Blair se adelantó un paso. -¿y cuándo sucedió eso? -preguntó con suavidad. -Hace una hora. Despacio, y con gran cuidado, Blair comenzó a acomodarse el cabello. No se había preocupado jamás por su apariencia, pero ahora quería parecer lo más seductora posible. Dejó que el camisón se le deslizara un poco del hombro y sonrió.

-Señores, hace una hora, mi marido estaba conmigo.

-¿Tiene alguna prueba? -le preguntó el hombre. Los otros dos la miraban con la boca abierta.

-Ninguna -respondió con gracia-. Pero es palabra de una Chandler, muy valiosa en una ciudad que lleva su nombre. Si dudan de lo que digo... -Parpadeó con aire inocente, mientras los hombres la miraban.

-No creo que duden de ti, querida -dijo Leander desde atrás. Tenía el rostro encendido y parecía cansado, pero cualquier hombre lo estaría después de haber hecho el amor vigorosamente con su esposa-. Creo que los oí decir que hace una hora yo estaba en otro lugar. -Lee se acercó a ella y Blair se reclinó sobre su esposo. Los hombres podían pensar que era un gesto cariñoso, pero lo que en verdad hacía era sostenerlo.

Durante unos momentos, todos permanecieron en silencio y Blair y Lee contuvieron la respiración. Por fin, el hombre que al parecer era el líder, suspiró.

-Puede creer que nos ha engañado, Westfield, pero no es así. Lo atraparemos. -Luego miró a Blair y le dijo-: Si quiere que siga con vida, manténgalo en casa.

Ninguno de los dos dijo una palabra cuando los hombres abandonaron la casa dando un portazo. Blair corrió hasta la puerta y la cerró con llave. Luego se volvió y, viendo que Lee palidecía, lo acompañó hasta la cama.

No pudo dormir en toda la noche. Después de acostar a Lee, permaneció sentada a su lado, observándolo, por temor a que dejara de respirar. Cada vez que pensaba lo cerca que le habían pasado las balas del corazón, comenzabaa temblar.

Lee durmió a intervalos; un par de veces abrió los ojos, la miró y volvió a dormirse.

Los sentimientos de Blair pasaban del terror al amor y a la furia.

Cuando la luz del sol se filtró en el cuarto, Lee se despertó. Blair corrió a abrir la cortina.

-¿Cómo te sientes? -le preguntó.

-Duro, dolorido, hambriento -respondió él. Ella trató de sonreír pero no lo logró. Le dolía todo el cuerpo por haber estado levantada toda la noche. -Te traeré el desayuno. Juntó los retazos ensangrentados de la camisa de Lee para llevados abajo. Una ventaja que tenía ser médico era que a nadie llamaba la atención un cubo de basura lleno de vendajes ensangrentados.

Todavía era demasiado temprano para que se levantara la señora Shaines, y Blair frió media docena de huevos para ambos; cortó rebanadas gruesas de pan fresco y preparó dos vasos de leche fría. Cuando llegó a la habitación, encontró a Lee a medio vestir. Sin decir nada, comenzó a preparar la mesa junto a la ventana.

Lee se sentó con dificultad en la silla y empezó a comer, pero Blair no tocó su comida.

-Muy bien -le dijo Lee-. Dime lo que piensas. Blair bebió un sorbo de leche. -No sé a qué te refieres. Él le tomó la mano. -Mírate. Sigues temblando. Ella apartó la mano.

-Supongo que estarás pensando en ir al hospital. –Tengo que ir. Debo fingir que no me sucedió nada. No puedo permitir que se den cuenta de adónde fui anoche.

-Nadie puede saberlo -le dijo Blair, furiosa. Se puso de pie-. Mírate, ni siquiera puedes mantenerte sentado y mucho menos ir al hospital. ¿y qué hay de tus pacientes? ¿Puedes manejar el escalpelo con precisión? ¿Adónde fuiste anoche? ¿Valía la pena arriesgar tu vida?

-No puedo decírtelo -le dijo Lee-. Lo haría, pero no puedo.

Blair sintió un nudo en la garganta y estaba a punto de llorar.

-Ayer te enojaste conmigo porque había arriesgado mi vida. Me ordenaste que dejara de hacerlo, pero ahora se dieron vuelta las cosas y no tengo los mismos derechos. ¡Los mismos!

Tampoco puedo saber en qué está metido mi marido. Vienes a casa todo ensangrentado y yo tengo que curarte. Dejas que coquetee con los hombres de Pinkerton en mitad de la noche y no sé por qué. Te veo sufrir, pero no puedo saber el motivo. Dime, Lee, ¿tú también disparaste? ¿Tenías que matar o morir? ¿Matas a tantas personas como curas?

Lee no levantó la cabeza y siguió comiendo con lentitud. -Blair, te he dicho todo lo que puedo. Tendrás que confiar en mí. Ella se volvió, tratando de contener las lágrimas.

-Eso es lo que haría una buena esposa, ¿no? Sentarse en casa a esperar sin hacer ninguna pregunta. ¡Pues bien, yo no soy una buena niñita! Siempre acepté los desafíos. Siempre fui parte y no mera observadora. y ahora quiero saber en qué estoy metida.

-Maldición, Blair-gritó Lee, pero luego cerró los ojos porque le dolía el costado-. Quizá, por una única vez, tengas que ser observadora. Te dije lo que podía. No quiero que te comprometas más de lo que ya lo estás.

-Así permanezco inocente, ¿ verdad? Cuando te juzguen, podré decir con toda honestidad que no sé nada. Y que cuando mi marido regresó a casa con dos heridas de bala, tampoco me

dijo nada.

-Algo así. -Lee dejó el tenedor sobre la mesa-. Dijiste que me amabas y que quizá me amas desde hace años; bien, ha llegado el momento de probarlo. Por una vez en la vida, tendrás que dejar de lado tus desafíos y tu participación. Te necesito, pero no como colega o igual, sino como esposa. Blair se puso de pie y se quedó mirándolo un buen rato.

-Creo que tienes razón, Lee -le dijo con suavidad-.

Quizás hasta ahora no me había dado cuenta de lo que era ser una esposa. -Bajó el tono de voz-. Confiaré en ti y no volveré a preguntarte adónde vas. Cuando quieras decírmelo, estaré aquí para escucharte.

Parte del dolor desapareció del rostro de Lee. Se apoyó en la mesa para levantarse y Blair corrió a ayudarlo.

-Lee -le dijo-, ¿por qué no vas a la clínica hoy? No tendrás cirugía, y además está la señora Krebbs para ayudarte. Además un hombre de Pinkerton se vería sospechoso entre tantas mujeres.

-Es una buena idea -le dijo, besándole la frente-. Así me gusta que hables.

-Sólo trato de ser una buena esposa. Déjame que te ayude a vestirte.

-¿y qué hay de ti? ¿No tendrías que estar vistiéndote también? -Para ser sincera, estoy un poco cansada. Después de las dos terribles experiencias de ayer, creo que prefiero quedarme en casa a descansar.

-Sí, claro -le dijo Lee. Lo que decía Blair tenía sentido, aunque nunca la había oído hablar así-. Quédate en casa a descansar. Yo me ocuparé de la clínica.

-Eres un buen marido -le dijo ella con una sonrisa.

Cinco minutos después, Lee dejó la casa. Blair tomó el teléfono y llamó a su hermana.

-Houston, ¿dónde puedo comprar espuma de baño? ¿Y de dónde saco una manicura? También quiero comprar kilos de chocolate y metros de seda. Quiero convertirme en la esposa perfecta. No te rías. Daré a mi querido marido lo que él cree que quiere. ¿Vas a seguir riendo o responderás a mis preguntas?

32

Cuando Lee regresó a su casa, a las seis de la tarde, encontró a Blair recostada sobre el sofá de la sala, junto a una caja de bombones y una pila de revistas, comiendo un caramelo y leyendo ávidamente una novela. Cuando se acercó un poco, vio que el libro se llamaba Seducción.

-Esto es algo nuevo-le dijo con una sonrisa.

Blair levantó la cabeza lentamente, con una tenue sonrisa en los labios.

-Hola, querido. ¿Has tenido un buen día?

-No hasta ahora -dijo él inclinándose hacia ella. Pero cuando le acercó la boca, Blair giró la cabeza y terminó besándole la mejilla.

Luego se metió un bombón enorme de chocolate en la boca.

-¿Puedes traerme un vaso de limonada mientras termino de leer este capítulo? Y luego vístete para la cena. La señora Shaines y yo hemos preparado algo especial.

El se puso de pie y recogió el vaso vacío que ella le ofrecía. -¿Desde cuándo hacéis cosas juntas?

-Es una buena mujer, sólo hay que saber cómo hablarle. Ahora, Leander, ve a buscar lo que te pedí, por favor, estoy muerta de sed. ¿No querrás hacer esperar a una dama, verdad?

Con expresión de sorpresa, Lee obedeció.

-Claro, enseguida vuelvo.

Blair sonrió y continuó leyendo el libro y comiendo chocolates. Esperaba que la heroína de la historia le partiera una silla en la cabeza al villano.

Cuando él reapareció con la limonada, le dijo:

-Lee, ¿todavía no te has cambiado para la cena? -Fui a buscarte la limonada para que no murieras de sed -respondió él.

Los ojos de Blair se llenaron de lágrimas. Los secó con un pañuelito de encaje.

-Siento habértelo pedido, Leander. Pero como pensé que estabas de pie y yo... Oh, Lee, he trabajado tanto todo el día y...

Lee, sorprendido, se arrodilló y la tomó de una mano, después de apartar tres revistas para llegar a ella.

-Lamento haberte gritado. No tienes por qué llorar. Lee le besó la mano y la acarició.

-No es nada. Todas las mujeres se ponen así de vez en cuando.

Como Blair tenía la cabeza gacha, Lee no pudo ver la expresión furiosa en sus ojos.

-Tienes razón. No debe de ser nada. Sólo problemas femeninos, claro.

-Quizá --dijo él sonriente, mientras le acariciaba la frente-. Descansa mientras me cambio. Una cena agradable te hará sentir mejor.

-Eres tan inteligente -le dijo Blair-. El más inteligente de los maridos.

Lee se puso de pie y abandonó la habitación después de guiñarle un ojo.

Cuando desapareció por la escalera, Blair se puso de pie y, con gesto de enojo, miró en dirección a su dormitorio.

-¡Todas las mujeres se sienten así de vez en cuando! -repitió enojada-. ¡Es peor de lo que creía! Muy bien, Leander, te traeré algunos problemas femeninos. Espera y verás. Me convertiré en una mujer como jamás soñaste.

Para cuando Lee terminó de bañarse y cambiarse, Blair ya se había calmado y podía volver a sonreírle. El estuvo muy amable: le apartó la silla, cortó la carne y le sirvió. Blair estuvo tranquila durante toda la cena y no habló mucho.

-Hoy ha sucedido algo interesante en la clínica -le dijo Lee-. Vino una mujer que cree estar embarazada, pero yo creo que tiene un quiste. Me gustaría que la examinaras mañana.

-Oh, Lee, no puedo. Houston me arregló una entrevista con su modista y luego Nina y yo quedamos en salir a almorzar y por la tarde tengo que regresar para controlar el trabajo de la casa. No tengo tiempo.

-Bueno, supongo que podré esperar hasta más adelante. Entonces, ¿mañana no irás a la clínica?

-No creo que pueda -le dijo Blair-. Ser una esposa lleva más tiempo del que creía. Hay tantas cosas que hacer. Y ahora que estoy de nuevo en Chandler, creo que tendría que colaborar con la caridad. Está la Sociedad de Ayuda de Mujeres y la Misión Cristiana y...

-La clínica Westfield -le dijo Lee-. Creo que lo que haces es más que suficiente ayuda.

-Bueno, sí -dijo ella, poniéndose tensa-, si insistes, iré a la clínica mañana. Cancelaré la visita a la modista y supongo que las demás amas de casa podrán arreglárselas sin mí.

Tendrán que comprender que quieres que trabaje fuera de casa. Estoy segura de que entenderán lo que es ayudar a mantener el hogar.

-¡Mantener! -exclamó Lee-. ¿Desde cuándo te hago pagar las cosas de la casa? ¿Acaso no te mantengo? No tienes que trabajar mañana ni nunca. ¡Pensé que tú querías trabajar!

Blair estuvo a punto de llorar otra vez.

-Claro que sí, y sigo queriéndolo. Pero no tenía idea de que ser una esposa llevara tanto tiempo. Hoy he tenido que planificar las comidas, esa nueva criada es realmente imposible, y cuando llegaron las cintas de mi nuevo vestido descubrí que se habían equivocado de color. Sólo quiero estar hermosa para ti. Quiero darte un hogar y ser la mejor esposa del mundo. Quiero que estés orgulloso de mí y es difícil si estoy todo el día en la clínica. No sabía...

-Muy bien -la interrumpió Lee, arrojando la servilleta sobre la mesa-. No quería gritarte. Te he malinterpretado. No tienes que ir a la clínica mañana ni nunca. -Le tomó una mano y comenzó a acariciarla.

Ella retiró la mano y se puso a doblar su servilleta. -Esta mañana me llamó John Silverman y dijo que te comunicara que esta noche hay una reunión importante en tu club. No me dijo de qué se trataba y yo tampoco se lo pregunté.

-Sé de qué se trata y pueden arreglárselas sin mÍ. Hoy tuve un par de pacientes que me gustaría discutir contigo. Hay un hombre en el hospital que tiene una mano infectada. Pensé que podrías verlo. Me gustaría tener otra opinión.

-¿La mía? -preguntó Blair, con tono de sorpresa-. Me halagas, Lee. Pero aún no he terminado mi entrenamiento. ¿Qué podría decirte a ti, que tienes tanta experiencia? -Pero en el pasado...

-En el pasado, no era la esposa de nadie. No conocía cuáles eran mis responsabilidades. Lee, creo que deberías ir a tu club. Me sentiría mal si supiera que te privo de la compañía de tus amigos. Además, me gustaría terminar de leer mi novela.

-Ah -dijo Lee débilmente-. Supongo que podría ir. -Sí, querido -le dijo Blair, poniéndose de pie-. No quisiera que dijeran que interfiero en tu vida. Una esposa debe apoyar a su marido en todo lo que hace y jamás molestarlo.

Lee apartó la silla y se puso de pie. Le dolía el costado y la cabeza y sentía deseos de quedarse en casa a leer el diario.

Además, no había visitado el club desde su boda. Quizá Blair tuviera razón y fuera bueno asistir a la reunión. Podría sentarse a descansar en un sillón y quizá se enterara algo sobre lo sucedido en la mina.

-Muy bien -le dijo-. Iré, pero no me quedaré mucho tiempo. Cuando regrese, tal vez podamos conversar.

-Uno de los deberes de la esposa es escuchar a su marido -le dijo Blair sonriendo-. Ahora, ve tranquilo a tu club, querido. Tengo que coser y luego me iré a dormir temprano. -Lo besó en la frente-. Te veré por la mañana. -Salió de la habitación antes de que Lee pudiera decir nada.

Lo observó partir desde la ventana del cuarto de huéspedes. Se movía con dificultad. Ella sabía que le dolía la herida, pero no se sintió culpable de enviarlo fuera de casa. Necesitaba una lección.

Cuando el coche de Lee desapareció de su vista, Blair telefoneó a Nina.

-Salgamos a cabalgar mañana -le dijo Blair- o me volveré loca por la falta de ejercicio. ¿Crees que tu padre me dejará entrar al hospital mañana para ver a un paciente en secreto? ¿Sin que nadie se entere?

Nina permaneció en silencio un momento.

-Claro que sí, Blair. Bienvenida a casa.

-Es bueno estar en casa -le dijo sonriendo-. Te veré a las nueve en las Tijeras. -Cuando Nina cortó la comunicación, Blair agregó-: Y, Mary Catherine, si una sola palabra de todo lo que he dicho llega a saberse, la culpa será tuya.

-Me duele que lo digas, Blair-Houston -respondió la operadora-. Yo no... -Se dio cuenta de lo que decía y cortó la comunicación.

Blair fue hasta la cocina y se preparó un buen emparedado de roast-beef. En la cena se había servido una porción tan pequeña que se había quedado con hambre.

Cuando Lee regresó a casa, Blair ya estaba acostada y se hizo la dormida. Lee le levantó el camisón y comenzó a acariciarla, pero ella se quejó de una fuerte jaqueca. Cuando él se apartó, le surgieron algunas dudas. ¿No se estaría haciendo más daño a sí misma que a Lee?

-Es osteomielitis -dijo Blair, dejando la mano del paciente sobre la cama-. La próxima vez que pegues a alguien en la boca, busca a uno que se lave los dientes -le dijo al paciente.

-Esa era la opinión de Lee, pero quería escuchar otra -le comentó Reed.

Blair cerró su maletín y caminó hasta la puerta.

-Me halaga que me haya elegido, pero recuerde que me prometió no decirle que he estado aquí. Reed frunció el entrecejo. -He aceptado, aunque no me gusta nada todo esto- ¿Como aceptó guardar el secreto de Lee aunque regrese a casa herido de bala?

-¿Lee está herido? -preguntó preocupado Reed. -Unos centímetros más a la izquierda y la bala le habría atravesado el corazón. -No lo sabía. No me dijo nada.

-Parece que no le cuenta a nadie mucho sobre sí mismo. ¿Adónde va, que regresa a casa todo ensangrentado?

Reed miró a su nuera y vio fuego en su mirada. Entonces comprendió que no podía hablarle de los viajes de Lee a las minas. No sólo debía respetar los deseos de su hijo sino que debía evitar que Blair se comprometiera. Ella podría decidir hacer algo tan tonto como lo que hacía Lee.

-No puedo decírtelo -respondió por fin.

Blair se limitó a asentir y abandonó el lugar. Afuera, la aguardaba un caballo ensillado, y se alejó a todo galope hacia el río Tijeras para reunirse con Nina.

Nina miró a Blair, sudorosa y agitada, al igual que el caballo.

-¿Mi hermano te hizo correr así?

Blair desmontó.

-Es el hombre más reservado y con más secretos del mundo.

Empezó a desensillar para que el pobre caballo respirara un poco.

-¿Sabías que tu padre lo llama, sea de día o de noche, y él se va sin decir adónde y no regresa por varias horas? Hace dos días volvió con dos heridas de bala y luego aparecieron los Pinkerton golpeando a la puerta de calle. Ellos le habían disparado. ¿En qué anda? -gritó Blair, arrojando la montura al suelo.

Nina abrió los ojos.

-No tengo ni idea. ¿Hace mucho de esto?

-No lo sé. -Me consideran demasiado estúpida como para decírmelo. Sólo permiten que cosa sus heridas sin interrogarlo. Oh, Nina, ¿qué debo hacer? No puedo quedarme de brazos cruzados mirándolo partir, sin saber si regresará.

-¿Los Pinkerton le dispararon? Entonces, debe de estar metido en algo...

-¿Ilegal? -le preguntó Blair-. Por lo menos, fuera de la ley. Y una parte de mí ni siquiera se siente molesta. Lo único que quiero es que esté seguro. No sé si me molestaría que se

dedicara a robar bancos en su tiempo libre.

-¿Robar? -Nina se sentó sobre una roca-. Blair, no tengo la menor idea de lo que está haciendo. Papá y Lee siempre me mantuvieron alejada de las cosas desagradables. Quizá mi madre y yo estábamos demasiado ocupadas en guardar nuestro secreto como para pensar que los hombres también tenían uno.

Con un suspiro, Blair se sentó junto a su cuñada. -Lee descubrió que había llevado los panfletos a las minas.

-Me alegro de ver que todavía tienes la cabeza en su lugar. ¿Es la primera vez que lo ves enojado?

-Y espero que también la última. Traté de decirle que a mí también me molestan sus desapariciones, pero no quiso escucharme.

-Tiene la cabeza de piedra -dijo Nina con tono resignado-. ¿Ahora, qué haremos? Nadie más tiene acceso a las minas, y si Lee lo ha descubierto tan rápido, tengo miedo de enviar los panfletos con Houston o cualquiera de las muchachas que se disfrazan.

-Ayer tuve tiempo de pensar y Houston me dijo algo que me dio una idea. Me dijo que siempre había querido escribir para una revista de mujeres. ¿Qué te parece si abrimos una revista de caridad y repartimos las copias entre las mujeres de los mineros? Podríamos entregar los borradores para que la junta de mineros los aprobara antes de la publicación. Estoy segura de que nos permitirán distribuirla ya que serían artículos totalmente inofensivos.

-¿Sobre los últimos cortes de cabello? -preguntó Nina con los ojos encendidos.

-Nuestra campaña será por la abolición de la matanza de colibríes sudamericanas para los sombreros de las mujeres.

-¿Y ni una palabra sobre el sindicato? -Ni una palabra que ellos puedan ver. Nina sonrió.

-Creo que me gusta la idea. Oh, Alan termina pronto la escuela, así podrás venir a casa. ¿Cómo incluiremos la información?

-En clave. Leí una clave utilizada durante la revolución. Era una serie de números y letras que enviaban a una página específica de un libro específico. Los números hacían referencia a las letras y con algunas cuentas se descifraba el mensaje. Imagino que todas las casas tienen una Biblia.

Nina se puso de pie, excitada.

-Podríamos hacer referencia a algún salmo en la primera página de la revista y luego... ¿Qué haremos con los números? Las mujeres no entienden nada de matemáticas. Blair sonrió satisfecha.

-Instrucciones de tejido -dijo Blair-. Llenaremos páginas y páginas con números bajo el título: "Para tejer la manga izquierda", por ejemplo. Y todo estará en clave y los mineros podrán enterarse de lo que sucede en el país con los sindicatos.

Nina cerró los ojos y echó hacia atrás la cabeza.

-Es brillante, Blair, y lo más importante es que creo que funcionará. Tú estás todo el tiempo en la clínica, de modo que iré a la biblioteca a estudiar...

-No iré a la clínica por unos cuantos días -dijo Blair con tono serio.

-Pero me han dicho que tenías tantos pacientes que te esperaban en la calle.

Blair miró hacia el río.

-Es verdad -dijo con suavidad-. ¡A veces me gustaría estrangular a tu hermano! Estoy tratando de darle una lección, pero es demasiado testarudo. ¡Se cree que es mi padre!

Me hace un regalo, la clínica de mujeres, me da órdenes, supervisa todo lo que hago y, cuando me atrevo a preguntarle algo, se escandaliza como si yo fuera un niño que le pregunta a su padre cuánto dinero gana. Sé tan poco sobre Leander. No comparte mucho conmigo y yo ni siquiera puedo dar un paso sin que él se entere. No quiero otro padre, estoy satisfecha con el mío y quiero que entienda que no soy una niña.

-Yo nunca lo logré -dijo Nina-. Me sorprende que mi padre no me siga regalando muñecas para mi cumpleaños. ¿Cómo piensas enseñarle la lección?

-Bueno... él me dice todo el tiempo que quiere que sea una dama, y yo estoy tratando de serlo. Nina se quedó pensativa un momento, -¿Te refieres a una dama que se dé baños de espuma, que no sepa hacer nada y llore por cualquier cosa?

Blair se volvió con una sonrisa. -y que gaste demasiado en bombones; que por las noches sufra de terribles jaquecas.

Nina se echó a reír.

-Te advierto que Lee puede tardar diez años en darse cuenta de que quieres darle una lección. Tienes que exagerar lo que haces.

Blair suspiró.

-Hasta ahora, excepto por el dolor de cabeza, aprueba todo lo que hago. No le molesta que me quede en casa dando instrucciones a la señora Shaines.

-Pero tú te vuelves loca, ¿no? -Ya no. -Blair sonrió-. Esta tarde empezaré a trabajar en la clave para la revista. Por lo menos, eso me mantendrá ocupada. Si continúo en casa, mañana comenzará a enviarme dulces para que envase. -Tengo la receta de una mermelada...

-Que se te hace agua la boca -terminó Blair-. Ya lo sé. -Ensilló su caballo-. Todavía no me dedico a coleccionar recetas, pero si tengo que inspeccionar otra mancha en la ropa, creo que moriré. Te llamaré mañana y te diré cómo voy con las instrucciones de tejido. Me gustaría terminarlas antes de comenzar con el resto de la revista, y antes de que nadie se entere de nuestros planes. Las imprimiremos Y mostraremos a las demás de qué se trata. ¿Cuando regresas a Filadelfia?

-Dentro de diez días. El tiempo que esté allí antes de que Alan termine la escuela. Me parecerá una eternidad.

-Quiero que conozcas a mis tíos de Pensilvania. Te daré la dirección y les escribiré sobre ti. Y también tengo varios amigos. No estarás tan sola.

-Gracias. Quizás ellos me ayuden a que el tiempo no se me haga tan largo. Buena suerte con Lee -dijo, mientras Blair se alejaba al galope.

33

Después de cuatro días de comportarse como una perfecta dama, Blair no estaba muy segura de si podría soportar el esfuerzo. Las tareas del hogar la ponían de mal humor. Y lo peor de todo era tratar de dar una lección a un hombre que ni siquiera sabía que estaba en la escuela. Hacía cuatro días que su esposa estaba semi inválida, no tenían contacto sexual y lo único que le había escuchado decir era: "Bien, supongo que la luna de miel ha terminado".

Durante el día, Blair trabajaba en el código hasta quedar casi ciega, contando palabras, tomando notas y volcando los panfletos de Nina a una extraña combinación de números y palabras.

A la mañana del quinto día, sintió que no podía seguir. Salió de su casa temprano con la firme intención de comprar alguna tontería frívola para mostrarle a Leander esa noche, pero en cambio terminó en la librería del señor Pendergast comprando todo lo que encontraba sobre medicina.

No se había dado cuenta de que tenía a un hombre cerca hasta que este habló.

-Debe entregar la mercadería el jueves por la noche.

Blair levantó la mirada y vio al hombre que Lee había llamado LeGault, de pie junto a ella. Tuvo que controlarse para no temblar como una hoja. Si el hombre hubiera estado herido y todo ensangrentado, en el suelo, no le habría importado tocarlo, pero al verlo vivo y saludable, no podía soportar su cercanía. Con un leve movimiento de cabeza, se apartó.

Estaba buscando una copia del libro Ella, de H. Rider Haggard, cuando el hombre le habló. ¿Qué le había dicho?

Recorrió la tienda con la mirada hasta que lo vio junto a la puerta de entrada.

-Señor -dijo Blair, y se dio cuenta de que había atraído la atención del dueño y de las dos mujeres que estaban comprando-, he encontrado el libro que estaba buscando.

Le Gault le sonrió: -Gracias -dijo en voz alta, antes de acercarse a ella.

Blair sabía que tenía que pensar velozmente. No quería que ese hombre se diera cuenta de que no sabía de qué le estaba hablando. Y, al mismo tiempo, quería obtener la cantidad de información posible.

-¿Debe entregarla en el mismo lugar que la última vez? -le preguntó.

-Exacto -dijo el hombre, mirando el libro como si estuviera fascinado-. No habrá ningún problema, ¿no es así?

-Ninguno. -Ella dudó-. Excepto que esta vez seré yo quien haga la entrega.

LeGault guardó el libro en el estante.

-Después de todo, no es lo que buscaba -dijo en voz alta-. Buenos días, señora. -Se tocó el sombrero a modo de saludo y abandonó la librería.

Blair aguardó el mayor tiempo que pudo y salió detrás de él. Como todo lo que hacían las hermanas Chandler parecía ser noticia, cuando salió del local sintió las miradas clavadas en su espalda. Se tomó su tiempo para colocarse los guantes y, con el rabillo del ojo, vio que LeGault se dirigía hacia el este, por la calle Segunda, hacia la tienda de ropa femenina Parker, detrás del hotel Denver.

LeGault caminaba con el bastón en el hombro como si fuera un transeúnte cualquiera mirando escaparates. Blair cruzó la calle para mirar la tienda Parker.

Sabía que no tenía tiempo que perder en rodeos. -Lo sé todo.

-Sé que lo sabe, de lo contrario no habría hablado con usted. -Tenía la mirada clavada en el escaparate-. Pero no es lugar para una mujer.

-Tampoco es lugar para un hombre.

Él la miró.

-Pensé que lo sabía.

-y lo sé, pero le digo que esta será la última vez que mi marido lo haga. Todavía no se ha curado de las heridas de la última vez, de modo que tengo que tomar su lugar. Después de

eso, tendrá que hacer lo que sea, pero solo. Ninguno de nosotros volverá a participar. LeGault se quedó pensando en sus palabras.

-Muy bien, entonces. El jueves por la noche; a las diez.

En el lugar de siempre.

Se volvió.

-¿Dónde dejo mi coche? No quiero que lo reconozcan. -Estoy comenzando a dudar de que esto sea lo correcto.

¿Está segura de que podrá hacerlo? ¿Que sabe de qué se trata?

Blair pensó que era mejor mantener la boca cerrada y se limitó a asentir con la cabeza.

-Necesitaremos su coche; estaciónelo detrás del bar Aztec, en Bell Lane. Aguarde allí; alguien se pondrá en contacto con usted y le entregará el baúl... No me falle. Si no aparece, su marido tendrá que pagar por ello.

-Comprendo -murmuró Blair.

Durante los dos días que faltaban hasta el jueves, estuvo hecha una estúpida. Parecía que no podía pensar en otra cosa que en lo que debía hacer esa noche. Esa noche descubriría en

qué estaba implicado su marido. Le había dicho a Nina que no le importaba si era o no un criminal, que lo amaba de todas formas. Pero pronto llegaría el momento de la verdad. Estaba segura de que Lee estaba envuelto en algo ilegal y haría lo posible para alejado de todo eso. Esperaba que así dejara de hacer lo que estuviera haciendo. El jueves por la noche se puso su uniforme de doctora.

Lee había ido al hospital a atender a tres heridos de bala que habían sostenido una lucha en la frontera con Nuevo México, de modo que estaba sola. Estaba nerviosa y asustada y bajó hasta el establo, donde la aguardaba su coche preparado.

Sólo una vez había estado en esa parte de la ciudad antes. La noche en que había acompañado a Lee a atender a la prostituta que había intentado suicidarse. Detuvo el coche donde LeGault se lo había indicado y aguardó.

Kane Taggert despertó con la sensación de que algo andaba mal, aunque no sabía muy bien de qué se trataba. La cama estaba vibrando y tenía frío. Sorprendido, se volvió hacia Houston. Ella temblaba con violencia y, a pesar de que estaba abrigada, tenía el cuerpo helado. La tomó en sus brazos y, consternado, comprobó que estaba dormida.

-Houston, querida -dijo, preocupado-. Despierta. En cuanto ella despertó, empezó a temblar aún más. -Mi hermana está en peligro. Mi hermana está en peligro -repitió.

-Muy bien -dijo Kane, levantándose-. Quédate aquí; llamaré a su casa para ver qué le sucede.

Kane corrió por la escalera hasta la biblioteca. No le respondió nadie en la casa Westfield. La operadora dijo que creía que Leander estaba en el hospital porque había

hombres heridos. Kane llamó entonces el hospital. La enfermera que atendió no quería llamar a Leander al teléfono.

-No me importa lo que esté haciendo; es urgente. Dígale que la vida de su esposa esta en peligro.

Leander atendió un minuto después.

-¿Dónde está Blair?

-No lo sé. Houston está temblando como una hoja y tiene el cuerpo helado. Se despertó diciendo que Blair estaba en peligro. No sé nada más, pero pensé que era mejor decírtelo. No se sintió así cuando la raptó esa francesa, y pienso que esta vez sí está en peligro.

-Me ocuparé -dijo Lee y cortó la comunicación. Luego volvió a levantar el auricular-. Mary Catherine -dijo a la operadora-. Llama a todos los que se te ocurra. Tengo que encontrar a mi esposa lo antes posible. Y que no se den cuenta de que la estás buscando.

-No estoy segura de que deba hacerlo después de lo que me dijo la semana pasada. Me acusó de escuchar las conversaciones ajenas.

-Tú encuéntrala, Mary Catherine, y yo me ocuparé de que atienda todos tus partos gratis, y también los de tu hermana. y te quitaré esas verrugas que tienes en la mano derecha.

-Dame una hora -le dijo la operadora, y cortó la comunicación.

Fue la hora más larga de toda su vida. Regresó a la sala y se alegró de que la señora Krebbs hubiera terminado de coser la herida. Ella intentó decirle unas cuantas cosas por haber abandonado el quirófano, pero Lee no la escuchó. Lo único que pensaba era que mataría a Blair con sus propias manos. Por eso había estado tan dócil últimamente: seguramente había estado planeando alguna actividad peligrosa.

Regresó al salón de entrada del hospital, donde estaba el teléfono, y comenzó a fumar un cigarro detrás de otro, hasta que las enfermeras se quejaron del humo. Las miró con tanto odio que lo dejaron tranquilo. Permaneció cerca del teléfono todo el tiempo y, cuando un hombre que acababa de ser padre quiso usarlo, lo amenazó de muerte si lo tocaba. Cada dos o tres minutos, levantaba el auricular para preguntar a Mary Catherine qué novedades tenía. Después de la quinta interrupción, le dijo que no podía averiguar nada si él seguía llamándola.

Logró mantenerse apartado del teléfono durante cinco minutos y, cuando iba a tocarlo, comenzó a sonar.

-¿Dónde está? -le preguntó.

-Como para adivinarlo. Una persona, cuyo nombre no puedo decir porque de lo contrario arruinaría su reputación para siempre, dijo que la vieron pasar por las vías de ferrocarril y que se detuvo frente al Bar Aztec. No sé de qué se trata porque nunca he estado en esa parte de la ciudad y Blair tampoco debería...

-Mary Catherine, te quiero -dijo Lee, cortando la comunicación. Luego salió corriendo del hospital.

Su caballo estaba entrenado para andar de prisa y la ciudad estaba acostumbrada a la velocidad del coche de Lee, pero esa noche batió todos los récords al dirigirse a la parte de la ciudad donde se suponía que Blair estaba. Pensaba que tal vez lo habrían ido a buscar para atender algún caso y Blair habría acompañado a esa persona. Pero tenía el presentimiento de que había algo más.

Cuando llegó al Bar Aztec, dejó el caballo sin atar, como si estuviera acostumbrado a quedarse, y entró. Uno de los beneficios de ser médico era la popularidad, y si alguien no le debía un favor tarde o temprano se lo debería.

-Quiero hablarle -le dijo Lee al hombre que estaba detrás del mostrador.

Ignorando el pedido de un cliente, el hombre le hizo señas para que lo siguiera a un cuarto trasero.

-¡Espere un momento! -gritó un cowboy mientras se subía los pantalones. Una mujer, sucia y de mirada aburrida, hacía sobre un colchón mugriento.

-¡Fuera de aquí! -les gritó el hombre-. ¡Tú también, Bess!

Con aire cansado, la mujer se puso de pie y se dirigió hacia la salida.

-Pensé que esta vez estaba de buenas y usted venía a verme. -Con una sonrisa, pasó una mano por la mejilla de Lee antes de salir de la habitación.

Cuando estuvieron a solas, Lee dijo:

-He oído que mi esposa estuvo esperando en su coche detrás del bar esta noche. Pensé que usted sabría algo.

El hombre se pasó la mano por la barba crecida.

-No me gusta meterme en estas cosas. LeGault y esa mujer con quien anda... -¿Y eso qué tiene que ver con todo esto? -le preguntó Lee. -Ella lo esperaba a él.

Lee se volvió un momento. Había esperado estar equivocado y que Blair realmente hubiese salido a atender una urgencia, pero si se había reunido con LeGault...

-No tiene opción -le dijo Lee con tono amenazante. No quiero chantajearlo ni tampoco llamar al comisario, pero pienso utilizar todos los medios posibles para hallar a mi esposa.

-El comisario ya está al tanto y fue detrás de LeGault y esa mujer. Claro que ellos serán inocentes porque su esposa hará todo el trabajo sucio.

Lee se inclinó hacia el hombre.

-Será mejor que me lo diga todo cuanto antes.

-No es asunto mío lo que ellos hacen. Sólo les vendo un poco de whisky y no hago preguntas. Muy bien, se lo diré: LeGault me alquiló un cuarto para esconder a una mujer. No sé quién era, sólo la vi una vez. Pero hablaba de forma rara. Como si fuera extranjera.

-¿Francesa? -le preguntó Lee.

-Sí, es posible. De todos modos, no decía mucho. -De modo que LeGault planeó algo con Frankie -dijo

Lee pensativo-. ¿Qué más sabe?

-Oí que decían algo sobre sacar la mercancía de la ciudad y que buscaban a alguien de quien nadie sospechara. Hablaron mucho sobre esto...

Lee se volvió y pegó un puñetazo contra la pared. El dolor le hizo bien. -y encontraron a alguien tan estúpido como para ser engañado. ¿Hacia dónde fueron y qué es lo que querían sacar de la cuidad?

-No lo sé. Supongo que puede preguntárselo a LeGault. Está sentado en un bar al otro lado de la calle. Le dije que saliera de aquí porque no quería que entrara con mujeres ni que me causara problemas.

Lee no dijo nada más y salió a toda prisa. Entró en tres bares diferentes antes de encontrar a LeGault. No le habló, sino que caminó directamente hasta él, lo tomó de la camisa y lo obligó a ponerse de pie.

-¿Quiere acompañarme por las buenas o por las mañas? A LeGault se le cayeron las cartas de las manos y trató de recuperar el equilibrio. Hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y Lee lo empujó hacia la puerta trasera. Nadie los siguió al callejón; o bien porque no les interesaba el asunto o bien porque no querían ver enojado al doctor.

Leander estaba tan furioso que apenas podía hablar. -¿Dónde está ella?

-Es demasiado tarde. Usted tendría que haber venido hace un par de horas.

Lee lo agarró de la camisa y lo arrojó contra la pared.

-Nunca he matado a un hombre en toda mi vida y juré luchar siempre por la vida, pero, LeGault, que Dios lo ayude, porque si no me responde ahora mismo, le romperé el cuello. -Ahora debe de estar en manos del comisario, arrestada por robar un millón de dólares en valores.

Lee se sorprendió tanto que lo soltó y retrocedió un paso. -¿Dónde? ¿Cómo? -logró decir.

-Le dije que me vengaría de usted por todos los años que pasé en la cárcel. Fue fácil engañarla. Ella cree que le está salvando la vida, pero en realidad, está sacando artículos robados de la ciudad y hemos informado al comisario de lo que hacía, así que ya la habrá arrestado. Espero que le guste verla en la cárcel.

Cuando Lee levantó una mano para golpear a LeGault, sintió la voz de un hombre a sus espaldas.

-Yo no lo haría si fuera usted. Estoy apuntándolo con una pistola. ¿Por qué no es un buen chico y va a visitar a su esposa a la cárcel, ahora? Estoy seguro de que será la primera de una larga serie de visitas.

Lee no quiso perder tiempo con el hombre y tampoco creía tener el valor de matarlo, de modo que salió del callejón.

Corrió hasta su coche, pero lo pensó mejor y montó un caballo negro que estaba atado a un poste. Se dirigió hacia el sudeste de la ciudad. El único lugar que podía tener un millón de dólares en valores era la estación de tren.

Llegó a una colina y, a la luz de la luna, logró ver un coche a su derecha y un grupo de hombres a su izquierda. Blair se dirigía hacia los hombres que iban a arrestarla; y él estaba a unos ochocientos metros de distancia.

34

Leander pegó al caballo y comenzó a gritar y a disparar al mismo tiempo. El pobre caballo, aterrorizado por los ruidos que hacía su extraño jinete, salió corriendo a todo galope. Lee quería llamar la atención para que se distrajeran y olvidaran a Blair y lo logró. Cuando una de las balas perdidas fue a dar a pocos centímetros de uno de los hombres, todos se detuvieron y trataron de controlar a sus animales, concediendo a Lee los preciosos minutos que necesitaba para alcanzar a Blair. Todos llegaron al mismo tiempo. Al ver la expresión del

rostro del comisario, Lee comprendió que lo que LeGault había dicho era verdad: habían ido a ver si una de las Chandlers estaba implicada en un robo.

-¡Maldición! -gritó Lee a Blair, mientras tiraba de las riendas para que el caballo se detuviera-. No puedo perderte de vista un minuto. -Se subió al coche, le quitó las riendas de las manos y miró al comisario-. Si dejas que una mujer tenga su propio coche, no sabes en qué lío te metes. Y esto es lo peor. Siempre haciendo favores para otras personas, sin tener en cuenta la propia seguridad.

El comisario estudió a Lee un largo rato; tan largo que Lee comenzó a sudar.

-Muchacho, será mejor que cuides a tu esposa. O será otro quien lo haga.

-Sí, señor -le respondió Lee-. Me ocuparé de eso antes de mañana.

-Seis horas, Leander. Te doy seis horas o seré yo ese alguien.

-Sí, señor -dijo Leander. Sintió deseos de llorar de agradecimiento-. No me llevará tanto tiempo, señor -dijo, tomando las riendas para sacar el coche de la carretera y llevarlo de regreso a la oficina de carga.

Cuando estuvieron en camino, fue Blair la primera en hablar.

-Después de todo, has venido. ¿Cómo te enteraste de que la entrega era esta noche?

Lee no la miró.

-Si sabes lo que es bueno, mantén la boca cerrada. Tal vez tu silencio impida que te golpee en el trasero y te encierre en casa por el resto de tu vida.

-¿A mí?¡A mí! -exclamó Blair, sosteniéndose de un costado del coche-. Estaba reemplazándote. Pensé que si tomaba tu lugar por una vez, entenderías lo que tú me haces sufrir.

-¡Reemplazarme! -exclamó Lee con tono de enojo-. ¿Crees que robaba valores? ¿Y que trabajaba con LeGault?

-¿y qué otra cosa podías estar haciendo? No ganas dinero como médico, pero puedes pagar todo el equipo, la casa y mis gastos. También vuelves a casa con heridas de bala y... -Se detuvo cuando Lee estacionó el coche cerca de la oficina de cargas.

Bajó del coche y dijo: -Baja y veremos en qué te metió LeGault.

Cuando Blair se bajó, Lee abrió el compartimiento de atrás y sacó un baúl de madera. Lo abrió y extrajo unos rollos de papel. Los levantó para leerlos a la luz del farol del coche.

-No sólo estabas robando sino que esto pertenece a Taggert y al Banco Nacional de Chandler. Podías haber dejado en la bancarrota a media ciudad. Blair tardó en entender lo que

Lee le decía y, cuando lo hizo, se sentó sobre uno de los peldaños del coche. -Oh, Lee, no tenía idea de... Pensé que... Ella tomó de los hombros y la obligó a ponerse de pie. -Ahora no hay tiempo para remordimientos. Tenemos que ver qué hizo LeGault allí adentro. Toma tu maletín. -Sacó una linterna del coche y se echó a correr. Blair iba pegada a sus talones con el maletín en la mano.

La oficina estaba a oscuras. Descubrieron que la caja de seguridad estaba abierta y delante de ella yacía un hombre. Como en esa parte de la ciudad no había electricidad ni teléfono, tuvieron que utilizar la linterna.

Lee fue el primero en llegar junto al hombre. -Es Ted Hinkel. Está vivo, pero ha recibido un fuerte golpe en la cabeza.

Blair sacó las sales de su maletín.

-Si no trabajas con LeGault, ¿dónde estabas?

Lee suspiró y tomó las sales.

-Pensé que podría salvarte de ti misma, pero veo que no puedo. No quise decirte en qué andaba porque temía que hicieras algo tan tonto como esto. La verdad es que, desde hace algún tiempo, introduzco sindicalistas en las minas.

-¿Sindicalistas? -repitió Blair-. Pero LeGault...

-¿Cómo pudiste creer que tenía algo que ver con un criminal como él? Tú misma dijiste que él me odiaba. Supongo que se enteró de mis actividades, supuso que no te lo había dicho y aprovechó las circunstancias para obligarte a trabajar para él. Si sacabas los valores de la ciudad; bien; si no lo hacías, mejor; porque así me pagaría el hecho de haberlo enviado a la cárcel.

-Pero el dinero... -Blair no lograba comprender bien toda la historia.

Lee trataba de revivir al joven.

- ¿Cómo alguien como yo pudo enamorarse de alguien como tú? Me criaron enseñándome que el dinero que hacía un hombre era problema de él. Mi madre perteneció a una rica familia y yo no soy uno de los hombres más ricos de Norteamérica, como Taggert, pero tengo más que suficiente. Eso también te lo dije.

-Sí, pero la clínica costó tanto.

Lee apretó los dientes y enderezó a Ted.

-Si alguna vez salimos de esto, te mostraré cuáles son mis bienes. Podría haber pagado veinte clínicas.

-Ah dijo Blair, mientras le entregaba el ácido carbólico y una toalla para limpiar la herida que Ted tenía en la cabeza-. De modo que acabo de robar... ¿Cuánto he robado?

-Un millón de dólares.

Blair soltó la botella de carbólico y Lee la atrapó justo a tiempo.

-¿Cómo te enteraste, cómo lo supo el comisario y qué decían de las seis horas?

-Houston presintió que estabas en peligro y Mary Catherine descubrió adónde habías ido. LeGault te delató al comisario y el comisario me dio seis horas para que regresara lo robado antes de que se supiera. ¡Vamos, Ted, despierta!

Blair escondió el rostro en las manos.

-Oh, Lee, he cometido un grave error.

Lee no la miró; estaba preocupado por Ted.

-Es verdad, amor.

-¿Crees que iré a la cárcel?

-No, si podemos devolver los valores.

-¿Y cómo piensas hacerla? ¿Le dirás: "Ted, he encontrado esto afuera"?

-No, pienso... Está volviendo en sí. Dame tus pantalones.

-Lee, este no es momento.

-Tengo un poco de cuerda y usaré tus calzones para bajar el cajón por la chimenea. Tendrás que convencer a Ted de que él lo salvó y que los ladrones no lograron llevarse el botín.

Sin decir palabra, Blair se quitó los calzones, se los dio a Lee y se sentó junto a Ted. Le apoyó la cabeza sobre su regazo y aguardó a que volviera en sí.

-¡Ted! ¿Qué ha sucedido? -le dijo, dándole a oler las sales.

-Nos han robado -dijo Ted, llevándose la mano a la cabeza-. Tengo que llamar al señor...

-Tienes que sentarte -dijo Blair, ayudándolo a sentarse en una silla-. Tengo que revisar esa herida.

-Pero tengo que avisar...

-Bien. -Blair desinfectó la herida y el dolor despertó por completo al joven-. Cuéntame lo que sucedió.

-Entraron dos hombres y me apuntaron con una pistola. Uno de ellos, el pequeño, sabía la combinación de la caja.

Con el rabillo del ojo, Blair pudo ver que algo blanco aparecía por la chimenea.

-Mira hacia donde da la luz. ¿Qué sucedió entonces?

-Me quedé allí petrificado mientras el hombrecito abría la caja y sacaba el cofre. No sé lo que contenía. Luego, alguien me pegó en la cabeza y, cuando desperté, estaba en tu regazo, Blair-Houston. Tengo que avisar...

-Esa no puede ser toda la historia. Debes haber resistido. -Pero yo no...

- Ted, quiero que te acuestes en el suelo y que descanses uno o dos minutos. Me preocupa ese corte. Has perdido mucha sangre. Sí, así es; acuéstate allí. Mientras tanto, voy a limpiar mis cosas.

Blair corrió hasta la chimenea, quitó la cuerda y sus calzones y los guardó dentro de su maletín.

-Creo que ya estarás bien, Ted. ¿Por qué no te acercas y recoges tu pistola? Te llevaré hasta la comisaría.

Ted, con la mano en la cabeza, se acercó a Blair. De pronto se detuvo. -Ahí está. -¿A qué te refieres? -El cofre que robaron. Allí está. ¿Cuánto hace que está allí?

-Estaba aquí cuando entré. ¿Quieres decir que, después de todo, los asaltantes no se lo llevaron? Diablos, Ted, sé que dijiste que no opusiste resistencia, pero creo que has sido muy modesto. ¿Quieres decir que tú evitaste que robaran el cofre?

-Yo... no lo sé. Pensé que...

-Esa es la evidencia. Tú lo salvaste. Ted, eres un héroe. -No estoy seguro. Creo que recuerdo...

-Con un golpe como- ese en la cabeza, no me extraña que estés mareado. Pero la evidencia está ante nuestros ojos. ¿Por qué no lo guardas en la caja? yo iré hasta un teléfono para llamar al comisario. Y al diario. Querrán conocer toda la historia.

-Sí, supongo que sí. -Se incorporó-. Claro, ¿por qué no?

Blair colocó el cofre dentro de la caja, cerró la puerta, llevó a Ted hasta una silla y corrió afuera. Lee la tomó de la mano y juntos corrieron hasta el coche. Tal como Lee suponía, el comisario los estaba esperando.

Lee colgó el auricular, agradeció al dueño del bar por permitirle usar el teléfono y salió a reunirse con Blair, que lo aguardaba dentro del coche.

-¿Todo ha terminado de veras? -le preguntó, reclinándose en el asiento.

-El comisario me dijo que LeGault y un hombre pequeño, que sospecho era Françoise, tomaron un tren hacia Denver hace más de una hora. No creo que volvamos a verlos por un largo tiempo.

-y todo el tiempo fueron los sindicalistas -murmuró Blair-. Sabes, Lee, tengo algunas ideas sobre los sindicatos en las minas. Quizá juntos podamos...

-¡Ni pasando sobre mi cadáver! -exclamó, Lee tomando las riendas.

-¿ y qué debo hacer? ¿Quedarme en casa zurcir calcetines?

-No eres tan mala en eso; además, quiero saber dónde estás en todo momento.

-¿Como en estas últimas dos semanas?

-Bueno, en realidad, prefiero a una esposa que...

-Déjeme decirle algo, doctor. Si leo una sola novela más sobre la misma heroína o tengo que planear otra cena, me volveré loca. El sábado a la mañana, regresaré a mi clínica y veré a mis pacientes.

-¿El sábado? ¿ Y por qué no hoy mismo? ¿Por qué no te dejo allí para que te pongas a trabajar ahora mismo?

-Porque el día de hoy estaré ocupada con mi marido en la cama. Tengo que recuperar todo el tiempo perdido.

Lee la miró sorprendido y luego sonrió. Tiró de las riendas y le gritó a su caballo para que acelerara el paso.

-¡Terminó la lección y la maestra quiere divertirse! -dijo él.

Esta vez fue Blair la sorprendida.

-¡Entonces, lo sabías!

Por toda respuesta, Lee le guiñó un ojo y sonrió.